

# PERONISMOS, IZQUIERDAS Y ORGANIZACIONES POPULARES

Movimientos e identidades políticas  
en la Argentina contemporánea

Martín Retamozo  
Mauricio Schuttenberg  
Aníbal Viguera  
(compiladores)

 Eduip

Editorial  
de la Universidad  
de La Plata

**Martín Retamozo.** Doctor en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), México. Profesor de Filosofía y magíster en Ciencias Sociales por la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata (FaHCE, UNLP), Argentina. Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet) y del Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS, UNLP).

Entre sus publicaciones se encuentran *Movimientos sociales. Subjetividad y acción de los desocupados en Argentina* y artículos como “Constructivismo: Epistemología y Metodología en las ciencias sociales”, “Tras las huellas de hegemonía. Los usos de hegemonía en la teoría de Ernesto Laclau”, entre otros.

**Mauricio Schuttenberg.** Doctor en Ciencias Sociales (Flacso, Argentina) y magíster en Ciencia Política (UNLP). Investigador asistente de Conicet. Profesor adjunto de Problemas de Historia Argentina en la Universidad Nacional Arturo Jauretche y de Historia de las Ideas y los Procesos Políticos en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP. Integrante de los Centros CPS (Centro de Estudios en Comunicación, Política y Sociedad) e IdIHCS en la UNLP.

**Aníbal Viguera.** Profesor en Historia y licenciado en Sociología (UNLP). Doctor en Ciencias Sociales (Flacso, México). Se especializa en el análisis de la sociedad argentina contemporánea. Es profesor titular de Análisis de la Sociedad Argentina en la FaHCE, UNLP. Dicta cursos de posgrado en la UNLP y en Flacso, Buenos Aires. Es decano de la FaHCE, UNLP y director del Centro de Investigaciones Sociohistóricas de dicha institución. Dirige proyectos acreditados por la UNLP sobre identidades y prácticas políticas de los sectores populares. Ha publicado *La trama política de la apertura económica en la Argentina, 1987-1996* (2000); “Populismo y neopopulismo en América Latina”, en *Revista Mexicana de Sociología* (1993); “Movimientos sociales y lucha de clases”, en *Revista Conflicto Social* (2009).

# **PERONISMOS, IZQUIERDAS Y ORGANIZACIONES POPULARES**

Movimientos e identidades políticas  
en la Argentina contemporánea

# **Colección Problemas Sociales Debates Pendientes**

**Director**

José Carlos Escudero

**Coordinación**

María Diloretto y Juan Ignacio Lozano

# **PERONISMOS, IZQUIERDAS Y ORGANIZACIONES POPULARES**

Movimientos e identidades políticas  
en la Argentina contemporánea

Martín Retamozo - Mauricio Schuttenberg  
Aníbal Viguera  
(compiladores)



Retamozo , Martín

Peronismos, izquierdas y organizaciones populares : movimientos e identidades políticas en la Argentina contemporánea / Martín Retamozo ; Mauricio Schuttenberg ; Aníbal Viguera ; compilado por Martín Retamozo ; Mauricio Schuttenberg ; Aníbal Viguera. - 1a ed. - La Plata : Universidad Nacional de La Plata, 2013.

282 p. ; 21x15 cm.

ISBN 978-950-34-0982-4

1. Peronismo. 2. Identidades. 3. Kirchnerismo. I. Schuttenberg, Mauricio II. Viguera, Aníbal III. Retamozo , Martín , comp. IV. Schuttenberg, Mauricio , comp. V. Viguera, Aníbal, comp. VI. Título  
CDD 324

**PERONISMOS, IZQUIERDAS Y ORGANIZACIONES POPULARES**  
Movimientos e identidades políticas en la Argentina contemporánea

**Diseño y diagramación:** Julieta Lloret



**Editorial de la Universidad Nacional de La Plata (Edulp)**

47 N.º 380 / La Plata B1900AJP / Buenos Aires, Argentina

+54 221 427 3992 / 427 4898

[editorial@editorial.unlp.edu.ar](mailto:editorial@editorial.unlp.edu.ar)

[www.editorial.unlp.edu.ar](http://www.editorial.unlp.edu.ar)

Edulp integra la Red de Editoriales Universitarias Nacionales (REUN)

Primera edición, 2013

ISBN 978-950-34-0982-4

Queda hecho el depósito que marca la Ley 11723

©2013 - Edulp

Impreso en Argentina

## **Colección Problemas Sociales. Debates Pendientes**

Proponemos pensar los problemas sociales como un espacio de haceres y entrecruzamientos colectivos, de encuentros y desencuentros, de ensayos, de demandas y respuestas... El campo de “lo social” –tal como el campito de los suburbios– es el lugar de las cosas que no se pueden ver: lo que un día sucedió en él estará mediado siempre por la nubosidad del mito. Es creer o no creer. El campito es un espacio que todavía no se ocupó. Se presta de a ratos al porfiado juego de barrio, al picadito, al carnaval incansable, a los perros vagabundos lamiendo charcos de lluvia.

No se conocen sus dueños, de tantos que tiene. Y cada día se libra sobre él la batalla de poder marcar la cancha. Se triunfa mientras dura, hasta que los pastos crecen y la línea vuelve a borrarse; con suerte se deja olla entre los arcos, y trasciende la posibilidad de que por allí se ha estado.

El campito reúne los proyectos de urbanización que no se concretaron, las promesas incumplidas que el viento se llevó. Reúne los juicios de los hijos de antiguos propietarios, los intentos de “ser tomado” y las peleas por ser el espacio salvado, resguardado de la desesperación, para que siga siendo lo que es.

Esta colección, como el campito del barrio, es una invitación a mirar “nuestras estructuras”, a analizar nuestros mapas sociales, para ver lo que hay, lo que no termina de existir, lo inconcluso, lo que se distribuye, lo que se concentra.

Es una invitación a pensar la sociedad desde sus historias, sus espacios, sus acciones. Y sobre todo es una colección convencida de que hay campo para el hacer.



# Índice

Introducción.....	11
Primera parte. La política en la era K.....	21
Pensar el kirchnerismo: estado actual de los estudios sobre movimentismo e identidades nacional-populares.....	23
Ana Natalucci y Mauricio Schuttenberg	
“Kirchnerismo”: gobierno, política y hegemonía .....	47
María Antonia Muñoz y Martín Retamozo	
“Resistimos en los noventa, volvimos en el 2003”. Una aproximación a “lo nacional popular” a partir del discurso de tres organizaciones .....	71
Mauricio Schuttenberg	
“Seamos zurdos, lo demás no importa nada”. Ideología, identidad política y convergencia en la izquierda argentina.....	95
José Eduardo Moreno	
Segunda parte. Identidades, territorios y prácticas militantes.....	123
Territorios, lugares e identidades: Una perspectiva de análisis espacial sobre la CTD Aníbal Verón .....	125
Fernanda Torres	

Las experiencias de apropiación de las TIC  
por las organizaciones de trabajadores desocupados ... 157  
Sebastián Benítez Larghi

Rotulando comportamientos. Las nociones  
de compromiso militante en un movimiento social ..... 191  
Jerónimo Pinedo

Tercera parte. Organizaciones sociales y Estado.....209

Decir, hacer, sentir. Las emociones  
en la producción cotidiana de "lo estatal" .....211  
María Victoria D´Amico

Interacciones entre el Movimiento Evita y el Estado.  
Reflexiones en torno al proceso de conformación  
de cooperativas de trabajo .....235  
Lucrecia Gusmerotti

Transformar el Estado militándolo.  
Reflexiones sobre una experiencia de organizaciones  
sociales en la gestión de gobierno en la provincia  
de Buenos Aires .....261  
Juan Ignacio Lozano

Los autores .....279

## Introducción

Los procesos de movilización social y la producción de identidades políticas que involucran a los sectores subalternos o populares constituyen en Argentina un objeto ineludible de reflexión, tanto política como académica, cuyo foco principal de atención radica en una preocupación convergente por comprender el acontecer político del país e intervenir en él. En nuestro caso, el interés por tomar como objeto de estudio los fenómenos de acción y experiencia colectiva de los sectores subalternos se basa en considerar que elaborar proyectos emancipatorios y concretarlos depende, en parte, de la movilización del campo popular. Estudiar las experiencias colectivas subalternas, los modos de organización y de praxis política es parte de un proceso de construcción de conocimiento que busca ensanchar los horizontes de lo posible y de lo deseable.

La preocupación por las movilizaciones populares en Argentina ha estado atravesada por perspectivas e interrogantes que, en buena medida, se fueron configurando sucesivamente al calor de los cambios políticos y estructurales.<sup>1</sup> Una mirada a la historia reciente muestra

---

<sup>1</sup> Los cuatro párrafos que siguen se basan en Viguera, Iuliano y Pinedo (2007) y Viguera (2009).

que, hasta mediados de la década del setenta, los análisis de la acción colectiva de las clases populares en la Argentina se enfocaban predominantemente, salvo algunos matices, en el estudio del “movimiento obrero”. Las investigaciones sobre el mundo popular y los procesos de movilización en este horizonte evidenciaban tanto una preocupación por la acción y la organización sindical como por las experiencias ligadas al peronismo, las cuales por supuesto se encontraban estrechamente vinculadas. Los estudios sobre la clase obrera, en ocasiones, tendieron a indagar la acción sindical en relación a modelos de desempeño esperables para las organizaciones de los trabajadores y a marcar las posibles desviaciones en la acción histórica. Una lente similar subyace al estudio de otras expresiones de lucha a las que, quizás con demasiada rapidez, se adjudicaba un carácter unívocamente revolucionario sin inquirir sobre la complejidad de sentidos y orientaciones que posiblemente las recorrían.

A pesar del quiebre producido en el mundo académico y político por la dictadura cívico-militar inaugurada en 1976, muchos investigadores siguieron centrando su atención en los estudios sobre la clase obrera, sus luchas y organizaciones, tanto durante como después del gobierno militar. Pero con la transición a la democracia cobró un fuerte impulso, en la agenda académica y política, la temática de los “nuevos movimientos sociales”. El concepto —que ya venía siendo utilizado en Europa— se abrió paso para identificar a actores colectivos que, si bien no eran necesariamente nuevos, cobraban una visibilidad inédita y, lo que era quizá más significativo, despertaban expectativas novedosas. Parecía que actores como los movimientos de derechos humanos, el movimiento estudiantil, así como la toma de tierras y la formación de asentamientos y otras expresiones de acción colectiva barrial conllevaban características distintas a las de los actores clásicos y hacían, por lo tanto, necesaria esa nueva perspectiva de análisis. Tendía a esperarse de ellos, básicamente, una renovación en las prácticas políticas, el fortalecimiento de la sociedad civil y la construcción de ciudadanías que —se pensaba— podían dar lugar a una democracia más participativa; quizá, una vez más, se le adjudicaban a estos “movimientos sociales” rasgos y efectos demasiado unívocos, pero el hecho es que a través de esa lente fueron constituidos en un nuevo objeto de estudio.

Ahora bien, esta tendencia a explorar las manifestaciones emergentes de acción colectiva desde una perspectiva cuyos interrogantes parecían

centrarse especialmente en el plano cultural y político y en el horizonte de la consolidación democrática, sería pronto subsumida nuevamente por el reingreso en la agenda de la “cuestión social”. En efecto, el avance de las políticas de ajuste y la nueva ofensiva neoliberal que se consolidó a comienzos de los noventa hicieron que la mirada se desplazara hacia la relación entre esas medidas —con sus efectos sociales crecientemente regresivos— y la acción colectiva de los sectores afectados por ellas. En este sentido, el “neoliberalismo” se convertía en el nombre de una totalidad que profundizaba las relaciones de subordinación y reestructuraba las relaciones sociales, así como las formas de participación y el vínculo de los sectores populares con el Estado y la política. En este contexto, los enfoques analíticos de las luchas populares siguieron un itinerario vertiginoso, marcado por la propia coyuntura socioeconómica y política. En un primer momento se expandió la idea de que el neoliberalismo, al provocar una fuerte fragmentación de los sectores populares, generaba un efecto negativo respecto a la protesta social, la que tendía a decrecer o al menos a volverse focalizada y defensiva. En ese marco de análisis, la expresión “movimientos sociales” cumplía la función de identificar precisamente a ese conglomerado de actores y acciones dispersos, fragmentados, franqueados por un horizonte común de resistencia al neoliberalismo, pero incapaces de traducirlo en prácticas articuladas y totalizadoras.

A partir de la segunda mitad de los noventa, la creciente proliferación de actores, episodios de resistencia, novedosos repertorios e identidades colectivas —la más visible de las cuales fue, sin duda, la de los “movimientos de trabajadores desocupados”— provocó un nuevo deslizamiento analítico; el neoliberalismo ya no parecía obstaculizar la protesta, sino que era el factor desencadenante de una creciente movilización que, a la vez, estaba impregnada por la novedad. “Movimientos sociales” pasaba a ser entonces el concepto que podía englobar todas esas manifestaciones, tan diversas como contundentes, en la medida en que excedían, una vez más, los contornos de los actores “clásicos” al mismo tiempo que conllevaban una fuerte impronta disruptiva y de algún modo convergían en torno a un conflicto central, ya no definido a partir de la condición capitalista de la sociedad, sino del modo específicamente neoliberal de acumulación consolidado en los noventa.

Para saldar las limitaciones que aquel enfoque tenía para explicar el carácter efímero y cambiante de muchos fenómenos colectivos, se



convocó incluso a adoptar expresiones como “protesta social”, que permitieran captar esa dimensión que la imagen más orgánica y perdurable del “movimiento social” corría el riesgo de ocultar (Schuster y Pereyra, 2001). Paralelamente, los estudios académicos fueron afinando sus recortes, para centrarse cada vez más en el análisis de cada una de esas manifestaciones de resistencia que fueron surgiendo al calor de la crisis, como los movimientos de desocupados, las fábricas recuperadas o las asambleas barriales; al mismo tiempo, se sumaban orientaciones y perspectivas al análisis del movimiento obrero, se retomaban, con nuevas preguntas, los estudios sobre los movimientos por los derechos humanos y se incorporaban a la agenda académica nuevas expresiones de resistencia como los colectivos culturales y otros actores específicos ligados a demandas puntuales “de matriz cívica”.

Este conjunto de trabajos se desarrolla, a su vez, en el marco de un proceso más general que modifica el énfasis de las diferentes dimensiones a partir de las cuales las ciencias sociales indagan las formas de la política en la Argentina. El denominado proceso de “inscripción territorial” (Merklen, 2005) o de “territorialización” y “pasaje de la fábrica al barrio” (Svampa, 2005) evidencia los soportes de la acción colectiva que, si bien presentes con anterioridad, adquieren un nuevo lugar a la hora de comprender la movilización de las clases populares en el orden social neoliberal. En este marco, la aparición de colectivos de desocupados movilizados que recurrían a un repertorio de acción resignificado como el “piquete” concitó la atención de una amplia variedad de estudios y conformó una agenda de investigación integrada por diferentes preguntas en torno a la experiencia, las identidades, los modos de acción colectiva y organización de los sectores populares, algunas de las cuales son retomadas en este libro para la etapa posterior al 2001.

Al igual que los procesos de movilización y protesta de la segunda mitad de la década del noventa en Argentina, la crisis del 2001 y las movilizaciones de diciembre de ese año, continuadas en el 2002, también fueron objeto de atención por parte de investigaciones que en ocasiones pusieron grandes expectativas en el poder transformador de los movimientos, de las experiencias y los repertorios forjados al calor de las protestas de los años anteriores, en un marco de profunda crisis de hegemonía. No obstante, a partir de la asunción de Néstor Kirchner, en mayo de 2003, es indudable que el contexto de acción

histórica se modificó. Aunque el carácter y el alcance de estas transformaciones aún son objeto de arduos debates, es difícil no advertir que la intervención del kirchnerismo articuló modos de interpelación y políticas públicas que tuvieron efectos significativos en el campo de los movimientos sociales. Los procesos políticos que se desarrollaron en esta etapa han sido analizados desde diferentes perspectivas; pero así como en los noventa el “neoliberalismo” y sus efectos sociales habían marcado el ritmo de los interrogantes, a partir del 2003 el nuevo contexto político, introducido por los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández, se constituyó como un punto de partida.

A los fines del proyecto de investigación que sustenta este libro son particularmente relevantes dos campos en los que el kirchnerismo produjo efectos ineludibles que se convirtieron en objeto de reflexión. El primero gira en torno a la relación del gobierno con las demandas ciudadanas y con los movimientos sociales. Allí se sitúan las preguntas por los modos de articulación de demandas que se habían instalado en el espacio público, pero que se encontraban dispersas, así como la relación con organizaciones populares forjadas previamente al calor de las protestas sociales o generadas ya en la nueva etapa. Esta discusión visibilizó la incidencia del kirchnerismo como impulsor de una estrategia política hacia diversas organizaciones (que también lo constituyen) y como inductor de cambios en la politicidad y la estatalidad de los sectores populares. El segundo campo que destacamos es el que concierne a la relación entre hegemonía, discurso e identidades políticas. A partir de 2003, la propia dinámica política introdujo cuestiones relacionadas con el alcance de los procesos hegemónicos protagonizados por el kirchnerismo; en el marco más amplio del “giro a la izquierda” latinoamericano, resurgieron interrogantes sobre las características de las identidades y las matrices políticas que parecían imponerse en el nuevo contexto regional, reapareciendo con fuerza, particularmente, los análisis que invocaban aquella tradición “nacional-popular” que parecía haber quedado condenada al ostracismo. El resultado fue una serie de trabajos que se nutrieron de categorías como *populismo* y *hegemonía*, retomadas en buena medida en nuevas versiones desarrolladas por la teoría política contemporánea.

Este libro busca dialogar en estos dos campos de reflexiones, asumiendo la importancia de la dinámica sociohistórica. Estas preocupaciones nos llevaron a preguntarnos acerca de las experiencias



colectivas conformadas por sectores subalternos pos-2003 y de las formas de protesta, los repertorios de acción colectiva y las dinámicas de organización involucradas en ellas; acerca de los modos en que aspectos como la estatalidad y la territorialidad intervienen en la formación de colectivos; de las lógicas de constitución de las identidades y subjetividades colectivas, atendiendo a su componente político y su ligazón con las acciones colectivas; de las maneras en que las identidades y las acciones colectivas se relacionan con la disputa por la hegemonía, la reproducción y el conflicto social, y acerca de las dinámicas políticas y los discursos que interpelan a colectivos y su influencia en los modos de subjetivación. También nos propusimos indagar sobre la relación de las prácticas organizacionales y políticas más amplias, en las que los actos específicos de protesta son un elemento más de un complejo entramado que combina sociabilidad con politicidad; sobre las dinámicas organizacionales y las relaciones sociales que se crean, producen y reproducen tanto en el transcurrir de acciones cotidianas como de prácticas de protesta, específicamente el vínculo entre militantes y “bases sociales”, y, finalmente, sobre las formas en que se actualiza la construcción social de la hegemonía en el vínculo entre sectores populares y Estado, a partir de la implementación de nuevos dispositivos institucionales para la gestión de políticas públicas.

El tratamiento de estas múltiples dimensiones requirió de un esfuerzo de integración de perspectivas teóricas, enfoques analíticos y herramientas metodológicas, y ello fue una preocupación central en el desarrollo de las investigaciones. Los trabajos que presentamos se apoyan fundamentalmente en dos grandes perspectivas en el estudio de estas temáticas, con las cuales venimos trabajando desde una visión integradora. Por un lado, la sociología política ha desarrollado diferentes miradas sobre la conformación de los movimientos sociales, las dinámicas de movilización política y acción colectiva presentes en las sociedades contemporáneas. Por otro lado, la teoría política ha recuperado el interés por las formas del conflicto social, las identidades y los sujetos políticos, en estrecha relación con temas como la democracia y la hegemonía. Ambas perspectivas, sostenemos, brindan insoslayables aportes para una mirada integradora que atienda a la complejidad de las experiencias políticas, especialmente aquellas acaecidas en los últimos años. En este horizonte trabajamos en sintonía con proyectos anteriores, en los que nuestro equipo se abocó al estudio

y la producción de enfoques heurísticos, capaces de contribuir con el abordaje de procesos sociopolíticos constituidos como problemas de investigación relevantes para las ciencias sociales en Argentina.

Los artículos de este libro abordan, en general, la relación entre política, sectores populares y modos de organización. Una primera parte está compuesta por los cuatro trabajos iniciales. Los dos primeros centran la atención en las dimensiones políticas pos-2003: en “Pensar el kirchnerismo: estado actual de los estudios sobre movimentismo e identidades nacional-populares”, Ana Natalucci y Mauricio Schuttenberg repasan los diferentes modos de abordaje y exploran las claves analíticas y disciplinarias presentes en el debate sobre el proceso político actual; por su parte, en “Kirchnerismo: gobierno, política y hegemonía”, María Antonia Muñoz y Martín Retamozo ofrecen un análisis del proceso de conformación hegemónica del kirchnerismo al indagar en las lógicas políticas que se articulan a través de él. Los artículos “Resistimos en los noventa, volvimos en el 2003. Una aproximación a ‘lo nacional popular’ a partir del discurso de tres organizaciones”, de Mauricio Schuttenberg, y “Seamos zurdos, lo demás no importa nada. Ideología, identidad política y convergencia en la izquierda argentina”, de José Eduardo Moreno, desplazan el enfoque hacia las dinámicas organizativas, ideológicas e identitarias de colectivos que se constituyen en torno a dos matrices políticas de indudable relevancia en la política argentina y problematizan su relación con el kirchnerismo como fenómeno político.

La mirada sobre las experiencias de organizaciones en sectores populares se complementa con los aportes de los artículos agrupados en la segunda parte del libro, compuesta por “Territorios, lugares e identidades, una perspectiva de análisis espacial sobre la CTD Aníbal Verón”, de Fernanda Torres; “Las experiencias de apropiación de las TIC por las Organizaciones de Trabajadores Desocupados” de Sebastián Benítez Larghi; y “Rotulando comportamientos. Las nociones de compromiso militante en un movimiento social”, de Jerónimo Pinedo. Estos trabajos abordan diferentes dimensiones involucradas en las prácticas políticas como son la territorialidad, la militancia y las nuevas tecnologías en la búsqueda de reconstruir las tramas que ayudan a comprender las experiencias subalternas, sus alcances y dificultades.

La tercera parte está dedicada al estudio de un aspecto que en ocasiones ha sido soslayado en los trabajos sobre movimientos sociales



y protesta social: la relación con el Estado. “Decir, hacer, sentir. Las emociones en la producción cotidiana de ‘lo estatal’”, de María Victoria D’Amico, “Una aproximación a las relaciones entre el Movimiento Evita y el Estado a partir de la conformación de cooperativas de trabajo”, de Lucrecia Gusmerotti, y “Transformar el Estado militándolo. Reflexiones sobre una experiencia de organizaciones sociales e la gestión de gobierno en la provincia de Buenos Aires”, de Juan Ignacio Lozano, indagan diferentes formas en que la estatalidad se hace presente en las prácticas políticas tanto de los sectores subalternos como de las organizaciones políticas; marcando ritmos y produciendo experiencias que se toman imprescindibles para comprender dinámicas organizativas dependientes.

Los trabajos que aquí presentamos tratan problemas y experiencias políticas que atraviesan a la Argentina actual. Llevan en sus cuerpos las marcas de arduos debates originados en la disputa por “la conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado” –para citar a Norbert Lechner–, cuyo espectro se encarna en la plaza, en las calles, la ruta, el barrio, el parlamento y la Casa Rosada. En este sentido, no están exentos de polémicas y controversias: al contrario, las promueven, como forma de introducir estas discusiones en la universidad pública con parámetros que no desligan lo académico de lo político. Convencidos de que la universidad pública tiene también un lugar en esa disputa por el orden deseado, es que ofrecemos este material a través de la Editorial de la Universidad de La Plata.

## Bibliografía

- Lechner, N. (1986). *La conflictiva y nunca acabada construcción del orden deseado*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas-Siglo XXI.
- Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Editorial Gorla.
- Schuster, F. y Pereya, S. (2001). “La protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectivas de una forma de acción política”. En Giarraca, N. (ed.). *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*

- (pp. 41-65). Buenos Aires: Alianza Editorial.
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Viguera, A. (2009). “Movimientos sociales y lucha de clases”. *Conflicto Social*, Año 2 (1), 7-25.
- Viguera, A., Iuliano R. y Pinedo J. (2007). “El campo de estudios sobre la protesta social en la nueva etapa democrática”. En Camou, A., Tortti C. y Viguera A. (coords.). *La Argentina democrática: los años y los libros*. Buenos Aires: Prometeo.



**Primera parte**  
**LA POLÍTICA EN LA ERA K**



# **PENSAR EL KIRCHNERISMO: ESTADO ACTUAL DE LOS ESTUDIOS SOBRE MOVIMENTISMO E IDENTIDADES NACIONAL-POPULARES**

Ana Natalucci y Mauricio Schuttenberg

En los albores del siglo XXI, en Argentina en particular y en América Latina en general, ocurrieron ciertos cambios que transformaron los regímenes de dominación política, de acumulación económica y el espacio organizacional; entre ellos se observan la emergencia de organizaciones filokirchneristas, de identidades nacional-populares y la reactualización del movimentismo como gramática política. Los investigadores sociales abrieron una discusión en torno a esas experiencias, sin embargo, la complejidad de los procesos, sumado esto a que muchos aún están en curso, incidió en que la producción respecto de los problemas abordados y las dimensiones analizadas resulte dispersa. Entendemos que esta es la principal característica del campo de estudios sobre el kirchnerismo, y es en tal sentido que este trabajo propone sistematizar las principales líneas de investigación, a fin de exponer el estado actual del mismo.

A partir de la revisión de la literatura sobre el kirchnerismo hemos identificado cuatro principales líneas de investigación.

La primera, dedicada al estudio del sistema político, electorado, sus incidencias en el ordenamiento de la coalición de gobierno (Cheresky,

2004, 2006; Quiroga, 2004; Torre, 2004), las mutaciones en los mecanismos de representación (Slipak, 2005), de liderazgo y de posicionamiento respecto de la clase política (Ollier, 2005).

Una segunda línea se abocó al análisis del kirchnerismo y su relación con el peronismo con el fin de dilucidar si se trataba de su superación o de su reactualización. Esta perspectiva abrió grandes interrogantes de fondo sobre la cultura política y la vigencia de las tradiciones en relación a la participación y las modalidades de dominación como factores culturales. Sin dudas, los trabajos de Svampa (2006; 2011) son una de las referencias obligadas; otros, como el de Godio (2004), el de Godio y Robles (2008) y el de Arzadun (2008) se dedicaron, tempranamente, a la reconstrucción de esos procesos y al estudio de sus efectos en el conglomerado interno kirchnerista. Novaro (2011) y Tonelli (2011) también analizaron las tensiones entre kirchnerismo y peronismo señalando las características emergentes, en especial aquellas vinculadas con el concepto nativo<sup>1</sup> *batalla cultural*. Si ambos optaron por una explicación de tipo institucionalista, Forster (2010), González (2011), Rinesi (2011) y Sarlo (2011) se inclinaron, en cambio, por una de tipo culturalista.

Una tercera línea de investigación se concentró en un viejo problema de la sociología argentina: el populismo. Al respecto, la discusión radicó en cómo pensarlo: lógica política y conformación de identidades populares, tradición política o gramática de acción. A raíz de esta disyuntiva, algunos autores mantuvieron sus diferencias, a pesar de compartir la preocupación por su reactualización y por los sentidos en que el kirchnerismo podría explicarse en función dicho concepto. Entre ellos, Laclau (2005), Biglieri y Perelló (2007), Aboy Carlés (2005). En consonancia con esta línea, algunos trabajos se interrogaron por la conformación de la hegemonía (Muñoz, 2007; 2010; Muñoz y Retamozo, 2008). Asimismo, Retamozo indagó sobre la constitución de las políticas desde la perspectiva de los sujetos políticos. En torno al populismo como tradición están Rinesi, Vommaro y Muraca (2008) por un lado, y Follari (2010) por el otro. Por último, sobre la discusión de la gramática de acción, encontramos los aportes de Pérez y Natalucci (2010, 2012) y Natalucci (2012 *a* y *b*) respecto

---

<sup>1</sup> La utilización expresiones nativas en cursiva conforma un recurso narrativo para resaltar que su enunciador son los actores sociales estudiados y no los investigadores que han escrito el artículo.

de la institucionalización de procesos de movilización en el régimen político de gobierno.

Una última línea de investigación se dedicó al estudio de la interacción entre el gobierno y las organizaciones. Al respecto primaron dos miradas: “desde arriba” y “desde abajo”. Mientras la primera adoptó el término de cooptación para explicar la dinámica política de las organizaciones sociales, la mutación en las formas de acción y su revisión del posicionamiento frente al espacio político, la segunda analizó sus procesos internos a partir de sus trayectorias y discusiones abiertas sobre la autonomía y heteronomía.

Quisiéramos agregar que, si bien este artículo intenta sistematizar las principales líneas de investigación en torno a ciertos debates, de ninguna manera pretende agotar toda la producción sobre el kirchnerismo. En todo caso, presenta el estado actual del tema con la intención de favorecer el intercambio entre los investigadores sociales.

## La conformación del campo de estudios en torno a los movimientos sociales

A partir del segundo lustro de los noventa, con la emergencia de las organizaciones de trabajadores desocupados, empezó a delinearse un nuevo campo de estudios. En adelante, las nuevas formas de protesta del mundo popular se explicaron por la combinación de transformaciones políticas y reconfiguración subjetiva (López Maya, 1999, 2002; Ceceña, 2002; Seoane, Taddei y Algranati, 2001). La premisa indicaba que, si bien los cambios económicos –en especial los altos niveles de desocupación– eran necesarios para comprender las formas emergentes de acción colectiva, no eran suficientes, pues aquellas se articulaban sobre tradiciones, identidades aprendidas por los actores que delimitaban los márgenes de la acción política.

Desde una perspectiva sociológica, los análisis se concentraron en las modalidades organizativas, los repertorios de acción y los procesos de redefinición identitaria. La premisa principal señalaba que el quiebre del sistema de integración social –desempleo, retraimiento estatal de la protección social y laboral y descolectivización del reclamo económico y político de la población asalariada– había incidido en la configuración de una territorialización de la acción



colectiva donde los sectores populares reorientaron sus experiencias y expectativas de acción hacia entornos cotidianos. Giarracca (2001, 2002), Auyero (2002, 2004), Svampa y Pereyra (2004), Delamata (2004, 2005), Merklen (2005) y Delamata y Armesto (2005) fueron pioneros en esta perspectiva.<sup>2</sup>

En disputa con esta mirada y desde un punto de vista antropológico, Bidaseca (2004), Quirós (2006), Ferraudi Curto (2006), Manzano (2006) y Grimson, Ferraudi Curto y Segura (2009) cuestionaron los enfoques que objetivaban la perspectiva de los actores situada en los propios contextos;<sup>3</sup> postularon, por el contrario, la pertinencia de análisis que enfrentaran la complejidad de las relaciones sociales desplegadas en los escenarios localizados. De ahí que estos trabajos propusieran ciertos desplazamientos: del actor colectivo a personas inscriptas en tramas sociales, de la identidad colectiva a las diversas lógicas de sentido que articulan lo cotidiano y que hacen posible la existencia de las organizaciones populares y sus acciones de lucha. Cabe destacar que esta intención recayó en una homogeneización no del discurso de los dirigentes de los movimientos, sino en el de sus “bases” (Pinedo y D’Amico, 2009).

En general, ninguno de los dos tipos de estudios se enfocó sobre las identidades nacional-populares ni sus gramáticas de acción. Tal vez las dos excepciones sean el libro de Svampa y Pereyra (2004), quienes abordaron las trayectorias organizacionales y la identificación de las matrices ideológicas que atravesaban el espacio piquetero –populista, clasista y nueva izquierda–, y el de Pereyra, Pérez y Schuster (2008) que analizaban las gramáticas de acción características de las organizaciones autonomista, movimentista y clasista.

---

<sup>2</sup> En relación a esta perspectiva sociológica se constituyeron otras dos. Una orientada al análisis de los eventos de protestas, que en general tomaban períodos de mediano alcance posibilitando la identificación de continuidades y rupturas (Auyero, 2002; Schuster y Pereyra, 2001; Schuster, 2005; Schuster y otros, 2006; Barrera y Stratta, 2009). La segunda se inclinó a pensar la vigencia de las vertientes del movimiento obrero. Por un lado, Farinetti (1999) se dedicó a la continuidad y ruptura entre el movimiento obrero y el piquetero. Por otro, Iñigo Carreras y Cotarelo (1998, 2000, 2006), Izaguirre (2002) y Maceira y Spaltenberg (2001) plantearon que entre ambos movimientos podía encontrarse una relación de plena contigüidad: el piquetero era la forma que cobraba el obrero en esa coyuntura.

<sup>3</sup> Una de las principales objeciones a los estudios sociológicos remitía a la “sociología de los liderazgos” por la cual las palabras de los líderes y referentes “a través de una operación metonímica asumen la voz del movimiento” (Quirós, 2006: 25).

## Sistema político y liderazgo kirchnerista

Esta línea de investigación, proveniente de la ciencia política, pone el énfasis en la dinámica política, específicamente en el liderazgo de Néstor Kirchner. La mayoría ha centrado su explicación en la recuperación del sistema político, en el restablecimiento de la autoridad que, aunque sobre bases distintas que en el pasado, aquel habría logrado.

Una de las interpretaciones lee el proceso como el intento de reordenar las fuerzas internas en el peronismo. Así, por un lado, se presume que proyectos como el de la transversalidad reemplazan, en el nivel colectivo, la matriz clientelar con la cual el Partido Justicialista (PJ) había gobernado en años pretéritos: a cambio de este apoyo político, se permitía que las organizaciones –siempre y cuando accedieran a desmovilizarse– participaran de la ejecución de programas sociales. Al respecto, en un primer trabajo, Piva señala que las jornadas de diciembre de 2001, por su bajo nivel de organización, la descoordinación de sus acciones y la escasa articulación de demandas heterogéneas, contribuyeron a que la resolución de la lucha de clases en el plano político se desarrollara dentro del peronismo (2009: 24).

Por su parte, Torre (2004) menciona que Kirchner se propuso avanzar en la transversalidad desdibujando las fronteras partidarias para generar una operación política cuyo propósito se orientaba a compensar el déficit fundacional de apoyo de su gobierno y a encaminar un proceso de transformación en el justicialismo. Cheresky (2004, 2006) sostiene que Kirchner había tomado una serie de medidas que aumentaron rápidamente su popularidad generando un electorado “poselectoral”, entre estas se encontraba generar la sensación de mayor participación de las organizaciones en cuestiones de Estado. Para Quiroga (2004) esa operación implicaba una reactualización de la tradición política populista, en tanto se arrogaba la representación del pueblo a través de la acción directa y plebiscitaria.

Otra de las interpretaciones buscó dilucidar las mutaciones en los mecanismos de representación. Slipak, por ejemplo, se concentra en el vínculo representante-representado partiendo de la crisis de representación que caracterizó los primeros años del siglo XXI y que implicó “un cuestionamiento *per se* del lazo representativo” (2005: 2), por lo que los esfuerzos de Kirchner se orientaron a la recomposición de dicho lazo. La autora se dedica a reconstruir las fronteras externas e



internas propias del juego de toda identidad política, en tanto sostiene que la reconfiguración del liderazgo kirchnerista se inscribió en la tensión del mismo.

Una última interpretación pone énfasis en la conformación del liderazgo de Kirchner. Ollier sostiene que dicho proceso se fundamentó sobre dos estrategias, la primera “en sintonía con la opinión pública, la transversalidad y los piqueteros afines” (2005: 7) se dispuso frente a la corporación política, por lo que Kirchner se ubicó como un *outsider* de las estructuras del peronismo que habían gobernado hasta entonces. La segunda estrategia, y en un contexto diferente por la necesidad del acuerdo con el FMI y la cercanía de las elecciones intermedias, fue que Kirchner intentó reconstruir su jefatura partidaria. La primera estrategia es compartida por Cherny, Feierherd y Novaro, para quienes Kirchner se posicionó “como mediador entre la opinión pública y los poderes institucionales” (2010: 28), a su vez, redujo “el número y autonomía de las instancias de negociación con sus bases de apoyo, tanto parlamentarias como provinciales y sectoriales” (2010: 29), lo que aparejó una concentración de poder en el poder ejecutivo.

## Las dimensiones políticas del kirchnerismo

En esta línea encontramos dos perspectivas: la reflexión sobre la relación entre el kirchnerismo y el peronismo en vistas a la cultura política, y la discusión acerca del populismo y su actualidad.

Respecto de la primera, Svampa (2006, 2011) identifica una suerte de “peronismo infinito”, entendiendo por tal un “partido del orden” con la capacidad de reconstruir la crisis de hegemonía explicitada en 2001. Desde este punto de vista, el realineamiento de algunas organizaciones en torno al gobierno es posible por la reactivación de la tradición nacional-popular, sepultada en los años neoliberales, y emergente en el nuevo escenario regional con la figura destacada del presidente venezolano Hugo Chávez. La estrategia de Kirchner no solo implicaba la cooptación y disciplinamiento de las organizaciones “filopopulistas”, sino también la demonización de las organizaciones críticas, cristalizadas en el avance de la judicialización de los conflictos sociales. En definitiva, su estrategia, además de las divergentes vertientes ideológicas del movilizado campo multiorganizacional,

desvaneció la posibilidad del surgimiento de un nuevo sujeto político que pudiera encarnar la fuerte expectativa de cambio que recorría la sociedad argentina (Svampa, 2006).

Dentro de la preocupación por la cultura política, Novaro (2011) postula que Kirchner orquestó una reconfiguración política dentro del peronismo reproduciendo un consenso tradicional asentado principalmente en el PJ y afirmándose sobre un nacionalismo antiliberal y antinorteamericano, un intervencionismo patrimonialista que canalizó una articulación tan coyuntural y precaria como la que en los noventa sostuvo el menemismo. El autor señala que la posibilidad de controlar el peronismo radicó en la invención de un relato, no en tanto discurso sino en el sentido de una utilización instrumental de las históricas banderas del partido “del pueblo”, con el objeto de consolidar el control monopólico del aparato estatal. Al respecto, Novaro (2011) afirma que con la muerte de Kirchner se dieron un inesperado renacer del apoyo al gobierno de Cristina Fernández así como el énfasis en lo que se denomina la *batalla cultural*. De esa forma, la creciente concentración de poder aparejó un progresivo abandono de la apuesta inicial por lograr confluencias y articulaciones entre tradiciones heterogéneas, reduciendo la capacidad de diálogo entre la elite kirchnerista y actores diversos de la sociedad, polarizando el campo político, descalificando y excluyendo de los espacios públicos a sus adversarios.

De acuerdo a este enfoque, la concentración del poder está equiparada a una disfunción del sistema político que sucumbiría frente a un populismo concentrador y poco afecto a practicar la política por las vías institucionales. Como explica Tonelli (2011), la característica sobresaliente es la concentración inaudita de poder en el vértice de la pirámide del gobierno, que constituye un núcleo decisional configurado por pocas personas. De allí que en lugar de replicar en su crecimiento el *Big Bang* al que aspira toda fuerza política para expandirse, diferenciarse y jerarquizarse, el oficialismo exhibe más un *Big Crunch*, entendiendo por tal la ruptura de sus alianzas iniciales. Según esta perspectiva, el kirchnerismo ha innovado en la definición de la arquitectura del poder, constituyó un núcleo duro pequeño ejerciendo una atracción gravitatoria muy fuerte sobre una variedad de planetas y satélites políticos con los que ha trabado una relación bilateral. En resumen, se presenta como un intenso fenómeno de poder a secas antes que como una voluntad de construcción política e institucional



con aspiraciones a cierta permanencia. A partir de la construcción de una lógica de no innovar con sus aliados, habría instaurado una lógica del conflicto en la que, en su escueta institucionalidad, se ve compelido a demostrar predominio en cada conflicto que se presenta o que genera, en ocasiones, para demostrar esa preminencia. En este plano Tonelli ensaya una nueva conceptualización del kirchnerismo: no es *populismo* sino *gentismo*, en tanto fenómeno que no reconoce la centralidad del pueblo, sino una sucesión de momentos donde el gobierno afirma hacer lo que la gente quiere.

Alejados de esta mirada de corte institucionalista, otros autores retoman la cuestión de la *batalla cultural* y la recuperación de lo político que instaló el kirchnerismo en su praxis. En esta línea se encuentran los trabajos de Forster (2010), González (2011) y Rinesi (2011), quienes problematizan distintas dimensiones donde el kirchnerismo rompe con el pasado reciente. Tal vez la más osada al respecto haya sido Sarlo (2011) quien, aun con un posicionamiento ideológico diferente, postula que el kirchnerismo se ha conformado en una nueva hegemonía cultural.

Hay dos pioneros en esta discusión sobre la cultura política: Godio (2004; Godio y Robles, 2008), y Arzadun (2008). El trabajo del primero es muy interesante en el sentido de reconstruir las diferentes vertientes que integraron el kirchnerismo, como las organizaciones sociales, sindicales y partidarias. El segundo se dedicó a dilucidar los vínculos entre aquel y el Partido Justicialista matizando algunas declaraciones que mencionaban su desaparición llana. Si bien ninguno de los dos autores brinda propuestas explicativas, sí ofrecen un material valioso por la cantidad de datos que incluyen.

## La reactualización del populismo como clave analítica

Con la emergencia del kirchnerismo y las transformaciones en el espacio multiorganizacional, se abrió un debate en torno a la reedición del populismo y en qué medida aquel se inscribe en dicha tradición. Sin embargo, como es sabido, la misma tiene un estatuto excesivamente polisémico, además de atribuciones negativas. En general, ha sido pensada en tres claves: como liderazgo, lógica de constitución de identidades y gramática política. Estas dos últimas son las que tienen mayor gravitación en los estudios sobre el kirchnerismo.

Algunos investigadores, basándose en la obra de Laclau, retoman esa discusión en su clave ideológica, principalmente por su último libro *La razón populista* (2005). Dicha perspectiva se orienta a la reflexión sobre la constitución del sujeto popular o, en otros términos, sobre el pueblo como polo de interpelación política. En dicho libro, Laclau se interroga acerca de la lógica de formación de las identidades colectivas y desmenuza críticamente los presupuestos peyorativos que arrastran el concepto de populismo y los fenómenos políticos asociados a él. En relación al primero, estos lo refieren como vago e indeterminado respecto del público al que se dirige, su discurso y postulados políticos; en relación a los segundos, como concebidos cual mera retórica. Contrariamente, Laclau (2005) propone que la vaguedad y la indeterminación no constituyen defectos de un discurso sino que están inscriptas en la realidad social como tal. Por ello, en lugar de considerar la retórica cual parásito de la ideología, debe concebírsela como la anatomía del mundo ideológico.

Uno de los aportes en esta línea de investigación lo constituyen el libro de Biglieri y Perelló *En el nombre del Pueblo. La emergencia del populismo kirchnerista* (2007) y el trabajo de Biglieri (2008). Este último sostiene la tesis de que desde Kirchner se articuló una nueva hegemonía a partir de la dicotomización del espacio social entre un “nosotros, el pueblo argentino” y un “ellos, los enemigos del pueblo”: FMI, acreedores de la deuda externa, menemismo, etcétera. La creación de un “pueblo” identificado con el kirchnerismo supuso la agregación de una pluralidad de demandas de diversos movimientos y actores sociales, incluso muchos de ellos históricamente ubicados en la oposición a las coaliciones de gobiernos que luego se integraron al oficialismo. Esta absorción de demandas por parte del gobierno implicó la nominación de los enemigos y también la de los amigos. Si las corporaciones, los genocidas, las empresas de servicios públicos privatizados, la Corte Suprema y el FMI fueron señalados como los enemigos del pueblo argentino, “necesariamente quedaron dentro del campo de los amigos quienes estaban de acuerdo con el presidente” (Biglieri y Perelló 2007: 65).

En coincidencia con dicho enfoque, Muñoz y Retamozo (2008) se abocan al análisis de los discursos de Kirchner señalando ciertos desplazamientos los cuales contribuyeron a moldear los conflictos que erigieron a la clase política como objeto de crítica. Según los autores,



el presidente alcanzó un gran consenso ocupando un lugar central en el escenario político por la convergencia de una serie de procesos que reafirmaba la figura de un pueblo dañado y donde el Estado se comprometía a reparar dicho perjuicio mediante la inclusión social. El desafío de Kirchner se dirigió a atenuar el antagonismo que había surgido del pueblo contra la clase política. Ahora bien, ¿cómo romper con ese antagonismo para desplazarlo, transformarlo y articularlo en beneficio de una construcción política propia? Este fue, para los autores, el interrogante central en la relación del presidente con los movimientos sociales que habían despertado al espectro del pueblo en la reconfiguración de la hegemonía política y habían logrado inscribir la concepción de un pueblo dañado en el espacio social (Muñoz, 2007, 2010). Una cuestión central planteada por Muñoz y Retamozo (2008) es que Kirchner, cuestionando el neoliberalismo y desatando su asociación con la clase política, se apropió del enemigo que había definido muchas posiciones contestatarias desestabilizando sus identidades.

Desde la perspectiva de las organizaciones populares kirchneristas, Orsini (2007) indaga acerca de los significados que estas le atribuyeron al proceso político. La identidad popular que moldeó el kirchnerismo postulaba la reconstrucción de la dignidad, la memoria, la soberanía nacional, la justicia social, entre otros; estos funcionan como significantes vacíos en tanto alientan una práctica hegemónica que redefine las identidades de los sujetos, las fronteras de la comunidad y la reinscripción de las demandas.

En el mismo sentido Aboy Carlés (2005) destaca que con la asunción de Kirchner comenzó a delinearse una doble frontera política. Por un lado, una que excluía un pasado reciente encarnado en el menemismo y las consecuencias sociales del proceso de reformas del mercado operadas durante los noventa; por otro lado, una más ambiciosa que excluía un pasado más remoto referido a la dictadura militar y cuyas consecuencias y efectos se prolongaban hasta el presente.

Complementariamente a los enfoques anteriores planteados desde la dimensión performativa del discurso, Montero (2007) analiza la conformación de un *ethos* militante en el espacio kirchnerista, entendiendo por tal la imagen que el locutor construye de sí mismo en el discurso argumentativo, la clave, a su vez, para comprender las características del liderazgo presidencial en los últimos años. La autora señala que el discurso de Kirchner retomó uno de los rasgos característicos de las

organizaciones políticas de los setenta, que guiaba a los militantes en su práctica política: el ascetismo, la disciplina, la subordinación de lo personal a lo político y un estilo de vida sacrificado.

El análisis de conformación de identidades populares a partir de la dimensión discursiva tuvo mayor desarrollo en torno al realineamiento político que supuso la irrupción de Kirchner en la coyuntura pos crisis de 2001 que en torno a los movimientos sociales. Por ello, el trabajo de Retamozo (2006) realiza un aporte central al restaurar la perspectiva de los movimientos sociales como forma de intervención de los sectores subalternos operando en el espacio de la disputa por el orden social. En esta línea, el autor cuestionó los trabajos que omitían la historicidad de la subjetividad y subrayaban el predominio de las condiciones estructurales en la emergencia de la protesta. Por el contrario, su propuesta suponía la comprensión de la participación política de los sujetos en la articulación entre las acciones disruptivas en el espacio público y las actividades de matriz comunitaria, inscripta en el quehacer del espacio organizacional.

Se mencionó que había varias claves para pensar al populismo, una de ellas se relaciona con la construcción de identidades populares, mientras que otra se orienta a considerarlo como una gramática política. Bajo esta clave, pueden identificarse dos líneas analíticas. Una vinculada a una reflexión general sobre la reactualización que supuso el kirchnerismo de tal tradición política (Rinesi, Vommaro y Muraca, 2008; Follari, 2010); otra, al estudio de dicho fenómeno como una decisión de las organizaciones ante el desafío de reposicionarse frente a un contexto de reflujo de la movilización y de redefinición de sus estrategias políticas frente a un gobierno que construyó su legitimidad de ejercicio contrariando al modelo neoliberal por medio de un imaginario productivista y distributivo que recuperaba buena parte de las demandas que habían permitido la articulación de la protesta (Pérez, 2008).

Dentro de la primera de estas líneas, en la compilación realizada por Rinesi, Vommaro y Muraca hay una pregunta central: qué sentidos dan a la política los actores que intervienen en ella, “quienes *hacen* política” (2008: 9). Lo interesante de esta propuesta es que postula al populismo como una tradición política, como la republicana, la democrática o la liberal. En este sentido, el régimen kirchnerista no es restringido a una sino que el trabajo consiste en indagar sobre la



amalgama de esas tradiciones. Tal vez el mayor aporte que realicen guarde relación con su revisión de la tradición populista y la afirmación respecto de su carácter dual —esto es, como conflicto y como consenso—, lo cual permitiría pensar en procesos destituyentes e instituyentes sin caer en falsas dicotomías. Coincidentemente, Follari (2010) también orienta su esfuerzo a dilucidar los principales rasgos de la tradición populista; en este sentido, un régimen populista puede contener elementos liberales, republicanos y, sobre todo, democráticos. Por las características asumidas por el kirchnerismo, pero fundamentalmente para diferenciarlo de los populismos clásicos (peronismo, varguismo, etc.), el autor adopta el término “neopopulismo”.

En la segunda de las posturas, Pérez y Natalucci (2010, 2012) y Natalucci (2012 *a* y *b*) enfocaron sus investigaciones, desde una perspectiva sociopolítica sobre los vínculos entre las transformaciones de la movilización social, el régimen político y las trayectorias organizacionales, a fin de analizar los procesos de institucionalización que tienen lugar como parte inescindible de cualquier proceso movimientista. Asimismo, con esta misma perspectiva, Pérez y Natalucci (2010) abordan el problema de la transversalidad y la constitución de los frentes kirchneristas desde la mirada de las organizaciones, destacando aquella experiencia como parte del despliegue en un marco de prometido protagonismo.

## La interacción con los gobiernos

Dentro de los estudios sobre el kirchnerismo, esta línea de investigación fue una de las pioneras. El eje de su preocupación era explicar el reposicionamiento de las organizaciones respecto del gobierno, en tanto muchas habían revisado su oposición acérrima mientras otras interpretaban el proceso como la reedición del peronismo clásico. En términos generales, se plantearon dos miradas, una “desde arriba” y otra “desde abajo”, como se explica a continuación.

El enfoque que se fundamenta en un punto de vista “desde arriba” pone de relieve la forma de intervención del Estado como variable explicativa de la acción política de los movimientos sociales y sus organizaciones. En general, toma como clave los intentos de cooptación —en este caso los desplegados por el kirchnerismo— para explicar la

posición de las organizaciones frente a ellos (Campione y Rajland, 2006; Borón, 2007; Battistini, 2007 y Svampa, 2006).

Una primera interpretación al respecto se ligaba a una de las estrategias estatales para responder al problema de la conflictividad social. La activa política de inclusión-cooptación de organizaciones piqueteras o de sus “cuadros” constituía una forma de adscribir la politización de la pobreza en la órbita de injerencia del Estado. Desde esta óptica, las formas de la protesta social se configuraron a partir de la iniciativa de Kirchner de construir la imagen de su gobierno marcando un quiebre con la década neoliberal. Así, para Campione y Rajland (2006) y Battistini (2007), la estrategia de cooptación implicaba que las organizaciones dejaran de lado su rasgo principal: su autonomía con respecto al Estado.

Desde el Estado, con los planes como herramienta fundamental, se emprendió con fuerza un trabajo de recorte de la autonomía de las organizaciones populares, dirigido en especial a los piqueteros, buscando una suerte de pacto en el que la adjudicación de porciones de ayuda social, y un trato más bien benévolo de las manifestaciones callejeras, fueran canjeados por una menor radicalidad de las protestas, que perturbaran lo menos posible el circuito económico y la circulación de pasajeros y, en lo posible, disminuyeran su frecuencia. El camino de la reducción del conflicto va por vía del clientelismo. (Campione y Rajland, 2006: 313)

Como puede observarse, dichas interpretaciones presuponen la reedición del clientelismo como condicionante de la dinámica de las organizaciones piqueteras.

Complementariamente con esta concepción “verticalista” del realineamiento de los sujetos políticos, Borón (2007) sostiene que ese proceso tuvo lugar debido al éxito de la estrategia “burguesa de cooptación y gatopardismo” apoyado sobre la debilidad de las clases populares; esta se manifestaba en tres fenómenos interrelacionados: la fragilidad organizativa, la inmadurez de la conciencia política y el predominio del espontaneísmo como modo de intervención política. Estos tres factores se conjugaron para que el proceso de crisis hegemónica que había surgido en 2001 terminara en un “gatopardismo hábilmente concebido y ejecutado por Eduardo Duhalde y cuyo mayor



beneficiario fue el presidente Néstor Kirchner” (Borón, 2007: 40). Bajo este esquema, dicho gobierno fue una muestra de la impotencia de las clases subalternas para imponer sus intereses, por un lado, y de la estrategia de los sectores dominantes de “cooptar” a algunos de los movimientos que habían cuestionado el orden neoliberal, por otro. En esta lectura la cooptación es atribuida no solo a una estrategia “desde arriba”, sino también a la debilidad de las organizaciones y las clases subalternas que ante la falta de un proyecto propio se acoplaron a la estrategia de la burguesía de contención del conflicto.

En abierta discusión con esta perspectiva, otros investigadores sociales han analizado ese proceso desde el punto de vista de las organizaciones, de ahí que les atribuyamos una mirada “desde abajo”. Así, Massetti (2009) y Gómez y Massetti (2009) lo estudian de acuerdo a los cambios en las organizaciones —en especial las piqueteras—, las cuales se consideran teniendo en cuenta tres instancias: confrontación, “ongización” e inserción. La primera remite a la estrategia de disputa callejera de las organizaciones frente al gobierno. La segunda, al impacto en las organizaciones que adoptaron la forma de ONG para captar recursos a partir de la oferta de programas sociales, asignando parte de sus cuadros a su administración. La tercera alude a la incorporación de cuadros políticos y técnicos de las organizaciones a las distintas áreas del gobierno.

En la reflexión acerca del problema de la interacción organizaciones-gobierno se reactualiza un debate de larga data: la autonomía o heteronomía de los movimientos. Si por la primera puede entenderse una “forma de construcción de una estrategia independiente, de autogestión, con reticencias a participar del Estado y sus áreas [, por la segunda, una] estrategia heterónoma [que] organiza su intervención teniendo como horizonte la generación de dispositivos que puedan institucionalizarse” (Natalucci, 2010: 92). Partiendo de esta última posibilidad, las organizaciones contarían con una capacidad para instalar una estrategia tendiente a generar dispositivos que pudieran ratificar, instaurar o redefinir derechos, al mismo tiempo que sostener experiencias plurales que rearticulasen las diferencias, sin subsumirlas en una unidad totalizadora. En definitiva, proponer un nuevo modo de institución política (Natalucci, 2010).

La mayoría de las investigaciones que se inscribieron en esta perspectiva se concentraron en un mismo problema: la participación de las organizaciones kirchneristas en el gobierno, específicamente Barrios

de Pie, del Movimiento Libres del Sur. Por un lado, Klachko (2009) se preguntó por la potencialidad de esa participación y su impacto en la construcción de poder obrero. Por otro lado, Perelmiter (2009) analizó las narrativas organizacionales por las cuales se procesó el ingreso en los ámbitos estatales, con las ambigüedades y tensiones propias de dicha lógica. Por último, Cortés (2009) realizó un estudio comparativo entre los Movimientos Evita y Barrios de Pie en pos de considerar sus diferencias acerca de cuál era la concepción de “conflicto” que subyacía a su estrategia organizacional y acerca de cómo pensaban el vínculo entre la organización, el gobierno y el Estado a partir de la noción de autonomía.

Otras investigaciones se orientaron a la problemática de la autonomía/heteronomía de las organizaciones, no con respecto a su participación en alguna área estatal, sino en cuanto a la reformulación de sus horizontes de expectativas, específicamente en lo relativo a la participación y representación en el régimen de gobierno (Natalucci, 2010). En esta línea, Schuttenberg (2008, 2009 y 2011) investiga cómo las diferentes tradiciones e identidades políticas de un grupo de organizaciones que se insertaron en el gobierno de Kirchner como el Movimiento Evita, Libres del Sur y el Movimiento de Unidad Popular, se reconfiguraron en el período pos-2003.<sup>4</sup>

## Reflexiones finales: hacia un enfoque sociopolítico del proceso reciente

El propósito de este trabajo fue sistematizar el campo de estudios sobre el kirchnerismo, atendiendo especialmente a las discusiones en torno al movimentismo y a las identidades nacional-populares. En este sentido, identificamos cuatro líneas de investigación, a saber: la primera dedicada al estudio del sistema político, del electorado y sus incidencias en el ordenamiento de la coalición de gobierno; la segunda, al análisis del kirchnerismo y su relación con el peronismo en términos de las transformaciones en la cultura política y la vigencia de las

---

<sup>4</sup> Esta cuestión se desarrolla en el artículo de este mismo libro: “Resistimos en los noventa...” de Mauricio Schuttenberg, que se centra en la identidad “nacional popular” desde la perspectiva de las organizaciones.

tradiciones; la tercera, al abordaje del problema del populismo con la complejidad que supone su carácter polisémico; la cuarta, al estudio de la interacción entre el gobierno y las organizaciones.

Respecto de esta última podemos sacar algunas conclusiones. La primera es que la clave inicial de comprensión de las organizaciones kirchneristas y las transformaciones del movimiento piquetero fue la de cooptación. Luego se discutió este modo de entender la novedad del proceso político intentando despojarse de las posiciones miserabilistas. Así surgió la participación de las organizaciones en el Estado y el impacto de este hecho en su configuración interna y en los sentidos que construían como legitimación de su acción.

En este sentido, la hipótesis de la cooptación no logra captar la complejidad del fenómeno, puesto que no tiene en cuenta las interpretaciones, lecturas y posicionamientos de las organizaciones. No obstante, hubo algunas excepciones que intentaron comprender cuáles eran las motivaciones, tradiciones y racionalidades que movían a las organizaciones en su relación con el kirchnerismo.

Lo cierto es que aún queda mucho por explorar respecto de las organizaciones kirchneristas: la reactualización del movimientismo como modalidad de acción política y la apropiación de la identidad nacional popular. Esto último es central para la comprensión del proceso abierto en 2003, en tanto profundizar el conocimiento del kirchnerismo implica dilucidar cómo las identidades se relacionan y reconfiguran en ese espacio político.

La innegable interpelación que el kirchnerismo produjo en los investigadores no solo en el plano científico o académico, sino también en el político-ideológico, que llevó entre otras cuestiones a que asumieran públicamente su posicionamiento, ha contribuido a la emergencia de una multiplicidad de investigaciones que sin dudas complejizarán el estado actual del tema aquí planteado. En todo caso, esperamos haber contribuido al ordenamiento de ese debate y a trazar algunas líneas productivas de indagación futuras.

## Bibliografía

Aboy Carlés, G. (2005). “Populismo y democracia en la Argentina contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación”. *Estudios*

- Sociales*. Revista Universitaria Semestral. Año XV, 1.º semestre. Santa Fe. Universidad Nacional del Litoral.
- Arzadun, D. (2008). *El peronismo: Kirchner y la conquista del reino*. Buenos Aires: Sudamericana-COPPPAL.
- Auyero, J. (2002). *La protesta. Retratos de la beligerancia popular en la Argentina democrática*. Buenos Aires: Libros del Rojas.
- (2004) *Vidas Beligerantes*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- Barrera, M. y Stratta, F. (2009). *Movimientos y clases sociales. Apuntes para un debate*. Ponencia presentada en el XXVII Congreso ALAS, Facultad de Ciencias Sociales, UBA, Buenos Aires.
- Battistini, O. (2007). “Luchas sociales en crisis y estabilidad”. En Villanueva E. y Massetti A. (comps.), *Movimientos sociales en la Argentina de hoy* (pp. 95-103). Buenos Aires: Prometeo.
- Bidaseca, K. (2004). *Vivir bajo dos pieles... En torno a la resignificación de las políticas sociales y la complejización del vínculo con el Estado. El Movimiento de Trabajadores Desocupados de Solano*. Buenos Aires: Cuadernos de CLASPO-Argentina, N.º 1.
- Biglieri, P. (2008). “El retorno del pueblo argentino: entre la autorización y la asamblea. Barrios de pie en la emergencia de la era kirchneristas”. *Villa Libre. Cuadernos de Estudios Sociales Urbanos*, N.º 2. En línea: <<http://www.cedib.org/wp-content/uploads/2011/11/VillaLibre-2.pdf>>. Consultado el 18-10-2010.
- Biglieri, P. y Perelló, G. (2007). *En el nombre del pueblo. La emergencia del populismo kirchnerista*. Buenos Aires: UNSaM.
- Borón, A. (2007). “Identidad, subjetividad y representación”. En Villanueva E. y Massetti, A. (comps). *Movimientos sociales en la Argentina de hoy* (pp.27-42). Buenos Aires: Prometeo.
- Calderón, F. y dos Santos, M. (comps.) (1987). *Los conflictos por la constitución de un nuevo orden*. Buenos Aires: CLACSO.
- Campione, D. y Rajland, B. (2006). “Piqueteros y trabajadores ocupados en la Argentina de 2001 en adelante. Novedades y continuidades en su participación y organización en los conflictos”. En Caetano, G. (comp.) *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina* (pp. 297-330). Buenos Aires: CLACSO.
- Ceceña, A. (2002) “Rebeldías sociales y movimientos ciudadanos”. *OSAL*, (6), 11-16.



- Cheresky, I. y Blanquer J. M. (comp.) (2004) *¿Qué cambió en la política argentina? Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada*. Rosario: Homo Sapiens.
- (comps.). (2006). *Ciudadanía, Sociedad Civil, y Participación Política*, Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Cherny, N., Feierherd, G. y Novaro, M. (2010). “El presidencialismo argentino: de la crisis a la recomposición del poder (2003-2007)”. *Revista América Latina Hoy*, 54, 15-41. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Colectivo Situaciones (2002). *19 y 20. Apuntes para el nuevo protagonismo social*. Buenos Aires: Ediciones de Mano en Mano.
- Colectivo Situaciones y *Movimiento de Trabajadores Desocupados de Solano* (2002). *La Hipótesis 891. Más allá de los piquetes*. Buenos Aires: Ediciones de Mano en Mano.
- Cortés, M. (2009). *Movimientos sociales y Estado en el “kirchnerismo”*. *Tradición, autonomía y conflicto*. Ponencia presentada en el Primer Congreso Nacional Sobre Protesta Social, Acción Colectiva y Movimientos Sociales. Buenos Aires.
- Delamata, G. (2004). *Los barrios desbordados: las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Eudeba.
- (2005). *Ciudadanía y Territorio*. Buenos Aires: Espacio.
- Delamata, G. y Armesto, M. (2005). “Construyendo pluralismo territorial. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires en la perspectiva de sus bases sociales”. En Delamata, G. (comp.) *Ciudadanía y Territorio. Las relaciones políticas de las nuevas identidades sociales* (pp. 105-155). Buenos Aires: Espacio.
- Farinetti, M. (1999). “¿Qué queda del ‘movimiento obrero’? Las formas del reclamo laboral en la nueva democracia argentina”. *Revista Trabajo y Sociedad*, 1(1), (s. d.) Santiago del Estero.
- Ferraudi Curto, M. (2006). “Lucha papeles en una organización piquetera del sur de Buenos Aires”. En Míguez, D. y Semán, P. (comps.) *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente* (pp. 145-163). Buenos Aires: Biblos.
- Follari, R. (2010). *La alternativa neopopulista. El reto latinoamericano al republicanismo liberal*. Rosario: Homo Sapiens.
- Forster, R. (2010). *La anomalía Argentina*. Buenos Aires: Sudamericana.
- García Delgado, D. (2004). *Estado y Sociedad. La nueva relación a partir del cambio estructural*. Buenos Aires: Flacso-Norma.

- Grimson, A., Ferraudi Curto, M. y Segura, R. (comps.) (2009). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.
- Giarracca, N. y otros (2001). *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país*. Buenos Aires: Alianza.
- (2002). “Argentina 1991- 2001: una década de protesta que finaliza en un comienzo. La mirada desde el interior del país”. *Argumentos*, (1), Buenos Aires. En línea: <<http://revistasiiigg.sociales.uba.ar/index.php/argumentos/article/view/18/15>>. Consultado el 6-3-2013.
- Godio, J. (2004). “Características y futuro de la Mesa Coordinadora (transversal) de apoyo a Kirchner”. *Rebanadas de la realidad*. En línea: <<http://www.rebanadasderealidad.com.ar/godio-21.htm>>. Consultado el 29-11-2011.
- Godio, J. y Robles, A. (2008). *El tiempo de CFK. Entre la movilización y la institucionalización*. Buenos Aires: Corregidor.
- Gómez, M. y Massetti, A. (2009). *Los movimientos sociales dicen. Conversaciones con dirigentes piqueteros sobre el proyecto nacional y latinoamericano*. Buenos Aires: Trilce.
- González, H. (2011). *Kirchnerismo: una controversia cultural*. Buenos Aires: Colihue.
- Iñigo Carrera, N. y Cotarelo, M. (1998). “Los llamados ‘cortes de ruta’. Argentina 1993-97”. Documento de trabajo N.º 14. *Documentos y comunicaciones 1998*. PIMSA (Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina), Buenos Aires, Año 2, N.º 2.
- (2000). “La protesta social en los ’90. Aproximación a una periodización”, *Documento de Trabajo* N.º 27, PIMSA, Buenos Aires.
- (2001). “La protesta en la Argentina (enero a abril de 2001)”. *Razón y Revolución*, (8), 1-12, primavera, Buenos Aires. En línea: <<http://www.razonyrevolucion.org/textos/revryr/luchadeclases/ryr8-12-inigo.pdf>>. Consultado el 18-3-2013.
- (2006). “Génesis y desarrollo de la insurrección espontánea de diciembre de 2001 en Argentina”. En Gateno, G. (coord.) *Sujetos sociales y nuevas formas de protesta en la historia reciente de América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, Grupos de Trabajo, 2006.



- En línea: <<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/grupos/caeta/PICdos.pdf>>. Consultado el 18-10-2010.
- Iuliano, R., Pinedo, J. y Viguera, A. (2008). “Expectativas políticas, teorías y coyunturas en la conformación de un campo de estudios sobre la protesta”. En Camou, A., Tortti, C. y Viguera, A. (coord.) (2008). *La Argentina democrática: los años y los libros* (pp. 281-307). Buenos Aires: Prometeo.
- Izaguirre, I. (2002). “Algunos ejes teórico metodológicos en el estudio del conflicto social”, *Argumentos*, (1), IIGG, Buenos Aires. En línea: <<http://revistasiiigg.sociales.uba.ar/index.php/argumentos/article/view/19>>. Consultado el 6-3-2013.
- Jelin, E. (1987). “Los ausentes: movimientos sociales y participación democrática en Argentina”. En Calderón, F. y dos Santos, M. *Los conflictos por la constitución de un nuevo orden* (pp. 33-55). Buenos Aires: CLACSO.
- (1994). “¿Ciudadanía emergente o exclusión?” Movimientos sociales y ONGs en los años noventa”. *Revista Mexicana de Sociología*, año LVI, (4), (pp. del texto en las que se encuentra el artículo), octubre-diciembre, México.
- Klachko, P. (2009) “Avance de investigación sobre la participación de movimientos de trabajadores desocupados en el gobierno del estado y su impacto en la organización popular. El caso del Movimiento Barrios de Pie”. Ponencia presentada en el IX Congreso de la Asociación Argentina de Estudios del Trabajo (ASET), Buenos Aires.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- López Maya, M. (1999). *Lucha popular, democracia, neoliberalismo: protesta popular en América Latina en los años del ajuste*. Caracas: Nueva Sociedad.
- (2002). “Venezuela: entre protestas y contraprotestas el gobierno de Chávez se endurece y debilita”. *OSAL*, (6), 97-102, Buenos Aires.
- Maceira, V. y Spaltenberg, R. (2001). “Una aproximación al movimiento de desocupados en el marco de las transformaciones de la clase obrera en Argentina”. *OSAL*, (5), 23-28, Buenos Aires.
- Masseti, A. (2006). “Piqueteros eran los de antes: Sobre las transformaciones en la protesta piquetera”. *Laboratorio. Revista de*

- Estudios sobre Cambio Estructural y Desigualdad Social*, (19), Año VII, Universidad de Buenos Aires y Universidad Nacional de Mar del Plata, Buenos Aires. En línea: <[http://www.laboratorio.fsoc.uba.ar/textos/19\\_5.htm](http://www.laboratorio.fsoc.uba.ar/textos/19_5.htm)>. Consultado el 18-10-2010.
- (2009). *La década piquetera (1995-2005)*. Buenos Aires: Editorial Nueva Trilce.
- Montero, S. (2007). *Memorias discursivas de los '70 y ethos militante en la retórica kirchnerista (2003- 2006)*. Trabajo presentado en las Jornadas de Jóvenes Investigadores, Instituto Gino Germani (IIGG), UBA, Buenos Aires.
- Muñoz, M. A. (2007). *Las fronteras de la política y los nuevos espacios para el quehacer político. Argentina 1990-2004*. Tesis doctoral. México: FCPyS, UNAM.
- (2010). *Sísifo en Argentina. Orden, conflicto y sujetos políticos*. Córdoba: Eduvim.
- Muñoz, M. A. y Retamozo, M. (2008). “Hegemonía y Discurso en la Argentina contemporánea. Efectos políticos de los usos de “pueblo” en la retórica de Néstor Kirchner”. *Revista Perfiles Latinoamericanos*, (31), 121-149. México.
- Natalucci, A. (2010). “Aportes para la discusión sobre la autonomía o heteronomía de las organizaciones sociales. La experiencia del Movimiento de Barrios de Pie, 2002-2008”. *Laboratorio. Revista de Estudios sobre Cambio Estructural y Desigualdad Social*, (23), Año XI, 97-112. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires y Universidad Nacional de Mar del Plata.
- (2012a). *Los dilemas políticos de los movimientos sociales. (Argentina, 2001-2010)*. Salamanca: Instituto de Iberoamérica, Universidad de Salamanca.
- (2012b). “Los movimentistas. Expectativas y desafíos del Movimiento Evita en el espacio kirchnerista (2003- 2010)”. En Natalucci, A. y Pérez, G. (eds.) “*Vamos las bandas*”. *Militancia y organizaciones kirchneristas* (pp. 27-53). Buenos Aires: Nueva Trilce.
- Novaro, M. (2011). “La cultura política y el sentido común bajo el kirchnerismo”. En Malamud, A. y De Luca, M. (coords.) *La política en tiempos de los Kirchner* (pp. 129-143). Buenos Aires: Eudeba.
- Ollier, M. M. (2005). “Liderazgo presidencial y jefatura partidaria: entre la confrontación y el pacto (2003-2005)”. *Revista Temas y Debates*, (10), 7-31, Rosario: UNR.

- Orsini, P. (2007). “La demanda social y los límites de lo heterogéneo” (pp. del texto en las que se encuentra el artículo). En Paula y Perelló, G. (comp.) *En el nombre del Pueblo. La emergencia del populismo kirchnerista* (pp. 105-121). Buenos Aires: UNSaM Edita.
- Perelmiter, L. (2009). *Militar el Estado. La incorporación de movimientos sociales de desocupados en la gestión de políticas sociales. Argentina (2003-2008)*. Ponencia presentada en el Primer Congreso Nacional Sobre Protesta Social, Acción Colectiva y Movimientos Sociales. Buenos Aires, 30 y 31 de marzo de 2009.
- Pereyra S., Pérez G., y Schuster F. (2008). *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001*. La Plata: Al Margen.
- Pérez, G. (2008). “Genealogía del quilombo. Una exploración profana por algunos significados del 2001” (pp. del texto en las que se encuentra el artículo). En Pereyra, S., Pérez, G. y Schuster, F. (comps.), *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001* (pp. 29-33). La Plata: Al Margen.
- Pérez, G. y Natalucci, A. (2010). “Reflexiones en torno a la matriz movimientista de acción colectiva en Argentina: la experiencia del espacio militante kirchnerista”. *América Latina Hoy. 2010 a Argentina: la transformación de los consensos políticos*, 54, 97-102. Instituto Interuniversitario de Iberoamérica. España: Universidad de Salamanca.
- (2012). “*Vamos las bandas*”. *Militancia y organizaciones kirchneristas*, Buenos Aires: Nueva Trilce.
- Pinedo J. y D’Amico V. (2009). “*Las organizaciones piqueteras del Gran Buenos Aires y sus diferentes abordajes. Aportes para el debate acerca del estudio de la acción colectiva en Argentina*”. Ponencia presentada en el XXVII Congreso ALAS. Buenos Aires: Facultad de Ciencias Sociales, UBA. 31 de agosto al 4 de septiembre.
- Piva, A. (2009). *Crisis y “potencialidad hegemónica” de las clases dominantes. Un ejercicio comparativo de las crisis de 1989 y 2001 en Argentina*. XII Jornadas Interescuelas de Historia. San Carlos de Bariloche: Universidad Nacional del Comahue.
- Quiroga, H. (2004). “La difícil reforma política. La crisis de representación en debate”. En Cheresky, I. y Blanquer, J. M. *¿Qué cambió en la política argentina? Elecciones, instituciones y ciudadanía en perspectiva comparada* (. pp. 55-81). Rosario: Homo Sapiens.

- Quirós, J. (2006). *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Instituto de Desarrollo Económico y Social (IDES)-Antropofagia.
- Retamozo, M. (2006). *El movimiento de trabajadores desocupados en Argentina. Subjetividad y acción en la disputa por el orden social*. Tesis de Doctorado México: Flacso. [Mimeo].
- Rinesi, E. (2011). “¿Qué es el kirchnerismo?”. En Freibrun, N., Hamawi, R. y Socías, M. (comps.) *Qué es el kirchnerismo. Escritos desde una época de cambio* (pp. 27-41). Buenos Aires: Peña Lillo.
- Rinesi, E., Vommaro, G., y Muraca, M. (comps.) (2008). *Si éste no es el pueblo. Hegemonía, populismo y democracia en Argentina*. Buenos Aires: IEC (Instituto de Estudios y Capacitación)-UNGS (Universidad Nacional de General Sarmiento).
- Sarlo, B. (2011). *La audacia y el cálculo. Kirchner 2003-2010*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Schuster, F. (2005). “Las protestas sociales y el estudio de la acción colectiva”. En Schuster, F., Naishtat, F., Nardacchione, G. y S. Pereyra (comps.) *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea* (pp. 43-85). Buenos Aires: Prometeo.
- Schuster, F. y otros. (2006). *Transformaciones de la protesta social en la Argentina, 1989-2003*. Buenos Aires: GEPSAC (Grupo de Estudios sobre Protesta Social y Acción Colectiva), Instituto de Investigaciones Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. En línea: <<http://webiigg.sociales.uba.ar/iigg/textos/documentos/dt48.pdf>>. Consultado el 18-10-2010).
- Schuster, F. y Pereyra, S. (2001). “La protesta social en la Argentina democrática: balance y perspectivas de una forma de acción política”. En Giarracca N. y otros. *La protesta social en la Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país* (pp. 41-65). Buenos Aires: Alianza.
- Schuttenberg, M. (2008). *Las cuatro caras del enemigo político. Límites y fronteras identitarias en los movimientos sociales nacional-populares*. Ponencia presentada en las V Jornadas de Sociología de la UNLP-I Encuentro Latinoamericano de Metodología de las Ciencias Sociales. La Plata.
- (2009). “Antagonismo, identidad y diferencia. La construcción del enemigo político como puente discursivo de inserción en el

- gobierno de los movimientos sociales nacional populares”. *Oficios Terrestres*, (24), 175-195. La Plata: Edulp.
- (2011). “La reconfiguración de las identidades nacional populares. Los puentes discursivos para el pasaje de tres tradiciones políticas al espacio transversal kirchnerista”. *Sociohistórica*, 41-75. La Plata: Prometeo
- Seoane, J., Taddei, E. y Algranati, C. (2001). “Neoliberalismo, crisis y resistencias sociales en América Latina: las configuraciones de la protesta”. *OSAL*, (5), pp. 45-52, Buenos Aires.
- Slipak, D. (2005). *Más allá y más acá de las fronteras políticas: apuestas de reconstrucción del vínculo representativo en el discurso kirchnerista*. Ponencia presentada en las III Jornadas de Jóvenes Investigadores, IIGG, FCS, UBA.
- Svampa, M. (2006). “La Argentina: Movimientos Sociales e Izquierdas”. *Entre voces. Revista del grupo Democracia y Desarrollo Local*, (5) Quito. En línea: <[http://www.nodo50.org/americalibre/novedades/svampa\\_180406.htm](http://www.nodo50.org/americalibre/novedades/svampa_180406.htm)>. Consultado el 29-11-2010.
- (2011). “Argentina, una década después. Del «que se vayan todos» a la exacerbación de lo nacional-popular”. *Nueva Sociedad*, (235).
- Svampa, M. y Pereyra, S. (2004). *Entre la ruta y el barrio: la experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.
- Tonelli, L. (2011). “Prefacio” (pp. 9-15). En Malamud, A. y De Luca, M. *La política en tiempos de los Kirchner*. Buenos Aires: Eudeba.
- Torre, J. C. (2004). *La operación política de la transversalidad. El presidente Kirchner y el partido Justicialista*. Texto revisado de la intervención en la conferencia “Argentina en perspectiva”, organizada por el Centro de Estudiantes de la Universidad Torcuato Di Tella, noviembre 2004. (Mimeo).

## **“KIRCHNERISMO”: GOBIERNO, POLÍTICA Y HEGEMONÍA\***

María Antonia Muñoz y Martín Retamozo

En el 2001 nadie hubiese imaginado que la política argentina se vería marcada, abordada –y desbordada– por un nombre: “Kirchner”, su derivación en una letra, “K”, y en un “ismo” capaz de recomponer identidades que parecían astilladas. Las movilizaciones decembrinas, claramente destituyentes de la agonía neoliberal, no registraron nombres propios a la vez que actualizaron novedosas nominaciones de la emergencia –“piqueteros”, “caceroleros”, “asambleístas”, “ahorristas”–, difusas y fugaces, potentes e inestables. La expansión horizontal de la demanda popular, el ruido, el grito, la negatividad producida por el neoliberalismo en sus diferentes modos, no encontraron –tal vez simplemente porque no buscaron– una figura que sintetizara y encarnara esa potencia plebeya capaz de cuestionar tanto las consecuencias del neoliberalismo como su agotamiento en tanto promesa de plenitud. Los nombres propios de la política parecían condenados al ostracismo o al escrache.

---

\* Este trabajo se basa en la ponencia homónima presentada en las VII Jornadas de Sociología de la UNLP: “Argentina en el escenario latinoamericano actual: debates desde las Ciencias Sociales”. La Plata, 5 al 7 de diciembre de 2012.

Pero la dinámica de lo impensado tenía reservada una nueva jugada. La asunción de Néstor Kirchner el 25 de mayo de 2003, luego de una serie de deserciones y acuerdos, apuestas y audacias, marcó la apertura de un nuevo tiempo político. En la actualidad, después de casi una década de gobiernos con presidentes que poseen el apellido –la marca– “Kirchner”, el kirchnerismo adquiere una ineludible entidad propia como tiempo histórico, como época. El agente de la irrupción fue lentamente conformándose en un doble registro: mientras que las decisiones provenían de una persona –titular del Ejecutivo y de estilo decisionista–, su nombre se iba conformando como superficie de inscripción de múltiples demandas, identidades, proyectos y programas, odios y sospechas.

Incluso en los últimos años, se dejó entrever que, a pesar de que este fenómeno tiene un nombre particular, puede existir sin los cuerpos que lo han encarnado como portadores de la letra. La muerte de Néstor Kirchner, lejos de debilitar la función política del nombre, lo elevó a la categoría de mito, en parte por la movilización social y simbólica en torno a sus exequias. Asimismo, en los últimos discursos, la presidenta Cristina Fernández de Kirchner insinuó que no buscaría reformar la Constitución para presentarse a las elecciones de 2015, aunque también argumentó la necesidad de la constitucionalización de ciertas políticas como garantías de su perdurabilidad. Por medio de diversos gestos –no solo los expresados en las intervenciones orales, sino aquellos como el otorgamiento de cargos públicos a jóvenes–, el Ejecutivo ha convocado a un “trasvasamiento generacional” –caro a la historia del peronismo– que, si no se redujera a un mero gesto “esteticista”, permitiría la renovación de los liderazgos, la pluralización de las posiciones y la independencia del proyecto de los particulares.

Con el kirchnerismo dominando la escena, el presente trabajo se propone contribuir a su discusión indagando en las gramáticas de producción política que lo generan y que este articula. Para lograr dicho objetivo utilizaremos un conjunto de categorías de la teoría política contemporánea. En el primer apartado desarrollaremos conceptos clave como “hegemonía” y sus distintos sentidos, y la diferencia entre “la política” y “lo político”. Esto permitirá guiar las reflexiones del segundo apartado, donde nos preguntamos por las lógicas políticas que ayudan a comprender la conformación del kirchnerismo como experiencia política. Allí recuperamos preguntas por la dimensión

hegemónica del kirchnerismo y la relación con los movimientos sociales, las corporaciones y la ciudadanía. En el tercer apartado desarrollamos la idea de que las diferentes formas de vinculación política que permiten al kirchnerismo permanecer como protagonista de la escena pública se dan en un marco de interpelación –a partir de lo afectivo, lo simbólico y lo institucional– a lo nacional y popular. Desde este lugar el kirchnerismo logró *condensar* gran parte de las transformaciones claves del escenario político. Así, no solo representó y tramitó demandas, sino que también creó muchas de ellas, promovió la existencia de ciertas fuerzas políticas y desarticuló otras. Como consecuencia, se convirtió en la experiencia que marcó el final de una etapa y el inicio de otra –“pos-2001”–, y pudo lograrlo a través de la reconstrucción de procesos identitarios y la puesta en funcionamiento de esas lógicas políticas.

## Kirchnerismo, ¿una nueva hegemonía?

La palabra “hegemonía” se ha constituido en una referencia ineludible en el debate sobre el kirchnerismo. Editoriales de los grandes diarios, intervenciones de políticos opositores e incluso pronunciamientos colectivos de intelectuales refieren –casi en tono de denuncia– que el kirchnerismo constituye “una hegemonía”. No obstante, la categoría “hegemonía” requiere de ciertas precisiones conceptuales para constituirse en un elemento analítico capaz de permitirnos comprender aspectos del proceso político actual. Ernesto Laclau, sin dudas, ha sido el autor que con mayor rigor la ha desarrollado, nutriéndose de las contribuciones realizadas en el campo de la teoría política marxista, fundamentalmente a partir del trabajo de Antonio Gramsci. Desde *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* (Laclau y Mouffe, [1985] 2004),<sup>1</sup> hasta *La razón populista* ([2004] 2005), la noción de hegemonía dominó la escena teórica, a veces como preocupación central y otras como cuerpo conceptual que guió el abordaje de otros problemas –como es el caso de los estudios sobre la forma populista de la política–.

---

<sup>1</sup> Cuando se considera necesario se consigna el año de la primera publicación entre corchetes, además de figurar en la referencia parentética el de la edición con la que se ha trabajado.

En términos generales, Laclau define a la hegemonía como una lógica política que opera en la relación entre elementos particulares, más concretamente cuando uno de ellos abandona su positividad o singularidad para convertirse en el locus de efectos universalizantes (Laclau, [2000] 2003: 63). En palabras del autor: “He definido a la hegemonía como una relación por la cual cierta particularidad pasa a ser el nombre de una universalidad que le es enteramente inconmensurable” (Laclau, [2004] 2008: 355). Ahora bien, esta lógica hegemónica que formalmente liga lo particular y lo universal es utilizada para dar respuesta a diferentes planteos teóricos y de allí opera para la comprensión de distintos procesos políticos. En primer lugar, la categoría de hegemonía se vuelve un concepto para analizar la re-institución del orden social (Howarth, 2008: 336-337; Dyrberg, 2008: 303 y Marchart, 2009: 195).

En este sentido se comprende uno de los campos conceptuales en los que la categoría de hegemonía cobra un contenido específico: como concepto ontológico se refiere a una lógica perteneciente a “lo político”. La distinción entre “lo político” y “la política” encuentra aquí relevancia central para diferenciar estos campos conceptuales en los que juega dicha categoría. La teoría política contemporánea —en especial posestructuralista— caracteriza a “lo político” como un momento instituyente y productor del orden social, mientras que reserva la denominación de “la política” para denominar al subsistema de instituciones de administración, gestión y toma de decisiones colectivamente vinculantes (Lefort, 1990: 187) Norbert Lechner (1996), Benjamín Arditi (1995), Slavoj Žižek (2001), Chantal Mouffe (2007) y Oliver Marchart (2008 y 2009). Lo político se relaciona a un “intento de domesticar la infinitud, de abarcarla dentro de la finitud de un orden. Pero este orden —o estructura— ya no presenta la forma de una esencia subyacente de lo social; es, por el contrario, el intento de actuar sobre ‘lo social’ de hegemonizarlo” (Laclau, [1990] 2000: 105).

“Lo político” adquiere, a su vez, una doble inscripción. Por un lado nos habla de la presencia de la interrupción y el conflicto, el cuestionamiento de los sentidos dominantes en cualquier espacio de la trama social. Por otro lado, refiere al lugar instituyente de la sociedad en tanto momento de configuración de una articulación discursiva —la sociedad o el orden social— a partir de la producción de puntos nodales que fijan la cadena de significados. De este modo lo político tiene “el status de

una ontología de lo social” (Laclau y Mouffe, [1985] 2004: 14) y evidencia “la primacía de lo político sobre lo social” (Laclau, [1990] 2000: 50), en su doble inscripción. “Hegemonía significa [...] la articulación contingente de elementos en torno de ciertas configuraciones sociales –bloques históricos– que no pueden ser predeterminadas por ninguna filosofía de la historia y que está esencialmente ligada a las luchas concretas de los agentes sociales” (Laclau, [1990] 2000: 194).

No es muy difícil evocar el período de crisis condensado en diciembre de 2001 como la presencia del momento de dislocación de la hegemonía neoliberal y la apertura a luchas políticas por reinstaurar el orden social. Esto nos habla de una de las dimensiones de “lo político” como momento destituyente, como la emergencia de la negatividad contenida. La presencia de múltiples antagonismos en la escena pública, que pasaron de cuestionar aspectos puntuales del orden –desocupación, pobreza, ajustes– a una impugnación de la totalidad bajo la consigna “que se vayan todos”, es una muestra de este conflicto y sus efectos destituyentes. Esta apertura del orden también evidenció que la capacidad de los actores organizados para generar acciones colectivas de protesta cohabitaba con limitaciones a la hora de proponer un proyecto con vocación hegemónica. A todo ejercicio de una intervención del registro de lo político-destituyente, sobreviene una sutura que procura dotar de fundamentos a la sociedad, configurando los elementos emergentes del antiguo ordenamiento. Esta es la otra cara de lo político, la reinstaurante. El ejemplo más claro de esta lógica es la necesidad de una nueva constitución luego de la irrupción de un momento revolucionario. Sin embargo, la reconfiguración del ordenamiento tiene distintas dimensiones –la convertibilidad como política y como imaginario, por ejemplo, funcionó de punto nodal del orden neoliberal, pero no agota al neoliberalismo–. La hegemonía implica una práctica de articulación a partir de los elementos existentes en una nueva configuración que reordena aspectos de la sociedad. En este sentido, puede pensarse la reconstrucción de una nueva hegemonía que opera como cierre –siempre parcial y precario– de la crisis de 2001 y como salida de la configuración neoliberal hacia un devenir-otro posneoliberal. La reconfiguración no implica necesariamente la ruptura radical con el orden anterior, toda operación hegemónica trabaja con los elementos presentes en el ordenamiento previo y ciertas estructuraciones de larga duración permanecen o



aparecen bajo modos híbridos. La discusión sobre el “modelo” –modo de acumulación o régimen político– ubica la cuestión en el análisis de las formas en que se han reestructurado relaciones sociales –políticas, económicas, culturales– en los diferentes momentos de la poscrisis. De allí la polémica entre el énfasis en las continuidades o la primacía de las rupturas con respecto al neoliberalismo.

La irrupción de lo político que propone modos refundacionales de la comunidad política adquiere un estatus ontológico que, como sabemos desde Heidegger, solo puede manifestarse deficitariamente en el plano óntico –y que en este caso adquiere la forma de la invocación de lo nacional-popular–. Así analizado, el kirchnerismo resulta el vehículo mediante el cual se ejerce una operación propia de lo político en un terreno que es contingente en términos lógicos, pero que depende de las condiciones de posibilidad y la presencia de los otros agentes que disputan. En este contexto el kirchnerismo propuso una intervención política que se plasmó en discursos, políticas públicas y gestos que tuvieron un horizonte hegemónico.

La resignificación del Estado como garante de derechos y como mito de plenitud, la atención o apropiación de ciertas demandas surgidas en el espacio público –derechos humanos, derechos de “minorías”, la redistribución de los recursos públicos como derecho– y la integración latinoamericana como estrategia geopolítica –no solo por medio de los acuerdos comerciales, sino también de la construcción de un vínculo político con los países latinoamericanos– se cuentan entre los tantos elementos amalgamados en un discurso que proveyó nuevos sentidos a una estructura dislocada. Estas concreciones, que (re)estructuran el ordenamiento social –o al menos parte de él–, son una clara muestra de que la dimensión ontológica de la hegemonía –como problema de la institución del orden– no puede pensarse escindida de la dimensión óntica –la política–. En definitiva, es a través de esta última dimensión que se manifiesta o se encarna lo ontológico –lo político–, en tanto no tenemos acceso directo a ello.

El análisis de la intervención política del kirchnerismo nos indica, en este nivel, la presencia de una nueva hegemonía parcial por definición, donde se producen una serie de suturas del orden anterior. En este punto conviene dejar sentado que es la misma estructura de lo político la que exige una intervención hegemónica como cierre, como un modo de detener el juego de las diferencias y proponer los fundamentos par-

ciales que organizan la comunidad política. Por lo tanto, no se trata de analizar si un orden es hegemónico o no, sino de indagar qué tipo de estructuración de relaciones sociales produce, qué sentidos ordenadores y su vínculo con la dimensión democrático-igualitaria.

Las posiciones que denuncian al kirchnerismo como un proyecto hegemónico lo hacen en tanto sinónimo del ejercicio de una política autoritaria. Si bien esto desvirtúa el concepto, nos lleva a explicitar qué se entiende por hegemonía como práctica política: “hegemonía es, simplemente *un tipo de relación* política; una *forma*, si se quiere, de la política” (Laclau y Mouffe, [1985] 2004: 183). La política, que contiene la lógica de la hegemonía, es aquella que busca proveer de ciertos sentidos particulares a significantes como democracia, pueblo, justicia social, inclusión, nación, entre otros. Esta capacidad de producir una superficie de inscripción dotando de universalidad a términos particulares caracteriza la lógica de la hegemonía en el campo de la política y la distingue de otras lógicas políticas como la de los movimientos sociales, la corporativa y la institucional. En este sentido, “hegemonía” reelabora de algún modo la teoría del consenso, avanzando en la precisión de la lógica misma de la producción de los sentidos comunes como un modo de representar a una sociedad cada vez más plural o que muestra cada vez más sus diferencias.

Lo político y la política constituyen una doble dimensión que no puede pensarse de forma separada, porque planea en el terreno de la teoría política la relación entre lo ontológico y lo óntico. Sin embargo, denominar “hegemonía” a la totalidad social configurada a partir de intervenciones políticas, pero que se materializa en un modo particular de estructuración del orden social o, en cambio, referirse a “hegemonía” como una práctica en el campo político que consiste en la producción de significantes tendencialmente vacíos para representar particularidades heterogéneas, confiere al concepto diferente estatus. La confusión entre ambos usos produjo dificultades para determinar los alcances de la categoría.

El tercer campo teórico en el cual ha influido el concepto de hegemonía es el de las identidades políticas. “La hegemonía no es, por consiguiente, una relación de alianza entre agentes sociales pre constituidos, sino el principio mismo de constitución de dichos agentes” (Laclau, 1985: 21), “hegemonía es la construcción de nuevos sujetos” (1985: 30).

La pregunta por la conformación de los sujetos políticos ubica a la categoría en otro terreno y, en nuestro caso, echa luz sobre otras de las dimensiones del kirchnerismo: tanto su estatus como identidad colectiva y su encarnación *qua* sujeto popular como su vínculo con actores y prácticas políticas concretas. Las tres dimensiones de la hegemonía —como lo político, la política y los sujetos políticos— se conjugan en el proceso político abierto en 2003 y nominado como kirchnerismo. La disputa por la configuración del orden —lo político— adquiere concreción en la política, donde diferentes proyectos disputan la hegemonía. La relación entre la política y los sujetos, sin embargo, es de otro carácter. Mientras podemos pensar en el ejercicio de la política sin sujetos políticos activos —aunque no sin actores—, las posibilidades de una expansión democrática queda vinculada a la concreción de sujetos populares en tanto requiere una intervención del orden de “lo político”.

El análisis de las lógicas políticas imbricadas en el proceso político concreto, cuyas resoluciones van performando al kirchnerismo, puede resultar esclarecedor sobre sus alcances como sujeto de lo político. Vincularemos, así, para una comprensión del kirchnerismo, las dimensiones previamente consideradas: lo político, la política y los sujetos políticos. El devenir “kirchnerismo” puede abordarse a partir del estudio de la práctica política “kirchnerista” que intervino en los diferentes momentos o “trincheras” de lo social, atendiendo demandas tanto democráticas como populares, generando diferentes reglas de “resolución” de los conflictos, y estimulando o fundando las condiciones de posibilidad para la aparición y el fortalecimiento de numerosos colectivos. El análisis de las resoluciones coyunturales, en las que se articulan lógicas políticas en un terreno marcado por el imaginario nacional-popular-estatal, puede resultar clave para iluminar aspectos del kirchnerismo como sujeto de acción y en construcción.

## La política del kirchnernismo: entre las prácticas y la(s) identidad(es)

El kirchnerismo ha estabilizado sentidos y configurado, en los textos, en las prácticas y en su vinculación con otros actores políticos, una promesa. Esta centró sus coordenadas en la resignificación del Estado

como garante de la inclusión y reparador de los daños sociales en el marco de una evocación nacional-popular. Pero difícilmente pueda sostenerse que esta promesa está acompañada de un programa público y planificado, condensado en el seguimiento de una plataforma electoral o en los famosos “planes quinquenales”. Es cierto que todo gobierno está atravesado por las demandas cotidianas que lo van situando frente a coyunturas, las cuales requieren resolución y que, en ocasiones, lo sitúa en rumbos inesperados. No obstante, el kirchnerismo pareciera llevar esta condición al punto de constituirse como sujeto en ese juego de decisiones coyunturales. La capacidad de sorprender y la decisión política que aparece como inesperada, incluso para los mismos partidarios, se han constituido en mecanismos inherentes al kirchnerismo. ¿Es la sobreexplotación de los espacios de la “contingencia” un síntoma de la carencia de un programa político, económico y social, de objetivos definidos colectivamente? Aun cuando la respuesta fuera positiva, existen ciertos significantes que actúan como ficciones orientadoras: inclusión, justicia social, democracia, igualdad, por ejemplo, y que dotan de sentido *a posteriori* a las decisiones tomadas. Las medidas coyunturales, la articulación de organizaciones existentes<sup>2</sup> y la identidad narrativa le otorgan cierta unidad significativa a la política emprendida desde el año 2003. Esta experiencia evoca las reparaciones históricas de índole nacional popular y estatal que encuentran en el peronismo su trasfondo sedimentado, aunque —como argumenta Rinesi (2011)— lo reinterroge desde matrices distintas como la liberal, la jacobina, la populista.

La memoria del primer peronismo, reactivado como imaginario colectivo, la reconstrucción de símbolos e imágenes y las políticas enmarcadas en un relato de “reparación social” fueron conformando una forma de promesa. Por un lado, el primer peronismo generó una serie de sentidos que constituyeron puntos de inflexión en la historia argentina. Los derechos laborales y sociales, el voto femenino, el reconocimiento simbólico y material de aquellos que habían quedado excluidos en la conformación del Estado nación a fines del siglo XIX, reconfiguraron la “Nación” (Aibar, 2008). Nuevos lugares y funciones dieron forma a una comunidad política que antes reservaba la soberanía efectiva para unos

<sup>2</sup> El primer kirchnerismo articuló organizaciones preexistentes como el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) Evita, el Movimiento de Unidad Popular, la Federación de Tierra y Vivienda, algunos movimientos de trabajadores desocupados, sindicatos y organizaciones barriales.



pocos. Este proceso fue relevante porque reintrodujo en escena la idea de que la política también supone un ciclo infinito de reparación y tratamiento del daño. Este dispositivo fue reactivado numerosas veces por movimientos sociales, sindicatos, organizaciones y sectores populares organizados, algunos no peronistas y otros para darle nuevas fronteras a esa identidad. El kirchnerismo se ha situado en este terreno y no puede comprenderse sin la referencia a esa inclusión radical y mítica tramitada por el peronismo, la cual va más allá de su presencia identitaria y se instala como permanencia de un imaginario nacional y popular.

Actualmente, el kirchnerismo expresa de algún modo ambas dimensiones de lo nacional y popular: la representación de los sectores populares y el mecanismo de irrumpir en la comunidad política con la presentación y tramitación de demandas democráticas. No obstante, lo hace de un modo diferente al del peronismo clásico. La relación entre el peronismo —como sujeto político— y los actores que lo encarnaron,<sup>3</sup> y la del kirchnerismo —*qua* sujeto— y sus actores pueden considerarse como distintas maneras de lidiar con la dimensión ontológica: lo político, y sus encarnaciones ónticas: la política.

El kirchnerismo —en su intervención en el campo de lo político— tiene que lidiar con una escena social polifónica y multifórmica que le impone otro tipo de dinámicas políticas. Gramsci lo expresó en términos de multiplicidad de “trincheras” que obligan a una estrategia que opere en diferentes planos, Luhmann (2004) lo enuncia como “complejidad sistémica”. No obstante —y este es nuestro argumento—, esa invocación a lo nacional-popular-estatal —propio del imaginario del peronismo clásico— permanece como una instancia que sobre determina una serie de lógicas de la política que el kirchnerismo activó en diferentes coyunturas. A modo de “caleidoscopio”, se constituyen diferentes articulaciones ante cada problema de gobierno —y producen efectos distintos que permanecen en el tiempo—. La reflexión sobre estos momentos de inflexión no solo ayuda a comprender el proceso político contemporáneo, sino que también colabora con en análisis de las formas de la política contemporánea.

La complejidad de la sociedad, la heterogeneidad de sectores y la historicidad de las relaciones inscriptas en el campo político obligaron

---

<sup>3</sup> En el primer peronismo: organizaciones laborales, sectores de la pequeña burguesía nacional y partes de las fuerzas armadas.

al kirchnerismo a la escenificación de múltiples lógicas, diferentes –por ejemplo– al primer peronismo para la gestión y el gobierno. Esto nos da pistas sobre sus características como espacio capaz de incluir en su anatomía diferentes formas de la política –partidarias, corporativas, movimentistas, institucionales, populistas– que le brindaron capacidad de hegemonizar la escena política. Esta particular situación no está exenta de dificultades, especialmente porque la articulación de lógicas se debe menos a una racionalidad estratégica que a una potencia pragmática. A partir de algunas coyunturas podemos analizar el modo de configuración de lógicas y la sobredeterminación de alguna de ellas en la práctica kirchnerista.

## El momento de los “movimientos sociales”

Como en otros países, en Argentina se han desarrollado un conjunto de organizaciones civiles, redes de ciudadanía y reglas de interacción que se demarcan como externos al Estado y con pautas de acción colectiva y pública diferentes a las del sistema político, por ejemplo, no tienen como prioridad competir por los cargos públicos. Los movimientos de derechos humanos fueron, desde fines de los setenta y durante la transición democrática, el prototipo de este modo de movilización que compartía escenario con otros actores, como los sindicatos y los partidos políticos. La profundización del neoliberalismo marcó una pluralidad de emergencias conflictivas en distintos ámbitos de la trama social. Estas experiencias fueron generando las situaciones de subalternidad producidas por el orden surgido a partir de las demandas inscriptas en el espacio público mediante repertorios de acciones colectivas no convencionales. Así, reconocemos que la lógica de movimiento social puede ser representada por diferentes colectivos u organizaciones y que puede distinguirse de otras formas de la política, como la corporativa, la eleccionaria o la institucional. La lógica de movimiento social puede definirse como producción de una demanda presentada como una falencia en el campo sociopolítico y que interpela al sistema político –aunque también a otros públicos de la sociedad– a partir de la acción colectiva no convencional. Las organizaciones de los movimientos sociales asumen la producción de la demanda como estructurante de su acción, así tenemos “trabajo” para los movimientos sociales, “verdad, memoria y justicia” para el movimiento



de derechos humanos, “expropiación” para las Fábricas recuperadas, etcétera. Por supuesto que esta lógica se materializa en experiencias concretas que asumen diversas demandas, liderazgos, posiciones de sujetos y relaciones con el sistema político y el Estado. La misma lógica de los movimientos sociales hace que los colectivos tengan potenciales efectos para instalar temas en las agendas públicas, pero escasa capacidad de articular con otras demandas en pos de proyectos de gobierno, lo que significaría salir de la lógica estricta de movimiento social o al menos amalgamarla con otras lógicas políticas. Esta clave de lectura ayuda a comprender la pluralidad de demandas y colectivos movilizados hacia la cúspide del ciclo de protesta, especialmente hacia finales del 2001 y principios de 2002, cuando movimientos de desocupados, asambleas barriales, ahorristas, movimientos de derechos humanos, organizaciones sindicales, etcétera, dominaban la escena. Cada uno de los colectivos con sus demandas y sus repertorios de acción interpelaban al sistema político en búsqueda de respuestas a situaciones particulares, conformando un espacio social movilizado.

En este contexto, los gobiernos de Néstor Kirchner y Cristina Fernández de Kirchner han establecido mecanismos para gobernar el campo movilizado a partir de la inclusión de respuestas —en diferente medida— a demandas presentes pos-2001, incluso algunas no movilizadas y albergadas en un espacio de “opinión pública”. Ciertas medidas cancelaron la protesta —el caso emblemático es la renovación de la Corte Suprema de Justicia—, pero otras han procurado reparar el daño sin buscar la desmovilización y la desorganización, sino la transformación de esa fuerza social organizada en parte de las energías a gobernar. En consecuencia, le ha otorgado visibilidad a organizaciones sociales y colectivos, e incluso lugares en la estructura gubernamental. Con estas prácticas no solo acumula legitimidad gubernamental —al apropiarse de la legitimidad de la demanda— y desactiva la protesta —aunque no necesariamente la acción colectiva—, sino que también fortalece las organizaciones de la sociedad civil. Los casos paradigmáticos, en los cuales podemos observar este fenómeno, son las políticas orientadas a los “derechos humanos” —incluidas las de “minorías”— y la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual.<sup>4</sup>

---

<sup>4</sup> Ley Nacional 26522, de Regulación de Servicios de Comunicación Audiovisual. BO 34756, 10 de octubre de 2009.

La política de derechos humanos permite mostrar lo que venimos argumentando. El juicio y castigo a los genocidas ha sido la demanda histórica de las organizaciones de derechos humanos, las cuales, en su devenir, extendieron su alcance a otros temas del campo de los derechos. Asimismo, las lecturas que habían hecho diferentes posiciones predominantes dentro del peronismo acerca de los gobiernos militares tuvieron como centro gravitacional la violación de los derechos humanos y la necesidad de su reparación en ese código. Ahora bien, bajo el gobierno kirchnerista la demanda fue impulsada, configurada y tramitada a partir de la nulidad de las leyes de “obediencia debida” y “punto final”, la reparación a las víctimas de la dictadura militar, la recuperación de hijos de desaparecidos como política de Estado –“nietos” de “abuelas”–, el cambio en el uso de edificios, como el de la ESMA (Escuela de Suboficiales de Mecánica de la Armada), que se convirtió en el Espacio para la Memoria y para la Promoción y Defensa de los Derechos Humanos. Las querellas iniciadas por la Secretaría de Derechos Humanos contra delitos de lesa humanidad permitieron gestionar demandas y reubicaron a los organismos de derechos humanos en la escena pública, dándoles un protagonismo mayor que a otros colectivos, como los que se ocupan la situación en cárceles o de crímenes por “gatillo fácil”, por ejemplo. En esta misma perspectiva puede comprenderse el tratamiento del colectivo LGBT (Lesbianas, Gays, Bisexuales y Personas Transgénero), referido al matrimonio igualitario y a leyes de identidad de género. Estas demandas se resolvieron con una lógica típicamente institucional –por diálogo parlamentario y sanción de leyes–, pero, lejos de desactivar el andamiaje movilizad y las identidades particulares que se generaron en la lucha, el kirchnerismo buscó canalizar a estas fuerzas sociales en una dinámica movimientista.

Otro de los casos relevantes para el análisis es la “ley de medios” (Ley 26522), producida por el gobierno en una coyuntura particular –tras el conflicto con el “campo”–, pero habiendo convocado también a decenas de ONG, redes de medios de comunicación comunitarios, universidades, etcétera. Esta normativa reglamenta la tendencia al monopolio por medio de la disminución de las licencias por licenciatario y la distribución del porcentaje de mercado que puede alcanzar. Reestructura el campo de los medios de comunicación y se orienta a extender los soportes mediáticos tanto para el discurso político-

-gubernamental como para otros actores, pluralizando las voces en el espacio público. Asimismo terminó de instituir a uno de los grandes enemigos que organizaran el campo político de oposición: los grupos de empresarios dueños de medios de comunicación de masas. Esta iniciativa muestra la implementación, desde el gobierno, de una lógica institucional que construyó un espacio de reconocimiento a las organizaciones que actuaban por fuera del aparato burocrático estatal, a la vez que se apropió de la demanda de “democratización de la comunicación” como parte del campo político que conforma el kirchnerismo. Esta dinámica solo fue posible cuando se agotó la relación que el kirchnerismo había establecido –mediante la instrumentación de una lógica corporativa– con el grupo Clarín en sus primeros años de gobierno.

De esta manera, una serie de demandas fueron atendidas, pero también resignificadas para ser inscriptas en el campo político del gobierno. Sobre el trasfondo de lo nacional popular, el gobierno articuló lógicas políticas que le permitieron avanzar en la configuración hegemónica y “devenir kirchnerismo”. Este proceso, independientemente del cálculo racional político, fortaleció una manera de actuación de los colectivos desde y para la sociedad civil. Mediante una repolitización de las demandas, restableció el lazo representativo y produjo espacios institucionales –foros, debates parlamentarios– para el tratamiento de la pluralidad.

Los espacios institucionales, orgánicos o informales de elaboración colectiva de políticas han tenido una relación compleja y diversa con las decisiones del Ejecutivo. En consecuencia, por un lado, las organizaciones de la sociedad civil adquirieron independencia, recursos y visibilidad, y, por otro, la práctica política gubernamental logró vincularlas “verticalmente” y “radicalmente”. Organizaciones, referentes, simpatizantes y adherentes de los movimientos sociales se sintieron reparados a partir de estas medidas y pasaron a identificarse con el “proyecto” o la “promesa” políticos que se organizaban alrededor del gobierno. Encontramos, así, que la dinámica de articulación no procedió de expansiones horizontales que provocaran la ruptura –propia de la primacía de una lógica populista–, sino que fue el kirchnerismo el que ofreció una superficie de inscripción y encuentro de demandas heterogéneas que no pasaron por una instancia previa de articulación. En tanto el momento horizontal de la articulación es fundamental para

la producción de solidaridades estables, su lugar subordinado con respecto al Gobierno propone ciertos desafíos a la constitución de una identidad política. La experiencia kirchnerista tensiona el momento horizontal y el momento vertical, tal como lo ha concebido la teoría política. Para comprender la complejidad de la experiencia en este campo es preciso reparar en que la lógica del movimiento social se amalgama en el kirchnerismo con otras lógicas políticas, entre ellas, la populista y la corporativa.

## El momento corporativo

La respuesta a los colectivos articulados a partir de una lógica de movimiento social ha sido diferente, en el kirchnerismo, del tratamiento dado a otros colectivos, organizados en torno a intereses de grupos definidos. Este modo de conformación de los colectivos y su configuración como actores políticos e institucionales incidieron en la forma en que el gobierno nacional gestionaría su presencia. La lógica corporativa, como dispositivo de resolución de conflictos, implica reconocer los intereses como legítimos y constituidos, a diferencia de las demandas donde la articulación gubernamental termina por performarla. La producción de espacios institucionalizados de negociación entre partes con el arbitraje estatal –garante del interés general– tiene la función de gestionar la presencia de los intereses corporativos.

La recomposición del mercado de trabajo –vía indirecta de resolución de la demanda de los desocupados– instauró nuevas condiciones para tratar el daño en el ámbito laboral.

En tanto el movimiento de desocupados –más allá de las organizaciones– demanda la inclusión social, el tratamiento de los intereses corporativos solo puede entenderse como una lucha de “los incluidos por las condiciones de su inclusión”. En efecto, los modos de representación sindical alcanzan únicamente a los sectores que cuentan con la posibilidad de afiliación, es decir, con empleos formales. Los sindicatos fueron recuperando, desde 2003, su lugar de actores clave en la puja distributiva como expresión de los trabajadores ocupados. La constitución del Consejo del Salario,<sup>5</sup> por ejemplo, posicionó, como

<sup>5</sup> Creado por la Ley N.º 24013, BO 27286, 17 de diciembre de 1991.

actores centrales de la administración del conflicto, en primer lugar al Estado y en segundo lugar a los sindicatos y las centrales empresariales. El vínculo establecido permitía la sujeción y disciplina así como cierta predictibilidad –y racionalidad– de litigios distributivos.

Además, esto multiplicó las estrategias de interpelación a los trabajadores. La CGT –Confederación General del Trabajo, principal organización laboral– reconoció como aliado al gobierno al sostener que este era el principal garante del modelo económico que “recuperó la dignidad de los trabajadores” (Moyano, 2011).

No obstante, esta alianza se fue descomponiendo hasta llegar a su punto cúlmine el 20 de noviembre del 2012, cuando la CGT, dirigida por Moyano, y la CTA, dirigida por Micheli, convocaron a un paro y bloqueo a los accesos clave de circulación vehicular en Capital Federal. Si bien las demandas siguieron siendo participación en las ganancias, aumento del mínimo no imponible del impuesto a las ganancias, pago de deudas gubernamentales con las obras sociales, etcétera, también se acusó al Gobierno de oponerse a los intereses de los trabajadores y de abandonar el modelo económico que los favorecía. Estas tensiones se venían registrando desde que este resistió conceder cargos públicos claves, bancas legislativas o cargos ministeriales a los líderes sindicales moyanistas.<sup>6</sup>

La irrupción del kirchnerismo tuvo su impacto en el campo sindical, modificando el esquema de alianza de los sindicatos y las centrales obreras. De este modo, produjo un campo de *organizaciones laborales fragmentadas* –la CTA (Central de Trabajadores de la Argentina) está fracturada y la CGT sufre divisiones importantes: “los Gordos”, la “CGT Azul y Blanca”, “Independientes”– que, independientemente de cómo caractericen al gobierno, *participan y legitiman las paritarias*, quedándose en el plano corporativo y sin poder activar una lógica política capaz de articularse con otros sectores y demandas por fuera del ámbito de representación.

La lógica corporativa tramita sus demandas en forma de “interés” o “demanda corporativa”. La demanda de los desocupados, por ejemplo, señaló una carencia en el espacio público y visibilizó la negatividad producida por el orden neoliberal; en ese sentido, también funcionó

---

<sup>6</sup> El conflicto generado entre el Gobierno nacional y el Secretario General de la CGT, Hugo Moyano, ilustra el funcionamiento de lógicas corporativas y lógicas eleccionarias.

como una lucha por la demostración y por el reconocimiento de un daño social a reparar, de allí su dinámica de “movimiento social”. Los intereses sostenidos por los actores, una vez establecidos y enmarcados en un circuito corporativo, no tienen que probar, en cambio, su legitimidad, habilitándose instancias de negociación entre ellos, en las cuales puedan generarse situaciones que eviten los juegos de suma cero y se prevengan los antagonismos *stricto sensu*.

En este sentido, puede comprenderse el cambio en la escena del conflicto social: del protagonismo de los movimientos de desempleados, se pasó a la centralidad de los sindicatos desde la perspectiva de la gobernabilidad (MTEySS, 2008).<sup>7</sup> El gobierno instituyó, a través del Consejo del Salario y el impulso a la negociación colectiva, un conjunto de reglas para la puesta en escena de intereses y formas de tramitarlos —conflicto controlado, interlocuciones entre actores discretos, etc.—, desactivando el enfrentamiento antagonista “amigo-enemigo”. Con diferentes niveles de relación y alianzas con el gobierno, la CGT, la CTA, la UIA (Unión Industrial Argentina), etcétera, se instalaron como nuevos actores públicos con capacidad de condicionar la acción de los otros. Resultaron beneficiados fundamentalmente los trabajadores organizados, pero también los empresarios. La distribución de la renta entre el trabajo y el capital pasó del 34 % al 43 % del producto bruto interno (PBI). El salario real mínimo y el salario real medio aumentaron significativamente, teniendo el mejor, en materia de crecimiento, de América Latina (Cepal, 2012). El tipo de vinculación que generó el Gobierno con estos actores fue el de “alianza estratégica”. En tanto grupos de interés, los sindicatos y las cámaras de empresarios tienen por objeto su supervivencia como organización, y disponen de una lógica para relacionarse con el gobierno que es principalmente la corporativa. Esta situación limita las tentativas de otro tipo de intervenciones de los actores en el campo político, ya que les demandaría incorporar otras lógicas políticas. Más allá de que las intenciones de algunos sindicatos y liderazgos se orienten a superar la instancia corporativa para convertirse en competidores políticos, este momento corporativo de la política sigue presente con eficacia. Antes del último paro convocado por la CGT, el 27 de junio de 2012, se había llegado a un previo acuerdo

---

<sup>7</sup> ¿El paso de conflictos antagonistas a los de tipo agonista nos dice algo de la escena política, la práctica gubernamental y la hegemonía? Dejaremos abierta esta pregunta.



salarial del 25,5 %, donde el Sindicato de Choferes de Camiones y las cámaras empresarias del transporte finalizaron la paritaria de acuerdo a las vías normales de negociación. He allí la difícil relación entre la lógica corporativo-sindical y la lógica política que puede reconocerse en las acciones de la CGT.

## El momento de la ciudadanización

Lo que se denomina típicamente “política” y “administración pública” es parte fundamental de la práctica de gobierno. El ejercicio gubernamental supone el tratamiento diferencial de situaciones mediante la distribución de recursos materiales y simbólicos que atañen al conjunto de la sociedad en tanto comunidad política de ciudadanos. Algunas de las reparaciones ejercidas por el kirchnerismo conjugaron una perspectiva de los derechos con una lógica institucional, y tuvieron como resultado un sensible impacto en la estructuración del orden social. La primacía de la decisión gubernamental permitió la absorción de situaciones o demandas a la vez que se impidió una articulación de reclamos en forma horizontal, “equivalencial”.

Uno de los casos más significativos fue la Asignación Universal por Hijo (AUH).<sup>8</sup> La AUH introdujo un reactivación del derecho en materia de distribución de los recursos públicos, medida que causó un sensible impacto en la distribución del ingreso (Panigo, Angis y Cañete, 2010; Trujillo y Villafañe, 2011). También trastocó las mediaciones que existían entre las instituciones públicas y la ciudadanía, imprimiendo un sentido diferente a ambas, así como a su relación. Con la implementación de este tipo de políticas con tendencia universal, enmarcada en un relato en torno al “derecho”, se afectaron las condiciones de vida de sectores populares a la vez que se reforzó el lugar del Estado —y del proyecto nacional y popular— como garante de ese reconocimiento. Este tipo de acciones habilitaron —de nuevo independientemente del cálculo político del Ejecutivo— la reparación desde un lugar no diferencial —ya sea corporativo o de movimiento social—, sino ciudadano y universal.

---

<sup>8</sup> Creada por medio del Decreto N.º 1602/09 del Poder Ejecutivo Nacional. BO 31770, 30 de octubre de 2009.

Esta renta de carácter condicionado (tendencialmente) universal ha sido implementada en varios países con gran impacto sobre los indicadores de pobreza e indigencia.

Las políticas sociales dirigidas por el Estado atienden demandas pero también producen proactivamente intervenciones democratizantes, por ejemplo, el Programa Conectar Igualdad. Estas, a diferencia de las que se apoyan en la semántica neoliberal, invocan a un sentido “nacional y popular” que cambia la forma de legitimar las decisiones: se establece que hubo un daño social provocado previamente, para luego repararlo o tratarlo. Así, los pobres no son ni clientes ni desfavorecidos por los azares de la economía ni individuos sin capacidades de adaptación al mercado, sino ciudadanos sobre los que se ha cometido una injusticia y que son resignificados como sujetos de derechos en el discurso oficial. La intervención busca reparar la situación de los trabajadores excluidos del mercado formal de trabajo estableciendo una transferencia de ingresos. De este modo, mientras el Estado retoma su función de distribuidor de recursos, los beneficiarios de la AUH la reciben como un derecho ciudadano que repara la negación de parte de su ciudadanía, social, al menos. Son colectivos no organizados, diferentes a la figura del individuo aislado y desnudo de la política social neoliberal. Es cierto que para acceder a la AUH es imprescindible carecer de ciertos recursos —lo que le quita la cualidad de universal—, pero el soporte que opera —independientemente de la voluntad de los actores— es universalizar el acceso y el ejercicio de la ciudadanía previamente obstaculizados. La singularidad del hecho es que esta incorporación no ha sido necesariamente producto de la lucha de los beneficiados por la medida, como tampoco es una disposición de alcance realmente universal, además de que ha sido en gran parte iniciativa del Gobierno.

Algo similar podemos pensar a partir de la estatización de los fondos de las AFJP (Administradora de Fondos de Jubilaciones y Pensiones) y la creación del un Sistema Integrado Previsional Argentino (SIPA), financiado a través de un sistema solidario de reparto.<sup>9</sup> Esto no solo sirvió para recuperar fondos de manos de privados y pasarlos a la órbita de instituciones públicas, sino también para convertir la jubilación —el ingreso futuro de los trabajadores— en un asunto comunitario. Así, la suba de los haberes y la incorporación de más de dos millones de personas al sistema jubilatorio reconfiguraron el lugar futuro de los trabajadores domésticos, las amas de casa, etcétera, al ingresarlos

<sup>9</sup> Ley 26425. BO 31548, 9 de diciembre de 2008.



nuevamente al campo de los derechos. En este sentido, la producción de lugares en la comunidad y el reconocimiento de derechos vulnerados por el neoliberalismo –niñez y jubilación–, pero resarcidos por el Gobierno, constituyen un elemento de “la política” del kirchnerismo para reconfigurar los espacios sociales y las dinámicas de distribución de recursos materiales y simbólicos.

Ahora bien, estas políticas –de las más profundas implementadas por el kirchnerismo– intervienen en el campo social a partir de una acción gubernamental que, por un lado, marca una dimensión de “proyecto nacional y popular” como una sumatoria de decisiones de coyuntura guiadas por difusas ideas de inclusión y justicia social, pero, por otro, lo hace prescindiendo de la intervención de colectivos organizados, los cuales son convocados para “bancar” las políticas, no para decidir las, formularlas e implementarlas. En consecuencia, se requiere de otras lógicas de la política para producir, además, una identificación con esa dimensión proyectual. Para Balibar (2004), los derechos no son producto del Estado sino que su garantía última radica en la reactualización, a través de las luchas populares, de los principios de la libertad, la igualdad y la soberanía popular. Esto implica niveles de organización popular que sostengan esos reservorios “morales”, como fue el movimiento obrero de mitad de siglo, y que parecen ser más débiles en el presente argentino. Es posible considerar que la inclusión por la vía de la iniciativa gubernamental y la tramitación discreta de las demandas opere generando una integración de sectores populares –al mundo del trabajo, la educación, el ingreso ciudadano, la previsión social, etc.–, así como un campo de reconocimiento intersubjetivo entre diferentes posiciones de sujeto, pero la tarea de construcción de una voluntad colectiva y un sujeto popular es eminentemente política y hegemónica.

## El kirchnerismo y lo político: la política en clave estatal, nacional y popular

Las prácticas políticas del kirchnerismo deben analizarse, según hemos expuesto, atendiendo la complejidad tanto de la categoría como del proceso histórico. La relación entre la dimensión de lo político, la política y el sujeto político –aun cuando ha conducido a frecuentes

equivocos— puede constituirse como una plataforma para la comprensión del kirchnerismo, si atendemos a los diferentes campos analíticos involucrados. En tanto consideramos a lo político, según lo expuesto, como un espacio de doble inscripción, es decir, de ruptura y de reconfiguración, es indudable que el kirchnerismo ha generado intervenciones en este campo. La ruptura provino tanto de la apropiación de la potencia de los colectivos movilizados a partir de una lógica de movimiento social como de la propia decisión de proponer conflictos y resolverlos. La dimensión ontológica de lo político obliga a pensar en la encarnación óptica, en la cual aparecen los actores de la política y de las diferentes lógicas puestas en juego para administrar, gobernar y reconfigurar el mismo terreno de gobierno, reestructurando la comunidad.

En consecuencia, una estrategia analítica para avanzar en la comprensión del kirchnerismo consiste, tal como hemos propuesto, en descomponer sus lógicas políticas. Ahora bien, no todas las lógicas políticas operan del mismo modo y al mismo tiempo, de allí que para analizar el funcionamiento y los resultados de las lógicas implementadas sea necesario enfocarse en coyunturas que permitan luego brindar una mirada diacrónica. A partir de lo expuesto podemos afirmar que el kirchnerismo logró dominar la escena política gracias a la diversidad de lógicas de políticas “regionales” o “momentos” que pudo (re)instituir.<sup>10</sup> Este devenir de prácticas permitió, por un lado, reforzar, potenciar y reinventar formas de participación política ya existentes —la lógica de la sociedad civil, la lógica corporativa, la lógica de las instituciones—, por otro lado, sin que estos diferentes locus perdieran autonomía, el kirchnerismo pudo posicionarse como el actor que delimitó el campo de acción de los partidos de oposición, de los sindicatos y de los movimientos.

Si, además, como dijimos, lo político es ese concepto que logra captar la idea de que el orden social se produce a través de actos de decisión que la estructura no puede explicar, cada uno de estos momentos o lógicas de la política puede dar cuenta de lo político del “kirchnerismo” mediante sus encarnaciones. El “kirchnernismo” devino en sujeto capaz de intervenir en y sobre la complejidad de la sociedad en campos y funcionamientos diversos, pero lo hizo a través de lógicas

---

<sup>10</sup> El resto de los partidos y fuerzas políticas tienen prácticas atomizadas, regionales y sobrecodificadas por los temas que el propio kirchnerismo va incorporando como propios.



distintas: movimiento social, corporativista, institucionalista, etcétera. En este sentido, “lo político” apareció impulsado por *decisiones* que luego *estabilizaron* una serie de *prácticas políticas* que dan cuenta del fenómeno kirchnerista.

Sin embargo, ningún análisis del kirchnerismo estaría completo sin considerar dos aspectos que han sobrevolado este trabajo: la cuestión de lo nacional-popular y el populismo como una lógica de la política capaz de dividir el campo social en dos y construir un pueblo. Las disposiciones de la pluralidad de lógicas políticas instrumentadas por el kirchnerismo invocaron como trasfondo el imaginario nacional-popular. Por un lado, el kirchnerismo actualizó la matriz plebeya del peronismo y la inclusión radical de sectores excluidos de la ciudadanía –y del “derecho a tener derechos”–, con lo que también disputa en un campo con otros actores peronistas no-kirchneristas. Por otro lado, invocó, con sus propias acciones de inclusión que desestabilizaron al orden neoliberal –AUH, jubilaciones, ley de medios, DDHH–, las formas *aggiornadas* de lo “nacional, popular y democrático”.

Pero, además, si lo nacional popular sobredetermina como contenido imaginario –que, insistimos, se reconstruye y actualiza en el discurso kirchnerista–, el populismo sobredetermina como lógica espectral. El kirchnerismo demanda las inclusiones radicales, pero también tiene la capacidad de reactivar la división del campo social en dos, con su concomitante performación identitaria. Allí aparece otra dimensión de la política con la que Barros (2006) y Aibar (2008) caracterizan al populismo: la tramitación de las demandas a través de una inclusión radical que reconfigura las identidades, los lugares y las funciones –con un rol del Estado reparador–, a la par de la producción de articulaciones performativas de un campo popular que tiene como genuina representación al kirchnerismo para enfrentar a los enemigos históricos en sus diferentes modos de aparición.

La articulación de lógicas políticas, dispuestas como modo de gobierno –la política– en un campo marcado por el imaginario nacional-popular le ha permitido al kirchnerismo producir decisiones que reconfiguraron aspectos relevantes de la estructuración social y en el terreno mismo donde se abordan los asuntos públicos, como intervenciones del orden de lo político. En tal sentido, la reconstrucción de las lógicas nos permite desentramar aspectos de los modos de constitución de su hegemonía. No obstante, la capacidad del kirchnerismo como

espacio productor de un sujeto político capaz de sustentar prácticas de movilización y poder popular en coyunturas de disputa con otros proyectos de igual pretensión hegemónica es un interrogante abierto. La consigna “unidos y organizados” supone, quizás, un intento de abordar esta cuestión. Mientras tanto, las preguntas por la hegemonía y el sujeto popular siguen planteadas como un asunto teórico, pero fundamentalmente como una urgencia política.

## Bibliografía

- Aibar, J. (2008). “Cardenismo y peronismo. La comunidad políticamente imaginada”. En Vázquez, D. y Aibar, J. (coords.) *Política y sociedad en México. Entre el desencuentro y la ruptura*. México: Flacso.
- Arditi, B. (1995). “Rastreado lo político”. *Revista de Estudios Políticos*, (87), 333-351. Madrid: enero-marzo.
- Balibar, É. (2004). *Derecho de Ciudad. Cultura y política en democracia*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Barros, S. (2006). “Espectralidad e inestabilidad institucional. Acerca de la ruptura populista”. *Estudios Sociales*, (30), 145-162. Santa Fe: Universidad Nacional del Litoral.
- Cepal (2012, junio). *Informe macroeconómico de América Latina y el Caribe*.
- Dyrberg, T. B. (2008). “Lo político y la política en el análisis del discurso”. En Chrtichley y Marchart (comps.) *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra* (pp. 299-318). Buenos Aires: FCE.
- Howarth, D. (2008). “Hegemonía, subjetividad política y democracia radical”. En Chrtichley y Marchart (comps.) *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra* (pp. 317-345). Buenos Aires: FCE.
- Laclau, E. (1985). “Tesis acerca de la forma hegemónica de la política”. En Labastida Martín del Campo, J. (comp.) *Hegemonía y alternativas políticas en América Latina* (pp. 19-44). México: Siglo XXI.
- ([1990] 2000). *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- ([2000] 2003). “Identidad y hegemonía: el rol de la universalidad en la construcción de lógicas políticas”. En Laclau, E., Zizek,



- S. y Butler, J. *Contingencia, hegemonía y universalidad* (pp. 49-94). Buenos Aires: FCE.
- ([2004] 2008). “Atisbando el futuro”. En Critchley, S. y Marchart, O. (comps.) *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra* (pp. 347-404). Buenos Aires: FCE.
- Laclau, E. y Mouffe, C. ([1985] 2004). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: FCE.
- Lechner, N. (1996). *La Conflictiva y Nunca Acabada Construcción del Orden Deseado*. Madrid: Centro de Investigaciones Sociológicas-Siglo XXI.
- Lefort, C. (1990). “Democracia y advenimiento de un lugar vacío”. En *La invención democrática* (pp. 187-193). Buenos Aires: Nueva Visión.
- Marchart, O. (2008). “La política y la diferencia ontológica”. en Critchley y Marchart (comps.) *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra* (pp.77-88). Buenos Aires: FCE.
- (2009). *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Badiou, Lefort y Laclau*. Buenos Aires: FCE.
- Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social (MTEySS) (2008). “La negociación colectiva en 2008”. En línea: <[http://www.trabajo.gob.ar/left/estadisticas/descargas/negColectiva/20081227\\_noticiaNegociacionColectiva.pdf](http://www.trabajo.gob.ar/left/estadisticas/descargas/negColectiva/20081227_noticiaNegociacionColectiva.pdf)>. Consultado el 22-8-2011.
- Mouffe, C. (2007). *En torno a lo político*. Buenos Aires: FCE.
- Moyano, H (2011). *Discurso del 29 de abril de 2011 en Plaza de Mayo en conmemoración del Día del Trabajador*. En línea: parte 1 <<http://www.youtube.com/watch?v=YNR-jj4nlHo>>, parte 2 <<http://www.youtube.com/watch?v=RTnWzvmBZko>>, parte 3 <<http://www.youtube.com/watch?v=xkpB36FVFaq>>. Consultado el 15-10-2012.
- Rinesi, E. (2011). “Notas para una caracterización del kirchnerismo”. *Debates y Combates*, 141-172. Buenos Aires: FCE.
- Trujillo, L. y Villafañe, S. (2011). “Dinámica distributiva y políticas públicas: dos décadas de contrastes en la argentina contemporánea”. En Novick, M. y Villafañe, S. (eds.). *Distribución del ingreso. Enfoques y políticas públicas desde el Sur* (pp. 227-262). Buenos Aires: Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social-PNUD.
- Zizek, S. (2001). *El espinoso sujeto. Centro ausente de la ontología política*. Buenos Aires: Paidós.

# **“RESISTIMOS EN LOS NOVENTA, VOLVIMOS EN EL 2003”. UNA APROXIMACIÓN A “LO NACIONAL POPULAR” A PARTIR DEL DISCURSO DE TRES ORGANIZACIONES\***

Mauricio Schuttenberg

Luego de los años neoliberales se operó en la sociedad argentina una reconfiguración de fuerzas sociales y políticas, algunas de las cuales reconstruyeron sus identidades retomando o abrevando de un ideario “nacional popular”. La crisis de 2001 marcó el fin de una etapa, dominada por una concepción del orden económico y político de la sociedad, la cual había generado pobreza, concentración e inequidad, y dio lugar a una nueva hegemonía, cuestionadora del proceso anterior.

Desde 2003, ante la recomposición de la autoridad presidencial y el funcionamiento rutinario del sistema político, las organizaciones “piqueteras” se encontraron ante el desafío de reposicionarse frente a un contexto de reflujo de la movilización y, fundamentalmente, de redefinir sus estrategias políticas, frente a un gobierno que había construido

---

\* El presente trabajo retoma aspectos sustantivos de la tesis de Doctorado en Ciencias Sociales de Flacso, 2011: La reconfiguración de las identidades ‘nacional populares’. Estudio de los movimientos sociales insertos en el kirchnerismo 2001-2009, dirigida por el doctor Aníbal Viguera y codirigida por el doctor Martín Retamozo, a quienes agradezco las observaciones y comentarios. También agradezco a María Victoria D’Amico, José Eduardo Moreno, Ana Natalucci, Juan Ignacio Lozano y Juan Pablo Rosendo la lectura y los aportes hechos a los borradores de este artículo.

rápidamente su legitimidad de ejercicio apelando a la oposición al modelo neoliberal a través de un imaginario productivista y distributivo el cual recuperaba buena parte de las demandas que habían permitido la articulación de la protesta durante los años noventa (Pereyra, Pérez y Schuster, 2008). La estrategia que desarrolló el gobierno de Kirchner fue incorporar a su proyecto político a algunas de esas organizaciones, lo que a su vez potenció, actualizó y resignificó la posibilidad de que ellas se articulasen en torno a una identidad “nacional-popular”, retomada por el propio kirchnerismo.

A partir de esta articulación, la cuestión de lo “nacional y popular” se volvió a instalar en el debate. Como antecedentes de los estudios académicos sobre el tema, es importante destacar el trabajo de Svampa y Pereyra (2004) que marcó tres matrices ideológicas diferentes dentro del espacio piquetero: la populista, la que proviene de partidos de izquierda y el espacio de la nueva izquierda. La que denominan “matriz populista” se asienta sobre tres ejes: el principio de la conducción a través del líder –personalista con fuerte retórica nacionalista–, el principio de las bases organizadas –el Pueblo-Nación– y el proyecto de pacto social como principio de redistribución.

Uno de los objetivos de este trabajo es dar cuenta de la complejidad del espacio “nacional popular” y mostrar las diferentes tradiciones que allí convergieron a partir de la construcción de distintos puentes discursivos durante la etapa kirchnerista. Por ello, si bien la idea de matriz populista de Svampa y Pereyra constituye un intento de caracterizar ideológicamente a una porción de las organizaciones, un estudio profundo de ese espacio permitirá explicar el proceso de conformación de estas identidades, que remite a elementos identitarios sedimentados heterogéneos y a reactivaciones que se darán en los distintos contextos políticos, evitando, de esta forma, una mirada esencialista de esta matriz ideológica.

El segundo elemento a destacar se relaciona con cierto sesgo en la perspectiva de los estudios que intentaron explicar el realineamiento de fuerzas políticas en la etapa kirchnerista. Allí, la lupa se centró sobre todo en cómo el discurso de Néstor Kirchner y el de Cristina Fernández luego reconfiguraron el mapa político construyendo una nueva hegemonía, y no tanto en cómo ese discurso era recibido y resignificado por las organizaciones que se inscribirían en el kirchnerismo. En síntesis, estos estudios sobre transformaciones hegemónicas

han enfocado el lado “articulador” (Barros, 2002, 2006) y no el lugar del “articulado”. De esta manera, algunas investigaciones analizan el discurso de Kirchner y “el llamado” a participar en el espacio de la transversalidad, pero es escaso su desarrollo desde la perspectiva de las organizaciones y cómo estas construyen dicho proceso. Este punto constituye un argumento central, puesto que desde este enfoque las identidades políticas fueron analizadas en tanto identidades subordinadas, interpeladas por discursos hegemónicos, y no en términos de cómo respondieron a esta interpelación.

Este artículo desarrolla la trayectoria de un grupo de organizaciones que en los noventa habían protagonizado la oposición al modelo neoliberal y que luego se insertarían en el gobierno de Kirchner. Se presenta, entonces, un estudio<sup>1</sup> que recupera la historia de las organizaciones para comprender por qué la dinámica política que comenzó en 2003 no implicó una ruptura, cooptación y abandono de prédicas revolucionarias, sino que se trató de un proceso de construcción y re-

---

<sup>1</sup> El trabajo se centra en un análisis del discurso político de las organizaciones, entendiendo por ello que, como en todo comportamiento social, la acción política no es comprensible fuera del orden simbólico que la genera y del universo imaginario que ella misma engendra.

Para dicho análisis se tomaron las publicaciones de las organizaciones en las distintas etapas: *Revista Evita* del Movimiento Evita, *Revista En Marcha* de Patria Libre y *Revista Patria Grande* de Libres del Sur. En el caso del MUP, se tomaron centralmente los documentos en los diversos períodos abordados.

También se realizaron entrevistas semiestructuradas a dirigentes de las tres organizaciones desde agosto de 2007 al 2011, con el objetivo de recabar información sobre las distintas interpretaciones, posicionamientos que las mismas tuvieron desde su conformación hasta el presente y sobre las trayectorias y tradiciones de la militancia que las compone. En este aspecto señalamos que la identidad de los entrevistados fue resguardada según lo acordado al momento de realizar las entrevistas. Por esto, se mencionan solo el año de realización de las mismas y la organización a la que cada uno de ellos pertenece.

Cabe destacar que para la reconstrucción histórica del proceso de formación y de las acciones de los años noventa utilizamos la entrevista como herramienta metodológica, y que en otros casos nos basamos en publicaciones, ya que en este punto existían y existen diferencias entre las organizaciones. En algunos casos se pudieron reconstruir las trayectorias y posicionamientos a partir de los documentos emitidos por las organizaciones en cada etapa, y en otros, se debió apelar a las entrevistas a causa de la falta de ese tipo de documentación.

Además, los procesos de conformación y las discusiones suscitadas en cada coyuntura eran elementos que solo podían recuperarse por medio de la entrevista puesto que los documentos o publicaciones de prensa dan la “visión oficial” de cada una de las organizaciones, pero no permiten visualizar las tomas de decisión y los elementos que allí se ponen en juego.

construcción de las identidades “nacional populares”, donde entra en juego, en un nuevo contexto, la historicidad sedimentada de las organizaciones. Asimismo, la selección de las organizaciones a analizar —el Movimiento Evita, ligado al peronismo de izquierda; el Movimiento Libres del Sur, con raíces en la izquierda nacional, y el Movimiento de Unidad Popular (MUP), de tradición anarquista— apunta a profundizar en el espacio político “nacional popular” y a rastrear la heterogeneidad de representaciones, imaginarios, identidades y posicionamientos políticos que se insertarían en el kirchnerismo.<sup>2</sup>

En definitiva, se pretende responder los siguientes interrogantes: ¿Cómo y mediante qué operaciones políticas se entrelazan las trayectorias de las organizaciones y el gobierno de Kirchner? ¿Cómo son las instancias de producción de identidad? ¿Cuáles fueron los quiebres en esas producciones y qué hechos las marcaron? Detrás de este análisis subyace la hipótesis de que las tradiciones políticas condicionan, en gran medida, los posicionamientos de los movimientos sociales y nos permiten entender cómo algunas organizaciones, que surgieron como expresiones de la resistencia a las políticas de los años noventa, pudieron ser parte de la concertación en el poder una década después.

## Algunas aclaraciones con respecto a la cuestión de la identidad

Partir de la pregunta acerca de la reconfiguración de las identidades políticas implica establecer algunas definiciones previas.<sup>3</sup> Lejos de

---

<sup>2</sup> Por ello se optó por una selección múltiple de casos, intencionalmente basada en la diversidad, es decir, se apuntó a mostrar las distintas identidades y trayectorias que abreviarían al kirchnerismo. Como señala Stake (1994), al trabajar con casos se pone el énfasis en la descripción de cómo se desarrollan los procesos, aquí, el de cómo cada una de las identidades se reconfigurará al pasar a formar parte del gobierno. La decisión de trabajar con casos múltiples refuerza la posibilidad de contrastación de datos, comparación por semejanzas y por diferencias que pondrán de manifiesto las diversas formas que asumió el proceso político en las identidades políticas seleccionadas.

Además, la selección de casos es de carácter instrumental, puesto que apunta no solo a producir un conocimiento del caso abordado, sino que busca avanzar en la teorización acerca del problema de las identidades políticas en organizaciones populares y su reconfiguración en la historia argentina contemporánea.

<sup>3</sup> El concepto de identidad aparece como referencia de una gran cantidad de

adherir a una concepción esencialista de las identidades que cristalice lo “nacional popular”,<sup>4</sup> este trabajo apunta a considerar este espacio no como una identidad esencial, sino como una construcción histórica donde las diversas identidades ponen en juego procesos de construcción, que incluyen elementos sedimentados a partir de sus experiencias políticas previas y elementos que se activarán al calor de la coyuntura y las alternativas del proceso político.

La identidad implica, entonces, un proceso dinámico de construcción de significados. En este punto, recuperamos el concepto de configuración identitaria propuesto por De la Garza (1997, 2001). Entender la identidad como una configuración permite concebirla como un proceso móvil que articula elementos heterogéneos que tendrán distintos lugares en esa cadena significativa en las distintas coyunturas.

Pensar sobre las identidades en estos términos abre la posibilidad de entender la disposición de nuevas configuraciones. No obstante, cada reordenamiento, cada incorporación, cada modificación, cada reconfiguración generan reacomodamientos donde se pueden identificar continuidades y cambios (Barros, 2006). En relación a esos elementos que se reconfiguran, tiene importancia el análisis de los puntos nodales donde se condensan los significados. En efecto, en la configuración identitaria no todos los significados tienen el mismo peso para la articulación, algunos códigos pueden adquirir primacía y opacar a otros, que permanecen subalternizados, pero que pueden emerger y conformarse en “articulantes” de la red de códigos y, por lo tanto, también del proceso colectivo de “dar sentido” (Retamozo, 2009).

---

estudios sociales de temáticas totalmente diferentes. De esta forma, identidad es el concepto clave para abordar la lógica de acción colectiva de los llamados “nuevos movimientos sociales”, como así también para tratar temas de género, de trabajo, étnicos y otros tantos. Asimismo, no solo por la diversidad de los campos donde se aplica el concepto, sino, más bien, por la polisemia con la cual se lo utiliza, se presenta como un problema a tener en cuenta para el análisis social. Debido a que el término “identidad” parece semánticamente inseparable de la idea de “permanencia”, es necesario pensar un concepto capaz de captar tanto “lo permanente” (sedimentado) de una identidad política como su continua recreación, es decir, sus dimensiones estáticas y dinámicas.

<sup>4</sup> El campo “nacional popular” se constituye, pues, en un conjunto de imaginarios, figuras, mitos, símbolos y relatos a los que las organizaciones apelarán de distinta forma, configurando así sus identidades. Este “telón de fondo” es resignificado y atravesado por las identidades de las organizaciones que tomarán esos elementos articulando sus cadenas de significación.

Se plantea, entonces, reconstruir los puntos nodales sobre los cuales las organizaciones bajo estudio construyeron su identidad y cómo estos fueron mutando en las diferentes etapas.

La forma de operacionalizar el concepto de puntos nodales implica la búsqueda de las concepciones que las organizaciones fueron desarrollando sobre el Estado, sobre la democracia, sobre el sujeto histórico del cambio social, sobre cómo debía darse esa transformación social, sobre las interpretaciones de la historia, sobre las alteridades y límites discursivos y cómo, a partir de ellas, se conforma el rol de los movimientos, en sus interpretaciones del peronismo y en los mitos fundantes de las diversas tradiciones.

Estos imaginarios se construyen sobre las experiencias de las organizaciones, pero también sobre sus deseos, aspiraciones e intereses. Esto último es central, puesto que las diferencias entre las organizaciones “nacional populares” y sus posicionamientos serán explicados a partir de la construcción de sus intereses, expectativas de cambio y proyectos futuros. El dispositivo imaginario asegura a una identidad política un esquema colectivo de interpretación, la codificación de expectativas y esperanzas, así como la fusión de una memoria colectiva de los recuerdos y de las representaciones del pasado.

Ahora bien, el camino para acceder a esos imaginarios asociados al sentido de la acción es el análisis de los discursos sociales. Esta tarea no consiste en estudiar lo que los actores dicen por oposición a lo que hacen. Como sostienen Verón y Sigal (2004), el análisis de los discursos es indispensable, porque, si no conseguimos identificar los mecanismos significantes que estructuran el comportamiento social, no comprenderemos tampoco lo que las organizaciones hacen. De esta manera, los discursos interesan analíticamente en tanto es imposible interpretar la acción política fuera de la matriz significativa que la genera. Estudiar el discurso de las organizaciones presupone que este no se concibe como una dimensión separada de la acción política ni como mero adorno del lenguaje (Laclau, 2005), sino como práctica significativa. Es por ello que se propone la inmersión en la historia y el origen de las vertientes políticas del espacio “nacional popular”, pues allí se encontrará lo sedimentado que luego se pondrá en tensión en un proceso relacional frente a otras identidades, para explicar las formas que adopta, a partir de 2003, el espacio nacional popular.

## Los orígenes identitarios de las organizaciones

Para analizar la dinámica de las organizaciones durante el kirchnerismo es fundamental desentrañar su pasado, sus experiencias políticas y sus tradiciones, que se reactivarán en distintos contextos, pero que parten de una identidad sedimentada. Acceder al conocimiento de ese proceso de formación permitirá comprender la evolución de las identidades que habían protagonizado la oposición al modelo político económico vigente en la década de los noventa.

El movimiento Libres del Sur<sup>5</sup> se formó a partir de organizaciones que se reconocían de izquierda, aunque afirmaban no compartir la visión dogmática que, desde su perspectiva, tendrían los partidos de esa extracción. Su columna vertebradora, la Corriente Patria Libre, se destacaba por haber realizado una revisión de los años setenta valorizando la cuestión nacional, que pasó a ocupar un lugar preponderante en la organización. La importancia que adquirió “lo nacional” en su discurso la llevó a revalorizar las experiencias movimientistas de la historia latinoamericana. Por ello, la Corriente Patria Libre tiene una raíz ideológica heterogénea cuya génesis proviene del marxismo, aunque tomado más como una herramienta de análisis que como identidad política, por lo que la organización no se identificaba como marxista, sino como “izquierda nacional”.

La corriente tuvo, en el tiempo, tres grandes afluentes de militancia. El primero, que sería el núcleo fundacional central, se nutrió de las experiencias de los años sesenta-setenta de Montoneros y del Partido Revolucionario de los Trabajadores; el segundo es el grupo proveniente de las juventudes políticas en los años ochenta, en la etapa de regreso de la democracia, fundamentalmente del Partido Intransigente; el tercero, la militancia que se fue plegando durante los años noventa y principios del nuevo siglo, la cual tendría una gran importancia la construcción de Barrios de Pie como herramienta territorial de la organización. Cabe señalar que en las experiencias de esos últimos años se sumarían las organizaciones anteriormente citadas, que luego confluirían en Libres del Sur.

---

<sup>5</sup> El movimiento Libres del Sur se lanzó oficialmente el 27 de abril de 2006 en un acto en el Centro Costa Salguero de la Ciudad de Buenos Aires. Se formó por la fusión del Movimiento Barrios de Pie (brazo territorial de la Corriente Patria Libre), la Corriente Patria Libre, el Partido Comunista Congreso Extraordinario, la Agrupación Martín Fierro, el Frente Barrial 19 de Diciembre y la Agrupación Envar el Kadri.

En tanto el Movimiento Evita<sup>6</sup> surge en 2005 de la confluencia de diversos sectores que plantean la necesidad de articular un movimiento social amplio que aglutine a distintas organizaciones y militantes que interpretaban que la etapa abierta en 2003, con la llegada de Kirchner al gobierno, marcaba el cierre del neoliberalismo y la apertura hacia nuevos horizontes políticos y económicos. Retomar a Evita como figura fundadora es incluirse en la tradición del peronismo como movimiento contestatario y plebeyo.

¿Por qué Evita? Porque ella nos religa con la larga historia de lucha de nuestro Pueblo, con nuestras históricas banderas. Ella, “Abanderada de los Humildes”, es la llama revolucionaria de los años felices de Justicia Social, Independencia Económica y Soberanía política a las que nosotros aspiramos. Años de un Pueblo de pie conducidos por el General Perón y por Eva Perón. Evita es la mujer que simboliza a todos y todas los que entregan su vida por una causa justa, por eso ella se convierte en nuestra bandera. (*Revista Evita*, 2005: 2)

Al mismo tiempo, el significativo Evita les permitiría trazar un puente hacia los años setenta cuando la figura de Eva había representado una forma de entender el peronismo que el movimiento reivindica en el nuevo contexto. Eva refería a la resistencia contra los “gobiernos antinacionales e imperialistas” y a la reconstrucción de la tradición de la Juventud Peronista como bandera política. Este tema de la recuperación de la “gloriosa JP” fue un elemento central, destacado por la mayoría de los entrevistados y citado en varios documentos de la organización. La figura de Eva remite a una “mística” de lucha social que había logrado articular a militantes y dirigentes de distintas épocas bajo una misma concepción de lo que era y debía ser el peronismo. La denominación en la cual se ubicaron fue la de nacionalismo revolucionario, resaltando como central su pertenencia al peronismo.

---

<sup>6</sup> Dentro de la confluencia de organizaciones y movimientos que en 2005 formarán el Movimiento Evita se encontraban el Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) Evita, el MTD Resistir y Vencer, las 4 P (Pan y Poder para el Pueblo), una escisión de MPRQ (Movimiento Patriótico Revolucionario Quebracho), el MP 20 (Movimiento Patriótico 20 de Diciembre), la organización estudiantil 20 de Febrero (fecha que hace alusión a la lucha de resistencia a la implementación de la Ley de Educación durante febrero de 1996), Peronismo que Resiste, y sectores del Partido Justicialista.

El peronismo, desde su perspectiva, tiene dos grandes afluentes: una línea de carácter revolucionario y otra, de tono “conciliador”. Estas tendencias están contenidas desde su concepción misma en el “movimiento nacional peronista”.

Por su parte, el MUP<sup>7</sup> apuntaba a una ruptura con las estructuras político-partidarias vigentes y a una crítica hacia las representaciones de “izquierda”. Desde esta perspectiva, el anarquismo expresaba la oposición tajante al menemismo y se posicionaba como el movimiento capaz de emprender la resistencia al neoliberalismo. En los comienzos, la experiencia se basó en actividades tales como apoyo escolar, copas de leche, revistas en los barrios, etcétera. Los militantes tomaban al barrio como una “maqueta social” donde se encontraban un sinnúmero de problemáticas sociales.

Nuestra militancia tenía que ver con un enfrentamiento con lo que estaba pasando en la Argentina en ese momento [década del noventa] sin pararme desde una posición ideológica o sin tener un norte político. Sí teníamos claro que capitalistas no éramos, comunistas tampoco, porque éramos muy críticos de un modelo totalitario de organización social, y además se había caído la Unión Soviética y nosotros éramos muy críticos con respecto al rol de la Unión Soviética en América Latina. Estábamos un poco huérfanos política, ideológicamente, puesto que tampoco éramos peronistas, porque para nosotros peronismo era el menemismo en ese momento. (Entrevista a dirigente del MUP, 2009, La Plata)

Las tres organizaciones tienen origen, estrategias y posicionamientos diversos. Libres del Sur nucleó un conjunto de partidos, movimientos de trabajadores desocupados y organizaciones que se definían como “izquierda nacional”, es decir, se reivindicaban “marxistas” y planteaban la cuestión “revolucionaria”, pero desde una óptica crítica con respecto a la que definían como “la izquierda dogmática”. De la misma manera, el Movimiento Evita aglutinó experiencias previas,

<sup>7</sup> El Movimiento de Unidad Popular (MUP) surgió en 1999 a partir de una organización de vertiente anarquista llamada AUCA (‘rebelde’ en mapuche). Esta organización de raíz libertaria se inició a fines de los años noventa en barrios de La Plata y fue creciendo hacia otras provincias y el conurbano bonaerense. El MUP nacía como el “movimiento de masas” de dicha línea política.



pero ligadas a la identidad del peronismo de izquierda. En tanto que el MUP tuvo su origen en la década de los noventa, años en los que cuestionaban las representaciones existentes dentro del panorama político partidario.

Las tres vertientes se identificaban con diversas tradiciones políticas. La que conformaría el Movimiento Evita estaba ligada al peronismo de izquierda y a la reivindicación de la experiencia de Montoneros. La de Libres del Sur, en la línea que venía de Patria Libre, se centraba en torno al latinoamericanismo y a la izquierda nacional; no obstante, a ese espacio heterogéneo abreviarían otras organizaciones peronistas, cercanas a la postura del Movimiento Evita. Mientras tanto, la vertiente que daría nacimiento al MUP se presentaba como anarquista, aunque marcando las diferencias con un supuesto anarquismo ortodoxo, y destacaba su carácter latinoamericanista y organicista. De hecho, el anarquismo aparecía fuertemente ligado no tanto a sus bases doctrinales, como a su actitud de cuestionamiento a las formas de acción y a la representación político-partidaria de los años noventa.

## El peronismo como punto nodal del discurso

El peronismo constituye un punto nodal de los discursos y es, a su vez, un significante que traza fronteras y establece límites discursivos entre las organizaciones. Sus perspectivas sobre la naturaleza, las posibilidades de acción y el carácter revolucionario o no del peronismo son elementos centrales para analizar la conformación de las identidades. En torno a este debate sobre el peronismo se construyen dos visiones. La primera, afirma que el peronismo ha sido la consolidación del “proyecto nacional” y una etapa revolucionaria y de liberación nacional. La otra, reivindica los gobiernos de Perón, aunque destaca que han sido períodos de avance, pero con numerosas contradicciones internas.

En este plano, las organizaciones que culminarían en Libres del Sur reivindicaban el peronismo histórico, aunque considerándolo una experiencia popular junto a muchas otras. En ese aspecto enlazaban los procesos posteriores a la caída del peronismo con el Cordobazo que, a su vez, sería el punto de partida para el surgimiento de organizaciones revolucionarias. En las referencias de su relato aparecían

algunas figuras que no solían estar presentes en las del Movimiento Evita. Aquí, no solo el peronismo aparecía reivindicado como una más de las etapas o procesos que habían hecho su aporte a ese proyecto nacional, sino que la cuestión histórica iba más allá. Los nombres de Tosco, Santucho, Guevara y la propia definición como organización de izquierda, y no de izquierda peronista, daban cuenta de una línea política diferenciada. Además, el linaje revisionista se articularía con otras significaciones, pertenecientes al campo de izquierda con el cual las organizaciones se identificaban. De esta forma, unificaron el “protagonismo popular” de las luchas independentistas con “los heroicos y combativos trabajadores anarquistas y socialistas”, acercaron “los gauchos federales” a los “valientes obreros comunistas de la Década Infame” (*En Marcha*, 1988), el peronismo al sindicalismo clasista, y la izquierda peronista a la marxista.

En tanto, el Movimiento Evita colocó en el centro del relato el período iniciado en 1945 con la aparición del “gran movimiento nacional”, que ya había estado expresado en muchas disputas anteriores. En esta línea, retomó la historiografía revisionista y ubicó a la resistencia a las invasiones inglesas de 1806 y 1807 como la primera expresión de esa lucha entre los dos proyectos: el “popular” y el “antinacional”. De acuerdo a su interpretación, la historia se caracteriza por esta lucha, en un proceso continuo de avances y retrocesos.

La diferencia entre las organizaciones que conformarían Libres del Sur y las del Movimiento Evita se basaba en la identificación de algunas figuras del “espacio de las izquierdas”, en el primer caso, y la tradición ligada al peronismo, en el segundo. Estas diferencias no eran solo de contenido sino que los significantes articulados daban como resultado distintas cadenas de sentido que constituyeron identidades diferentes, ancladas con mayor énfasis en lo “nacional” y en “lo nacional pero con presencia de significantes del campo de izquierda”.

El Movimiento Evita reconstruyó el peronismo en dos líneas ideológicas. En la primera, como proceso revolucionario y como instancia de lucha abierta contra “el imperialismo”, se asentó en las figuras de Eva y Montoneros como expresiones de “ese peronismo”. En la segunda, destacando la idea del peronismo como “etapa feliz”. Su argumento parte de la recuperación del “proyecto nacional” y la concepción del Estado que le atribuía a dicha época. Así, identificó en ese período varios de sus propios reclamos: distribución más justa



del ingreso, centralidad del Estado en la cuestión social y económica, educación, etcétera. Retomar las banderas del peronismo es en esta interpretación recuperar los márgenes históricos para poder avanzar en un proceso de distribución del ingreso. Para esta organización, fue el único movimiento histórico que construyó un país “en que el hijo del obrero podía egresar como ingeniero” (*Revista Evita*, 2007: 13).

En tanto, en el relato de las organizaciones Patria Libre, Partido Comunista Congreso Extraordinario y Barrios de Pie, el peronismo se concibió como problemático desde su nacimiento. De acuerdo a esta interpretación, desde sus comienzos se habían conformado dos bloques antagónicos dentro del propio movimiento. Estos dos bloques continuarían su recorrido y se enfrentarían abiertamente en distintas oportunidades. En la construcción de la memoria, se hizo énfasis sobre el enfrentamiento de esas distintas formas de entender el peronismo después del golpe de 1955. Por un lado, el peronismo como expresión de “abajo y cuestionador del sistema”, aunque “con una importante dosis de dispersión organizativa y confusión ideológica” y, por otro, un movimiento de la “superestructura, jugando para preservar el sistema” con un tono conciliador con los factores de poder (*En Marcha*, 1988).

Desde esta perspectiva, construyeron una concepción crítica donde se destacaban algunas contradicciones que, para Patria Libre –a diferencia del movimiento Evita–, existieron y forman parte del peronismo. Así como Evita representaba la lucha de las clases trabajadoras, también “fueron introducidas otras ideas como la conciliación de clases, la teoría de los dos imperialismos, el macartismo, el capitalismo ‘humano’, etc., de carácter reaccionario” (*En Marcha*, 1988).

Según esta interpretación, el Partido Justicialista no es el centro de lo que llaman “el gran movimiento nacional”. En este contexto, en ese movimiento nacional de liberación al que el relato aludía, debían estar “los peronistas que ya no están dispuestos a seguir una conducción que los ha traicionado, los que ya no se sientan peronistas producto de esa traición” (*En Marcha*, 1989). Asimismo, se imaginó esa alianza con la participación abierta a “los radicales que no han abandonado a Don Hipólito Yrigoyen, los compañeros y las compañeras de la izquierda nacional, los cristianos comprometidos con el pueblo y no con los ricos” (*En Marcha*, 1989).

Existió un “llamado” y, a su vez, un posicionamiento con respecto al peronismo: este era “valorado” en tanto haber sido un proceso

democratizador en sus comienzos y que, por ende, tenía una línea de militancia acorde con el proyecto que acuñaba Patria Libre, sin embargo, junto a esta postura, aparecía otra de carácter reaccionario. Ya desde ese momento fundacional construyen la idea del peronismo como partido político que debe ser combatido, pero del que se debe rescatar su carácter “popular”. Este argumento marcará la relación que la organización tendrá con el Partido Justicialista, es decir, de una distancia crítica.

Esa exploración histórica implicó identificarse como “izquierda nacional”, que significaba comprender que, en primer lugar, había sido la “Causa Nacional” la que habría motorizado siempre las mayores energías en la lucha. A su vez enseñaba que, como siempre, las mayorías explotadas y oprimidas percibían dónde estaba el enemigo principal y seguían con devoción a quienes ellas consideraban capaces de enfrentarlo. Allí trazaban su linaje histórico: “Los ejércitos patriotas, primero; los caudillos federales, después; el radicalismo de Irigoyen, el peronismo de Perón y Evita son el ejemplo más nítido respecto de dónde se ha nutrido la decisión de luchar por una Patria mejor de los argentinos de abajo. Es por ello que hoy nosotros decimos que somos una izquierda nacional” (*En Marcha*. 1988).

A diferencia de estas lecturas, el MUP no construía una tradición en la historia, como tampoco articulaba su presente con las luchas y antecedentes del anarquismo en la Argentina. La historia no era una referencia sustancial para sostener los posicionamientos frente al imperialismo, incluso las luchas anarquistas de fines de siglo XIX y principios del XX fueron escasamente retomadas. En su mayoría, las referencias eran a la década de los noventa y al contexto en el cual surgió el movimiento, de hecho, como se señaló, el anarquismo representaba un modo de cuestionamiento a las formas de acción políticas vigentes en ese contexto. Esta desvinculación de la historia en la construcción de la identidad sería central cuando decidieran acercarse al gobierno, puesto que la particular forma de identificarse con el anarquismo les posibilitaría producir una reconfiguración identitaria que los ubicase dentro del kirchnerismo.

Para el MUP, el peronismo se interpretaba como un partido cuestionable, puesto que lo identificaban inmediatamente, en los testimonios, al menemismo, que era, a su vez, el representante del neoliberalismo. Es decir, para el MUP, el peronismo como significante

estaba articulado al neoliberalismo y no al significativo pueblo, como sí lo era para las organizaciones que conformarían Libres del Sur y el Movimiento Evita.

La identificación que las organizaciones construían con el peronismo estaba también articulada con el sujeto político al cual aspiraban representar y reivindicar. En el caso del Movimiento Evita, como se ha señalado, el significativo pueblo se vinculaba con peronismo. El peronismo se entendía como la representación del pueblo y como el pueblo mismo. En este marco, el pueblo tendría clara conciencia de que sus intereses estaban ligados al peronismo, puesto que uno y otro eran una sola cosa. El peronismo es el pueblo y viceversa, por lo que la idea de conciencia o falsa conciencia no tendría lugar, desde el momento en que esos dos significantes aparecían como inseparables.

Para las organizaciones que compondrían Libres del Sur, al igual que para las que confluían en el Movimiento Evita, el sujeto político de la transformación era el pueblo, que articulaba a un sinnúmero de actores sociales diversos, entre ellos, los trabajadores, los campesinos, los pobres de la ciudad y el campo, y una parte de las capas medias. La diferencia radicaba en que el significativo pueblo no estaba ligado, para las primeras, al de peronismo, como sí en el caso del Movimiento Evita, sino que ese sujeto era expresado y representado por distintas construcciones políticas a lo largo del proceso histórico. No obstante, de todos los sujetos que componen el pueblo, el articulador es la clase obrera, cuestión que los escindió del peronismo, en tanto lo identificaron, en algunas circunstancias históricas, como un intento de la burguesía de estructurar un orden que impediría una transformación más profunda. El significativo pueblo, para Libres del Sur, estaba ligado al de clase, lo que estructura la cadena de significación con la tradición marxista.

La identificación de un sujeto del cambio implicaba la construcción de un camino para el cambio social que expresaban distintos posicionamientos sobre el Estado y su rol en lo social. En este punto, habría divergencias en los movimientos analizados. Por un lado, las organizaciones que conformarían Libres del Sur tenían una concepción que definían como “marxista”, en tanto considerar al Estado como instrumento de dominación de las clases poseedoras. Por otro, las que conformarían el Movimiento Evita que tendrían como perspectiva “recuperar el Estado de bienestar”. Por último, la visión del MUP se

apoyaba en la concepción de lucha contra el Estado que representaba el autoritarismo del sistema capitalista. En las organizaciones predecesoras del Movimiento Evita, en cambio, no había una identificación necesaria entre el Estado y los sectores dominantes. Si bien, como señala Moreno (2010), no se desconoce su origen burgués, se destaca su carácter instrumental, puesto que alberga la posibilidad de su uso para el beneficio de otros sectores sociales. De esta forma, el objetivo final de la política de masas es la reconstrucción del “Estado popular” que se caracterizaría por recuperar “la independencia económica y política, la soberanía y la justicia social”. Esta interpretación de la lucha por el restablecimiento del Estado de bienestar sería una constante en las organizaciones de raíz peronista, quienes entienden esta tarea como “la revolución”.

Las tres organizaciones se han definido como de izquierda revolucionaria, aunque entendiesen distintas cosas por ello. En este aspecto también las similitudes entre Libres del Sur y el Movimiento Evita fueron muy marcadas en cuanto a pensar la revolución en términos de avance popular a partir de la “conquista” del Estado, rescatándolo de las manos del neoliberalismo, reconstruyendo el ideal de Estado de bienestar. En el caso de AUCA y el MUP, en sus comienzos, había un cuestionamiento a las posibilidades de que un Estado capitalista pudiera constituir un avance para los sectores populares.

Las tres vertientes compartían la diferenciación de lo que entendían era la postura de “la izquierda dogmática”, que plantearía la “insurrección” como el camino para cumplir los objetivos. En este marco, tanto las organizaciones predecesoras de Libres del Sur como las del Movimiento Evita expresaban que la conciencia revolucionaria llegaría de la mano de los movimientos populares y no de los partidos políticos “de clase”. En tanto que el MUP destacaba la necesidad de la ruptura con cualquier forma de vanguardia. En este sentido, se retomaba la “acción directa”, entendida como la promoción de la lucha en pos de crear nuevas “relaciones sociales” que lograsen el avance de “las clases oprimidas”.

Al desarrollar la cuestión revolucionaria, se planteó lo que podríamos denominar una etapa de transición. En los movimientos que confluían en el Evita y Libres del Sur, la idea de revolución refería a la transformación de la realidad, pero sin un fin último estrictamente teorizado; por ello, el planteo gradualista posterior y de recuperación del Estado de bienestar se ajustaría a los avances que luego verían en



la presidencia de Kirchner. El proceso de transformación se planteaba en términos graduales, lo que, a la vez, implicaba la graduación del mapa de actores políticos. En el enfrentamiento campo popular-campo liberal proliferaron múltiples actores que flexibilizaron el esquema de alianzas políticas y los caminos para el avance.

La diferencia entre ellos fue que Patria Libre tenía en sus objetivos últimos un horizonte socialista que implicaba la posibilidad de conformación de un frente policlasista; la estrategia, en los países periféricos, había sido identificar la contradicción principal entre imperialismo y Nación, pero apuntando a una superación de esa primera etapa. En tanto que la vertiente peronista centraba su disputa en la oposición contra el imperialismo y en la recuperación del Estado para el campo popular. Desde esta perspectiva, la contradicción política fundamental de campo nacional-popular *versus* campo liberal buscaba aumentar el poder del Estado como regulador de la economía y principal promotor de la distribución del ingreso (Moreno, 2009 y 2010). El Estado en la sociedad capitalista es, para las organizaciones peronistas, una herramienta de control que abre la posibilidad de avanzar en la justicia social y en la transformación social; por ende, está lejos de ser el enemigo y representante de los intereses de la burguesía, puesto que puede llegar a ser el elemento disciplinador de esos sectores. En el caso del MUP, si bien existía la perspectiva del avance gradual, el horizonte de cambio era de mayor grado y “superador” de un “Estado popular” o de Bienestar hacia una sociedad “sin oprimidos”.

Lo central de esta etapa de construcción identitaria en los tres grupos de organizaciones fue la conformación de una cadena de sentido que articulaba el significativo Estado a las políticas neoliberales llevadas a cabo durante los noventa. De esa manera, el Estado estaba en manos de un proyecto antinacional que excluía a las masas. Esta interpretación construyó un antagonismo donde el Partido Justicialista estaba dentro del “campo enemigo”.

Estas cadenas de significación que las organizaciones fueron sedimentando se reactivarían luego, en contextos posteriores a 2001. Allí observaremos las articulaciones de estas configuraciones identitarias y los desplazamientos de los significantes en cada una de ellas. No obstante, era fundamental desarrollar previamente la configuración de elementos simbólicos de las organizaciones, para luego poder observar las mutaciones identitarias.

## Las formas de vinculación con el kirchnerismo

El arribo de las organizaciones al espacio kirchnerista implicó la construcción de una compleja operación política que articuló sus identidades sedimentadas, muy disímiles, con el gobierno nacional. Esta inclusión en el espacio kirchnerista produjo una serie de articulaciones que denominaremos “puentes discursivos”, que permiten explicar y plantear las estrategias de los movimientos hacia el futuro y, a su vez, enlazar los nuevos posicionamientos con el pasado de las propias organizaciones. Estos puentes expresan, entonces, el pasaje de una determinada configuración identitaria a otra. El proceso de vinculación con el gobierno marcó la tensión compleja entre la ampliación y vaciamiento de los principales elementos significantes de las configuraciones identitarias en busca de la articulación con el espacio “kirchnerista” y la “custodia” de elementos significantes centrales que constituirían límites, que, en determinadas coyunturas, marcaron la imposibilidad de esa articulación.

En este sentido, las organizaciones se vieron en la necesidad de redefinir su posicionamiento respecto al gobierno para afrontar, ante la llegada de Kirchner, de la mano de un discurso “reparador”, lo que entendían era una etapa diferente de la historia. El posicionamiento de Kirchner frente a temas como la deuda externa, el ALCA, los militares, la represión de la dictadura, la crítica a los jueces de la Corte menemista, las cúpulas policiales, etcétera, eran señales de que se iba hacia un nuevo orden. La resistencia de los años noventa fue reemplazada por la lectura de que el gobierno de Kirchner abría nuevas posibilidades e implicaba una etapa de “avance popular”. Esta interpretación dejaba de lado la lógica reivindicativa de las organizaciones de Trabajadores Desocupados para pensar en una lógica de representación más amplia, capaz de llegar a diversos sectores sociales. De esta forma, el desplazamiento de la frontera constituida en los años previos entre las organizaciones y el Gobierno como representante del neoliberalismo, ubicó a este último como la otredad, quedando el primero en una zona que permitiría luego la articulación.

Ese espacio convergente expresaba la valorización de “lo nacional”, de la transformación “gradual” de las sociedades, de la identificación del sujeto pueblo como el eje vertebrador de la misma, de una visión latinoamericanista de la política, y de la concepción transformadora del peronismo



que, más allá de las discusiones, no menores por cierto, marca un sustrato sedimentado común en las organizaciones de diversas tradiciones.

Ahora bien, estas reconfiguraciones se dieron de diversa manera sobre la base de las diferentes identidades sedimentadas descritas en el apartado anterior.

El primer puente discursivo se construyó, en el caso de las organizaciones que conformarían Libres del Sur, a partir de la interpretación de que el gobierno que asomaba en 2003 posibilitaba el “avance popular”. Lo que motorizaría, entonces, la inserción sería la expectativa que la organización puso en dinamizar lo que, entendía, era un gobierno “permeable” a las demandas populares. No obstante, esa visión se estructuraría sobre una identidad sedimentada que visualizaba históricamente las limitaciones que implicaba que el proceso de transformación fuera conducido por el peronismo y su reverso negativo el “pejotismo”.

El segundo puente discursivo se estructuró en la reconstrucción de la tradición plebeya del peronismo por el Movimiento Evita. En este caso, los elementos sedimentados “latentes” ligados a una interpretación contestataria del peronismo durante los años noventa rápidamente se reactivaron en el nuevo contexto constituyendo una articulación o fusión con el espacio kirchnerista que acompañó todo el proceso. Inmediatamente se identificó el discurso de Kirchner como destinado a reconstruir el Estado de bienestar y el “proyecto nacional” y se comparó el proceso abierto en 2003 con el del año 1945. Ambos períodos habían estado precedidos de sendas “décadas infames” y serían etapas durante las cuales el Pueblo recuperaría el protagonismo a partir de la construcción de un Estado a favor de los sectores populares. En este sentido, entendieron que la nueva etapa tomaba las “viejas banderas” del peronismo, por lo que insertarse era un rasgo de continuidad y de retorno más que de ruptura y refundación, como para las otras organizaciones.

Por último, la reconfiguración identitaria de mayor amplitud fue la del MUP, puesto que los puntos nodales con los cuales había estructurado su identidad anarquista en sus comienzos se desplazaron y quedaron subsumidos a los elementos de la tradición “nacional popular”. El puente que entonces construyó el MUP con el espacio kirchnerista tuvo la característica principal de constituirse en una identificación con la identidad del sujeto al cual aspiraba representar. Allí radica una diferencia sustancial, puesto que la articulación con el kirchnerismo,

aunque reivindicara el discurso del presidente, estaría dada “desde abajo”, a partir del redescubrimiento del “pueblo peronista” como motor de la mutación identitaria.

Según los testimonios de los dirigentes, en ese proceso existió una intención de acercamiento a los sectores populares, que incluyó una redefinición de la propia identidad. De esta forma comenzó una inclinación hacia la identidad peronista que empezaba a ser considerada como sinónimo de pueblo. A su vez, según esta interpretación, el gobierno de Kirchner habría despertado la esperanza en los sectores populares, con lo cual se hacía políticamente inviable predicar en contra de ese proceso. En este caso la mutación identitaria que se dio con el “giro nacional popular” desplazó el significante “clases oprimidas” a “pueblo” como sujeto oprimido y a su vez “peronista”. Esa articulación de sentido explica, en parte, la reconfiguración en torno a una matriz “nacional y popular”. De esta forma, se desarrolló una identificación que rearticulará su cadena de significaciones previas.

En el discurso del movimiento y de sus dirigentes, se puede advertir un proceso de identificación con el peronismo que aparece anudado al kirchnerismo. Por un lado, hay una identificación en el sentido que expresa Hall (2003), es decir, una construcción e idealización con el sujeto pueblo-peronista y, por otro, la identidad anarquista de sus inicios mutaría hacia una identidad “nacional-popular” en un intento de acercamiento al kirchnerismo. Esa inserción en el nuevo espacio político implicaría una reorientación del discurso y los elementos que estructuraban la identidad anarquista serían desplazados por los de la identidad “nacional y popular”. Esto implicó un cambio en las formas de identificar al sujeto político de la transformación. De pensar en términos de clases oprimidas por el sistema, pasarían a plantear que esos “sectores populares” no tendrían como interés inmediato un cambio radical de la sociedad, sino más bien buscarían la inclusión en el sistema que habían perdido durante la década del noventa.

Sobre finales de 2007, Néstor Kirchner comenzó a abocarse al armado partidario de “la gran fuerza plural” con base en el Partido Justicialista.<sup>8</sup> Esta decisión en torno al futuro eje de construcción

---

<sup>8</sup> A partir de esa decisión Libres del Sur comenzará a alejarse paulatinamente del kirchnerismo hasta romper sobre finales de 2008. Para leer en detalle el proceso véase Schuttenberg (2012).



política se constituiría en una coyuntura central, puesto que traería al seno de las organizaciones la discusión en torno a las posibilidades de transformación bajo la conducción del Partido Justicialista. En este contexto se reactivó la significación que Libres del Sur tenía del “pejotismo” y de las limitaciones del peronismo como elementos que pasarían a hegemonizar las interpretaciones sobre la dirección política del gobierno. De esta manera, la lectura se inclinó a considerar que el partido absorbería las fuerzas de cambio, dejándolas a un lado del proceso, volcándose hacia los sectores “burocráticos” que históricamente habían sido contrarios a los cambios. Este desplazamiento de la cadena de significaciones tras el significante “pejotismo” se anudó a la demanda de renovación política. A la exigencia de dejar de lado “la vieja política”, que se manifestaba en esta vuelta al PJ, se sumó, a su vez, la oposición a esta maniobra como contraria a los ideales de renovación, entendidos como superación de la dirigencia del partido.

La distinción existente, para Libres del Sur, entre peronismo y pejotismo no está presente en el Movimiento Evita, en cuyo imaginario el peronismo, como identidad política, fue desde sus orígenes la expresión de los “mayores niveles de conciencia del Pueblo” (Movimiento Evita, 2008). Allí volvió al lugar central el significante pueblo ligado a peronismo, por lo que la operación de reconstrucción del partido se analizó como una cuestión táctica para reforzar la presencia del movimiento en el campo popular. El significante “pejotismo”, que para otras organizaciones tuvo un lugar central en las configuraciones identitarias, en este caso fue subordinado a la articulación pueblo-peronismo, nodal en el discurso. Aquí también puede observarse la tradición movimientista, en tanto el partido, como herramienta política, está subordinado a la consolidación del movimiento nacional y popular y sirve a esa tarea, por lo que para la organización es una cuestión instrumental.

La reorganización del Partido Justicialista bajo el liderazgo de Néstor Kirchner se interpretó, entonces, como un paso hacia la recuperación del significado histórico del peronismo en la conciencia del pueblo, reforzándose el argumento con el contraste de la Argentina “neoliberal”. En ese contexto, “el llamado” a reconstruir el partido era la oportunidad para que el peronismo volviese a ocupar su lugar histórico en el “campo popular”, lo que a su vez interpelaba a la tarea.

El MUP, por su parte, centró su lectura en el objetivo de “construir la fuerza del proyecto nacional”. En este marco, la discusión en torno

al PJ tenía una perspectiva instrumental. Destacaban como elemento central la idea de avance y, a partir de allí, analizaban si el PJ podía o no aportar algo, alejándose de esta manera del Movimiento Evita, que lo veía más como una gesta de reconstrucción popular, y de Libres del Sur, que ejemplificaba históricamente cómo esta operación implicaba un retroceso político. La cuestión de la estrategia es el punto central del MUP, por lo que las discusiones en torno al PJ quedaban en segundo plano, eran retomadas solo para analizar si este posicionamiento aportaba o no algo a “la causa”.

Los procesos de reconfiguración identitaria anteriormente desarrollados dieron lugar a tres formas de inserción distintas. En primer término, denominaremos como “fusión identitaria” la reconfiguración del Movimiento Evita en el espacio kirchnerista. En segundo lugar, Libres del Sur se incluiría en una alianza con el gobierno para la producción de una serie de ganancias a corto plazo, basadas en una relación contingente y concebida exteriormente entre fuerzas políticas que no fusionaron sus cadenas significantes (Howart, 2008), pero la preocupación por la propia identidad continuará como elemento central de la organización en toda la etapa posterior a 2003, marcando constantemente los límites con el kirchnerismo. En este plano, los significantes “pejotismo” y “vieja política” conformaban una frontera discursiva que impidió la articulación o fusión, como sí ocurrió con el Movimiento Evita, aunque participarían del espacio común.

Por último, observamos un proceso de “peronización” a partir de un “giro nacional popular” en la identidad del MUP, el cual absorbería significantes ligados al peronismo, solapando los elementos simbólicos del anarquismo en lugares subalternos dentro de sus cadenas de significación. Ese momento decisorio de inserción transformó la identidad de la organización que desestabilizó la cadena de significantes ligados al anarquismo para dar lugar a la hegemonía, dentro del propio discurso, de los elementos “nacional populares”.

## Reflexiones finales

La recuperación de las trayectorias políticas de las organizaciones y las experiencias previas posibilitó reconstruir las tradiciones, las instancias de decisión, reactivación y sedimentación en los momen-

tos originarios, para comprender las diversas articulaciones de los movimientos y sus distintas formas de vinculación con el kirchnerismo. Estas formas diferenciales que adquirieron los desplazamientos discursivos y los elementos simbólicos que predominan en cada una de las identidades explican las diversas maneras de vincularse con el espacio kirchnerista. Si bien se hizo hincapié en las diferencias, las tres organizaciones compartieron la idea de estar dentro del Estado e interpretaron al nuevo gobierno como antagónico del neoliberalismo, lo que les permitió, de diferente modo, significar el proceso como avance. Por otro lado, la constitución de límites y fronteras identitarias, que históricamente tuvieron con otras expresiones de la izquierda, sumada a una nueva interpretación del proceso histórico, hizo que las organizaciones, aun con sus diferencias, desarrollasen modalidades de convergencia política con el gobierno de Kirchner. En este punto, es fundamental retomar las diferencias que, desde sus orígenes, las organizaciones tenían con respecto al peronismo; esta discusión se reactiva con la llegada de Kirchner y la evolución de su gobierno. Allí pudimos observar distintas posturas, ya sedimentadas en etapas anteriores.

Este trabajo intentó enfocarse en la matriz “nacional y popular” y describir algunas de las distintas tradiciones que la conforman. Al mismo tiempo, el análisis desde el enfoque de las organizaciones brinda un aporte a la comprensión del proceso político abierto en 2003, completando las perspectivas que afloran de las interpretaciones del discurso de Kirchner y dejando de lado las explicaciones centradas en la idea de cooptación que imposibilitaban visualizar la producción política de estas organizaciones. La mirada diacrónica propuesta ha permitido explicar los posicionamientos y la vinculación de las organizaciones con el kirchnerismo como un proceso de reconfiguración de identidades que ya tenían, desde sus orígenes, elementos sedimentados en torno a lo “nacional popular”.

Como cierre, puede plantearse que el proceso de articulación y reconfiguración de las identidades no puede considerarse desde fuera de las experiencias históricas ni tampoco rehuendo del espacio de libertad-creación que los actos de identificación generan en las identidades. Ese espacio de creación debe analizarse en su confluencia con lo sedimentado en tradiciones y matrices que estructuran un espacio de posibilidades de reactivación. En este aspecto, queda abierta la

agenda de investigaciones para futuros desarrollos, tanto en relación a la dinámica de las organizaciones en etapas que este trabajo no aborda como a la cuestión de las identidades en nuestra historia reciente.

## Bibliografía

- Barros, S. (2002). *Orden, democracia y estabilidad. Discurso y política en la Argentina entre 1976 y 1991*. Córdoba: Alción.
- (2006). “Inclusión radical y conflicto en la constitución del Pueblo populista”. *Confines*, (2-3), 65-74.
- De la Garza, E. (1997). “Trabajo y mundos de vida”. En Zemelman, H. (coord.) *Subjetividad: Umbrales del Pensamiento Social* (s. d.). Madrid: Anthropos.
- (2001). “La epistemología crítica y el concepto de configuración”. *Revista Mexicana de Sociología*, (1), 109-127.
- En Marcha* N.º 5 (abril 1988). “El peronismo: pasado, presente y futuro”. En línea: <[www.patrialibre.org.ar](http://www.patrialibre.org.ar)>. Consultado en 2007.
- En Marcha* N.º 6 (mayo 1988). “¿Qué es la izquierda nacional, popular y revolucionaria?”. En línea: <[www.patrialibre.org.ar](http://www.patrialibre.org.ar)>. Consultado en 2007.
- En Marcha* N.º 23 (octubre de 1989). “¿Por qué un nuevo movimiento de liberación?”. En línea: <[www.patrialibre.org.ar](http://www.patrialibre.org.ar)>. Consultado en 2007.
- Hall, S. (2003). “Introducción: ¿quién necesita ‘identidad?’”. En Hall, S. y Du Gay, P. (comps.). *Cuestiones de identidad cultural* (pp 13-39). Buenos Aires: Amorrortu.
- Howarth, D. (2008). “Hegemonía, subjetividad política y democracia radical”. En Chrtichley y Marchart (comps.) *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra* (pp. 317-347). Buenos Aires: FCE.
- Laclau, E. (2005). *La razón populista*. Buenos Aires: FCE.
- Moreno, E. J. (2009). *Articulación política en el campo popular argentino. Una aproximación desde los discursos de sus organizaciones*. (Tesis de Maestría). La Plata: UNLP.
- (2010). “¿Lo tomo, lo dejo, lo rompo o lo uso? Concepciones sobre el Estado y estrategias políticas entre las organizaciones del campo popular”. En Massetti, A., Villanueva, E. y Gómez, M. (comps.) (2010). *Mobilizaciones, protestas e identidades colecti-*



- vas en la Argentina del bicentenario* (pp. 119-137). Buenos Aires: Nueva Trilce.
- Movimiento Evita, Mesa Federal (2008). “El Movimiento Evita en la reorganización del Partido Justicialista”, 15 de febrero de 2008. En línea: <<http://politicasporsiempre.blogspot.com.ar/2008/02/documento-mesa-federal-movimiento-evita.html>>. Consultado el 20-2-2012.
- Pereyra, S., Pérez, G. y Schuster, F. (comps.) (2008). *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001*. La Plata: Editorial Al Margen.
- Retamozo, M. (2009). “Orden social, subjetividad y acción colectiva. Notas para el estudio de los movimientos sociales”. *Athenea Digital*, (16), 95-123.
- Revista Evita* N.º 1 (17 de octubre de 2005). “Con Kirchner la esperanza en movimiento”, 2.
- Revista Evita* N.º 14 (mayo de 2007). “Algunas notas sobre el día del trabajador”, 13.
- Schuttenberg, M. (2012). “La trayectoria política de Libres del Sur 2003-2011. Reconfiguración identitaria, alianza y ruptura con el kirchnerismo”. En Pérez, G. y Natalucci, A. (comps.) “*Vamos las bandas*”. *Organizaciones y militancia kirchnerista* (pp. 127-149). Buenos Aires: Nueva Trilce.
- Stake, R. (1994). *Investigación con estudio de casos*. Madrid: Morata.
- Svampa, M. y Pereyra, S. (2004). *Entre la ruta y el barrio: la experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.
- Verón, E. y Sigal, S. (2004). *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires: Eudeba.

**“SEAMOS ZURDOS, LO DEMÁS  
NO IMPORTA NADA”.  
IDEOLOGÍA, IDENTIDAD POLÍTICA Y  
CONVERGENCIA EN LA IZQUIERDA ARGENTINA**

José Eduardo Moreno

Uno de los lugares comunes en la izquierda<sup>1</sup> de la Argentina –y probablemente en la mayoría de los países– es la cuestión de la convergencia/fragmentación política que se establece entre las organizaciones que se asumen dentro de dicha coordenada político-ideológica. A menudo se señala, tanto desde la izquierda como desde observadores que

---

<sup>1</sup> La delimitación de una categoría como la de izquierda se presenta como una empresa por demás compleja, mucho más en un artículo de unas pocas páginas. Cuando fue llevada adelante la investigación de la que este artículo solo es una síntesis, se optó por combinar algunas definiciones analíticas generales y luego remitir a elementos concretos y espacio-temporalmente situados. En el nivel analítico general se prefirió una *definición ampliada* como la que propone Bobbio (1995), la que se centra en la díada *igualdad-desigualdad*: “Lo igualitario parte de la convicción de que la mayor parte de las desigualdades que lo indignan, y querría hacer desaparecer, son sociales y, como tales, eliminables; lo no igualitario, en cambio, parte de la convicción opuesta, que son naturales y, como tales, ineliminables” (Bobbio, 1995: 9). Luego, la aplicación de tres criterios que remiten al posicionamiento sobre temas puntuales de la política nacional actual (“derechos humanos”, “neoliberalismo” e “izquierda latinoamericana”) establece una serie de coordenadas que reducen satisfactoriamente la posibilidad de equívocos. Finalmente, al definir las grandes corrientes ideológicas que constituyen el espectro de la izquierda y enumerar algunas de las formaciones políticas más representativas de cada una, quedarán establecidos los principales límites de esta categoría.



no pertenecen a ella, que las organizaciones que se inscriben en dichas coordenadas se caracterizan por presentar, de manera persistente, dificultades a la hora de avanzar en procesos de convergencia política exitosos y duraderos. Fue a partir de estas consideraciones –con las que coinciden los propios militantes, dirigentes (Moreno, 2012) y analistas (Borón, 2000; Di Tella, 2004; Svampa, 2006 y 2010, entre otros)– que me propuse explorar tal temática, analizando específicamente el modo en que las definiciones ideológicas y las identidades políticas construidas en el seno de la izquierda se vinculan e inciden en dicho cuadro de situación. Las páginas que siguen constituyen una apretada síntesis de mi tesis doctoral *Pocos, pero separados. Las definiciones político-ideológicas en la convergencia y fragmentación política de la izquierda en la Argentina reciente*, defendida en marzo de 2012, que, espero, pueda dar cuenta de los principales elementos que se desprenden de aquella investigación.

## La izquierda argentina y la convergencia/ fragmentación política

La relación entre las organizaciones políticas está atravesada tanto por las disputas de poder, en las que se define qué lugar ocupará cada una –y cada uno– en cada intento de convergencia, como por los propios recelos que la construcción de una identidad política genera respecto al *otro*, sin el cual el *nosotros* no existiría. Estas cuestiones parecen estar presentes en cualquier lugar del espectro político-ideológico y, por tanto, no nos dirían demasiado respecto de lo que sucede en la izquierda. De hecho, ante las dificultades de convergencia política que protagonistas y analistas describen, podríamos preguntarnos: ¿por qué no?, ¿por qué habría de ser de otra manera? Sencillamente, se podría decir que se trata de una gran cantidad de organizaciones que poseen orígenes muy diversos y diferencias políticas e ideológicas, y que dentro de las mismas se van desarrollando disidencias del mismo tipo que provocan escisiones y desprendimientos. Esto, sumado a la competencia política y a la propia lógica de exclusión presente en la dialéctica entre identidad y diferencia, explicaría rápidamente la cuestión. Sin embargo, se pueden mencionar algunos elementos que pueden diversificar y enriquecer el análisis.

En principio, se puede constatar que existe un no despreciable conjunto de formaciones que se definen como *de izquierda*, cuando no como pertenecientes al *campo popular*.<sup>2</sup> Esto parece ser una novedad respecto a organizaciones de otro, digamos, espectro político-ideológico. Es decir, no es frecuente encontrar formaciones políticas que se definan “de derecha” o “de centro”, pero sí “de izquierda”. Este hecho no parece ser menor. Al definirse como parte de ese campo, las formaciones políticas de la izquierda señalan la existencia de un espacio —la izquierda, el campo popular— del que forman parte y que opera como una referencia política identitaria. Al mismo tiempo, aunque se asume la pertenencia a un campo u horizonte común, esto no se traduce en una convergencia entre las organizaciones, y aquel campo común no se plasma como tal. Esta situación denota ya una tensión que aparece, si no privativa, sí especialmente visible entre las formaciones políticas de izquierda.

Este primer rasgo se vincula con un segundo elemento que lo reafirma: se observan en los discursos de las formaciones políticas de la izquierda —en sus publicaciones y en las declaraciones de militantes, dirigentes y no dirigentes— claras alusiones a la necesidad y la importancia de avanzar en la unidad de la izquierda “más allá de las diferencias”. Hay un consenso generalizado en identificar la fragmentación política de la izquierda como *la* tarea a resolver, como el principal problema que atenta contra las posibilidades de éxito político entre las organizaciones de ese espacio.

Por último, cabe mencionar una cuestión vinculada con las diferentes experiencias políticas de la órbita de la izquierda que han logrado, en distintos momentos y lugares, un desarrollo político relevante. En este sentido resulta dificultoso negar que todos los procesos de construcción política relativamente exitosos incluyen diversos niveles de convergencia entre distintos actores, más allá de sus diferencias político-ideológicas. La convergencia política puede adquirir múltiples modalidades y formas, pero parece estar presente en cualquier proceso político con aspiraciones

---

<sup>2</sup> Hago esta salvedad, porque existen organizaciones que consideramos dentro de la izquierda (Libres del Sur, Movimiento de Unidad Popular, etc.) que se resisten a esta etiqueta y prefieren la de *campo popular*. De cualquier modo, hecha esta aclaración, utilizaremos el término *izquierda* para referirnos al conjunto de las organizaciones del espacio político que estudiamos aquí.

de disputar el poder en una sociedad.<sup>3</sup> En este sentido nos preguntamos cómo se pueden comprender las distintas experiencias históricas de unidad y articulación política entre actores con diferencias ideológicas y tradiciones políticas diversas, si se utiliza este mismo argumento para sostener lo contrario. Este dilema conduce a un nuevo interrogante: ¿en qué consisten tales diferencias y de qué manera inciden en las posibilidades de desarrollar procesos de convergencia política?

Recapitulando: no planteo que necesariamente un determinado conjunto de formaciones políticas deban confluir –por determinados elementos en común– hacia la articulación, convergencia o unidad política. Se observan, sin embargo, una serie de elementos entre las formaciones políticas de la izquierda que habilitan el análisis sobre el modo en que se desarrolla la dinámica convergencia/fragmentación entre ellas. Esto es, tanto la autodenominación *de izquierda* –la referencia a un terreno/horizonte común–, los discursos identitarios que se expresan en esa dirección, como las experiencias históricas que muestran procesos de convergencia política exitosas en la izquierda, hacen pertinente un análisis sobre cómo se desarrolla la tensión entre la convergencia y la fragmentación políticas en la izquierda argentina.

## Las definiciones político-ideológicas: una pista para la exploración

Si, como parece, existe una especificidad de la izquierda en relación a la convergencia/fragmentación que la diferencia de otros espectros ideológicos, es lógico iniciar la búsqueda de respuestas siguiendo el mismo criterio en torno del cual concebimos aquella especificidad. Es decir, si lo que define las categorías que muestran la excepcionalidad de lo que nos interesa son las definiciones político-ideológicas –derecha, centro, izquierda y todas sus variantes–, parece sensato comenzar explorando las características de aquellas definiciones.

Es siguiendo esta línea de razonamiento que exploraremos en este artículo las características que adquiere la tensión entre convergencia

---

<sup>3</sup> Para respaldar esta idea resultan ilustrativos los ejemplos de convergencia que describe y analiza Fernando Mires (1988) en distintos procesos revolucionarios en América Latina.

y fragmentación política en la izquierda argentina actual, analizando especialmente la incidencia de la dimensión político-ideológica en torno de la cual se constituyen las identidades de las formaciones políticas en cuestión.

Para avanzar en este análisis se combinarán diversos abordajes que pretenden ser complementarios. En primer lugar, se hará un repaso del modo en que se constituyen las principales matrices político-ideológicas<sup>4</sup> de la izquierda argentina, donde se buscará mostrar las principales diferencias que atraviesan al universo de la izquierda y, por tanto, las grandes identidades resultantes. Esto será de utilidad para comprender de qué manera se organiza el universo de la izquierda en sus grandes coordenadas, lo que, a su vez, dará respuestas acerca de determinados posicionamientos y sobre las posibilidades de avanzar en la convergencia entre organizaciones que asumen sus diferencias de manera profunda e irreductible.

En segundo lugar, se analizarán los discursos identitarios<sup>5</sup> de algunas organizaciones particulares<sup>6</sup> para avanzar en su caracterización y

---

<sup>4</sup> Entre las acepciones que posee el término *matriz*, sobresale la idea de ‘molde’, ‘original del que sacan copias’, de ‘principal o más importante’ (ver <<http://www.wordreference.com/definicion/matriz>>). En esta línea parece adecuado usar este término para referirnos a aquellas *ideologías madres* o *primarias* que muestran diferencias de *primer orden*, que aparecen como insalvables y de las que derivan diferentes *corrientes* que poseen aquellos rasgos en común y mantienen las diferencias de *primer orden*. Una definición más precisa para los fines de este trabajo es la que propone Maristella Svampa quien concibe a las matrices político-ideológicas como “aquellas líneas directrices que organizan el modo de pensar la política y el poder, así como la concepción del cambio social” (2010: 8). Esto no significa que se trate de corpus teóricos cerrados y definidos de una vez y para siempre, ya que las mismas “no se encuentran en estado puro, pues las diferentes dinámicas políticas han dado paso a diversos entrecruzamientos y conjunciones [...] como también a un proceso de conflicto y colisión, que puede llevar a acentuar las diferencias en términos de concepciones, modos de pensar y hacer la política” (2010: 8).

<sup>5</sup> La fuente de los discursos incluye, en primer lugar, entrevistas en profundidad a referentes destacados de las organizaciones estudiadas: Néstor Pitrola, Partido Obrero, 2007, CABA; Amancay Ardura, Partido Comunista Revolucionario, 2007, CABA; Roberto Martino, Movimiento Teresa Rodríguez, 2007, Florencio Varela; Fernando Esteche, Movimiento Patriótico Revolucionario-Quebracho, 2007, La Plata; Federico Martelli, Movimiento de Unidad Popular, 2007, La Plata; Roberto Baigorria, Libres del Sur, 2007, CABA; Martín Obregón, Frente Popular Darío Santillán, 2006, La Plata, y Juan Cruz Daffunchio, Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón, 2007, Florencio Varela.

A su vez, se toman publicaciones de las organizaciones –consignadas en la Bibliografía– en las que se puede observar la “voz oficial” de cada una de ellas.

<sup>6</sup> Las organizaciones con las que se trabajó fueron las siguientes: a) matriz marxista-leninista: Partido Obrero (PO), Partido Comunista Revolucionario (PCR), Movimiento



profundizar sobre el modo en que se construyen las identidades y las diferencias dentro y fuera del espacio, de qué manera se van construyendo los distintos nosotros: la organización, la tendencia, la corriente, la izquierda..., y los distintos ellos: las “organizaciones amigas de la izquierda”, los “enemigos de la izquierda”, etcétera. En esta parte se hará especial hincapié en observar la fijación de sentido que se establece en torno a diferentes tópicos, tales como: las características que debiera adoptar el orden social futuro –“punto de llegada”–, el modo de alcanzarlo –revolución, reforma...–, la apelación a determinados sujetos sociales, la presunción sobre su representatividad, el peso de la “cuestión nacional”, las modalidades de lucha, la centralidad de las definiciones políticas coyunturales, o la definición de los principios organizativos. A partir de este recorrido se espera poder identificar cuáles son los elementos político-ideológicos específicos alrededor de los cuales se establecen las fronteras que operan con mayor intensidad en la distinción entre las diferentes formaciones políticas.

Un tercer abordaje incluye el análisis de las referencias negativas vertidas entre las propias organizaciones en sus publicaciones periódicas.<sup>7</sup> Allí se explora la frecuencia, la dirección de los flujos, los contextos de aparición y los temas de las referencias negativas que circulan entre las organizaciones de la izquierda argentina.

## Matrices argentinas

No resulta original ordenar al espectro político de la izquierda a partir de las grandes matrices que se han constituido a lo largo de su historia en función de los grandes debates que allí se han venido desarrollando. En este sentido seguiremos el mismo esquema que han propuesto otros

---

Teresa Rodríguez (MTR) y Movimiento de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (MTD-AV); b) matriz nacional-Popular: Movimiento Patriota Revolucionario Quebracho (MPR-QB), Libres del Sur (LS) y Movimiento de Unidad Popular (MUP); matriz autonomista: Frente Popular Darío Santillán (FPDS).

<sup>7</sup> Se tomaron las referencias negativas que ocho organizaciones políticas de la izquierda argentina se “lanzaron” entre sí en cada una de sus publicaciones semanales durante el año 2009, lo que dio una suma de 570 referencias. Las organizaciones en cuestión fueron: a) matriz marxista-leninista: PO, PCR, Movimiento al Socialismo (MAS), Movimiento Socialista de los Trabajadores (MST), Partido de los Trabajadores Socialistas (PTS); b) matriz nacional-Popular: MPR-QB y LS; matriz autonomista: FPDS.

analistas (Svampa, 2006 y 2010; Kohen, 2010, por mencionar algunos) que identifican en la izquierda argentina cuatro grandes matrices político-ideológicas de las que resultan sus principales corrientes y en cuyo interior se distinguen otras tendencias. Estas matrices son: la liberal socialista o socialdemócrata, la marxista-leninista o revolucionaria, la autonomista o “nueva izquierda” y la nacional-popular o izquierda nacional. Repasemos brevemente algunas de sus características como un primer paso para examinar la izquierda argentina y la tensión entre convergencia y fragmentación que la atraviesa.

Un primer dato, que surge del análisis de la llegada y constitución de las matrices en la Argentina, es su longevidad. Se trata de debates de muy larga data, a partir de los cuales se erigieron las principales fronteras de las identidades político-ideológicas de la izquierda argentina. Si se considera a la matriz autonomista como legítima heredera de la tradición anarquista,<sup>8</sup> tres de las cuatro corrientes –anarquismo, liberal-socialismo y marxismo revolucionario– que se observan en la izquierda argentina actual ya formaban parte de los debates que atravesaban los congresos de la Asociación Internacional del Trabajo (AIT) fundada por el propio Marx en 1864. Este rasgo permite inferir que se trata de debates enraizados en largas tradiciones y, por tanto, que su modificación y cuestionamiento parecen estar considerablemente limitados. De acuerdo a lo sugerido por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe ([1986] 2006) y retomado por Gerardo Aboy Carlés (2001), se trata del modo en que interactúan en cada identidad política lo viejo y lo nuevo, lo sedimentado y sus reactivaciones, en definitiva, de la dialéctica que se establece entre la identidad y los sucesivos actos de identificación que la interpelan y modifican. En este sentido, siguiendo la perspectiva dinámica que sugieren los autores, puede concluirse que en las definiciones político-ideológicas de la izquierda argentina

---

<sup>8</sup> Si bien es sabido que el autonomismo constituye una corriente político-ideológica de reciente aparición, no pueden dejar de advertirse sus fuertes puntos de contacto con el viejo anarquismo. En este sentido, muchos de los elementos que destacan los principales referentes teóricos del autonomismo –el obrerismo italiano de Negri y Virno, los aportes de John Holloway y el *Colectivo Situaciones*, Miguel Mazzeo, Guillermo Cieza, por mencionar algunos locales– forman parte de los encarnizados debates entre anarquistas y socialistas a mediados del siglo XIX. En pocas palabras, puede señalarse que en ambos casos se trata de una fuerte crítica a la noción de poder, desde una perspectiva anti-estatalista, anti-burocrática, que desdén el sistema formal de la política institucional y todas las mediaciones que involucran al Estado.

el peso de lo sedimentado adquiere dimensiones que hacen que su discusión se vea fuertemente limitada.

Un repaso por el arribo de estos debates a nuestro país permite comprender la centralidad del relato en la práctica política de la izquierda. La visión/explicación del mundo, el tipo de cierre, de clausura que el sistema de creencias de la izquierda hace sobre lo social para abarcarlo y darle un sentido a su práctica política aparece definido en sus principales trazos, dejando escaso margen para creación y recreación de nuevos sentidos. Esto es, la práctica política aparece fuertemente subordinada a debates de índole más bien teórico/conceptuales que, a su vez, remiten a tiempos –y a geografías– un tanto lejanos. Tal centralidad, que vigoriza las fijaciones de sentido presentes en las definiciones identitarias y neutraliza la potencialidad de nuevos actos de identificación, se ve reforzada por la práctica de establecer periódicamente –semanalmente–, en cada publicación, los principios teórico-conceptuales a los que responde el accionar político.

Aquellos debates que surcaban a la AIT llegaron a nuestro país de manera directa, haciendo de los debates de la izquierda local un reflejo de aquellos. En principio, los bandos enfrentados eran los que agrupaban a socialistas y a anarquistas, tal cual sucedió en las instancias internacionales. Luego, el sector socialista, que había salido airoso de aquel enfrentamiento, se vio atravesado por la crisis que enfrentó a los socialdemócratas contra los revolucionarios. El Partido Socialista (PS) fundado por Justo, atravesado por elementos político-ideológicos del liberalismo, se recostó rápidamente hacia el sector revisionista-reformista liderado por Eduard Bernstein.<sup>9</sup> Las tendencias revolucionarias acompañaron al sector leninista y fundaron el Partido Comunista hacia 1920. Dentro de la corriente marxista-leninista se distinguirían, a su vez, diferentes tendencias, la primera de las cuales sería la trotskista, otro coletazo de los debates internacionales, que se opondría al “centralismo burocrático” de los seguidores de Stalin. Hacia la década de 1960, marcados por el triunfo de la revolución cubana, surgirían el guevarismo y el maoísmo, ambos apostando a la

---

<sup>9</sup> “[L]a palabra revisionismo, que en el fondo solo tiene sentido para cuestiones teóricas, traducida a lo político significa reformismo, política del trabajo sistemático de reforma en contraposición con la política que tiene presente una catástrofe revolucionaria como estadio del movimiento deseado o reconocido como inevitable” (Bernstein, 1982: 316).

radicalización y militarización de la lucha política, este último más crítico de la política soviética de entonces.

La cuarta matriz, la nacional popular, es la que se muestra más ajena –naturalmente– a los grandes debates que zanzan a la izquierda internacional. Su surgimiento responde, especialmente, a la necesidad de situar la lucha de los sectores más desfavorecidos en las coordenadas locales y desde allí, con las fuerzas, aliados, adversarios, estructura productiva y cultura locales, diseñar la práctica política más adecuada. Inspirada en algunos aportes tempranos como los de Manuel Ugarte, la corriente nacional-popular daría sus primeros pasos con los yri-goyenistas de FORJA, que encontrarían en el peronismo un terreno fértil para difundir sus ideas. En las décadas siguientes, en los años sesenta, los aportes de los forjistas fueron retomados y articulados por los jóvenes de la izquierda nacional.

En el cuadro que sigue se resumen los principales posicionamientos de las corrientes y tendencias de la izquierda argentina en sus características fundacionales, más allá del derrotero que luego hayan protagonizado. Al tratarse de una comprimida síntesis, no escapa de ser una esquematización y una reducción, con las dificultades que esto trae aparejadas. De cualquier manera, permite tener una primera noción de las grandes diferencias que operan en la izquierda y las consiguientes fronteras que se erigen entre cada corriente y tendencia.

DIMENSIONES	Liberal-socialismo	Marxismo Leninismo			Izquierda Nacional	Autonomismo
		Trotskyismo	Guevarismo	Maolismo		
Partidos políticos	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí	No
Parlamentarismo	Sí	Sí	No	No	Sí	No
Insurreccionalismo	No	Sí	Sí	Sí	Sí	Sí
Lucha armada como "motor"	No	No	Sí	Sí	No	No
Estado	Conquistarlo y desde allí avanzar en la transformación social.	Conquistarlo, abolirlo y establecer una "dictadura del proletariado" que termine con las relaciones sociales de producción capitalistas.			Conquistarlo y desde allí avanzar en la transformación social.	Anti-Estado. Construir poder popular fuera de la política y sus mediaciones.
Sujeto político privilegiado	Clase trabajadora - Sectores medios	Clase obrera	Pueblo	Clase obrera y campesina	Pueblo	Multitud
Democracia "burguesa"	Sí	No	No	No	Sí	No
Antiimperialismo	Bajo	Bajo	Alto	Alto	Alto	Medio
Mecanismos para la equidad social	Distribución del ingreso (política tributaria.)	Expropiación y socialización de medios de producción.			Nacionalización de recursos y distribución del ingreso.	Construir y masificar formas de sociabilidad anti-capitalistas.
Intervencionismo estatal	Bajo	Total	Total	Total	Alto	Bajo
Influencias teóricas	Revisionismo bersteniano y liberalismo	Marx - Lenin			Ugarte, Forja	Negri, Hardt, Virno, Holloway
		Trotsky	Guevara	Mao		
"Exterior constitutivo" en la izquierda	Anarquismo y Socialismo Revolucionario	Anarquismo, Socialdemocracia, Populismo			"Izquierda tradicional" (Socialismo y Comunismo)	"Izquierda tradicional", Populismos estatistas
		Estalinismo	Reformismo, Parlamentarismo	Revisionismo, Reformismo, Parlamentarismo		
Enemigos	Oligarquía terrateniente - Política criolla	Burguesía	Imperialismo, burguesía	Burguesía imperialista	Oligarquía, capitalismo transnacional	"Imperio" / "Biopoder"
Etapismo	Sí	Sí	Sí	Sí	No	No
Apelación a la ciencia como criterio de verdad	Sí	Sí	Sí	Sí	No	No

Además del peso del relato, de las definiciones ideológicas que se inscriben en tradiciones longevas, lo analizado hasta aquí permite identificar –de modo sintético y general– lo que separa a una corriente/tendencia de otra. El interrogante que se impone en este caso es si son estas diferencias lo suficientemente importantes/profundas para establecer fronteras que, en líneas generales, se presentan como irreductibles. Pareciera que, en los hechos, en la práctica política de las organizaciones, así sucede. En ese caso, ¿en qué radica su importancia o profundidad?, ¿cómo se explican las dificultades de convergencia política dentro de una misma corriente o de una misma tendencia, donde estas diferencias no están?

## Discursos identitarios y fijaciones de sentido

Luego de un breve repaso por las grandes diferencias que se derivan de las grandes matrices político-ideológicas de la izquierda, “descendemos” al nivel de las organizaciones y sus discursos identitarios concretos para observar, además de sus diferencias político-ideológicas, su fijación de sentido. Entiendo que la rigidez con la que se establecen los rasgos que definen la identidad política constituye un aspecto que resulta relevante para este análisis, en tanto permite observar en torno a qué tópicos se establecen las fijaciones de sentido que reducen los espacios para el diálogo y el entendimiento entre posiciones que se perciben como divergentes.

Como se adelantó, se escogieron ocho organizaciones para esta parte del análisis, las que fueron exploradas a partir de sus publicaciones oficiales y de entrevistas en profundidad a sus referentes más destacados. A su vez, cabe señalar que el contexto de emisión de tales definiciones está marcado por la irrupción del kirchnerismo, que trajo consigo una fuerte interpelación al campo de la izquierda en la medida en que disputó muchas de sus reivindicaciones históricas –derechos humanos, integración regional, justicia social, etc.–, al punto de conseguir el apoyo de algunas de estas, concretamente de algunas de las que se reivindican como nacional populares o de la izquierda nacional.

Lo que se analizó en este caso fue el grado de fijación –su rigidez y precisión– con el que se presentan los elementos que definen sus posicionamientos político-ideológicos. Esto es, si el camino a seguir

es el de la insurrección armada y solo ese, si el sujeto social al que interpela la organización es el proletariado industrial y solo ese, si la articulación política con sectores “no proletarios” es una claudicación, etcétera. En cada caso se observó cuán fijados estaban los posicionamientos, los significantes y sus significados.

En el cuadro que sigue se sintetiza lo más sustancial de este análisis comparando diferentes ejes/tópicos que resultan relevantes en la práctica política. Los casilleros más oscuros indican las dimensiones en las que las distintas organizaciones establecen sus fijaciones de sentido más altas; los más claros, las más bajas. El *punto de llegada* se refiere al tipo de sociedad que se proyecta como objetivo final, donde se evalúa cuán definido/preestablecido aparece el objetivo político último de la labor de transformación. El *modo de la transformación* remite especialmente a la disyuntiva entre revolución y reforma que incluye un posicionamiento sobre la naturaleza y el rol que debe asignársele al Estado en tal proceso. La dimensión del *sujeto político* hace referencia a la relación entre el partido y la clase, a la rigidez con la que se presenta tal relación y la especificidad con la que se define el sujeto político que debe ser interpelado. La *cuestión nacional* se vincula con el debate, de gran presencia a lo largo de todo el trabajo, de enmarcar o no a la cuestión de clase dentro de los lineamientos de independencia económica y soberanía política. La *pretensión de representatividad* es el rol que se adjudica cada organización como centro o referencia privilegiada del conjunto de las luchas de la izquierda. *Formas de lucha* hace alusión a la centralidad —que puede plantearse en términos de necesidad— que adquiere determinada forma de enfrentamiento en la disputa política. La dimensión sobre la *coyuntura política* se refiere al peso que adquiere un posicionamiento político coyuntural en la capacidad de sobredeterminar otras dimensiones. Los *principios organizativos* hacen referencia a los lineamientos que rigen en los mecanismos de construcción organizacional, en este caso puntual, la cuestión de la autonomía y la democracia de base resulta el punto sobresaliente. Finalmente, incluimos el eje de la *pretensión de verdad* que observamos en cada discurso, eje que sobrevuela cada uno de los elementos político-ideológicos que comparamos aquí, y que analiza, en última instancia, el espacio que cada discurso abre para poner en discusión el conjunto de sus posicionamientos y definiciones.

ELEMENTOS POLÍTICO-IDEOLÓGICOS Y FIJACIÓN DE SENTIDO								
	PO	MTR	PCR	MPR-QB	MUP	LS	FPDS	MTD-AV
Punto de llegada								
Modo de la transformación								
Sujeto político								
Cuestión nacional								
Pretensión de representatividad								
Formas de lucha								
Coyuntura política								
Principios organizativos								
Pretensión de verdad								

<b>Fijación de sentido</b>	Alta	
	Media	
	Baja	

Como se desprende del cuadro, mientras para algunas organizaciones determinada forma de lucha resulta innegociable, para otras lo serán la forma que deberá adquirir el proceso de transformación, el mantenimiento estricto de la *independencia de clase* o la *cuestión nacional*. En todos los casos se trata de fijaciones de sentido que amplían o reducen el espacio para avanzar en el entendimiento entre las distintas organizaciones y, por tanto, promover mejores condiciones para la convergencia política. Las distintas fijaciones de sentido, a su vez, pueden estar apoyadas en *pretensiones de verdad* que refuerzan su rigidez.

De acuerdo a lo visto hasta aquí, los discursos identitarios que se construyen alrededor de la matriz marxista-leninista se muestran con

las *fijaciones de sentido* más altas, lo que reduciría la posibilidad de desarrollar acuerdos y entendimientos. Considero que esto es así en tanto operan lógicas esencialistas que derivan en concepciones de lo político en las que dicha dimensión aparece fuertemente subordinada a elementos económicos que suprimen su especificidad y complejidad. La dicotomización del espacio político –a partir de la traslación de la contradicción estructural burguesía-proletariado–, combinada con la rigidez y predeterminación con la que se establecen los principales rasgos del proceso de transformación que se pretende desarrollar, parecen potenciar las dificultades de avanzar en procesos de convergencia. Esto, a su vez, se corresponde con una alta *pretensión de verdad*, que opera principalmente mediante la apelación a cierta verdad científica que desestima tanto la multiplicidad de aspectos presentes en todo análisis del universo social, como las posibles y variadas lecturas e interpretaciones que surgen de él.

Por fuera de la matriz marxista-leninista, aparecen discursos identitarios que ofrecen un mayor espacio al desarrollo de consensos a partir de suturas y fijaciones de sentido parciales, en las que la contingencia adquiere una centralidad mayor. El tipo de cierre de lo social contempla contradicciones y diferenciaciones ausentes en otros discursos, lo que facilita pensar el escenario de lo político en términos más graduales, identificando con mayor nivel de detalle acercamientos y distancias, lo que puede derivar en mejores posibilidades para la convergencia política. Esto no quita que se pueda caer en posicionamientos políticos plenamente fijados que, a partir de la aceptación del carácter contradictorio del universo social y político, impidan registrar las similitudes ideológico-políticas más allá de coyunturas específicas por causa de la sobre-determinación de la dimensión correspondiente a la *coyuntura política*. Del mismo modo, el tipo de fijación de sentido en torno a los *principios organizativos* –especialmente del significante de autonomía– también aparece como una variable relevante para pensar las posibilidades de convergencia política en algunas de estas organizaciones.

En definitiva, y más allá de la multiplicidad de variables que inciden en las modalidades que adquiere la convergencia política, se puede verificar, entre las organizaciones de la izquierda, una serie de debates ausentes en organizaciones pertenecientes a otros espacios político-ideológicos. Más aún, en los discursos identitarios explorados identificamos la presencia de tópicos en torno de los cuales se establecen posturas que

devienen en diferencias insalvables, donde ya no se trata de debates, sino más bien del choque entre posicionamientos preestablecidos que invalidan de antemano la posibilidad de avanzar en consensos. El tipo de sutura que se hace para aprehender y explicar lo social pareciera ocupar un lugar relevante en la raíz de tales posicionamientos. El modo en que se define lo económico, lo político y la relación entre ambas dimensiones de lo social, delimitan los espacios de lo necesario y de lo contingente. Las fijaciones de sentido resultantes posibilitan mayores o menores oportunidades para el desarrollo de situaciones de diálogo, lo que se vincula con las posibilidades de avanzar en procesos de convergencia política. En definitiva, se trata de identificar los debates posibles, lo que está en discusión y lo que no, lo que es posible consensuar y lo que aparece clausurado de antemano.

## Referencias negativas

La sistematización y comparación de las referencias negativas entre distintas formaciones políticas de la izquierda abarcó el análisis de 570 referencias de ocho organizaciones políticas de izquierda, publicadas durante 2009.<sup>10</sup> Las características que adquiere la tensión convergencia/fragmentación dependen, entre otros factores, del modo en que cada organización establece sus diferencias con el resto, es decir, de los rasgos que adquieren las fronteras identitarias que se erigen en el quehacer político.

Como se dijo, uno de los rasgos específicos que las organizaciones de la izquierda muestran —especialmente en el marxismo-leninismo— es la publicación de revistas de periodicidad semanal, en las que cada una manifiesta su lectura sobre la actualidad política, en un sentido amplio. Tal práctica, hija de tradiciones de muy larga data, resulta un terreno más que atractivo para profundizar las características que adquieren las diferencias entre las organizaciones, en qué se basan, sobre qué temas tratan, cuáles son sus contextos de aparición, su frecuencia, su intensidad.

---

<sup>10</sup> Las publicaciones analizadas fueron las siguientes: Partido Obrero: *Prensa Obrera* <<http://po.org.ar/prensa-obrera-archivo/>>; Movimiento Socialista de los Trabajadores: *Alternativa Socialista* <<http://www.as.mst.org.ar/>>; Movimiento Al Socialismo: *Socialismo o Barbarie* <<http://www.mas.org.ar/>>; Partido Socialista de los Trabajadores: *La Verdad Obrera* <<http://www.pts.org.ar/spip.php?rubrique1>>; Partido Comunista Revolucionario: *Hoy* <<http://www.pcr.org.ar/ediciones-antiores/65579>>.



## **“Los nenes con los nenes, las nenas con las nenas”**

Uno de los datos que se impone en primer lugar es la constatación de la existencia de fronteras identitarias que agrupan organizaciones en corrientes y tendencias, y que determinan, de modo casi absoluto, el flujo de relaciones y diálogos posibles. Si bien en la práctica política las organizaciones de distintas corrientes y tendencias conviven, dialogan y articulan, la estructuración del mapa político-ideológico de la izquierda derivado de las grandes matrices mantiene una vigencia casi plena.

La diferencia que se observa en el nivel de “diálogo” presente entre las organizaciones marxistas-leninistas y el que se da con las “otras” resulta contundente: solo el 8 % de las referencias se destina a las tres organizaciones –de un total de ocho– que no se inscriben en el marxismo-leninismo. Se hace, aquí, evidente la intensidad que adquiere la frontera identitaria que separa al marxismo-leninismo del resto de la izquierda. Queda explicitada la existencia de un terreno común, de un mínimo de sintonía político-ideológica que haga valer la pena la referencia. Lo “otro” constituye una heterogeneidad que ni siquiera vale la pena criticar.

## **“Te pego porque te quiero”**

Pero si aquello muestra un terreno común, un diálogo posible, también se manifiesta un nivel de hostilidad y beligerancia que parece difícil encontrar en otras experiencias. Si contamos con que se trata del análisis de publicaciones con una periodicidad semanal –52 semanas por año–, encontramos que entre las organizaciones marxistas-leninistas existe un promedio de 1,99 referencias negativas por organización por semana.<sup>11</sup> Es decir, cada semana, cada organización emite un promedio de dos referencias negativas a sus pares marxistas-leninistas. Si bien no es sencillo comparar estos números con formaciones políticas de otras coordenadas político-ideológicas –entre otras cosas por la ausencia de publicaciones de ese tipo–, el dato, en sí, confirma una

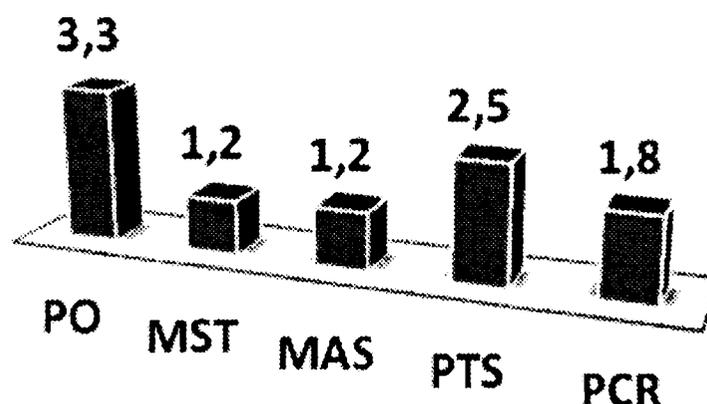
---

<sup>11</sup> 518 (casos totales) / 5 (organizaciones) = 103,6 casos por organización; 103,6 casos por organización / 52 semanas = 1,99 referencias negativas por organización por semana.

presencia constante de referencias negativas que, semana a semana, aparecen en las publicaciones oficiales de cada una.

Emisor	Destinatario					
	PO	MST	MAS	PTS	PCR	Total
PO	0	48	8	40	74	170
MST	24	0	4	20	12	60
MAS	15	16	0	11	22	64
PTS	45	39	0	0	47	131
PCR	38	7	8	40	0	93
Total	122	110	20	111	155	518

### Referencias negativas por semana



Referencias Negativas. Tabla de Contingencia Emisor-Destinatarior

Este dato reafirma el punto de partida de este trabajo, que es la marcada intensidad con la que se presentan las diferencias dentro del universo político de la izquierda, lo que refleja la fuerte necesidad de diferenciación que las formaciones políticas tienen entre sí.

### ¿Identities contingentes?

Si bien las organizaciones que se inscriben dentro del marxismo-leninismo muestran discursos identitarios que restringen las posibilidades de ser revisados y reformulados, la práctica política, la interacción con amigos y enemigos, la modificación de la estructura de oportunidades políticas, etcétera, interpelan de una manera u otra a

los esquemas político-ideológicos que cada grupo posee. Ni siquiera el marxismo-leninismo está exento de ello.

El recorte temporal que se eligió para el análisis de las referencias está atravesado, de manera crucial, por el conflicto campo-gobierno, lo que reconfigura fuertemente el espacio político en cuestión. La dirección, la frecuencia y el contenido de los flujos de referencias se orientan especialmente en función del alineamiento en torno a aquel conflicto: el MST y el PCR por un lado y el resto por el otro.

De este modo se hace visible la dimensión dinámica en la conformación de identidades, tal como aparece teorizada en Aboy Carlés y en Laclau. Al mismo tiempo, se pone de manifiesto el carácter heurístico que atraviesa cada identidad política y, por tanto, la relatividad en la que se ven inmersas las *verdades fundamentales del marxismo*, tan mentadas a la hora fundamentar el posicionamiento político de cada organización. Dicho de otro modo, en las diferentes posiciones que asumen las organizaciones ante la coyuntura, no parece haber, en rigor, una interpelación del corpus identitario, puesto que lo sedimentado no es puesto en cuestión, y las divergencias observadas remiten más bien a la lectura e interpretación que cada organización hace de ella. Toda identidad es contingente, pero en el marxismo-leninismo, la contingencia parece fuertemente reducida.

### **Convivencia agobiante en contextos de interacción múltiples**

La distinción de los contextos en donde son emitidas las referencias aporta nueva información sobre la mentada “especificidad” de la izquierda. Una categorización de este tipo permite contar con información sobre los espacios en los que cada organización desarrolla sus actividades, al menos en función del tipo y la cantidad de referencias negativas que circulan en cada caso. Si se observa esta variable, los contextos de interacción se muestran diversos y heterogéneos, lo que constituye, en sí mismo, un rasgo distintivo y un elemento que atraviesa la problemática de este trabajo. Esto es, el hecho de que las referencias remitan a ámbitos tan distintos como el político nacional (35 %), el sindical (36 %), la universidad (17 %), los encuentros nacionales de mujeres (8 %) y contextos internacionales (4 %) da cuenta de la versatilidad de estas organizaciones y, al mismo tiempo, de la variada gama de espacios en

los que interactúan, se asocian y, especialmente, compiten entre sí.

Asimismo, si se ordenan las referencias por “tema”, discriminando entre las referencias negativas vinculadas con “alineamientos políticos” (35 %), “debates teórico-políticos” (8 %) o “actitudes en convivencia”<sup>12</sup> (57 %), se refuerza el peso de la práctica política, de la interacción cotidiana y del desgaste que allí se genera. En estas condiciones, el otro no solo es un compañero –un camarada dirán los más nostálgicos–, sino también –y especialmente– un competidor.

Coincidentemente con la proliferación de contextos variados de interacción, son las actitudes en convivencia las principales fuentes de reproches y críticas entre las organizaciones de la izquierda analizadas. El hecho de compartir cotidianamente diferentes espacios, en cada uno de los cuales se hace presente la disputa y la competencia, constituye una fuente casi inevitable de conflictos, reproches y –pareciera– de obstáculos para avanzar en procesos de convergencia política.

### **Regar fuera de la maceta**

La dirección de las referencias negativas trasluce un punto de referencia, un norte, que de una u otra forma se pierde en la práctica política. Ya sea en actitudes en convivencia, alineamientos políticos o debates teórico-políticos, (casi) siempre el reproche señala un desvío del *deber ser marxista-leninista*. Así, mientras que entre las actitudes en convivencia se critican las actitudes conciliadoras o las sectarias, en el alineamiento político se reprocha el acercamiento a la derecha, al gobierno o a la centro-izquierda y en el debate teórico-político cuestionan los planteos parlamentaristas, reformistas o populistas. De una forma u otra, existe un deber ser que es enarbolado para mostrar las desviaciones del camino. Desviaciones que remiten –una vez más– a tradiciones de larga data, en las que en abstracto todas acuerdan –nin-

<sup>12</sup> La categoría “actitudes en convivencia” incluye el conjunto de referencias negativas que refieren a conflictos originados en situaciones en las que distintas organizaciones comparten determinado espacio: militancia universitaria, encuentro de mujeres, algún conflicto sindical determinado, etcétera. En este sentido, se trata del resultado de una interacción y, por lo general, remite los reproches a actitudes y tomas de posición en el marco de esas situaciones en las que participan diferentes organizaciones. Siguiendo tales criterios, las “actitudes en convivencia” no alcanzan a ser conflictos originados en “alineamientos políticos” –más generales y estratégicos– ni “debates teórico-políticos”.

guna quiere ser o se siente reformista, electoralista o de derecha— y que se utilizan como referencia obligada. La apelación a un corpus ideológico-político definido y rígido en varios de sus tópicos —punto de llegada, formas, medios, herramientas, sujetos sociales privilegiados, etc.— constituye uno de los rasgos distintivos que observamos en la izquierda, especialmente por la presencia y gravitación que ese “debe ser” muestra en la justificación de las fronteras identitarias.

### **El balance del desbalance o las dificultades de jugar en una baldosa**

Como es sabido, la conformación de una identidad político-ideológica se construye necesariamente en relación a una otredad, a lo que no se es. Se es una cosa porque no se es otra. Se es del PTS, porque el PO, el MST y el MAS son otra cosa. Esta situación excede a la especificidad de la izquierda, remite a cualquier conformación de identidad, a la construcción de cualquier nosotros. ¿Entonces, qué es lo distintivo de la izquierda? ¿Por qué aparece este nivel de hostilidad entre organizaciones —presumiblemente— cercanas política e ideológicamente?

Como se vio, un rasgo que muestran las organizaciones de izquierda en su práctica política es la multiplicidad de contextos en los compiten entre sí. Además de presentarse multiplicada en diversos ámbitos, la competencia que enfrenta a las organizaciones de izquierda, y a las marxistas-leninistas de manera más clara, se desarrolla en medio de un sensible desbalance, consecuencia de la escasa dimensión del espacio político-ideológico en disputa para la cantidad de organizaciones que participan de la contienda. Es decir, utilizando la clásica relación entre oferta y demanda, se observa una oferta ampliada de organizaciones que se disputan una demanda —potenciales bases de apoyo/adherentes a quienes dirigir sus planteos, propuestas y referencias políticas marxistas-leninistas— que, en términos relativos, resulta escasa.

Como ya se ha señalado, la identidad política es la contracara de la diferencia. Construir un nosotros requiere construir un ellos. Los nosotros y ellos se construyen en distintos niveles que se superponen, contienen y entran en conflicto. El nosotros-izquierda contiene corrientes que generan nuevos nosotros: nosotros marxistas-leninistas, nosotros autonomistas, etcétera, que a su vez albergan tendencias que generan nuevos nosotros: nosotros trotskistas, nosotros maoístas, dentro de los cuales se establecen

formaciones políticas: nosotros-PTS, nosotros-PO. En la constitución de cada nosotros, está la constitución de un ellos, de un “otro constitutivo” que le da forma a la propia identidad. Cuando este proceso se desarrolla en el marco de una multiplicidad de espacios de interacción en los que, a su vez, se da un desbalance entre oferta y demanda políticas, la competencia se exagera y se vuelve fácilmente despiadada. Finalmente, la proliferación de reproches y descalificaciones conspira contra los espacios de diálogo y entendimiento, reforzando las diferencias y cerrando un círculo para que todo vuelva a empezar.

## Conclusiones

### **Centralidad y precisión de las definiciones político-ideológicas**

La reconstrucción histórica de las matrices permite identificar una serie de rasgos significativos referidos a las definiciones político-ideológicas de la izquierda. En primer lugar, puede constatarse la larga tradición en la que descansan los debates sobre los que se estructuran las diferentes corrientes dentro de la izquierda. Como pudo verse, tres de las cuatro matrices de la izquierda ya están claramente definidas en los debates de la I Internacional fundada en 1864. Salvo la matriz nacional-popular, que se estructura a partir de la especificidad que adquieren determinados debates en nuestro país, el resto de las corrientes ya están presentes y definidas en los albores del socialismo moderno. La presencia de tradiciones de tan larga data induce a pensar que las definiciones político-ideológicas de allí derivadas adquieren una destacada gravitación, posiblemente ausente en el resto de las coordenadas político-ideológicas que conocemos.

La vigencia y trascendencia de aquellos debates y tradiciones pone de manifiesto la centralidad que adquiere el relato programático en la izquierda. La creación del Partido Socialista en la Argentina, piedra fundacional en la organización política formal de la izquierda, es la creación de un partido con programa: ese es su rasgo distintivo, el PS es, ante todo, un partido con programa (Graciano, 2010).<sup>13</sup> Siguiendo la

<sup>13</sup> Señala el autor que uno de los rasgos distintivos del PS era “el hecho de definirse a sí mismos como un verdadero partido programático y moderno, alejado de lo que

tradición de los argumentos que se venían dando en el ámbito internacional, la propuesta política del partido debía estar definida de manera precisa, detallada, no dejando lugar a equívocos ni a ambigüedades.

Esto se correspondía con otra tradición, de igual o mayor presencia en la izquierda, de tomar posición de manera clara y precisa sobre los asuntos públicos en publicaciones periódicas –usualmente semanales–, donde cada fuerza política fijaba su postura. Se trata de un rasgo especialmente distintivo de la izquierda en general y de la argentina en particular que acompaña su desarrollo desde los primeros pasos (Tarcus, 2007) y se mantiene incólume hasta la actualidad. De este modo, con las salvedades y excepciones correspondientes, las formaciones políticas de la izquierda argentina han establecido, de manera explícita y rigurosa, su posición con respecto a las cuestiones públicas –nacionales e internacionales–, ininterrumpida y frecuentemente desde hace alrededor de 130 años.

Existe un último elemento, que merece mención, que se desprende de la reconstrucción de las matrices: el que refiere al estatus científico que se adjudica el discurso de izquierda. El arribo de las ideas socialistas, especialmente su aparición más formal y organizada, traslada de manera literal la pretensión de teoría científica proveniente de los debates originarios, especialmente alrededor del marxismo. Esto adquiere especial relevancia cuando se invoca dicha propiedad como rasgo distintivo central en su diferenciación del resto de las organizaciones políticas. Así como el marxismo hacía hincapié en la esencia científica de su teoría y su práctica política, el socialismo argentino, desde sus primeros pasos, se arroga la potestad de un discurso y un saber científicos en contraposición a la “política criolla”, demagógica, mentirosa y manipuladora. Este rasgo se manifiesta de manera clara en muchas formaciones de izquierda actuales, especialmente en aquellas que comulgan con la matriz marxista-leninista.

La suma de estos elementos señalados nos brinda los primeros indicios sobre las características de las definiciones político-ideológicas en la izquierda y de su posible incidencia en la tensión entre convergencia y fragmentación política. La larga tradición en la que descansan los debates que estructuran las corrientes dentro de la izquierda actual dan una primera pauta del peso de las definiciones en la configuración del espacio

---

consideraban las prácticas comunes de la “política criolla” argentina como el personalismo, la ausencia de programas políticos y las prácticas venales caudillistas que, según su percepción, encarnaban todas las otras fuerzas partidarias” (Graciano, 2010: 18).

político.<sup>14</sup> Esto parece reforzado por la lógica programática mostrada por la izquierda, no solo en sus cartas fundacionales, rebosantes de detalles y precisiones, sino también en sus publicaciones periódicas. Tanto en unas como en otras, las formaciones políticas de la izquierda establecen con rigor el camino a seguir, un sendero por lo general estrecho y, por ello, proclive a bifurcarse a menudo. Buena parte de la estrechez y rigidez de los límites deviene de una fuerte apelación al saber científico como fuente de legitimación del discurso, en contraste a la no científicidad del resto de los discursos identitarios.

Todo esto hace pensar que las definiciones político-ideológicas de la izquierda poseen al menos tres rasgos que resultan especialmente relevantes para este trabajo. Por un lado una centralidad y gravitación destacadas del programa, el relato que las formaciones políticas construyen para guiar su práctica política hacen que este adquiera un peso superlativo. Un segundo rasgo, derivado de lo primero, es su alto grado de precisión, el rigor con que se establece la serie de elementos –etapas, sujetos, formas de luchas, posturas ante otros, punto de llegada, etc.– que demarcan los límites del camino indicado. En tercer término, vinculado a los rasgos ya mencionados, el hecho de que las definiciones político-ideológicas sean de una alta rigidez, plasmada en el propio nivel de precisión y detalle con el que se presentan.

### **Discursos identitarios y fijaciones de sentido**

Cada uno de estos rasgos observados en la reconstrucción histórica de las matrices vuelve a aparecer en el análisis de las formaciones políticas de la Argentina reciente. Cuando se analizaron los discursos identitarios de ocho organizaciones, las definiciones político-ideológicas volvieron a repetir su centralidad, su precisión y detalle, y su

---

<sup>14</sup> Las tendencias originadas dentro del marxismo-leninismo, reactualizan este rasgo con debates más cercanos en el tiempo, pero que mantienen las mismas características –en cuanto a su perdurabilidad y fijación– que los otros. En el caso argentino, se registra una serie de quiebres que va dando lugar a actos de identificación que ponen en cuestión las identidades sedimentadas y dan origen a desprendimientos, muchos de ellos en relación a la corriente o tendencia predominante. En la mayoría de los casos, tales escisiones se orientan a “volver al camino”, puesto que las organizaciones cuestionadas “se han desviado” del mismo.

rigidez, rasgos interconectados y retroalimentados.<sup>15</sup> Como resultado de esta exploración se pudo confirmar que es en los discursos de la corriente marxista-leninista donde las fijaciones de sentido se vuelven más altas, lo que implica un mayor grado de rigidez. Como vimos, si se desagregan los discursos identitarios en una serie de tópicos relevantes y se analiza de qué manera se los define, es posible *ranquear* los diferentes discursos en función de la fijación de sentido observada en cada uno de ellos.

La fijación de sentido, al referir a la rigidez de los discursos, remite a los grados de determinación y contingencia sobre los que descansa la concepción de lo social. Esta es otra de las lecturas que resultan pertinentes en este análisis, y conduce a los supuestos ontológicos, a las creencias generales que constituyen la base axiomática –la ideología, en la definición de Van Dijk (2006)– de los discursos identitarios. En la medida en que lo social es aprehendido como atravesado por una serie de determinaciones que explican su funcionamiento y devenir, el espacio de lo contingente se verá reducido de modo inevitable. Un “sistema de creencias” que descansa en creencias abstractas que acentúan la determinación –del desarrollo de las fuerzas productivas sobre el devenir de la política, por poner un ejemplo cercano– se plasmará en creencias concretas y específicas con alta fijación de sentido: Kirchner es burgués y, por tanto, enemigo del proletariado.

En función de lo que se ha venido señalando, las altas fijaciones de sentido y la rigidez con la que se estructuran los discursos identitarios resultan un terreno poco fértil para el desarrollo de escenarios de entendimiento y acuerdo. La centralidad del relato, su descripción exhaustiva y la fijación de cada uno de esos elementos reducen las posibilidades de acercar posiciones y facilitan, por el contrario, las de encontrar puntos de desacuerdo sobre los que justificar el resguardo de los intereses particulares, algo inherente a cualquier grupo social.

Decíamos, de acuerdo con Aboy Carlés, que la contingencia de las identidades políticas, su carácter dinámico, puede conceptualizarse a partir del par de lo sedimentado y *los actos de identificación*, o de *lo social* y *lo político* en Laclau. Por las características que adquieren las

---

<sup>15</sup> Como se dijo, estos rasgos dependen entre sí y se explican mutuamente. La precisión y el detalle de las definiciones no tendrían sentido si su gravitación no fuese sobresaliente. Asimismo, la rigidez de las mismas se hace visible en la medida en que estas son precisadas en detalle, puesto que los detalles cuentan en tanto las definiciones son rígidas.

definiciones ideológicas en la izquierda —especialmente en la corriente marxista-leninista— pareciera que lo social sedimentado se vuelve especialmente poderoso y, por tanto, inmune —casi— a los posibles actos de identificación que pudieran interpelarlo. Esto no clausura su contingencia, pero la reduce notablemente.

### **Definiciones político-ideológicas y práctica política**

Como se dijo, la tensión entre convergencia y fragmentación resulta de la superposición de identidades: de la organización, de la tendencia, de la corriente o de la propia izquierda. El militante del PO se define también como trotskista, como marxista-leninista y como izquierda. La sola nominación de la pertenencia a la izquierda denota la existencia de una identidad, de un sentido de pertenencia. Tal identidad, sin embargo, no logra plasmarse —al menos no habitual ni fácilmente— en la práctica política de las organizaciones. Lo que se observa es que la identidad organizacional y los intereses del grupo particular prevalecen por encima de las otras identidades más generales.

Esto puede verse en el análisis de las referencias negativas y en algunas de las definiciones manifestadas por los militantes de las organizaciones.<sup>16</sup> Allí, la competencia política por los mismos espacios de representación política deviene fácilmente en hostilidad sostenida. El cúmulo de críticas, en el que abundan descalificaciones de todo tipo, no puede ser inocuo para las posibilidades de avanzar en procesos de convergencia. En tales circunstancias, las identidades generales —la izquierda o el mismo trotskismo— se vuelven una utopía inimaginable, una referencia hueca, una consigna vacía, sin visos de realidad.

En síntesis. La tensión entre convergencia y fragmentación en la izquierda puede abordarse desde diversas aristas. En el presente artículo se trató de resumir una investigación que había intentado abordar aquella temática a partir de las definiciones político-ideológicas que allí se juegan. La centralidad del relato, el peso que en sí mismo adquiere el conjunto de definiciones político-ideológicas plasmadas en programas y publicaciones periódicas, establecen ya límites para las operaciones de negociación políticas. Su precisión y detalle tam-

---

<sup>16</sup> La investigación a la que se remite incluye una encuesta a 130 militantes de organizaciones de izquierda, aunque para la realización de este artículo no se consideró esa parte de la investigación.

bién multiplican los puntos donde, necesariamente, hay que ponerse de acuerdo. Si cada uno de estos puntos es definido desde una base axiomática en la que lo determinado se impone a lo contingente, sus sentidos aparecerán altamente fijados. Si, además, los espacios de competencia se multiplican y el botín a disputar se presenta escaso frente al número de competidores, todo aquello se exagera. En la práctica política, las fronteras identitarias de cada organización —en especial las marxistas-leninistas— se erigen de un modo vigoroso que, por contraste, desdibuja el resto de las fronteras generales: el trotskismo, el marxismo-leninismo, la izquierda.

## Bibliografía

- Aboy Carlés, G. (2001). *Las dos fronteras de la democracia argentina. La reformulación de las identidades políticas de Alfonsín a Menem*. Rosario: Homo Sapiens Ediciones.
- Bernstein, E. (1982). “Tesis sobre la parte teórica de un programa partidario socialdemócrata”. En Bernstein, E. (1982) *Las premisas del socialismo y las tareas de la socialdemocracia. Problemas del socialismo. El revisionismo en la socialdemocracia* (p. 316). México: Siglo XXI.
- Bobbio, N. (1995). *Derecha e izquierda. Razones y significados de una distinción política*. Madrid: Taurus.
- Borón, A. (2000). *Tras el Búho de Minerva. Mercado contra democracia en el capitalismo de fin siglo*. Buenos Aires: FCE.
- Di Tella, T. (2004). *Coaliciones Políticas. ¿Existen derechas e izquierdas?* Buenos Aires: Capital Intelectual.
- Frente Popular Darío Santillán (2007). *¿Qué es el Frente Popular Darío Santillán?*. En línea: <[http://www.frentedariosantillan.org/fpds/index.php?option=com\\_content&view=article&id=86&Itemid=4](http://www.frentedariosantillan.org/fpds/index.php?option=com_content&view=article&id=86&Itemid=4)>.
- Graciano, O. (2010). “El Partido Socialista de Argentina: su trayectoria histórica y sus desafíos políticos en las primeras décadas del siglo XX”. *A Contra Corriente*, 7(3), 1-37. En línea: <[http://tools.chass.ncsu.edu/open\\_journal/index.php/acontracorriente/article/view/525/819](http://tools.chass.ncsu.edu/open_journal/index.php/acontracorriente/article/view/525/819)>.
- Kohen, D. (2010). *Marea Roja*. Buenos Aires: Sudamericana.

- Laclau, E. y Mouffe, C. ([1985] 2006). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*. Buenos Aires: FCE.
- Libres del Sur (2008). Página web de la organización. En línea: <[www.libresdelsur.org.ar](http://www.libresdelsur.org.ar)>.
- Mires, F. (1988). *La rebelión permanente. La revoluciones sociales en América Latina*. México: Siglo Veintiuno.
- Moreno, J. E. (2012). *Pocos, pero separados. Las definiciones político-ideológicas en la convergencia y fragmentación política de la izquierda en la Argentina reciente*. Tesis Doctoral, Doctorado en Cs. Sociales, FaHCE-UNLP. [Mimeo].
- Movimiento Barrios de Pie (2008). Página web de la organización. En línea: <[www.barriosdepie.org.ar](http://www.barriosdepie.org.ar)>.
- Movimiento de Unidad Popular (2006). *Revista 2010*, (8) y (14), Buenos Aires.
- (2008). Página web del MUP. En línea: <<http://www.mupargentina.com.ar>>.
- Movimiento Teresa Rodríguez, *Revista Todo o Nada* (MTR), Año 2, (2), Abril de 2006, Buenos Aires.
- Oviedo, L. (2001). *Una historia del movimiento piquetero. De las primeras Coordinadoras a las Asambleas Nacionales*. Buenos Aires: Ediciones Rumbos.
- Partido Comunista Revolucionario (2004). *Programa del PCR de la Argentina*, Buenos Aires. En línea: <[http://www.pcr.org.ar/seccion.php?id\\_nota=486](http://www.pcr.org.ar/seccion.php?id_nota=486)> y <[http://www.pcr.org.ar/seccion.php?id\\_nota=489](http://www.pcr.org.ar/seccion.php?id_nota=489)>.
- Rubio, L.y Del Grosso, L. (comps.) (2005). *Habla Quebracho. Una mirada histórica desde la resistencia*. Buenos Aires: Impresiones Chilavert.
- Svampa, M. (2006). “Modelo de dominación, tradiciones ideológicas y figuras de militancia, Pampa”. *Pensamiento/Acción Política*, año 1(1), 37-49. Buenos Aires, Instituto de Estudios e Investigación, CTA. [Versión en línea: <[www.maristellasvampa.net/archivos/ensayo15.pdf](http://www.maristellasvampa.net/archivos/ensayo15.pdf)>].
- (2010). “Movimientos Sociales, matrices socio-políticas y nuevos escenarios en América Latina”. *OneWorld Perspectives. Working Papers 01/2010*. Universidad Kassel. En línea: <<http://www.maristellasvampa.net/archivos/ensayo45.pdf>>.



MARTÍN RETAMOZO - MAURICIO SCHUTTENBERG - ANÍBAL VIGUERA (COMPILADORES)

Tarcus, H. (2007). *Marx en la Argentina. Sus primeros lectores obreros, intelectuales y científicos*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno.

Van Dijk, T. ([1998] 2006). *Ideología. Una aproximación multidisciplinaria*. Sevilla: Gedisa.

**Segunda parte**  
**IDENTIDADES, TERRITORIOS**  
**Y PRÁCTICAS MILITANTES**



## **TERRITORIOS, LUGARES E IDENTIDADES: UNA PERSPECTIVA DE ANÁLISIS ESPACIAL SOBRE LA CTD ANÍBAL VERÓN\***

Fernanda Torres

Los lugares, los barrios, las plazas, las casas, los caminos por los cuales transitamos y en los cuales vivimos, en ocasiones son representados socialmente como imágenes inmutables que nos remiten a las permanencias, a lo incambiado, lo perenne. Tal como planteaba el geógrafo del sexto planeta visitado por el Principito, al explicarle que no anotaba las flores en su libro por ser efímeras: “Las geografías [...] son los libros más valiosos de todos los libros. Nunca pasan de moda. Es muy raro que una montaña cambie de lugar. Es muy raro que un océano pierda su agua. Escribimos cosas eternas” (Saint-Exupéri, 1973: 56). Lo eterno, lo no efímero encerrado en sus límites observables y medibles: estas ideas han ganado popularidad abonadas por diversas producciones académicas que correspondieron a la geografía nepositivista de mediados del siglo XX, geografía empirista, preocupada por las mediciones y los métodos científicos capaces de establecer las leyes que rigen el ordenamiento espacial.

---

\* El contenido de este trabajo está basado en parte de mi tesis doctoral *Territorio e identidad en los movimientos de desocupados en Argentina. El caso de la CTD Anibal Verón*, Doctorado en Ciencias Sociales, FaHCE, UNLP.

Pero las ciencias del espacio han reformulado y problematizado su rol entre las ciencias sociales en los últimos tiempos, al rejerarquizar la importancia del espacio como dimensión explicativa de y por lo social, que permite resaltar su carácter inestable, contingente, en constante transformación. Por otra parte, la crisis de los grandes paradigmas, los efectos del colapso del fordismo y la creciente desindustrialización, la crisis del Estado y los subsiguientes procesos de descentralización, llevaron al análisis de lo local. En este sentido, el espacio es comprendido como la nueva unidad de referencia y, sin caer en un determinismo geográfico, observamos que el concepto de espacio reaparece en el mundo académico con renovada fuerza. En palabras de Doreen Massey (2005), asistimos en la actualidad a una “moda” geográfica, donde el espacio es entendido como una categoría en permanente transformación y que requiere de herramientas analíticas adecuadas para comprender su enorme significación para la vida social.

Quizás no haga falta recordarlo, pero no deja de ser ilustrativo pensar en las veces que recorremos un sitio conocido y no podemos menos que observar los cambios, sutiles o grotescos, que alejan la actual experiencia de las imágenes que guarda nuestra memoria. La experiencia, subjetiva y colectiva, contradice habitualmente, entonces, los presupuestos que la teoría geográfica tradicional y, por extenso, las diversas ciencias sociales le asignaban al espacio como atributo permanente, sujetado para pensar los procesos sociales. La metáfora del “escenario”, del “marco” remite, justamente, a la concepción del espacio como el continente, los límites físicos y permanentes dentro de los cuales “ocurren” los hechos y procesos.

Y, profundizando aún más en este ejercicio, puede proponerse la consigna de pensarnos a-espacialmente –meta sin duda inútil e imposible en igual medida–, tanto como pensarnos a-temporalmente. Por archisabido, no es ocioso repetir que el tiempo y el espacio son categorías distinguibles solo analíticamente, puesto que representan las variables de inteligibilidad, básicas e inevitables para toda forma de apropiación de la realidad, categorías fundantes de todas las formas de lenguajes y de todos los tipos de discursos.

Si bien el debate en torno a la imposibilidad de concebir el espacio y el tiempo como órdenes separados no podrá ser abordado en toda su complejidad, considero necesario dejar sentado aquí que no acuerdo con una visión parametral que define al espacio como el continente

de los hechos sociales y al tiempo como el lapso en el que ocurren los fenómenos, es decir, como simples variables a delimitar, sino que, por el contrario, tiempo y espacio son vistos como órdenes instituyentes de los fenómenos, que aparecen como tramas inseparables. Sin embargo, “no obstante la convicción de que tiempo y espacio deben concebirse de manera unificada, también es cierto que pueden ser analizados convenientemente de manera separada, siempre y cuando en su tratamiento, insistimos, no olvidemos su indisoluble unidad” (Valencia García, 2002: 7-8). Entonces, tiempo y espacio deben ser considerados como órdenes instituyentes de los fenómenos, como tramas inseparables, pero que, con fines analíticos, pueden identificarse separadamente.

En este trabajo, busco fundamentar las razones por las cuáles considero importante analizar la categoría espacial y su productividad para comprender la constitución de las identidades colectivas. Las identidades tienen un “cemento” espacial que, no pocas veces, es olvidado y dicho olvido, en ocasiones, imposibilita, según mi perspectiva, la comprensión de las acciones, valoraciones e identificaciones de los colectivos sociales que encarnan dichas identidades. Investigaré, entonces, los vínculos entre la acción colectiva, la constitución de identidades y la dimensión espacial en el análisis de caso de una organización de desocupados en Argentina, la Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (CTD-AV). Propongo estudiar la CTD, y su proceso de constitución en actor político y articulación como tal, a través de las prácticas y sentidos espaciales que circulan en el movimiento, por medio de un ejercicio de análisis comparado entre tres diferentes localizaciones de la CTD-AV: en las localidades de la Región Metropolitana de Buenos Aires, en la localidad de Comodoro Rivadavia (provincia del Chubut) y en la de Tartagal (provincia de Salta). El rol y el significado del espacio a través de los conceptos de *territorio* y *lugar* y su relación con la configuración identitaria del movimiento son, como veremos, elementos que aparecen como centrales al introducir, de diferentes maneras de acuerdo a estas diferentes localizaciones, la producción del conflicto.

De acuerdo con estos objetivos, se realizará el siguiente recorrido: en el primer apartado se abordará el tratamiento teórico de las categorías centrales del tema propuesto: por una parte, expondré brevemente las concepciones teóricas en torno al espacio, el *territorio* y el *lugar* que permiten arribar a definiciones diferenciadas y, por otra, plantearé

el concepto de identidades colectivas, distinguiendo las identidades sociales y las identidades políticas. Luego, se desarrollará el argumento que permite operacionalizar dichas herramientas por medio de la teoría del espacio de Henri Lefebvre para el análisis de la acción colectiva de los movimientos sociales, tomando como caso específico la CTD Aníbal Verón. Por último, se presentarán algunas de las conclusiones que permiten dar un cierre provisorio a la discusión planteada.

### **“Nosotros y ellos”: el espacio, en “este” lugar, desde “mi” territorio**

En la literatura académica de las ciencias sociales –aunque, por supuesto, en menor medida en la literatura geográfica– es habitual encontrar referencias al “espacio”, a los “lugares” y a los “territorios” sin distinguir el alcance de cada uno de estos términos. De acuerdo al interés propuesto en este artículo, he definido, como primer paso, desentrañar definiciones particulares que permitan una mejor operacionalización de dichos términos para el análisis social y su potencial analítico para el estudio de la constitución de identidades colectivas.

### **El problema de la identidad**

Retomemos la discusión alrededor de los procesos de constitución identitaria, partiendo de un acercamiento no esencialista, sino procesual y relacional, de la misma. Una concepción de la identidad que, sin dejar de considerarla, por tanto, como un resultado contingente e inestable de procesos, sentimientos y prácticas determinadas, tampoco desconoce la posibilidad de su definición y su potencial explicativo en tanto categoría que puede describir y analizar experiencias históricas y biográficas configurativas que han sedimentado, articulando la diversidad y desigualdad en modos de imaginación, cognición y acción que presentan elementos comunes. Esta versión experiencialista de la identidad, que coincide con la planteada por Grimson (2003), si bien retoma la visión constructivista, se diferencia de sus versiones más posmodernas, porque enfatiza la posibilidad de la sedimentación.

Se torna necesario, entonces, identificar la capacidad de los suje-

tos sociales de articular prácticas sociales y políticas en torno a una identidad que se erige y construye en relación a un *otro*, a un *ellos*, configurando históricamente una subjetividad colectiva que es el paso necesario hacia la posibilidad de la acción transformadora.

Por otro lado, coincido con los enfoques que sostienen que la identidad no puede ser capturada por la noción de interés. Para Calhoun (1999), debe tenerse en cuenta que la identidad se define cada vez más en términos culturales y que muchas acciones colectivas emprendidas en las últimas décadas buscan construir o expresar una identidad más que conseguir algún objetivo de tipo material, más asociado a la idea instrumental de la acción. Sugiere que las identidades y los intereses de los participantes en la acción colectiva no están objetivamente determinados, sino subjetivamente contruidos, aunque bajo condiciones no sujetas al control individual. Concuerta, en este sentido, con lo expuesto por Manuel Castells (1999: 28) quien considera que la identidad refiere a la construcción de sentido, respondiendo a un atributo cultural o a un conjunto de atributos culturales relacionados. Toma en cuenta la pluralidad de identidades que pueden atravesar a una misma persona, pero cree que la fuente de sentido siempre prioriza algún componente cultural sobre otros.

La identidad colectiva, además, surge del esfuerzo por resignificar nudos de sentido que no son “creados de la nada”, sino que provienen de la propia historia colectiva. Pensemos en los sentidos históricamente contruidos alrededor de la idea de trabajo que han predominado entre los sectores populares en nuestro país y cómo, si bien estos sentidos han sido reconfigurados luego de las transformaciones estructurales sufridas durante el neoliberalismo, no pueden negarse absolutamente. Por el contrario, los movimientos de desocupados surgidos a fines de la década del noventa han enfatizado, a partir del propio nombre de sus organizaciones, su reivindicación en tanto trabajadores, transformando su condición de desocupados en un adjetivo –‘contingente’, ‘provisorio’– del sustantivo “trabajadores”: Movimiento de Trabadores Desocupados; Coordinadora de Trabajadores Desocupados, Unión de Trabajadores Desocupados.

En el caso de los movimientos sociales, además, el momento de la acción colectiva aporta nuevas percepciones y nuevos significados que deben ser distinguidos para pensar en la construcción identitaria del movimiento como tal. No solo se alimenta del pasado sino que el



momento de la acción y la propia experiencia colectiva en torno de dicha acción son los que permiten la institución de uno de los elementos constitutivos de la identidad: el *otro*. Citando nuevamente a Calhoun: “la identidad no es una condición estática y preexistente que pueda ser analizada como una influencia causal sobre la acción colectiva; tanto a nivel personal como colectivo la identidad es un producto variable de la acción colectiva” (1999: 79).

Los movimientos de trabajadores desocupados inscriben buena parte de la aparición colectiva del nosotros, la capacidad de transformar la primera persona del singular en plural, en la definición de la otredad frente a la cual se distinguen y definen. Y también frente a la que se articula la acción social, es decir, no se presume que la propia acción colectiva construya identidad por sí misma, por el contrario, dicha acción debe suponer un *otro* ante el cual oponerse y reclamar y esa definición del otro no siempre es la misma, de ahí la necesidad de la corroboración empírica en la cual, puede adelantarse, el espacio como dimensión analítica cumple un rol central.

La alteridad, la acción –producto de la voluntad y la decisión colectivas– permiten pensar en la forma de construcción de la identidad en términos de movimiento social. Son cualidades que en este trabajo se atribuyen también al referente organizativo que representa la unidad de análisis, CTD-AV, y a las que se suman las definiciones espaciales como componentes centrales en dicha constitución identitaria. El espacio, entendido en su doble dimensión de *lugar* y *territorio*, nos permitirá introducir una distinción que también consideramos productiva: la que permite definir las identidades sociales y las identidades políticas.

Aboy Carlés (2005) resalta la doble dimensión de la diferencia como componente indispensable para pensar la constitución de identidades políticas. La diferencia entendida como el límite que permite articular matrices sedimentadas de acción, y la diferencia entendida como la ruptura y transformación de dichas matrices de acción. De nuevo se ve la posibilidad de la contingencia y la permanencia casi como un “juego imposible”, donde no valen intentos por determinar su sentido *a priori*. Aboy Carlés define, entonces, la identidad política sobre la base de esta doble dimensión de la diferencia:

como el conjunto de prácticas sedimentadas, configuradoras de sentido, que establecen a través de un mismo proceso de

diferenciación externa y homogeneización interna, solidaridades estables, capaces de definir, a través de unidades de nominación, orientaciones gregarias de la acción en relación a la definición de asuntos públicos. (2005: 121)

De acuerdo a Giménez (1997, 2007), las identidades sociales pertenecen al campo de la construcción de “cultura subjetivada”, es decir, resultan de la interiorización peculiar de ciertos rasgos culturales por parte de los actores sociales, que sirven para definir su unidad interna y su diferenciación externa; mientras que las identidades políticas surgen allí donde las identidades colectivas se orientan a la participación directa en el ejercicio del poder o a la intervención sobre los poderes públicos en términos de influencia y de presión.

Sobre esta distinción analítica entre identidades sociales y políticas, propongo, aquí, vincular los conceptos de lugar y territorio, que se ampliarán en los siguientes apartados, con el objetivo de allanar el camino para la comprensión de la relación espacio e identidades colectivas: el concepto de lugar remite a configuraciones subjetivas de sentimientos de apropiación y sentidos de pertenencia, refiere al espacio definido y entendido en términos identitarios y nos habla de aquellas identidades sociales que, en estos casos, son identidades sociales y espaciales en un mismo movimiento; por su parte, el concepto de territorio permite pensar en el poder y el control de un determinado espacio, marcando sus límites y la posibilidad de entrar y salir del mismo, remite a relaciones de fuerza, conflicto y disputa que ayudan a reflexionar sobre la configuración de identidades políticas.

Considero fundamental la definición multidimensional del espacio para pensar la conformación de actores colectivos. Reivindicando una concepción social y relacional del espacio, entiendo que es la acción recíproca, la interacción social la que vuelve el espacio un territorio/lugar significativo. Y en tanto territorio/lugar social significativo es que puede pensarse en relación al proceso de construcción de una identidad social o política. Pero también pienso que, como señala Auyero (2002: s. p.): “lo espacial debe ser abordado no simplemente como producto de procesos sociales (esto es, el espacio como ‘socialmente construido’) sino también como parte de la explicación de estos procesos sociales (esto es lo social como ‘espacialmente construido’)”.



Con este objetivo, entonces, se trabajará sobre los conceptos de “territorio” y “lugar” como las dos formas analíticamente distinguibles para operacionalizar la categoría espacio<sup>1</sup> en pos de su uso analítico para la comprensión de los procesos de construcción de identidades colectivas.

## Los lugares y las identidades sociales

Desde mediados de la década del setenta en el mundo anglosajón, a través de la geografía humanista de raíz fenomenológica, se puso el acento en el análisis del mundo con especial énfasis en la cuestión del *lugar*. Para esta escuela, el lugar es centro de significado y foco de vinculación emocional para las personas, a la vez que puede ser identificado con un área delimitada y discreta. La carga simbólica de esta porción concreta del espacio es central, el espacio es concebido como abstracto y el lugar asociado a significados y valores más concretos que son construidos con el paso del tiempo.

Doreen Massey (2005), desde una perspectiva diferente, propone un concepto de lugar en el cual la identidad pasa a ser un proceso de construcción en el que se involucran constantemente las relaciones con el afuera, y permite considerar la posibilidad de conflictos en dicha construcción, dando por tierra con las pretensiones de unicidad y armonía que suponía la perspectiva humanista asociada a la comunidad. Por otro lado, la autora rechaza la necesidad de establecer fronteras precisas e inmutables para la identificación de los lugares, por el contrario, desde este enfoque se acentúa el carácter contingente y cambiante de los lugares y su posibilidad de superposición.

Si los lugares solo son el producto de relaciones –entre el hombre y la tierra, y entre los hombres– y sobre todo de la conciencia de esas relaciones, los lugares y los no lugares no existen en forma absoluta. Siguiendo esta idea, los lugares pueden ser nómades o efímeros. Solo

---

<sup>1</sup> Seguimos aquí el esquema de análisis planteado por Retamozo para analizar la categoría hegemonía, quien distingue su funcionamiento en tanto categoría y en tanto concepto, retomando el debate entre Zemelman y Dussel: “Es decir, entendemos por categorías una lógica formal teórica que propone herramientas para el abordaje analítico de fenómenos. Por concepto, en un nivel menor de abstracción, los diferentes contenidos posibles que adquiere una categoría implementada en la reconstrucción de un proceso particular y en función de una problemática específica” (Retamozo, 2011: 40).

existen gracias al sesgo de interacciones, viven el tiempo de un carnaval o de un mercado, o siguen a los que se trasladan junto con su familia y sus muebles a reconstruir ese lugar especial que llamamos hogar. El lugar es, entonces, una potencialidad que crean la existencia humana o las relaciones sociales.

Sin duda, el concepto se liga a una palabra clave: experiencia. La experiencia del sujeto “carga” de sentido al lugar; el lugar, entonces, es considerado como “acumulación de sentidos” o como “acumulación de significados”. Esto trae consigo la dificultad metodológica de estudiar las subjetividades, más precisamente, la subjetividad espacial, al incluir en el análisis la construcción de sentidos.

Agnew (1987) caracteriza el concepto de lugar a partir de tres dimensiones: localidad, ubicación y sentido de lugar. La localidad refiere a los marcos formales e informales a partir de los cuales se construyen las interacciones sociales cotidianas. La ubicación incluye la localidad sumándole los procesos económicos y políticos macro que operan a escalas más amplias. El tercer elemento, el sentido de lugar, hace hincapié en las orientaciones subjetivas que se derivan de vivir en un lugar particular, respecto al cual se desarrollan sentimientos de apego a través de experiencias y memorias. Estos tres elementos funcionan en tanto momentos que se influyen y constituyen entre sí. Y, si se consideran las identidades de los movimientos sociales como procesos complejos e inacabados pero referidos a un lugar particular, es decir como procesos espaciales, debe analizárselas como constituidas por los tres elementos: localidad, ubicación y sentido de lugar.

En conclusión, tanto la categoría experiencia como el denominado sentido de lugar son elementos centrales que nos ayudarán a comprender la espacialidad de las relaciones sociales y su incidencia en la configuración identitaria de los sujetos. La construcción de lugares, entonces, involucra procesos de identificación, convergencia de experiencias comunes y de subjetividades colectivas que permiten considerar al *lugar* en tanto espacio social constitutivo y constituyente de las identidades sociales. En este mismo sentido, nos preguntamos a continuación qué aportes introduce el espacio entendido como territorio para pensar las configuraciones de identidades colectivas.



## Los territorios y las identidades políticas

Comenzaré por recorrer la literatura abocada a la definición del concepto “territorio” y su potencial para el análisis de relaciones sociales, buscando identificar su aporte al estudio de las identidades y la constitución de actores políticos.

Parto de la definición a la que llegan Schneider y Tartaruga (2006: 64), luego de repasar el recorrido del concepto a través de los diversos referentes de las ciencias sociales, “el territorio se define como un espacio determinado por relaciones de poder, determinando, así, límites ora de fácil delimitación (evidentes), ora no explícitos (no manifiestos)”. Es decir, considero que la especificidad del concepto “territorio”, a diferencia de la categoría de espacio, permite introducir la variable política al pensar el espacio construido en tanto territorio como producto de relaciones de poder, de dominación y resistencia.

El surgimiento del concepto de territorio se remonta a Friedrich Ratzel, geógrafo alemán de fines del siglo XIX, quien, a pesar de introducir el análisis del papel del ser humano y de las sociedades en la geografía, se mantiene dentro de los parámetros positivistas, darwinianos y desarrolla cierto determinismo natural. Definió al territorio fundamentalmente con referencia al Estado.

En 1980, Claude Raffestin publica *Por una geografía del poder*, donde, considerando el pensamiento de Foucault, el autor sostiene que “[el] poder no se adquiere; es ejercido a partir de innumerables puntos [...]. Las relaciones de poder no están en posición de exterioridad con respecto a otros tipos de relaciones (económicas, sociales, etc.), pero son immanentes a ellas” (Raffestin, 1993: 53; traducción propia).<sup>2</sup> El territorio se entiende como la manifestación espacial del poder, fundamentada en relaciones sociales determinadas, en diferentes grados, por la presencia de energía: acciones y estructuras concretas, y de información: acciones y estructuras simbólicas.

Otro geógrafo, el norteamericano Robert Sack (1986), analiza la territorialidad humana desde la perspectiva de las motivaciones. La territorialidad es una tentativa o estrategia, de un individuo o grupo para alcanzar, influenciar o controlar recursos y personas a través de la delimitación y

---

<sup>2</sup> “O poder não se adquire; é exercido a partir de inumeráveis pontos [...]. As relações de poder não estão em posição de exterioridade no que diz respeito a outros tipos de relações (econômicas, sociais, etc.), mas são imanentes a elas”.

control de áreas específicas: los territorios.

Más cerca de nuestras latitudes, el brasilero Marcelo Lopes de Souza (2001) en este mismo sentido enuncia que el territorio es el espacio determinado y delimitado por y a partir de relaciones de poder, que define así un límite y que opera sobre un sustrato referencial; en definitiva, el territorio es definido por relaciones sociales. Tal como lo había sostenido Georg Simmel (1939: 216) a fines del siglo XIX y principios del XX: “El límite no es un hecho espacial con efectos sociológicos, sino un hecho sociológico con una forma espacial”.

En general, en el sentido apuntado por Raffestin, Sack o Souza puede haber varios territorios en un mismo espacio. Porque, para que haya territorio, el límite debe ser usado para controlar su acceso; en términos generales podemos decir que tiene que existir una relación de poder, de subordinación, actuando detrás.

Bernardo Mançano Fernandes (2005) también coincide en que, si bien todo territorio es un espacio –no siempre geográfico, puede ser social, político, cultural, cibernético, etc.–, no siempre y no todo espacio es un territorio, son las relaciones sociales las que transforman el espacio en territorio y viceversa, siendo el espacio un *a priori* y el territorio un *a posteriori*.

El territorio, desde la perspectiva de Fernandes, es un espacio fragmentado, controlado a partir de una relación social de poder. El ejercicio de dicho poder está dado por la imposición de un determinado código de inteligibilidad del espacio, y ese poder es concedido por la receptividad. Ese espacio, como fragmento, responde entonces a una representación construida a partir de una intencionalidad. La intencionalidad de las acciones es la que explica una forma de comprensión de un individuo, un grupo o una clase social para poder realizarse, materializarse en el espacio; la intencionalidad es una visión del mundo y se constituye en una identidad. Por esto requiere delimitarse para poder diferenciarse y ser identificada. Y de esa manera construye una lectura parcial del espacio que es presentada como totalidad.

La producción de fragmentos o fracciones de espacios es el resultado de intencionalidades de las relaciones sociales, que determinan las lecturas y acciones propositivas que protejan la totalidad como parte, es decir, el espacio en su cualidad completa es presentado solamente como una fracción o un fragmen-



to. [...] Así, la intencionalidad determina la representación del espacio. Por lo tanto, se constituye en una forma de poder, que mantiene la representación materializada y/ o inmaterializada del espacio, determinada por la intencionalidad y sustentada por la receptividad. Sin esa relación social el espacio como fracción no se sustenta. (Fernandes, 2005: 3)

Esta aproximación teórica resulta útil para comprender los procesos de territorialización, desterritorialización y reterritorialización. Al pensar en estos *procesos geográficos* (Fernandes, 2005) puede identificarse la construcción de un espacio fragmentado a partir de la necesidad de un grupo de poder realizarse en dicho espacio, hacerlo inteligible y construir en forma simultánea una identidad. Y como la construcción de la identidad, como ya se ha señalado, es siempre un proceso relacional, que se realiza y construye frente a otros, la dimensión espacial es entendida también como una producción construida oposicionalmente.

Puede afirmarse que el concepto de territorio supone un espacio determinado, controlado; supone construir un espacio en el cual se ejerzan relaciones de poder que permitan su control, la definición de quienes tienen acceso a él y quienes no. El territorio, entonces, permite pensarse como dimensión constitutiva de lo político e incide, en tanto determinación espacial, en la configuración de una identidad política.

Ahora bien, ¿es posible operacionalizar el concepto de espacio para el análisis de la constitución de los sujetos políticos, sin quedarnos en el abstracto campo de la teoría ni tampoco permanecer en la “llanura” empírica descriptiva que interprete el espacio en tanto “mero escenario”?

La construcción de territorios y lugares obedece a las interacciones y experiencias sociales que permitan su control en el primer caso y su apropiación subjetiva en el segundo. Considero que la combinación de ambos conceptos es la que permite comprender la espacialidad como dimensión central y constitutiva de las configuraciones identitarias colectivas; en los siguientes apartados desarrollaremos la propuesta empírica de análisis que ayude a comprender la constitución de los movimientos sociales en tanto sujetos políticos, específicamente a través de un caso de movimiento de desocupados en nuestro país.

## La Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón

La Coordinadora de Trabajadores Desocupados Aníbal Verón (CTD-AV) existe, tal como hoy está configurada –luego de diversas rupturas que aquí no cabe reseñar–, desde el año 2002; es una organización de carácter nacional, influenciada fuertemente por la organización política Movimiento Patriota Revolucionario Quebracho (MPR QB); ha mantenido una postura altamente confrontativa frente a los diversos gobiernos nacionales y provinciales desde sus inicios y desarrolla una estrategia de acción con una fuerte presencia callejera.

La CTD-AV actualmente tiene desarrollo y presencia en diversas localidades de la Región Metropolitana de Buenos Aires (en adelante RMBA): Lanús, Quilmes, Almirante Brown, Ezeiza, Esteban Echeverría, San Vicente (Alejandro Korn), Florencio Varela, Lomas de Zamora, La Plata, Merlo, Moreno, Luján, La Matanza, Malvinas Argentinas, 3 de Febrero, San Martín, Pilar, Tigre y Ciudad Autónoma de Buenos Aires; y en algunas localidades de las provincias de Misiones, Chaco, Salta, Catamarca, La Rioja, San Juan, Santiago del Estero, Córdoba, Santa Fe, Río Negro y Chubut.

En las distintas localidades y barrios de la RMBA, donde la organización posee los datos más centralizados, administra alrededor de tres mil planes sociales de empleo, a los que habría que sumarle aproximadamente mil planes más de creación y gestión provincial en el interior, distribuidos en las distintas provincias donde la CTD se desarrolla.

Ha sido protagonista de diversos planes de lucha, cortes de calle en las diversas localidades, cortes de autopistas, acampes en las avenidas centrales de las grandes ciudades, movilizaciones, actos, etcétera. Siendo catalogada por los medios de comunicación, por la mayoría de los funcionarios gubernamentales con los que mantiene canales de diálogo y por algunos dirigentes de otras organizaciones políticas y de desocupados como una organización con una fuerte carga de intransigencia, de combatividad, de altos niveles de confrontación, tanto en términos discursivos como en sus metodologías de manifestación callejera (Torres, 2006).



Los propios dirigentes y miembros de la organización<sup>3</sup> replican y reproducen, a su vez, esos imaginarios:

Lo que por ahí distingue a la CTD de la mayoría de las demás organizaciones piqueteras es que nosotros seguimos manteniendo, si se quiere, una cierta combatividad, que tiene que ver con determinados métodos con los cuales surgió el movimiento piquetero y que se siguen llevando adelante... en muchísimas marchas tenemos problemas por los famosos palos y capuchas..., pero nosotros seguimos reivindicándolos como parte de nuestra identidad y nuestra historia como piqueteros. (Carlos, miembro de la Mesa de Enlace Nacional de la CTD-AV, 20-5-2008)

Para nosotros el piquete sigue siendo fundamental, podemos contar experiencias muy distintas en los distintos lugares donde estamos y claro que eso es así, pero te aseguro que en todos esos lugares tienen experiencias de piquetes, con sus diferentes características, claro... es diferente en cada lugar, pero son todos piqueteros y todos han hecho o hacen piquetes, eso es muy de la CTD, todos saben que siempre estamos en la calle, peleándola. (Germán, miembro Mesa de Enlace Nacional CTD-AV, 2-11-2009)

La CTD-AV es considerada aquí como un actor político, el cual instrumenta la formulación colectiva de reivindicaciones bajo la pretensión de una unidad que involucra relaciones de solidaridad y la construcción de una identidad colectiva, apelando al uso de diversas manifestaciones de protesta organizada y planificada en forma conjunta. Posee, además, un marco organizativo que ha permanecido a lo largo de los años y es un actor que cuestiona el orden social, planteando un proyecto –en tanto dimensión de futuro– orientado al cambio social, bajo esperanzas de una vida de mayor dignidad para el pueblo:

---

<sup>3</sup> El trabajo empírico para la elaboración de la tesis doctoral incluyó la realización de cincuenta entrevistas a actores relevantes para la investigación: referentes y miembros de la CTD-AV de las diferentes localizaciones estudiadas y algunos de los actores estatales con los cuales la organización mantiene diálogo y hacia quienes dirigen habitualmente sus demandas y diversas notas, y observación participante en múltiples momentos y eventos protagonizados por la CTD: movilizaciones, cortes de rutas, puentes o calles, reuniones con representantes estatales, reuniones internas de la organización, festejos o actividades barriales, desarrollo de actividades laborales, etcétera. También se utilizaron datos secundarios, como fuentes periodísticas y comunicados y documentos de la organización.

No tenemos otra opción que salir a pelear por las cosas que conseguimos. Si no peleamos contra este gobierno, contra todo este régimen que tenemos en contra, es imposible tener las cosas, porque nadie nos da nada, [...] no es que estamos por gusto en la calle [...]. Tengo la esperanza de que, no sé si mis nietos, pero quizás las otras generaciones lleguen a entender que lo que estamos haciendo es para un cambio en la Argentina. (Tejerina, coordinadora de Lanús, CTD-RMBA, 22-3-2010)

Es así que propongo analizar la CTD-AV y su proceso de constitución en actor político y articulación como tal, a partir de las prácticas y sentidos espaciales que circulan en el movimiento. El protagonismo de la categoría espacio a través de los conceptos de *territorio* y *lugar* y su relación con la construcción de la identidad del movimiento es, tal como ya lo adelantamos, un elemento de relevancia que permite la producción del conflicto. Ahora bien, si esta identidad se presenta claramente definida en términos orgánicos en la CTD, entendida en tanto actor nacional, nuestro interrogante se centra en conocer cómo la configuración identitaria responde, en diferentes contextos de desarrollo de la organización, a diferentes procesos y prácticas espaciales que redundan en definiciones de *otros* particulares y, por ende, identidades diferenciales. A continuación, se presentan los resultados fundamentales del trabajo empírico realizado en los tres contextos de desarrollo de la organización bajo estudio, bajo el lente analítico espacial.

## Espacio y política en la CTD-AV

He investigado, en tres localizaciones de la CTD-AV en las que se concentró el trabajo empírico –la CTD-AV de la Región Metropolitana de Buenos Aires, la CTD-AV de Comodoro Rivadavia-Chubut y la CTD-AV de Tartagal-Salta–, los momentos correspondientes a las *prácticas espaciales*<sup>4</sup> de la CTD-AV (Lefebvre, 1971, 1991), sin dejar

<sup>4</sup> Lefebvre ofrece una tríada de categorías para analizar la producción del espacio social: las *prácticas espaciales* –o espacio percibido– surgen de las formas en que se genera, utiliza y percibe el espacio. Estas prácticas espaciales están asociadas a los procesos de burocratización de la vida cotidiana, colonizando el históricamente sedimentado “espacio concreto”, pero también a las experiencias de la vida cotidiana



nunca de aclarar que dicho análisis corresponde siempre al recorte analítico organizacional y que no pretendí, en ningún caso, desplazar dichas observaciones al conjunto de los barrios o al de la comunidad de las ciudades que conforman la región metropolitana, la ciudad de Comodoro Rivadavia o la de Tartagal.

Antes de avanzar con la exposición del trabajo empírico-analítico, no quiero dejar de mencionar que –si bien en las tres localizaciones la retirada del Estado respecto a la dotación de servicios, asistencia y marcos regulatorios de la vida social que se dio durante la década de los noventa es un proceso con fuertes consecuencias en la forma de vida de los sectores populares–, se observa que el Estado, en tanto institución política, continúa operando y actuando en la dimensión local de manera absolutamente determinante. La vida cotidiana existe, en tanto nivel de análisis, pero no puede constituirse en forma libre y absolutamente contingente, la “larga mano” del Estado continúa, en parte, moldeándola y marcando sus rasgos.

## **Prácticas espaciales de la CTD-AV**

Las prácticas espaciales de la CTD en las que centro este análisis son, por un lado, las generadas en torno a lo que denominamos di-

---

y las memorias colectivas de formas de vida diferentes, más personales e íntimas, teniendo también potencial para resistir la colonización de los espacios concretos. Las *representaciones del espacio* –o espacio concebido– refieren a los saberes técnicos y profesionales que naturalizan el ordenamiento espacial. Reenvían a la posibilidad de concebir el espacio en términos abstractos, el espacio abstracto del capitalismo contemporáneo en el cual reina la ley de intercambio de *commodities* o, dicho de otra manera, reina la comodificación del espacio. Representaciones que están vinculadas a las instituciones del poder dominante y a las representaciones normalizadas generadas por una lógica de visualización hegemónica, están representadas como “espacios legibles”. Las tensiones generadas por este espacio abstracto y homogeneizante pueden resultar en un espacio nuevo “diferenciado” –políticas de identidad que movilizan por la raza, el sexo, la clase– y llevar a la búsqueda de un “contra-espacio”. Estos aluden a los *espacios de representación* –o espacio vivido–, a las formas de conocimientos locales, dinámicos, contingentes, simbólicos y llenos de significados. Construcciones arraigadas en la experiencia, no son ni homogéneos ni autónomos, se desarrollan dialécticamente con las representaciones dominantes del espacio y permiten pensar en la generación de los espacios de resistencia a las formas del espacio abstracto, homogeneizante y dominante. Si bien en este artículo nos abocamos al desarrollo de la primera de las categorías, el análisis se complementa con los últimos dos momentos (ver Torres, 2011).

versas vidas barriales de la organización –y, puede agregarse, vidas comunitarias que rodean a la organización– y, por otro, las generadas en torno al momento del piquete como extracotidiano, pero que funciona como mito y práctica espacial aglutinante de la configuración de la CTD en tanto actor político nacional.

En diversa literatura sobre los movimientos de desocupados se ha resaltado la importancia de la inscripción territorial, como sinónimo de barrial, para explicar parte de su potencial organizativo e identitario. Para el caso de la CTD, hemos podido comprobar que no en todos los contextos el barrio habilita las mismas potencialidades explicativas.

Mientras en el caso de la CTD de la RMBA “el barrio”, efectivamente, es la unidad espacial que, construido en tanto lugar y en tanto territorio, permite la constitución de la identidad social y política de la organización, en la CTD de Comodoro y en la de Tartagal, por el contrario, no es el barrio el espacio social activado en este sentido, sino la comunidad local.

La proximidad en el espacio y en el tiempo constituye un criterio que permite comprender la constitución de redes sociales y relaciones de reciprocidad, aún más entre las personas de escasos recursos, entre quienes la movilidad es un costo importante, aunque, para que se den las relaciones de reciprocidad, esta proximidad, además de espacial, debe ser también psicosocial, aludiendo a ciertos grados altos de confianza entre las partes. Por otro lado, debe existir cierta infraestructura que configure el barrio en tanto unidad espacial en su carácter funcional, medido nuevamente por las distancias. Dentro de un barrio existen una escuela, una unidad de atención sanitaria, una iglesia, una zona comercial. Si el barrio no cuenta con este conjunto, más o menos suficiente y completo, entonces desde el punto de vista funcional, pierde sentido en tanto unidad y obliga a sus habitantes a traspasar sus límites con mayor asiduidad en la búsqueda de bienes y servicios, es decir, a realizar recorridos que impliquen salidas frecuentes del barrio lo que subvierte la vida cotidiana del mismo.

Como primeros elementos a comparar entre los barrios donde la CTD está presente, en las tres localizaciones estudiadas, identificamos, entonces, el tipo de vida cotidiana desarrollada por la organización en torno al espacio, las relaciones de reciprocidad que atraviesan a los miembros de la CTD y el tipo de infraestructura barrial y, por ende, la existencia de recorridos, por parte de los miembros de la organización,



que involucren salidas habituales del barrio de residencia. Los resultados fueron volcados esquemáticamente en el siguiente cuadro:

	<b>CTD RMBA</b>	<b>CTD Comodoro</b>	<b>CTD Tartagal</b>
<b>Vida cotidiana</b>	Centros populares. Uso de los espacios públicos del barrio (las calles, las plazas) y las casas de los dirigentes.	Local en el centro de la ciudad. Poco uso de los espacios públicos y de las casas.	Sin local y sin centros populares. Uso de los espacios públicos de la localidad y las casas de los dirigentes.
<b>Relaciones de reciprocidad</b>	Redes de intercambio intrabarriales.	Redes de intercambio interbarriales.	Redes de intercambio interbarriales.
<b>Infraestructura barrial/Recorridos de miembros CTD</b>	Variable, pero generalmente suficiente/Pocos recorridos que impliquen salidas del barrio.	Escasa/Habituales recorridos que impliquen salidas del barrio.	Escasa/Frecuentes recorridos que impliquen salidas del barrio.

Cuadro 1. Prácticas espaciales en torno al barrio

Al pensar en los lazos de identidad barriales, en las relaciones de pertenencia construidas a partir de las experiencias de la vida social que ocurren dentro de los márgenes de lo que los individuos y grupos consideran “su barrio”, se está pensando en el barrio entendido como un *lugar*. Lo mismo puede decirse respecto a la apropiación de la ciudad o comunidad de pertenencia. Aquellas variables subjetivas que quedan fuera de la concepción funcional estricta del barrio o de la ciudad, son aquí puestas en el centro otorgándole sentido a la noción. Me refiero al entramado social de experiencias y significados compartidos que, aunque no exento de conflictos, otorga al espacio así *vivido* un sentido de apropiación y compromiso que refiere a sentimientos de pertenencia.

Aquellas primeras distinciones descriptivas de cada una de las localizaciones de la CTD ayudan a entender el diferente rol del espacio, en

términos de *espacios disputados*, en cada uno de dichos contextos, los cuales se describen a continuación y que se vuelcan en el cuadro 2.

Puede sostenerse que en la CTD de la RMBA se disputa territorialmente frente a estructuras partidarias, instituciones estatales u organizaciones sociales con las que convive en los barrios, y lo hace a través de la militancia barrial, de la presencia y la atención de las necesidades de “los vecinos” y no únicamente de sus militantes; construyendo “marcas” geográficas barriales propias de la organización: los Centros Populares, que resemantizan la vida barrial; dotando a la convivencia cotidiana en dicho espacio de sentidos sociales y políticos, y desarrollando prácticas colectivas que se apropian del territorio de manera diferencial, como proyectos de autoconstrucción de viviendas, talleres productivos y proyectos de educación popular.

—Del grupo “original” de quince mujeres con las que comenzamos el trabajo en la CTD solo quede yo, porque las demás por un motivo u otro se fueron yendo... algunas se cansaron de tanto trabajo y tanta lucha, se fueron con el municipio... (Julia, responsable de comedor, La Plata CTD- RMBA, 18-12-2008)

—Yo creo que las organizaciones de desocupados son organizaciones barriales, territoriales, donde básicamente transcurre la vida de las personas, la vida de barrios enteros. Entonces creo que tiene que ver con una vida cotidiana que en otra organización no se da. (Germán, miembro de la Mesa de Enlace Nacional CTD-AV, 16-6-2009)

Por el contrario, en los casos de la CTD de Comodoro Rivadavia y de Tartagal el barrio no es una construcción social importante en términos de definición organizacional, la vida cotidiana de la organización y las disputas que estructuran su discurso hacen eje en la dimensión comunitaria: frente a los poderes provinciales o extranjeros que deciden sobre los recursos naturales de la zona, fundamentalmente los recursos hidrocarburíferos, generadores de las principales fuentes laborales. Por otro lado, existe segregación espacial de estos sectores populares respecto al “centro” de la ciudad o de la provincia, condición sentida por los mismos como de marginación espacial.



—Comodoro es una ciudad de trabajo por eso es que igual nos gobiernan desde el valle<sup>5</sup>..., vos fijate que los recursos que salen de Comodoro... los que mejor calidad de vida tienen es en el valle gracias a los recursos nuestros, ¿por qué? Porque la gente se levanta a las cinco de la mañana y baja de los yacimientos, la mayoría, a las ocho de la noche... es una ciudad de trabajo... (Chino, coordinador general CTD Comodoro Rivadavia, 5-2-2009)

—Nosotros somos todos argentinos y comodorenses... cómo puede ser que siendo argentinos y comoderenses no podamos trabajar en nuestra propia ciudad, una ciudad de trabajo y riqueza por donde la mires: por el petróleo, por la pesca... (Andrés, participante de base, CTD Comodoro Rivadavia, 16-8-2008)

—La “lucha sanmartiniana”, por llamarle así, siempre fue que San Martín, hasta “fantasía” podríamos llamarla, se independice de la provincia de Salta, ser una provincia aparte, porque San Martín es el departamento que más genera coparticipación de toda la provincia de Salta..., todos los estadios, autopistas que se ven en Salta capital, la plata sale de acá. (Alejandro, referente CTD Tartagal, 24-11-2010)

Tanto en el caso de la CTD de Comodoro como en el de Tartagal, prima la idea de que las principales tareas que atender son las relacionadas con los puestos de trabajo o con las estrategias de capacitación —organizan cursos gratuitos de capacitación permanentes en computación y oficios—, para ayudar a la inserción laboral de las personas, porque la historia local asociada al pasado ypefiano, el contexto geográfico —incluso desde su dimensión climática— iluminan y refuerzan una identidad vinculada a lo familiar-laboral y no tanto a lo “barrial-asistencial”.

—¡Qué vamos a clavar cuatro chapas y a dar polenta a nuestros pibes! Cuando vienen los vientos de cien kilómetros por hora, andá a buscar las chapas... y ¿polenta? nosotros queremos que nuestros nenes coman bien y con su familia, no en un

---

<sup>5</sup> Se refiere a la zona de la provincia donde se emplazan las ciudades de Rawson (capital de la provincia) y Trelew.

comedor. Siempre tuvimos un compromiso más con el tema del trabajo genuino y no con..., porque por ahí se planteaba los planes fueron una parte, pero creemos que el trabajo es el que te dignifica como persona, y no con los comedores, nosotros creíamos que eso no ayudaba como familia, que al chico lo expulsás metiéndolo en un comedor, creo que no fue buena esa experiencia por lo menos acá. (Chino, coordinador general CTD Comodoro Rivadavia, 5-2-2009)

—Estamos concentrados en pedir más trabajo genuino para todos los compañeros, porque ese es el objetivo, conseguir trabajo para las compañeras y los compañeros de la CTD, que puedan tener un sueldo digno, un salario digno para que puedan tener una educación digna para sus hijos, una vivienda digna para sus hijos y el aumento salarial de los planes sociales y de los puestos de trabajo. (Susana, coordinadora general CTD Comodoro Rivadavia, 6-2-2009)

—Es que si tenés trabajo tenés todo... de qué me sirve a mí conseguir mercadería una vez al mes para un comedor, con eso no resuelvo el problema, es “pan para hoy y hambre para mañana”, como dice el dicho, en cambio, si conseguimos trabajo, tenés resuelta la comida de todos los días, ¿entendés? (Petete, referente CTD Tartagal, 18-10-2010)

Puede evaluarse el impacto de los sentidos y configuraciones en torno al mundo laboral en estas localidades, fruto de experiencias históricas donde el culto al trabajo impregna no solo el entramado de sentidos sociales y económicos, sino también culturales. La política de inscripción territorial-barrial, planteada por la CTD como refugio para la contención y la acción de las clases populares en las grandes urbanizaciones, como la RMBA, es desconocida en estos lugares frente a un sentimiento más poderoso de comunidad y de ciudad de pertenencia, oponiéndose a las ciudades capitales de sus respectivas provincias, a la capital del país o a agentes económicos extranjeros. En Comodoro Rivadavia y Tartagal, entonces, aparece con más fuerza la pertenencia de los miembros de la CTD a una comunidad más amplia, la localidad, que posee un pasado de trabajo, pero también de segregación espacial, y dicho sentimiento de pertenencia es activado ante poderes externos a la misma que pueden tomar la forma de agentes estatales o privados, nacionales o extranjeros.



CTD RMBA	CTD Comodoro	CTD Tartagal
Disputas con otras organizaciones, agentes estatales o partidos políticos tradicionales.	Disputas intracomunitarias: por el espacio en la ciudad, en tanto pobres y desocupados.	Disputas comunitarias: por el espacio en la región. Modelos de explotación de la tierra.
Segregación espacial intraciudad (centro vs. periferia) e intrabarrial (adelante vs. "el fondo").	Segregación espacial intraciudad (centro vs. periferia).	Segregación espacial regional.
Proyectos de autoconstrucción de viviendas. Talleres productivos. Proyectos de educación popular.	Disputas por el espacio, en tanto comunidad, frente a poderes centrales provinciales.	Disputas por el espacio, en tanto comunidad, frente a poderes provinciales y extranjeros.

Cuadro 2. Prácticas espaciales en torno al barrio: disputas en el barrio y en la comunidad

Por otro lado, respecto a la práctica espacial del piquete, es en ese momento donde se encuentra el punto de condensación de los rasgos que la CTD, como organización, construye entre sus miembros como partes de su perfil de lucha y combatividad.

“Somos los piqueteros”, “Este es el movimiento piquetero”, “¿Dónde nos vemos, compañeros? ¡En la ruta!”. Estas son todas expresiones comunes entre los dirigentes y miembros de organizaciones de desocupados, que aluden al piquete como la traducción principal, en lo que se refiere a metodologías de lucha, de ser un desocupado organizado.

La práctica del piquete se torna fundamental a la hora de pensar sobre la territorialidad de la organización, al plasmar la construcción o territorialización de la misma: se pelea por el control de un área o espacio, determinando sus límites y decidiendo sobre la circulación sobre el mismo, se controla la posibilidad de su acceso. Esta pelea

tiene claros oponentes: el Estado, a través del cuerpo policial que le responde y también personificado en los funcionarios con los cuales se establecen los canales de negociación:

—Y es en el corte cuando más nos sentimos poderosos, porque ahí estamos plantados, hacemos del corte de la calle como si fuera nuestra, es donde nosotros podemos mandar y ellos, los políticos, la policía nos tiene que escuchar, por más que a veces no nos den lo que pidamos... (Perla, coordinadora Moreno, CTD-RMBA, 20-5-2010)

El piquete es, entonces, un *territorio*, porque claramente concretiza en el espacio el ejercicio de poder de la organización, marcando límites y controlando el acceso y la circulación a través de dicho límite. Pero también es un *lugar* y, como tal, apropiado por los miembros de la organización en el proceso de construcción del nosotros que la sustenta. Resta, pues, interrogarse acerca de las representaciones y sentidos que son construidos por los miembros de la CTD, en sus diferentes localizaciones alrededor del piquete, no ya en términos de territorio, sino en términos de lugar.

De acuerdo al trabajo de campo, se comprobó que en la CTD de la RMBA dicha construcción difiere de acuerdo al sentido que cada uno le otorga, dentro de la misma organización, según se trate de las mujeres, de los hombres, de los jóvenes o de los niños.

Por empezar, un grupo fundamental dentro de la CTD-RMBA —y de casi todos los movimientos de desocupados— lo ocupa la mujer. Las mujeres de la CTD-RMBA, si bien no todas piensan o sienten igual, en su gran mayoría manifiestan ciertas apreciaciones sorprendentemente elocuentes respecto al piquete.

Diversos relatos de mujeres hablan de un proceso de cambio en la forma de entender, concebir y vivir el piquete: desde una posición inicial de temor o aprehensión ante una práctica que aparecía como de excesiva exposición, el corte de calle o ruta, pasaron, ante la necesidad y la ausencia de caminos alternativos eficientes, a aceptar esta forma de lucha y, a través de su práctica concreta, la revalorizaron, tanto por su eficacia como por su valor simbólico y social. El lugar de la mujer en el piquete, si bien al comienzo estuvo restringido al cuidado de los niños y la organización de la comida o de las “comodidades” para

pasar las horas en el corte, pronto fue aumentando, asumiendo otras tareas organizativas y de representación: participación en las reuniones de coordinación con otras fuerzas políticas o sociales, articulación de alianzas, reuniones de negociación con autoridades o responsables políticos de cargos de gobiernos.

Las mujeres nos hablan de la revalorización de su rol, no solamente de su función en tanto madres, cocineras y organizadoras del hogar ahora transmutado en un hogar “público” ya no “puertas adentro”, sino en el espacio común y a la vista de todos, sino también de su capacidad de ofrecer el cuerpo para la resistencia y la defensa de ese territorio ganado. Saben que el número es una de las pocas variables que estos movimientos pueden utilizar como recurso de defensa ante un posible desalojo o represión, y basta visitar cualquier barrio o acercarse a cualquier piquete o manifestación de las organizaciones de desocupados para notar que la presencia femenina es, clara e indiscutiblemente, la predominante. Las mujeres se perciben, así, como un factor de poder.

Por su parte, los jóvenes miembros de la CTD-RMBA, tanto mujeres como varones, pero aún más estos últimos, se apropian del piquete en su rol de miembros que aportan fuerza, disponibilidad horaria, noctambulismo, pero también “aguante”, capacidad de resistencia, experiencia callejera. El espacio está, para ellos, bajo su control. Esto puede verse con claridad en la experiencia de la construcción de los cordones de autodefensa<sup>6</sup> que actúan en los piquetes, marchas o cualquier manifestación pública que lleve adelante la organización.

Los hombres adultos de la CTD son, notablemente, los más débiles en términos numéricos respecto a las mujeres y los jóvenes, pero su presencia es más habitual en los piquetes que en las manifestaciones u otras acciones de protesta de la organización; el protagonismo y la exposición, que supone el piquete para la construcción de la identidad y de la imagen pública de la CTD, los incentivan a participar de la actividad y de la apropiación del espacio que en ella se lleva a cabo.

---

<sup>6</sup> Dicho grupo que funciona organizado como tal solo en la CTD de la región metropolitana, es una suerte de formación que pretende garantizar la seguridad del grueso de la columna de manifestantes ante posibles embates represivos. Implica una formación de cierta regularidad, que incorpora a poco más de media centena de miembros, la enorme mayoría de ellos jóvenes, que aparecerán públicamente con sus rostros tapados y portando palos en una clara actitud desafiante ante la posibilidad del enfrentamiento represivo.

Por último, creo que los niños –quienes, para los análisis más habituales de las organizaciones de desocupados, aparentemente no concentran demasiado interés–, son centrales en el desarrollo del piquete, ya que otorgan al lugar las notas lúdicas y festivas que los chicos suelen hilvanar a su alrededor, pero también condicionan de diferente manera el lugar que será apropiado por los mayores: no solo es un escenario de pelea, sino que se resignifica en términos familiares, con características de lugar de crianza, lugar al que se traslada la familia entera y que, como tal, debe ser defendido y cuidado.

A su vez, estos “grupos” identificables en los piquetes no son los mismos en los que se desarrollan en la región metropolitana de Buenos Aires, que en los que se realizan en Comodoro o en Tartagal, obedeciendo dichas diferencias a variables económicas y políticas de cada región, pero, junto con esto, a diferentes construcciones y militancia propias del movimiento social en cada lugar. En el caso de la CTD de Comodoro, la apropiación simbólica del piquete se produce a través de la identificación como comoderenses pobres y en el caso de la CTD de Tartagal, se interconecta –con esta apropiación de dicha práctica espacial en tanto tartagalenses pobres– una dimensión histórica, como protagonistas pioneros de esta metodología, haciéndose eco de una dimensión comunitaria de confrontación.

La posibilidad de demarcar un espacio como territorio apropiado sobre el que se ejerce poder permite comprender la constitución de un espacio político en cuya definición y en cuya defensa se imbrica la constitución de la organización como actor político.<sup>7</sup>

En este sentido, propongo la hipótesis de que el “corte de ruta” actúa como un espacio de lucha territorial, se organiza como una práctica espacial que contribuye a la adopción de una identidad de la CTD como colectivo demandante de sus necesidades y reivindicaciones, y que como tal disputa no solo por controlar el espacio y su acceso, sino también por dotarlo de significado.

De modo similar, creo que la construcción de una referencia propia por parte de los miembros de la CTD también se relaciona estrechamente con esta idea de “piqueteros”, instaurando, a su vez, disputas y conflictos en torno a su significación frente a otras organizaciones

---

<sup>7</sup> No obstante esto, debemos señalar que el piquete, en tanto “estigma”, también está presente entre los miembros base de la organización que, en ocasiones, dejan entrever su disconformidad o corrimiento respecto a dicho perfil de combatividad y lucha.

de desocupados. En estas disputas y conflictos es que se comienza a delinear la identidad política, la posibilidad de constitución de un nosotros que se define en términos de luchas por el poder, en este caso, el poder de dar nombre y definición a la acción colectiva, sintetizada en la idea del “piquete”, incluso en los períodos en los que no se llevan adelante cortes de rutas.

	<b>CTD RMBA</b>	<b>CTD Comodoro</b>	<b>CTD Tartagal</b>
<b>Piquete como territorio</b>	Politización del espacio y disputas por su configuración.	Politización del espacio y disputas por su configuración.	Politización del espacio y disputas por su configuración.
<b>Piquete como lugar</b>	Apropiación diferencial por parte de: -mujeres, -hombres, -jóvenes, -niños.	Apropiación: -en tanto comoderenses desocupados.	Apropiación: -histórica, -comunitaria, -en tanto tartagalenses desocupados.

Cuadro 3. Prácticas espaciales en torno al piquete

¿Pueden pensarse el piquete y el barrio como “formas” que, de acuerdo a los casos –y, por supuesto, de acuerdo al tiempo–, se inscriben en procesos de producción espacial diferentes? Creo que sí.

Dichos procesos, si bien siempre revisten carácter contingente, refuerzan los lazos identitarios al colaborar, por un lado, en la configuración de identidades sociales que se asientan en la apropiación del espacio en tanto *lugar*, y, por el otro, en la construcción en tanto actor político, al plantear la confrontación espacial en términos de *territorio*.

El piquete, en tanto ejercicio de poder y control del acceso a un espacio público claramente delimitado, es un espacio originariamente político, se manifiesta como una práctica espacial de acción política que atraviesa fuertemente la identidad política de la CTD en todas sus localizaciones.

El barrio, por su parte, es un espacio de múltiples interacciones sociales que solo mediante mecanismos de intervención particular puede transformarse en un espacio politizado. En la descripción precedente se observa que en la CTD este proceso de politización del espacio barrial ocurre, en los barrios de la región metropolitana –por medio de las prácticas autogestionarias, de educación popular y las actividades en el barrio, como reuniones, asambleas y talleres–, apoyándose en identificaciones sociales barriales y prácticas políticas históricas que posibilitan dicha intervención, e imbricado en las relaciones de reciprocidad barriales y alimentándolas.

Pero este proceso de politización del barrio no se observa en la CTD de Comodoro Rivadavia ni tampoco en la CTD de Tartagal. En estas localidades del interior del país aparecen otras prácticas simbólicas respecto al espacio, las cuales dotan de legitimación y sentidos los objetivos y las actividades de la organización en las respectivas zonas. En estos casos, es la idea de ciudad y comunidad la que toma fuerza al pretender comprender la configuración de la identidad de la organización y su rol político, erigiéndose como aglutinante de los sentidos de pertenencia y soberanía territoriales en torno a los recursos naturales que deberían ofrecer riqueza y trabajo al lugar.

En síntesis, las disputas espaciales que lleva adelante la organización refieren, en cada lugar, a experiencias diversas que redundan en favor de producciones del espacio diferentes y, por ende, de la conformación de identidades no idénticas.

## Comentarios finales

La ecuación entre politización popular y militancia barrial que se observa en el caso de la CTD de la RMBA no se da en los de Tartagal y Comodoro Rivadavia. Las redes sociales de reciprocidad que caracterizan las relaciones de la vida cotidiana en los barrios de la CTD de la RMBA se imbrican con la organización y configuran la “malla” de contención de muchos de sus miembros, mientras que en Tartagal y Comodoro Rivadavia, por el contrario, estas relaciones de reciprocidad permanecen fuera de la CTD y, por ende, no representan un elemento de análisis para pensar y explicar la organización y la acción colectiva del movimiento. En estas dos localidades, la politización se asienta



en la construcción de un discurso legitimador comunitario que, por un lado, defiende la soberanía sobre las riquezas naturales de la zona y, por otro, erige a los miembros de la CTD como herederos sociales y políticos del desmantelamiento de un modelo de bienestar pasado, anclado en la experiencia del “mundo ypefiano”.<sup>8</sup>

El barrio, por un lado, y la localidad como comunidad, por el otro, funcionan como ejes analíticos que permiten pensar la articulación de prácticas espaciales cotidianas de los miembros de la CTD: en la RMBA, a partir de la inscripción y raigambre barrial, construyendo los lazos de identificación con la organización y, en Tartagal y Comodoro, en tanto miembros pobres de dichas localidades, excluidos del mundo laboral de sus comunidades.

Para asumir la identidad política de la organización, se completa la operación en el momento del piquete, vivido como escenario necesario para esa construcción de una referencia propia; el piquete como *lugar*, pero también como *territorio*, en tanto momento público de la disputa y la lucha por los significados del espacio, supone la posibilidad extracotidiana de emergencia de “contraespacios de la resistencia” (Oslender, 2002).<sup>9</sup>

Las prácticas espaciales que la CTD construye alrededor de sus actividades cotidianas y extracotidianas han implicado la lenta conformación, aún en proceso y cargada de tensiones, de identidades sociales y políticas que contienen, a la vez que trascienden, a esas identidades sociales de matriz laboral, etaria y de género, así como a aquellas construidas durante la acción colectiva: “identidad piquetera”, o aquellas ligadas a las reformas estructurales de la década del noventa: trabajadores desocupados. Estas nuevas identidades no operan como alternativas, sino que reconfiguran y se solapan con las distintas identidades previas. Todas estas matrices, entonces, conforman y explican la reconstrucción

---

<sup>8</sup> Para más referencias relativas al proceso de privatización de YPF y su impacto en el concepto de trabajo para el caso de la CTD de Comodoro Rivadavia consultar Torres (2012).

<sup>9</sup> Sin embargo, no dejamos de tener en cuenta que el piquete en tanto relato oficial de la organización, a través del cual la misma busca dar sentido y unidad a muchos de sus contenidos y prácticas, tiene su contrapartida en el desprestigio y halo despectivo que rodea, en muchas ocasiones, la evaluación del piquete por los mismos miembros de la CTD y por los vecinos o lugareños con los que estos conviven. La operación del relato “oficial” de la organización, si bien es constante y con pretensión de coherencia, no alcanza a anular las percepciones negativas, construidas y puestas en movimiento por el discurso de las autoridades de gobierno y los medios de comunicación, y que son expresadas también por algunas voces internas de la CTD.

identitaria que, de acuerdo a los casos analizados, plantea espacialmente la CTD en este complejo proceso organizativo.

De este modo, las prácticas espaciales son configuradas como *lugares* y *territorios* apropiados, socializados y politizados, a través de la CTD, de diferentes maneras de acuerdo a los contextos, el *otro* es encarnado por diferentes actores según se examine el funcionamiento de la CTD en la RMBA, en Tartagal-Salta o en Comodoro Rivadavia-Chubut, tal como fue demostrado.

La generación de contraespacios es un elemento central de la operación política protagonizada por los movimientos sociales. En el caso que nos ocupa, tanto la politización de los barrios a través de prácticas espaciales de autogestión y disputa por los significados y sentidos del trabajo y del barrio, como la disputa por el significado y uso de las riquezas naturales y los beneficiarios de las mismas nos introducen en la conformación de una organización como actor político, demostrando la conflictividad constitutiva de los espacios cotidianos y extracotidianos de la estructura societal. Sin embargo, esta generación de contraespacios debe trasladarse del plano semántico, es decir, de la disputa por los sentidos, a la posibilidad material de su reproducción para que, efectivamente, tenga el potencial disruptivo necesario para hablar de dislocación del orden. Esto es, desde mi punto de vista, un proceso que aún se mantiene incompleto.

## Bibliografía

- Aboy Carlés, G. (2005). "Identidad y Diferencia Política". En Schuster, F., Naishtat, F., Nardacchione, G. y Pereyra, S. (comps.) *Tomar la palabra. Estudios sobre protesta social y acción colectiva en la Argentina contemporánea*. (pp. 111-128). Buenos Aires: Prometeo.
- Agnew, J. (1987) *Place and politics: the geographical mediation of state and society*. Boston: Allen & Unwin.
- Auyero, J. (2002, marzo-abril). "La geografía de la protesta". *Trabajo y Sociedad. Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*, III(4), Santiago del Estero. En línea: <<http://www.unse.edu.ar/trabajoysoiedad/AuyeroEspacial.htm>>. Consultado el 20 de noviembre de 2011.
- Calhoun, C. (1999). "El Problema de la Identidad en la Acción Colectiva". En Auyero, J. *Caja de Herramientas* (pp. 77-114). Buenos Aires: UNQ.



- Castells, M. (1999). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Volumen 2: El poder de la identidad*. México: Siglo XXI.
- Giménez, G. (1997). “Materiales para una teoría de las identidades sociales”. *Frontera Norte*, 18, 9-28.
- (2007). *Estudios sobre la cultura y las identidades sociales*. México: Conaculta-Iteso.
- Grimson, A. (2003). “La nación después del (de)constructivismo: la experiencia argentina y sus fantasmas”. *Nueva Sociedad*, 184, 33-45.
- Lefebvre, H. (1971). *De lo rural a lo urbano*. Barcelona: Ediciones Península.
- ([1974] 1991). *The production of space*. Oxford: Blackwell.
- Mançano, B. Fernandes (2005). “Movimientos socioterritoriales y movimientos socioespaciales”. *OSAL*, 16, 273-283.
- Massey, D. (2005). “La filosofía y la política de la espacialidad”. En Arfuch, L. (comp.) *Pensar este tiempo. Espacios, afectos, pertenencias* (pp. 101-128). Buenos Aires: Paidós.
- Oslender, U. (2002, junio). “Espacio, lugar y movimientos sociales: hacia una ‘espacialidad de resistencia’ ”. *Scripta Nova. Revista electrónica de geografía y ciencias sociales*, VI(15). En línea: <<http://www.ub.edu/geocrit/sn/sn-115.htm>>. Consultado el 11 de febrero de 2012.
- Raffestin, C. ([1980] 1993). *Por una geografía do poder*. Sao Paulo: Ática.
- Retamozo, M. (2011). “Tras las huellas de Hegemón. Usos de *hegemonía* en la teoría política de Ernesto Laclau”. *Utopía y praxis latinoamericana*, 16 (55), 39-57.
- Sack, R. D. (1986). *Human Territoriality: Its Theory and History*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Saint-Exupéry, A. de (1973). *El principito*. Buenos Aires: Emecé Editores S. A.
- Schneider, S. y Tartaruga, I. (2006). “Territorio y enfoque territorial: de las referencias cognitivas a los aportes aplicados al análisis de los procesos sociales rurales”. En Manzanal, M., Neiman, G. y Lattuada, M. (comps.) *Desarrollo rural. Organizaciones, instituciones y territorios* (pp. 71-102). Buenos Aires: Ediciones CICCUS.

- Simmel, G. (1939). *Sociología. Estudios sobre las formas de socialización*. Buenos Aires: Espasa Calpe.
- Souza, M. Lopes de (2001). “O território: sobre espaço e poder, autonomia e desenvolvimento”. En Castro, I. E. de, Gomes, P. C. da C., Corrêa, R. L. (orgs.). *Geografia: conceitos e temas* (pp.77-116). Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Torres, F. (2011). *Territorio e identidad en los movimientos de desocupados en Argentina. El caso de la CTD- Aníbal Verón*. Tesis. Doctorado en Ciencias Sociales, UNLP, [Mimeo].
- (2012). “La privatización de YPF en Comodoro Rivadavia. Algunas características y consecuencias sociales y laborales”. *Trabajo y Sociedad. Indagaciones sobre el empleo, la cultura y las prácticas políticas en sociedades segmentadas*, XV(18), 279-295, Santiago del Estero. En línea: <<http://www.unse.edu.ar/trabajoysoiedad/18%20TORRES%20Privatizacion%20YPF.pdf>>. Consultado el 2 de abril de 2012.
- Valencia García, G. (2002). “Pensar al tiempo desde las ciencias sociales” *Cuadernos de trabajo*, (12). En línea: <<http://www.uv.mx/iihs/Cuaderno12.pdf>>. Consultado el 2 de noviembre de 2011. Actualmente disponible en: <<http://www.uv.mx/iihs/files/2012/11/Cuaderno12.pdf>>.





# **LAS EXPERIENCIAS DE APROPIACION DE LAS TIC POR LAS ORGANIZACIONES DE TRABAJADORES DESOCUPADOS\***

Sebastián Benítez Larghi

¿Existe un modo de apropiación popular de las Tecnologías de Información y Comunicación (TIC)<sup>1</sup>? ¿Asume características diferenciadas respecto a las experiencias de otras clases sociales? Y de ser así, ¿qué rol juega la acción colectiva de las clases populares en la configuración de este proceso? Cuestión que dependerá también del particular vínculo que se establezca entre la dinámica organizacional interna y los modos de incorporación de las TIC en la vida cotidiana del movimiento. De este modo, también puede preguntarse si el potencial democratizador asignado usualmente a las tecnologías digitales, tanto desde la literatura especializada (Castells, 2003) como

---

\* El contenido de este artículo está basado en parte del trabajo de mi tesis doctoral *Cazadores de e-topías. La lucha desigual por la apropiación de las TIC en las Organizaciones de Trabajadores Desocupados*, Doctorado en Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires, a la cual corresponden también las citas de entrevistas, sobre usos y apropiaciones de TIC, realizadas entre 2009 y 2010 a miembros de un MTD del sur del conurbano bonaerense.

<sup>1</sup> Dentro del enorme, y en constante evolución, abanico de TIC decidí concentrarme en aquellas hasta aquí más difundidas y de alcance masivo como la computadora, Internet y los teléfonos celulares.



desde la discursividad corporativa dominante, se comprueba en el caso estudiado. Con estos interrogantes en el horizonte, el presente trabajo aborda las prácticas y representaciones tecnológicas presentes en un Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD) del sur del conurbano bonaerense.

Desde mi perspectiva, las TIC se consideran como un artefacto cultural (Hine, 2004: 43) compuesto indisolublemente por estructuras objetivas, códigos técnicos y significaciones. Su estudio implica reconstruir el sentido que tienen para sus usuarios, privilegiando el tipo de apropiación práctica y simbólica que de ellas realizan en contextos y realidades socio-culturales diferentes. De acuerdo a este marco analítico general, en nuestro trabajo definimos el concepto de “apropiación tecnológica” aludiendo a los procesos de interpretación y dotación de sentido implicados en las prácticas y representaciones que distintos actores construyen en torno a las Tecnologías de Información y Comunicación. Por lo tanto, al estudiar los procesos de apropiación por parte de las organizaciones de trabajadores desocupados se indagaron los sentidos que las TIC les generan teniendo en cuenta el contexto socio-histórico particular, la pertenencia socio-cultural de los apropiadores y los universos simbólicos previos propios de cada organización desde donde las tecnologías son incorporadas. En tanto la apropiación se trata de un proceso hermenéutico relacional (Thompson, 1998) surge la pregunta sobre cómo la acción colectiva alimenta interpretaciones de las TIC con caracteres particulares y específicos por parte de estos actores provenientes de las clases populares organizadas.

De acuerdo a la definición de apropiación de la que se ha partido, resulta necesario indagar las representaciones sociales<sup>2</sup> propias de este

---

<sup>2</sup> En el enfoque dado a este trabajo considero a las representaciones sociales, desde la perspectiva de la psicología social, como: “Imágenes que condensan un conjunto de significados; sistemas de referencia que nos permiten interpretar lo que nos sucede, e incluso dar un sentido a lo inesperado, categorías que sirven para clasificar las circunstancias, los fenómenos y a los individuos con quienes tenemos algo que ver; teorías que permiten establecer hechos sobre ellos [...] una manera de interpretar y de pensar nuestra realidad cotidiana, una forma de conocimiento social. Y correlativamente, la actividad mental desplegada por individuos y grupos a fin de fijar su posición en relación con situaciones, acontecimientos, objetos y comunicaciones que les conciernen. Lo social interviene ahí de varias maneras: a través del contexto concreto en que se sitúan los individuos y los grupos; a través de la comunicación que se establece entre ellos; a través de los marcos de aprehensión que proporciona su bagaje cultural; a través de los códigos, valores e ideologías relacionadas con las

sector de las clases populares que intervienen en el uso, la socialización y la significación de las nuevas tecnologías. No alcanza simplemente con conocer las ventajas y la utilidad que los trabajadores desocupados encuentran en estos instrumentos, sino que es preciso inscribir estas valoraciones dentro de universos simbólicos más amplios. Es decir, es necesario comprender qué aporta en términos simbólicos la concepción instrumental de las TIC que, como veremos, prevalece entre los miembros del MTD. Esto implica que debemos interpretar las prácticas y valoraciones tecnológicas en relación a otras dimensiones decisivas en la constitución simbólica de la vida de las clases populares como, por ejemplo, las expectativas respecto al trabajo, las prioridades de consumo y las estrategias de comunicación y visibilidad en la esfera pública. Con el propósito de entender qué agrega la acción colectiva en los procesos de apropiación de las nuevas tecnologías por parte de las clases populares, se ha concentrado el enfoque sobre aquellos integrantes provenientes de este sector social comparando, a su vez, la experiencia de quienes acumulan una dilatada trayectoria de participación, responsabilidad y compromiso –los referentes barriales y responsables de áreas–, con la propia de las bases sociales que ocupan un lugar más periférico dentro de la organización. Asimismo, además de esta diferenciación, otra variable ineludible a la hora de comprender los procesos de apropiación de las TIC resulta ser, como veremos, la variable etaria. En consecuencia, en este trabajo no se han considerado las experiencias de los referentes/dirigentes cuya apropiación de las TIC remite a prácticas socio-culturales y representaciones propias de las clases medias.

## Formación del MTD, modelo organizacional y división del trabajo electrónico

La aparición del MTD estudiado se inscribe dentro de un proceso mayor de conformación de movimientos de trabajadores desocupados en el sur del conurbano bonaerense, desatado a partir del año 1997 luego de una serie de cortes de ruta, entre los cuales se destacan los realizados ese año en Florencio Varela y en San Francisco Solano. A

---

posiciones y pertenencias sociales específicas” (Jodelet, 1986: 472-473).



partir del éxito de aquellas medidas, los MTD empezaron a unificar las múltiples demandas barriales existentes –alimentos, subsidios de desempleo, atención de salud, transporte, etc.–, centralizándolas en el reclamo de planes de empleo al Estado.

Si bien la movilización de militantes políticos y sociales provenientes de las clases medias ha sido fundamental en la conformación del MTD estudiado, al punto que muchos de ellos son hoy los principales referentes y delegados, el barrio donde este comenzó a conformarse arrastraba una historia de organización social en torno a la problemática de la vivienda y la tierra. Justamente, a mediados de los años ochenta, este barrio nació como producto de la toma de tierras y de un asentamiento por parte de vecinos. Entre estos interesantes antecedentes de la formación del MTD, me interesa destacar la presencia complementaria de un núcleo militante promotor y otro núcleo de referentes vecinales con larga trayectoria en los procesos de tomas de tierras. Sin embargo, como veremos, en el caso de la apropiación de las TIC aparecen notables diferencias entre ambos núcleos.<sup>3</sup>

Al momento de realizar el trabajo de campo (2009-2010),<sup>4</sup> el MTD estaba presente en cuatro barrios, con un total de 250 miembros activos. De las movilizaciones participaban, según sus referentes, un promedio de 180 personas. Entre las principales actividades desarrolladas por el MTD se pueden mencionar al menos cinco comedores comunitarios y copas de leche, una guardería, una juegoteca y varios emprendimientos productivos: dos panificadoras, dos herrerías, una carpintería, una fábrica de bloques de cemento y un taller de serigrafía. En cuanto a la tradición ideológica, el MTD se inscribe dentro de la llamada izquierda radical que, crítica de las organizaciones partidarias tradicionales, se propone el desarrollo del trabajo territorial y una organización basada en la democracia directa y un modelo asambleario como nivel prefigurativo de nuevas relaciones sociales horizontales y sin explotación. Luego de

---

<sup>3</sup> Por lo tanto es preciso tener en cuenta esta distinción entre los referentes que provienen de ese núcleo militante y los referentes barriales elegidos en las asambleas barriales por su trayectoria de militancia en el barrio.

<sup>4</sup> La estrategia metodológica fue de corte cualitativo. En primer término, se realizaron entrevistas con informantes clave. Luego, se efectuaron entrevistas en profundidad con integrantes de distinta edad, responsabilidad y grado de compromiso dentro del movimiento. Asimismo, durante todo el período de trabajo de campo se realizó observación no participante de los emplazamientos más significativos en términos de incorporación de las TIC como, por ejemplo, locales barriales y emprendimientos productivos.

formar parte de otras instancias de coordinación, el MTD estudiado, junto a otros movimientos similares, decidió conformar un frente integrado no solo por organizaciones de desocupados, sino también por agrupaciones estudiantiles, organizaciones de trabajadores ocupados y otro tipo de movimientos barriales que compartiesen, como ideas fuerzas de organización y acción, la autonomía, la democracia de base y el trabajo barrial.

A medida en que se sucedían mis visitas al MTD, pude ir distinguiendo las diferentes instancias de participación sobre las que este movimiento se organiza. Se trata de tres, bien diferenciadas y regidas por tres criterios de agrupación distintos (*territorial, temático y jerárquico*). En primer lugar, aparecen las *asambleas barriales*, unidades mínimas de organización del movimiento, agrupadas en torno a un criterio territorial: estas reuniones se realizan semanalmente en cada barrio y allí los integrantes que residen en dicho territorio eligen a un “responsable” o “referente barrial”.<sup>5</sup>

En segunda instancia, encontramos las reuniones de las *áreas*, organizadas de acuerdo a un criterio temático: se trata de grupos de acción con tareas y funciones comunes que atraviesan a todos los barrios. En principio, funcionan tres áreas con una continuidad dispar: finanzas, productivos y administración, en ellas participan los responsables de cada emprendimiento productivo y los de cada área a nivel barrial.

Finalmente, a partir de un criterio jerárquico de organización, funciona la *mesa de responsables*, en la que participan los referentes barriales y los responsables de cada área. Aquí se tratan, de manera unificada, las problemáticas de cada barrio y de cada área, y se toman decisiones sobre las mismas, implicando discusiones de mayor contenido político que las de las asambleas barriales o las reuniones de área. Asimismo, de la mesa de responsables se eligen, de manera rotativa, dos personas delegadas con mandatos para oficiar de vocero y de responsable de las relaciones externas del movimiento. El vocero se encarga de establecer y mantener los contactos con la prensa y con otros movimientos, y el encargado de relaciones, de llevar los mandatos del MTD a los plenarios regionales y nacionales del frente de movimientos del cual forma parte.

El carácter y el significado que asume el uso dado a las TIC en

---

<sup>5</sup> Ambos términos nativos son usados indistintamente por los miembros del MTD y así los usaremos nosotros.

cada una de las instancias del movimiento deben comprenderse de acuerdo a la dinámica real y concreta de organización. Asimismo, esta distribución del acceso a las TIC va de la mano con una particular división técnica del trabajo y con un uso diferenciado de las herramientas electrónicas.

En este sentido, no resulta extraño que sean los miembros del núcleo promotor, quienes generalmente ofician de voceros y encargados de relaciones, los que más utilicen las nuevas tecnologías, tanto en intensidad como en complejidad. Sin dudas, los contextos y recursos de acceso condicionan esta concentración de apropiación de las TIC. Resulta un dato insoslayable que, a diferencia de los integrantes de las bases sociales, ellos tengan computadora y acceso a Internet de banda ancha en su hogar. Además, su origen de clase media les permite contar con una vasta experiencia de acercamiento a las TIC, sostenida en competencias educativas y culturales, imprescindible para la decodificación de los guiños culturales asociados a las nuevas tecnologías. Si embargo, pareciera ser que estos condicionantes estructurales no constituyen la única variable explicativa. De hecho, muchos otros integrantes, tanto de la segunda línea como de la periferia, también cuentan con cierto acceso al equipamiento y al conocimiento de las TIC, principalmente en lo que se refiere a los teléfonos móviles. A pesar de ello, quienes se encargan de administrar la casilla de correo electrónico del movimiento forman parte del núcleo promotor. Ellos redactan los comunicados y establecen los contactos electrónicos con los medios de prensa y con otros movimientos sociales. Son también quienes juzgan la relevancia de los *mails* entrantes y quienes, en consecuencia, deciden su difusión en las áreas de trabajo y las asambleas barriales. Además, de las entrevistas surge que son solo los militantes del núcleo promotor quienes participan activamente en el intercambio de información, opinión y difusión dentro del frente de movimientos a través del grupo de correo electrónico, mientras que el resto de los integrantes de la mesa de responsables o bien no están incluidos en dicho grupo o bien se limitan a recibir los correos, pero nunca contestan o envían mensajes propios a la lista. Asimismo, el vocero y el encargado de relaciones son quienes utilizan los teléfonos celulares pertenecientes a la flotilla del frente de movimientos. En consecuencia, son ellos –aunque no los únicos– quienes mantienen un contacto telefónico cotidiano e intenso con otros movimientos mediante llama-

das o mensajes de texto. En síntesis, entre los miembros del núcleo promotor prima el trabajo intelectual y la utilización de las TIC para realizar tareas inmateriales como el procesamiento de la información, la producción de contenidos –comunicados y boletines de prensa, cartas a los funcionarios, informes y análisis de coyuntura política–, las presentaciones en foros y el mantenimiento –tanto presencial como mediado electrónicamente– de los contactos externos del movimiento. En esta instancia se concentra el uso del correo electrónico, la participación activa en el grupo de correo interno del frente de movimientos, la navegación por Internet, la diagramación web e incluso el diseño de herramientas de acción electrónica. Por lo tanto, la computadora, Internet y el teléfono celular son aquí intensamente utilizados para llevar adelante la estrategia política del movimiento.

Por su parte, entre el resto de los integrantes de la mesa de responsables –los referentes barriales, los miembros de las áreas y los responsables de los distintos emprendimientos productivos–, la apropiación de las TIC aparece incitada por las tareas cotidianas y las responsabilidades asumidas dentro del movimiento. Se trata, por lo general, de personas mayores de cuarenta años, con escasos conocimientos previos de computación, ninguna experiencia acumulada de acceso a Internet y un empleo reciente de los teléfonos celulares. Buena parte de ellos destacan que aprendieron a manejar la computadora porque sus actividades en el movimiento se lo exigían. Algunos de estos integrantes tienen computadora en su casa, aunque reconocen que los que más la utilizan son sus hijos, al punto de que muchas veces se encuentran ubicadas en sus habitaciones. Pocos tienen Internet en el hogar. Otros concurren al locutorio, pero solo por cuestiones puntuales: “cuando me avisa algún compañero que me mandó un mail”, declara Noemí, responsable de una panificadora. Sin embargo, la mayoría de ellos no se considera usuario de Internet. Muchos de los entrevistados no tienen correo electrónico ni navegan usualmente por la red. Otros, como Oscar, responsable de una de las herrerías, admiten que han abierto una casilla por cuestiones relativas al movimiento:

—El correo lo abrí porque estuve participando en la asamblea de Uruguay en Nueva Palmira y ahí conocí a unos cuantos. Y yo siempre que me decían “¿tenés correo?” yo les daba el mail del MTD, total a mí personalmente nadie me manda, si



alguien me manda es relacionado con el movimiento. Ahora digamos hace dos años tengo algo más personal, igualmente a veces pasa el tiempo sin leerlo. (Oscar, 52 años, secundario completo, responsable de la herrería e integrante de la mesa de responsables)

Entre estos miembros, casi ninguno navega por Internet ni tampoco ha producido contenidos electrónicos sobre el movimiento ni participado en la construcción del sitio web del frente de movimientos. Cora (49 años), responsable barrial y Daniel (33 años), coordinador de mercaderías de todo el movimiento, parecieran ser una excepción a estas reglas. Ambos ingresaron hace casi cinco años al MTD trayendo consigo conocimientos de computación y rápidamente se convirtieron en encargados de la administración de los planes en sus barrios, y, en el caso de Daniel, responsable de distintas áreas a nivel de todo el movimiento. Ellos, al igual que otros miembros de la mesa de responsables, están incluidos dentro del grupo de correo electrónico del frente de movimientos. Según declaran, reciben y leen atentamente todos los *mails* que les llegan. Sin embargo, a diferencia de los miembros del núcleo promotor, ambos reconocen que prácticamente nunca enviaron un mensaje propio al grupo. Cora manifiesta tener un gran interés por las cuestiones tecnológicas. Tiene computadora en su casa con conexión a Internet vía *dial up*. Desde allí, visita periódicamente los distintos sitios web del frente, consulta agencias alternativas de información e investiga sobre otros movimientos sociales argentinos, brasileños y venezolanos. Ella ha hecho diversos cursos de computación y esto le permite llevar la administración de los subsidios correspondientes a su barrio. Asimismo, entre los referentes barriales es la única que ha demostrado interés y curiosidad por las herramientas de Internet 2.0 y la primera en tener su sitio en Facebook. Por su parte, Daniel se incorporó al MTD por intermedio de su madre. De joven, en su paso obligado por el ejército, aprendió el uso básico de la computadora, que luego fue desarrollando de manera autodidacta. También recurre frecuentemente al “ciber” para chatear y hablar con su hermana que reside en España. Usualmente visita la página del frente de movimientos y recibe *mails* con las planillas de los subsidios sociales.

Los miembros de las áreas y referentes barriales prefieren los mensajes de texto y las llamadas por celular para comunicarse con otros

compañeros del barrio y del movimiento ya que, como declara Daniel, “te permite en dos segundos transmitir una información”. Durante las visitas a uno de los barrios pude constatar el uso intensivo que Daniel daba a su celular. Cuestiones de administración, la coordinación de las entregas de mercaderías, la puesta a punto de proyectos productivos... Resolvió por medio del celular todas estas actividades en unas pocas horas. Para muchos de los responsables, la compra de los teléfonos celulares surgió como una necesidad ineludible de sus actividades en el movimiento.

—Tengo celular hace cuatro años. Lo empecé a tener por cuestiones del movimiento porque a veces no tenemos cómo comunicarnos porque acá no tenemos teléfono. Sino antes que no teníamos celulares para saber si llegó la mercadería teníamos que ir hasta otro barrio, teníamos que ir caminando. Entonces hacía falta. (Julio, 48 años, secundario incompleto, referente barrial e integrante de la mesa de responsables)

Todos los referentes barriales e integrantes de la mesa de responsables entrevistados reconocen que un 70 % del uso del celular lo destinan a cuestiones del movimiento. En este punto, la militancia y el compromiso dentro del movimiento aparecen como factores diferenciadores respecto de otros adultos de clases populares que ocupan una posición más periférica dentro del MTD: de todos los integrantes entrevistados con menores o escasas responsabilidades y mayores de 40 años, solo uno poseía teléfono celular y ninguno correo electrónico. Es decir, el acceso a las TIC por parte de los integrantes adultos está fomentado por las tareas asumidas, el acceso a la computadora y a los celulares se les vuelve relevante porque se los percibe como medios para agilizar el trabajo. Cuestión que marca una clara diferencia respecto a los adultos de sectores populares en general, que no los encuentran social, laboral ni políticamente relevantes (SNCC, 2008; Winocur, 2007).

En resumen, los integrantes de la mesa de responsables provenientes de los sectores populares y los cuadros de segunda línea –miembros de las áreas, responsables de la administración en los barrios o de los productivos– combinan un trabajo intelectual de menor abstracción y más ligado a los proyectos concretos –decisiones que hacen a los



productivos que manejan, a la gestión y administración de los planes sociales— con el trabajo manual, tanto material —por ejemplo la ejecución de los trabajos de herrería, carpintería, armado de bloques, serigrafía— como inmaterial —el llenado y procesamiento de las bases de datos de los planes sociales, la contabilidad de los productivos, la administración de las ferias de alimentos—; para estas tareas, utilizan tanto la computadora como el teléfono celular, pero muy poco Internet, que pareciera constituirse hasta aquí como una frontera en la apropiación de las TIC. Así, el trabajo inmaterial dista de ser lo creativo, afectivo y simbólico señalado por Virno (2003) y Hardt y Negri (2002). Por el contrario, las segundas líneas desarrollan un “uso acrítico y operativo” de las TIC, como los panaderos de Boston descritos por Sennett (2000).<sup>6</sup>

De las entrevistas realizadas surge que, para las bases sociales, es decir, para los integrantes más periféricos, el ámbito de socialización de la información resulta ser la asamblea barrial. A ellos, tanto las noticias sobre las acciones y actividades protagonizadas por el MTD como las decisiones tomadas en la mesa de responsables y en los plenarios del frente que integra, les llegan vía oral en las reuniones semanales de sus barrios. Una minoría se ha incorporado a algún productivo, algunos se dedican a trabajos manuales de escasa calificación —cocinar para los comedores y copa de leche, cuidar niños en la guardería, mantener la limpieza de los locales— como contraprestación del subsidio recibido, pero la mayoría se limita simplemente a concurrir a las asambleas y participar de las movilizaciones. Si bien casi todos se reconocen como no usuarios de Internet, muchos de los más jóvenes tienen un correo electrónico para chatear y al menos un teléfono celular. A pesar de ello, ninguno de los entrevistados —jóvenes o adultos— declara haber recibido del movimiento alguna información por correo electrónico o

---

<sup>6</sup> Richard Sennett (2000) en *La corrosión del carácter* señala las consecuencias subjetivas que los procesos de flexibilización producen en los trabajadores. Como consecuencia del distanciamiento entre el trabajador, las herramientas y las materias primas provocado por la computarización del proceso productivo en una panadería de Boston, el autor señala que los trabajadores pierden todo manejo del oficio y el trabajo termina por resultarles del todo indiferente. “En casa sí hago pan. Aquí aprieto botones”, repetían. Sennett asocia este aspecto de la *corrosión del carácter* de los trabajadores a la creciente simplificación de las tareas que un régimen de trabajo flexible requiere. “Al igual que cualquier acto de pensamiento, la inteligencia en el uso de las máquinas es aburrida cuando es *operativa* más que *autocrítica*” (Sennett, 2000: 76, el destacado es mío).

por celular. Otro punto relevante en esta instancia de participación es el desconocimiento que estos integrantes tienen del frente de movimientos. Ninguno de ellos conoce otro movimiento ni mantiene algún tipo de contacto con alguno de sus miembros, lo que en términos de las herramientas electrónicas se traduce en un desconocimiento absoluto de la existencia de la página web del frente de movimientos y del grupo de correo interno.

En la práctica concreta, el flujo de información y la dirección de la toma de decisiones entre las instancias de participación tiende a la verticalidad. Esta característica se sostiene en una combinatoria de factores que llevan a la concentración del trabajo intelectual y de las decisiones estratégicas del movimiento en los referentes, voceros y delegados. Las competencias socio-culturales y educativas diferenciales, las condiciones superiores de acceso a la información y los bienes simbólicos que ostentan quienes integran los círculos dirigenciales del MTD se complementan y refuerzan con una dinámica organizacional que, más allá de los intentos y esfuerzos, no ha podido transformar la lógica de la delegación imperante entre las bases sociales del movimiento. En definitiva, la apropiación diferencial y desigual de las TIC viene a profundizar esta lógica ampliando la brecha entre quienes deciden y quienes acatan.

En el caso del MTD estudiado, se corroboró una dinámica organizacional tendiente a centralizar ciertas actividades comunicacionales estratégicas en los círculos dirigenciales. Lo novedoso del caso es que no se trata de una organización verticalista *a priori*, sino que, muy por el contrario, en el MTD se predica constantemente la necesidad de fomentar la participación asamblearia “desde abajo”. Sin embargo, se genera un círculo vicioso a pesar de los esfuerzos por cimentar una dinámica asamblearia. Tanto referentes como responsables de segunda línea están atiborrados de tareas y pasan más de doce horas diarias en el movimiento, cargando con la responsabilidad de múltiples asignaturas, pero la delegación de sus responsabilidades les resulta cada vez más dificultosa. Y a los participantes de la periferia la división de tareas y de responsabilidades existente en el movimiento les resulta lógica y natural, ya que se basa en la portación de saberes, el compromiso y el reconocimiento. La mayoría no ha sido nunca vocero o encargado de relaciones, pero esto no les genera ninguna contradicción. En el caso de las TIC esta cuestión se ve ampliamente justificada. La concentración

del acceso a ellas y su manejo tiende a reforzar esta división, ya que quienes manejan los medios de comunicación electrónicos acceden sin mediaciones a los flujos de información externos del movimiento, acrecientan sus relaciones y contactos con otras organizaciones e instituciones y desarrollan cada vez más sus capacidades técnicas en el manejo de las TIC, ahondando así la brecha que los distingue de los más inexpertos.

En resumen, la apropiación de las TIC trasciende ampliamente la cuestión del acceso y la adquisición de capitales. De los observables recogidos mediante el trabajo de campo se puede esbozar la siguiente proposición: a mayor nivel de participación y responsabilidad en el movimiento, más intensa y compleja resulta la apropiación de las TIC. Así vemos cómo las TIC –sobre todo la computadora e Internet– resultan socialmente significativas según el grado de poder institucional, en tanto el nivel de participación y responsabilidad funciona como incentivo –y dador de sentido– para el acceso y el uso de las mismas. Creo que esto constituye un claro e interesante hallazgo de esta investigación ya que se detectó cómo la apropiación de las TIC se manifiesta como un efecto no buscado del compromiso militante.

## La visión instrumental de las TIC: el MTD como mediador simbólico de oportunidades y amenazas

Las nuevas tecnologías se presentan a las clases populares como un objeto misterioso y ambiguo. El sentido de extrañamiento que genera su introducción inicial las hace depositarias de miedos pero también de esperanzas y expectativas. Como señala Winocur (2007), para los sectores populares la necesidad de incorporar la computadora e Internet al hogar no surge solamente de percibir las posibilidades que ofrece el mundo virtual, sino también de las carencias y amenazas del mundo real. Vislumbradas como un atajo hacia el acceso al saber y las fuentes de trabajo, las nuevas tecnologías aparecen como un recurso compensatorio que permitiría superar o paliar las desventajas de la situación de pobreza y, simultáneamente –y por ello mismo–, como una fuente de amenazas de nuevas formas de exclusión. Frente a esta situación, se impone una visión instrumental de las TIC basada en la

idea de que solo las personas que sepan manejar eficientemente estas herramientas serán capaces de progresar, conseguir buenos empleos y ascender socialmente (Winocur, 2007: 22).

De mi investigación particular, se desprende que esta visión instrumental prevalece entre los miembros del MTD. La idea de que la computadora, Internet y los teléfonos celulares son herramientas muy importantes, tanto para el desarrollo individual como para el éxito de las acciones colectivas del movimiento, alimenta una representación instrumental compartida por todos los miembros del MTD. Es decir, el manejo de las TIC aparece en su imaginario como garantía de acceso a conocimientos, información y fuentes laborales a nivel personal, y como recurso trascendental para dar un salto cualitativo en la autogestión de proyectos, ganar visibilidad y tender puentes de solidaridad y protección a nivel colectivo.

Ahora bien, más allá de que esta visión instrumental es compartida por el conjunto de integrantes del MTD sin importar el lugar ocupado dentro de la organización, de las entrevistas se desprende que la participación, el compromiso y la responsabilidad inciden en cómo cada individuo se enfrenta a las nuevas tecnologías y procesa simbólicamente aquellas potencialidades y amenazas. A continuación, se analizará de qué modo el grado de compromiso y participación se asocian a un agenciamiento diferencial de recursos materiales, competencias culturales y sentimientos subjetivos, que repercuten en las representaciones de las TIC de los distintos integrantes en relación al trabajo, el consumo y la comunicación.

## Las dos caras de las TIC en relación al trabajo

La valoración de las nuevas tecnologías en general y de la computadora en particular presenta dos caras en relación al tema del trabajo. Entre los miembros del MTD, las TIC son vistas, por un lado, como herramientas privilegiadas para acceder a recursos, informaciones y conocimientos más calificados y para obtener empleos de mayor jerarquía y remuneración. Mas, por otro lado, son concebidas como un factor que amenaza con desplazar al trabajo humano y, en consecuencia, con la exclusión de los trabajadores al volverlos socialmente innecesarios. De esta forma, en el imaginario popular de estos actores



convive cierto optimismo tecnológico, según el cual la inclusión social podría conseguirse por vía de la inclusión digital, junto a una visión de la computadora como corporización del “fantasma de la inutilidad” (Sennett, 2006). Lo interesante es que este anverso y reverso de las TIC se extienden a través de los distintos pisos de participación y compromiso del MTD. Así, tanto entre los miembros de la mesa de responsables y los referentes barriales como entre los integrantes más periféricos, coexiste una noción instrumental de la computadora y la informática, que destaca sus facilidades y potencialidades para el acceso al trabajo y el conocimiento, junto con una visión apocalíptica que, remitiendo a las experiencias vividas, apunta a la computadora como la responsable pasada, presente y futura de la pérdida del empleo. De esta forma, la ambivalencia de toda tecnología señalada por Feenberg (2006)<sup>7</sup> permite que las TIC sean depositarias tanto de miedos como de expectativas.

La creencia de que el manejo de la computadora abre las puertas del empleo está fuertemente arraigada en los distintos círculos del MTD. De allí que los conocimientos de computación se asocien inmediatamente con el acceso a más y mejores trabajos. Esta creencia está muy presente entre los miembros de las bases sociales del MTD. Entre ellos, son los más jóvenes quienes se muestran más predispuestos a aceptar el desafío. Tal es el caso de Alejandro, de 21 años. Él ingreso hace tres años al movimiento, “llevado por su madre”. Alejandro se considera un fanático de la tecnología, tiene tres celulares y convenció a la madre para que compre una computadora. Actualmente está buscando trabajo y cree que para ello es “indispensable saber computación”. Por eso ha hecho varios cursos de operador de PC en institutos privados. Maneja los programas básicos como Word, Excel y Access, pero lamenta haber tenido que dejar los cursos por falta de dinero. Por Internet, además de chatear, bajar música, visitar páginas de diarios y de noticias de fútbol, también busca trabajo. “Hoy –afirma– es como que todo pasa por Internet y por la tecnología. Por eso me gusta buscar información sobre celulares y todo lo que sea sobre modernización de la tecnología”.

Asimismo, la representación de la computadora e Internet como dispositivo de acceso al conocimiento y el empleo se ve reafirmada

---

<sup>7</sup> “Algo es seguro: la tecnología puede constreñir y colonizar, pero también puede liberar potencialidades reprimidas del mundo de la vida que de otro modo hubieran quedado sumergidas”. Por lo tanto, “lo que hay que hacer es hablar de la ambivalencia de la tecnología como un locus de cambio social” (Feenberg, 2006: 41).

cuando los entrevistados asocian el uso de las TIC a determinadas ocupaciones. Frente a un abanico de posibilidades planteado, la mayoría de los entrevistados respondió que los que más usan estas herramientas son los estudiantes y los ejecutivos, relegando otras situaciones laborales como ama de casa o trabajador desocupado. “Si sabés manejar la computadora podés trabajar de secretario y de todas esas cosas [...]. Para mí la usa más el gerente de la empresa, por las informaciones que tiene que conseguir... el estudiante también puede ser” (Martín, 18 años, primario completo, integrante de una de las asambleas barriales).

Otra oportunidad que ofrecen las TIC ya no está solamente relacionada con el acceso al trabajo, sino con la capacidad de mejorar la productividad. En este sentido, los entrevistados, principalmente quienes tienen mayor responsabilidad, valoran positivamente la introducción de las nuevas tecnologías en los emprendimientos del movimiento y en la gestión de los subsidios sociales. Así, los referentes y responsables del MTD ponderan la velocidad de procesamiento, la agilidad comunicacional, el acceso más rápido a la información y la posibilidad de abrir mercados más allá de los límites del barrio, como las principales ventajas de la computadora e Internet aplicadas a los emprendimientos y tareas del movimiento. Observemos las apreciaciones de Daniel respecto a los ventajosos cambios que produjo la digitalización de los planes sociales.

—Es muy útil, para la comunicación es muy útil y más rápido. Entonces te llega mucho mejor la información, es más fácil [...]. Para mí me aliviana el trabajo, en lugar de tener que estar ahí escribiendo en papeles, verlo, borrando con *liquid*, además como manejamos mucho número de documento y CUIL se te hace un bolonqui. En cambio con la compu es mucho más fácil. (Daniel, 33 años, secundario incompleto, actualmente cursa en un Bachillerato Popular, responsable de administración del MTD e integrante de la mesa de responsables)

Ahora bien, la significación y valoración de las TIC responde siempre, entre otras cosas, a las trayectorias y situaciones biográficas particulares. Por ello, no debe llamar la atención que sean justamente los miembros con más responsabilidades dentro de la organización los que asocien TIC con eficacia. Como se ha visto, estos actores car-



gan sobre sus espaldas un sinfín de tareas y actividades. De allí que cualquier herramienta que les permita economizar tiempo les resulte más que bienvenida. Daniel dedica más de doce horas diarias al movimiento. Por eso agradece la posibilidad de evitar viajes y traslados que le demandaban más tiempo. Es su cotidianeidad la que alimenta su deseo de incorporar una computadora en la casa para poder trabajar desde ahí y no tener que pasar tanto tiempo lejos de su familia. Para él, como para otros responsables y referentes, el ahorro de tiempo y la facilitación de las tareas operan como bálsamo.

—Me encantaría tener computadora en casa, pero está complicado. Igual estamos viendo de conseguir una para trabajar en mi casa directamente y no estar siempre acá o ir a un ciber. Y tener Internet con banda ancha porque es mucho más rápido el tema de bajar, mandamos archivos pesados con los listados y es como que tarda en bajar y perdés un montón de tiempo que lo podrías usar en otras cosas. (Daniel)

Las trayectorias de los integrantes que han ido adquiriendo cada vez mayores responsabilidades nos hablan de una reconfiguración en sus formas de experimentar el tiempo y el espacio. Si para el trabajador desocupado el tiempo transcurre sin que nunca pase nada y el medio físico circundante lo ata a los límites de su barrio (Merklen, 2005), la participación comprometida dentro una organización colectiva transforma radicalmente la experiencia espacio-temporal. Los responsables barriales, de áreas y emprendimientos productivos evidencian cabalmente un cambio sustancial en sus registros y prácticas espaciales y temporales: largas jornadas de trabajo interrumpido, actividades simultáneas en el ámbito local, regional y nacional, caracterizan su vida cotidiana actual. En este contexto, las TIC se perciben como herramientas que facilitan, alivianan, tornan más ágiles las actividades cotidianas. Desde la computadora —que permite ahorrar tiempo de procesamiento de los datos—, pasando por Internet —que evita el traslado físico—, hasta los celulares —que posibilitan la comunicación al instante entre barrios lejanos—, las nuevas tecnologías son bien recibidas por los miembros con mayores responsabilidades dentro del MTD. Las TIC, sobre todo los celulares, les brindan la posibilidad de trascender los límites espaciales de la localía a la que se ve condenada

buena parte de las bases sociales, atravesar distancias geográficas y sociales y ponerse en contacto con integrantes de otras organizaciones y clases sociales con facilidad. En suma, podríamos decir que las TIC les permite desanclarse de los lugares e introducirse en el espacio de los flujos y el tiempo atemporal (Bauman, 1999; Castells, 1998), logrando adecuarse a la “compresión espacio-temporal” propia del capitalismo flexible (Harvey, 1998). Frente a la representación del sacrificio, desde la perspectiva de los actores estudiados, todo lo que aliviane las tareas cotidianas es bienvenido. Creo que aquí reside otro hallazgo de esta investigación: la flexibilidad no conduce necesariamente a la precarización y la pauperización de los sectores populares y, por lo tanto, estos, desde racionalidades culturales diferentes —en tanto la distinción entre tiempo libre y tiempo de trabajo no se procesa de igual manera entre las clases medias altas y las populares—, valoran la velocidad y el dominio del tiempo y el espacio, al igual que otros sectores sociales.

—Para mí con el grupo Yahoo es mucho mejor porque hay veces que la información que nosotros manejamos son unificadas, entonces mandamos un correo masivo para que todos se enteren. Lo mismo con los planes. Antes implicaba ir de acá hasta La Plata cargando los papeles, ahora, en cambio, al ser digitalizado es muchísimo más rápido: en lugar de tener que ir a La Plata vas a un ciber, lo cargás, lo enviás y ya está.  
(Daniel)

Por otra parte, a pesar de que las nuevas tecnologías son representadas como puertas de acceso al conocimiento, el empleo y a mejores oportunidades, los trabajadores desocupados del MTD también depositan en ellas frustraciones, pérdidas de empleo y la proyección futura de nuevas desigualdades. La edad, las trayectorias laborales y el grado de compromiso y responsabilidad dentro del movimiento influyen en los matices de significación y en los modos de procesar y enfrentar estas amenazas. Como podemos ver en las siguientes citas, la mayoría de los responsables barriales y, más aún, los integrantes de las bases sociales del movimiento tienden a culpar a la tecnología de la desocupación. A diferencia de los miembros del núcleo promotor, que distinguen cualquier uso de la tecnología frente al uso capitalista,



la mayoría de los entrevistados pertenecientes a las clases populares creen que la tecnología en general y las nuevas tecnologías informáticas –sobre todo la computadora– quitan trabajo y tornan obsoletos a los trabajadores. En sus apreciaciones, se manifiesta una creencia cercana a un determinismo tecnológico que vela u opaca la lógica capitalista inherente a este *empleo represivo* (Hardt y Negri, 2002) de las nuevas tecnologías.

—Hoy todo es por computadora. Apretás un par de letras y ya está. Pero cada vez menos obreros y más desempleo. Imaginate cuántos se quedan sin trabajo mientras la tecnología avanza. (Noemí, 35 años, primario completo, entró en el MTD en el año 1999, responsable de la panificadora)

—Yo soy maquinista en plásticos, o sea mis veinte años que yo tuve, fue en plásticos, en soplado e inyección. Y después ya fue computarizado las máquinas, y anteriormente no, no eran todas computarizadas, pero después ya venían computarizadas, las máquinas eran italianas, qué se yo. Y resulta que cada vez era más moderno, con computadoras, el aparatito ese, ¿cómo es que le dicen? Pero igual, por más que sea computarizado o no computarizado, uno quisiera trabajar, porque yo sé trabajar, pero nadie me toma por la edad, nadie me quiere. (Jorge, 46 años, primario completo)

Como vemos, en estos testimonios conviven nuevos y viejos mitos y realidades en torno a la tecnología y el trabajo. Por un lado, perduran miradas del pasado que inscriben a las TIC dentro de las representaciones de la tecnología en general como fuerza que amenaza con suplantar a la fuerza de trabajo. Así, es común que en sus respuestas los términos “maquinaria” y “computadora” sean utilizados como sinónimos. Pero, por otro lado, también se ponen de manifiesto nuevas representaciones, asociadas a la idea de que el no saber computación excluye del acceso al trabajo. Y, en tanto se percibe que todo trabajo ha sido, en buena medida, computarizado, el no manejo de esta tecnología particular produce la incertidumbre novedosa de quedarse afuera del trabajo en general y no afuera de un trabajo concreto, como podría ocurrir por desconocer el manejo de una herramienta o maquinaria específicas. En consecuencia, se concibe el no manejo de la informática como una

cualificación excluyente de todo trabajo concreto que pretende ser reconocido como parte del trabajo abstracto de la sociedad, tal como operaba antes el alfabetismo tradicional.

Si bien la representación bifacética de la computadora está presente en los distintos niveles de participación del MTD, es entre los integrantes de segunda línea donde el compromiso y la responsabilidad para con la acción colectiva brindan mayores herramientas para congeniar simbólicamente ambas caras. La organización les proporciona a estos sujetos un conjunto de espacios y bienes, materiales y simbólicos, que les permiten desarrollar potencias reprimidas durante sus trayectorias sociales recientes. En esta dirección opera la posibilidad habilitada por el desarrollo de tareas cotidianas que requieren la generación y puesta en práctica de saberes y aptitudes intelectuales hasta allí inexplorados. De este modo, la acción colectiva les ha permitido recuperar la confianza en sí mismos. El sentirse capacitados los ha motivado para arremeter en el aprendizaje de novedosas herramientas, contrarrestando la sensación de extrañamiento que en un principio les generaban. Así, las TIC no son vistas ya como algo ajeno e indescifrable, sino como instrumentos cuyo manejo puede brindar numerosas ventajas y utilidades, tanto para el movimiento como para ellos mismos. Los ejemplos que siguen son elocuentes:

—Desde que entré en el MTD, hace casi diez años, hice de todo. [...] Por todo lo que hacía tenía que empezar a manejar la computadora, tenía que saber. En el año 2000, fue Sergio el que primero me empezó a enseñar. Por lo menos empezar a no tenerle miedo a la compu, a darme cuenta que si la toco no se rompe... (Noemí)

—Siempre me llamó la atención la computadora, pero la empecé a usar cuando entré al movimiento. [...] Estoy contenta de haber aprendido algo de computación, al menos a prenderla y manejar lo básico porque es como que te hace ver que estás adelantando, que no te quedás... (Vanesa, 48 años, primario completo, colaboradora del área de administración de uno de los barrios, inscripta en el Bachillerato Popular del movimiento)

Estos casos ilustran el modo en que la acción colectiva y su trama de relaciones operan en la subjetividad de sus integrantes con mayo-



res responsabilidades. Desde el acceso a medios de subsistencia y a conocimientos y educación, así como —en menor medida— a fuentes de trabajo alternativas, el MTD ha logrado generar un acercamiento de sus miembros con mayores responsabilidades a las TIC, que de otra manera hubiese sido improbable o mucho más lento. De esta forma, mediante la gestión de un conjunto de recursos materiales y simbólicos, como también por la construcción de un marco de referencia e identificación basado en sentimientos colectivos, la participación en el MTD contribuye a conjurar el fantasma de la inutilidad que los acechaba como trabajadores desocupados, como personas excedentes. En consecuencia, estas experiencias demuestran que las TIC no constituyen un obstáculo infranqueable, a pesar de la falta de capitales culturales y educativos. Más allá de no reconocerse habilidosos para el manejo de la computadora, el marco brindado por la acción colectiva promueve un acercamiento, en principio básico, a las TIC que habilita un mejor y más eficiente desempeño de las tareas y responsabilidades dentro del movimiento.<sup>8</sup> En este sentido, se puede decir que el acceso facilitado a las TIC y las ventajas brindadas morigeran, entre los miembros con mayor responsabilidad, los temores depositados en la computadora como una “máquina que suplanta mano de obra”, produciéndose así una tensión entre su utilidad política y el temor que siempre ha generado la tecnología entre las clases populares.

### ¿Cómo y para qué usar las TIC? Del “embobamiento” al uso “inteligente”

Un común denominador entre los distintos integrantes entrevistados reside en la clasificación maniquea entre un “buen uso” y un “mal uso” de las TIC. Es habitual entre los adultos de sectores populares la valoración de las prácticas tecnológicas de acuerdo a su conveniencia o nocividad. En este sentido, en las clases populares se consideran

---

<sup>8</sup> Aunque este acercamiento habilita el uso de las TIC en relación al trabajo y la militancia, esto no significa que los usos para el tiempo libre queden obliterados. De hecho, si bien, como se ha señalado, prevalecen prácticas tecnológicas relativas a la vida en el movimiento, en los relatos de los entrevistados también aparecen referencias a usos personales de las TIC. Dado el objeto de esta investigación, no me he concentrado en esta dimensión, pero estoy en conocimiento de su existencia.

“usos convenientes” aquellos que, supuestamente, permiten adquirir un plus en términos de educación y salidas laborales. De allí que, en este medio, las búsquedas de información para la escuela o la incorporación de saberes informáticos necesarios para desempeñar labores de mayor jerarquía sean las más ponderadas; mientras que se considera nocivas y, por lo tanto, rechazables, a aquellas prácticas que no agregan nada al individuo, que solo significan, según esta representación, una pérdida de tiempo. En este grupo se incluyen, obviamente, los videojuegos, el chat y la navegación por Internet sin un fin determinado. En definitiva, el tiempo dedicado a la computadora y la utilidad obtenida del uso de Internet constituyen los componentes valorativos principales a la hora de realizar aquella clasificación.

Entre los entrevistados, sobre todo entre los adultos, existe la idea de que las TIC son ventajosas siempre y cuando se las utilice en su justa medida y con un propósito bien definido: el estudio, las tareas del colegio, el trabajo. “A mí me parece que es importante, pero, como diría el general Perón, ‘todo en su justa medida y armoniosamente’”, señala Oscar. Las representaciones de los adultos ubican al uso juvenil de las TIC dedicado a los juegos, el entretenimiento sin contenido como enfrentado a este uso deseable, aplicado en su justa medida... En este punto, la mayor preocupación se pone sobre los niños y los jóvenes en tanto —consideran— le dedican a la computadora un tiempo excesivo sin un fin específico.

—La computadora es para poder saber más, te da más entendimiento, podés sacar más cosas que por ahí el libro no lo entendés o no lo tenés, para el estudio, para eso porque para los juegos... Aunque hoy para dar miedo tampoco es necesario un juego porque una computadora que me dé miedo es que un chico se la pase veinticuatro horas enfrente. (Vanesa)

Los miedos aparecen asociados al posible “embobamiento” de los chicos y a su exposición descontrolada frente a la pantalla que, según creen, pueden acarrear severos riesgos de abusos y crímenes por parte de desconocidos.

—La computadora es de mi hijo. Se la compramos cuando pasó de grado como premio. Pero ahora el no sale de ahí. Los

primeros días ni te miraba. Se la pasaba frente a la computadora todo el tiempo. Como embobado. Le hablabas y ni te registraba. Ni se lo sentía. Pegado a la pantalla. Estaba bobo. Así que Internet ni loca le pongo. (Noemí)

Resulta llamativo el modo en que esta representación no circula únicamente entre los adultos, sino que está también muy presente entre los miembros más jóvenes del movimiento.

—*¿Qué es lo peor de la computadora?*

—Lo peor de la compu es que te emboba demasiado, salís re abombado, te quedas un par de horas y salís hecho un bobo.

—*¿Si la usás para cualquier cosa o para jugar?*

—No, bueno si la usás para buscar información podés estar. Vos sabés que tenés algo que tenés que sacar. Pero estar por estar te cansa al toque. (Fragmento de entrevista a Chopi, 23 años, primario completo, trabaja en la herrería)

Sin dudas, en la formación de estas representaciones juegan un papel muy fuerte los medios masivos de comunicación, tal como lo vemos en el siguiente ejemplo:

—*¿Por qué dejaste de ir al ciber?*

—Porque ya no me llamaba mucho la atención y aparte porque quería dejar por esas cosas que pasan en la tele que dicen que los chicos se envician. (Fragmento de entrevista a Martín)

Evidentemente, las expectativas puestas en las ventajas que podría acarrear para sus hijos la compra de una computadora han devenido en un tema de extrema preocupación para los adultos de sectores populares. Lejos de redundar en un mejor acceso al conocimiento y al trabajo, la computadora se siente como un objeto extraño que amenaza con alterar el orden familiar y la autoridad de los padres. Niños que ya no contestan, jóvenes “idiotizados”, lazos familiares amenazados. De allí su constante intención de redoblar el control sobre lo que hacen sus hijos con ella.

—Me parece que es una cosa que te va como dividiendo. Yo por ejemplo en el comedor no tengo tele. Si querés comer

comé quedate acá... Comé y después te vas. En ese sentido, es medio como que te desune, los pibes comiendo en la pieza, con la computadora. A mí me parece que comer es en la mesa, tranquilo, terminar de comer y después te levantás y te vas al cuarto. Por lo menos ese control de ese ratito. (Oscar)

Este énfasis por el restablecimiento del control parental nos habla del modo en que los adultos perciben a las TIC como un elemento corrosivo de su autoridad. Su incorporación acarrea una inversión en las relaciones de saber-poder que rigen en el hogar. Por primera vez, los hijos poseen un saber no solo mayor sino totalmente independiente del de sus padres. Esta situación es vivida por los adultos como fuente de la pérdida del respeto y el reconocimiento de sus capacidades.

—Mi hijo la maneja con todo. Se la pasa ahí con los botones y cambia todo, el fondo de pantalla, las figuritas, todo en un segundo. Yo lo miro y no entiendo nada. Y él, lo más chocho. “¿Cuándo vas a parar?” le digo, y él me dice que quiere saber todo, que quiere ser un *hacker* y qué sé yo... (Noemí)

—Aparte el menosprecio que tienen hacia los más grandes. Te dicen “Vos sos un boludo” y “Vos sos un hijo de puta. Te doy de comer yo...”. Porque es así, como que te menosprecian los jóvenes, ¿viste? (Oscar)

A propósito de esta inversión de las jerarquías, Winocur sostiene que

la autoridad tradicional de los padres se asentaba en la incuestionabilidad de lo que sabían y valoraban, que provenía de tradiciones familiares y comunitarias, o de la cultura oral o libresca. Pero la incorporación de las nuevas tecnologías en el hogar contribuye subjetivamente a erosionar las fuentes de legitimación de esos saberes. (2007: 15)

En definitiva, la distinción entre usos deseables y condenables y el problema de la inversión de las jerarquías en torno a las TIC, suficientemente extendidos tanto dentro de las clases populares (Winocur, 2007) como en otros sectores sociales (Benítez Larghi, 2004), se reproducen dentro del MTD. Así nos encontramos con una convergencia entre la



mirada moral conservadora de ciertos sectores críticos respecto al uso “indiscriminado” de las TIC y algunas de las representaciones vigentes en la organización estudiada.

Ahora bien, entre los entrevistados esta distinción aparece fuertemente asociada al modo en que las TIC se inscriben en la vida cotidiana de los distintos sujetos y, por lo tanto, del lugar que en ella ocupa la participación en el movimiento. Si nos enfocamos en la experiencia de aquellos integrantes con mayor experiencia y compromiso dentro del movimiento, la definición del uso deseable se encuentra estrechamente relacionada con las actividades y sentimientos colectivos del MTD. Todos aquellos miembros con mayor responsabilidad concuerdan en que las TIC constituyen una herramienta muy importante para la organización: ellos las valoran como un instrumento que permite y facilita las acciones del movimiento. De allí que todo uso que permita una mejor y más eficaz comunicación y una consecución de mayores recursos al movimiento sea destacadamente valorado.

Una cuestión interesante consiste en determinar cómo se concibe quiénes son los más aptos para desarrollar ese buen uso de las TIC. A lo largo de la investigación se fue detectando que El Bocha –miembro principal del núcleo promotor, cara más visible y referente por excelencia del MTD– era considerado, por unanimidad, el más capacitado para las cuestiones tecnológicas. De él han surgido la mayoría de las iniciativas en que las TIC se ven implicadas. Para los miembros del MTD, El Bocha cuenta con los conocimientos necesarios para llevar adelante aquello que consideran un buen uso de las nuevas tecnologías, en el sentido de que, en palabras de un referente barrial, “él sabe sacarle todo el jugo a estas cosas”. De acuerdo a la representación de los miembros entrevistados, él es portador de un saber experto en la materia. De este modo lo caracteriza uno de los miembros de la mesa de responsables:

—Él en ese sentido tiene una capacidad bárbara el loco para... Por eso también está la cosa de que yo soy medio vago y le digo a él “flaco por qué no me averiguás tal cosa”. Entonces a la semana que viene me trae una página impresa. Se pone ahí... ti ti ti... y averigua todo en dos minutos. Tiene esa cosa y tiene eso de armar, es bastante capaz, El Bocha. (Oscar)

Es evidente aquí cómo, dentro del MTD, se diferencia positivamente a quienes poseen el saber tecnológico. Sin embargo, no se lo valora simplemente como un saber técnico, sino en función del provecho y la “inteligencia” con el que usan las herramientas electrónicas para las actividades del MTD. Este uso “inteligente” –generalmente contrapuesto al uso “no inteligente” llevado adelante por niños y jóvenes que se “la pasan todo el tiempo jugando y embobados frente a la pantalla”– consiste en saber “sacarle el jugo” a las TIC para agilizar la comunicación interna del movimiento, coordinar sus acciones directas y darle difusión nacional e internacional que garanticen cierta protección frente a las represiones.

### Comunicación y TIC: entre la visibilidad, la despersonalización y la fantasía de la conexión permanente

La idea de que en el mundo actual todos estamos permanentemente comunicados gracias a las nuevas tecnologías conforma otro núcleo de sentido fuertemente arraigado entre los miembros del MTD. La certeza sobre la omnipresencia de la comunicación digitalmente mediada opera como sustrato común de las representaciones que estos actores populares construyen en torno a las TIC. “Hoy es como que todos estamos cada vez más conectados, con los celulares, con Internet...”, reflexiona Alicia, de 49 años y responsable del Centro Cultural. Sobre esta certeza, sentida como dada e irreversible, el acceso a las TIC se convierte en un imperativo al cual todos deben adaptarse. Algunos, como Alicia, han podido realizar algún que otro curso de computación. Pero la mayoría no cuenta con los recursos necesarios para acceder al manejo de la informática. De allí la fuerte presión ejercida desde las bases sociales para que se desarrollen cursos de computación en el marco del MTD.

El mismo imperativo está muchas veces detrás de las decisiones tomadas en torno a la compra de un teléfono celular, sobre todo entre los integrantes más jóvenes y con menor grado de participación en el movimiento. Muchos de ellos reconocen que se han comprado un teléfono móvil debido a que el resto de los amigos tenían y, de otra forma, no podían comunicarse.



—Decidí comprarme el celular porque vi que todos tenían y necesitaba comunicarme. Y todos se mandaban mensajes y a mí no me llegaban. (Martín)

—Y como todo, siempre tenés que llamar a alguien y tampoco da para ir a un público y colgarte ahí o esperando. Vos tenés tu celular, te comunicás cuando vos querés. Mis amigos tenían, entonces también por eso. Y me quería comunicar. Estás comunicado con todos. Buenísimo. El celular me gusta. Está bueno. Las cosas que tienen además... tienen unos chiches... (Chopi)

La adecuación a las nuevas tecnologías está signada, entonces, por el miedo a quedar afuera de lo que se ha vuelto socialmente significativo. El mandato de la adecuación tecnológica y los riesgos de un nuevo tipo de exclusión abarca también, según lo creen los entrevistados, el accionar del MTD. Así explican distintos miembros la necesidad de contar con teléfonos celulares dentro del movimiento:

—A veces te quedás afuera de las informaciones, ¿viste? A veces tenés informaciones de nación o de provincia y no te llegan porque no tenés como comunicarte. Por lo menos con esto llamás y preguntás. Estás continuamente comunicado. (Julio, 48 años, secundario incompleto, referente barrial e integrante de la mesa de responsables)

Las principales ventajas que encuentra el MTD en las TIC están asociadas a la comunicación, en tanto se las ve como herramientas que otorgan visibilidad al movimiento y facilitan el establecimiento de contactos solidarios con todo el mundo. En este sentido, los diferentes miembros creen que una página en Internet le permitiría al movimiento adquirir un alcance planetario redundando en lazos de solidaridad con otras organizaciones: “Internet sirve para que conozcan al movimiento desde otras partes del mundo y permite recibir donaciones desde el exterior” (Alicia).

El anhelo de hacer visible al movimiento se profundiza en tanto se percibe que los medios masivos de comunicación no retratan el verdadero trabajo cotidiano de los movimientos de trabajadores desocupados. Por eso, la mayoría de los entrevistados preferiría que la página reflejase todo el trabajo subterráneo del MTD:

—Me gustaría que se muestre todo el trabajo en los barrios, todos los emprendimientos, lo que se hace en los productivos, para que haya un conocimiento de que no solo cortamos, sino que también hay otras actividades dentro del movimiento del cual sería bueno que se sepan. (Daniel)

—Me gustaría que salieran los talleres que hay, las cosas que se hacen, anunciar que hay una escuela, estaría bueno eso ponerlo ahí, que hay carbonería, herrería, bachiller, serigrafía, panadería. (Chopi)

En este punto, resulta interesante indagar el modo en que se valoran las TIC en relación a los medios tradicionales de comunicación, especialmente la televisión. En líneas generales, entre los diferentes miembros—sin importar el grado de participación y compromiso— existe una concepción que asocia Internet a una comunicación de mayor calidad, en tanto puede ser un canal de expresión propio y directo del movimiento, por medio del cual podría brindar información bien detallada, sin la mediación de personas y empresas ajenas al mismo. Frente a esto, la televisión se considera un medio que, si bien garantiza una mayor cantidad de audiencia, lo hace al precio de no poder hablar por sí mismos sino a través de otros, con los riesgos de tergiversación implicados en ello.

—Los medios grandes hay veces que minimizan las noticias y a uno no le agrada mucho cómo las manejan pero bueno uno está dispuesto y son las reglas de juego. Los medios nunca van a tirar para lo “popular”, sino que van a fomentar sus intereses económicos. Internet tiene un poco más de ventaja porque nosotros podemos expresar mejor lo que verdaderamente nos pasa y la gente puede leer y enterarse de lo que realmente escribimos nosotros y no te corta nada. Vos podés escribir lo que pensás, creés y sentís. (Daniel)

Sin embargo, en términos de la recepción de los mensajes, los miembros del MTD creen que la televisión garantiza un alcance más plural y general ya “que le llega a todos”, mientras que Internet posee una audiencia más limitada, en tanto “no todos tienen acceso a Internet ni saben cómo buscar” y, en consecuencia, “allí te busca el que ya sabe, que ya te conoce y quiere saber más en detalle”.

Ahora bien, de acuerdo a las representaciones de los referentes políticos y de los responsables más comprometidos, este uso debe estar subordinado a los principios y valores propios de la organización. Ellos tienen una visión más crítica y reflexiva que los miembros de las bases sociales: la visibilidad del movimiento no es imprescindible *per se* ni debe realizarse a cualquier precio. Es por ello que entre los referentes y responsables aparece como preocupación destacada la personalización y sustantivación de la comunicación. Para ellos, no se trata simplemente de comunicar y de establecer innumerables contactos, sino de sustentar los mensajes con un trabajo cotidiano y con la edificación de relaciones sociales cargadas de sentido.

—Es una herramienta bastante importante. Pero para tener la computadora y mandar una foto a Alemania o a Suiza o a donde sea, vos tenés que tener la huerta sembrada y Ciro tiene que haber dado vuelta la tierra y plantado la semilla... O sea que la máquina es importante, pero importante como reflejo de una cosa. O sea, vos tenés que tener lo otro para con la máquina reflejarlo. La máquina por más buena que sea, vos te ponés a apretar botones y no va a crecer el zapallo. (Oscar)

Por otra parte, con respecto a la valoración de la comunicación mediada por computadoras, reaparece en el MTD el privilegio de los encuentros cara a cara por sobre los contactos virtuales. Frente a la “frialdad” de las pantallas se rescata el “sentir” al otro que, según creen, solo permiten los encuentros presenciales. Es decir, la representación de estos actores no se ajusta a cierta fórmula dominante que sostiene “a mayor cantidad de medios, mejor comunicación”. Para los miembros más comprometidos, las relaciones sociales se construyen mediante la interacción sostenida y personalizada. En todo caso, los medios de comunicación deben estar simplemente al servicio de esta interacción, facilitando y potenciando los encuentros. La siguiente reflexión de un responsable de emprendimiento ilustra esta representación:

—Por ejemplo, nosotros hacemos un encuentro acá. Entonces vos te encontrás con gente y eso te da la posibilidad de hablar, de conocerlo, de relacionarte. Pero en el otro tema vos estás hablando con un tipo, sí, pero no sabés cómo es, de dónde es. En cambio en el encuentro sabés que es un compañero de

Tucumán y tenés la posibilidad de la dialéctica, del intercambio, de comentar, de sentirlo al tipo. A mí me parece que a través del vidrio... Está bien, te soluciona el problema porque el otro está en Madrid y vos estás acá, lo podés ver por lo menos. Pero en la cosa así cotidiana me parece que hay mucho expuesto a esa cosa y a ese aparatito. (Oscar)

De esta forma, al menos en lo que a las representaciones se refiere, los integrantes más comprometidos intentan no caer en una “percepción fetichista”<sup>9</sup> (Feenberg, 2006; Mattelart, 2002) de las nuevas tecnologías, ubicando la comunicación como elemento constitutivo de la acción, pero siempre al servicio de los principios del movimiento. Es decir, como instrumento para generar nuevas formas de relaciones sociales, teniendo la dignidad de los seres humanos como eje central, así como de producción y comunicación, cuyo uso sirva para generar más empleos y facilitar y agilizar el trabajo, pero no para reemplazarlo, para abrir canales de participación y socialización de la información y para volver más eficaz la acción directa.

## A modo de conclusión

A lo largo de este trabajo se han indagado distintos núcleos de sentido alrededor de los cuales se construye la apropiación de las TIC por parte de un actor colectivo de las clases populares argentinas.

Hemos visto que, más allá del modelo organizacional ideal perseguido, las TIC se amoldan a las lógicas reales de estructuración interna reforzando las relaciones jerárquicas y la división técnica del trabajo. Sin dudas, el vínculo entre saber y poder encuentra un nuevo condimento con su introducción, pero de una manera completamente contraria al impacto democratizador pregonado por los discursos corporativos y gubernamentales. Sin embargo, la acción colectiva de la organización opera facilitando el acceso y la adquisición de habili-

<sup>9</sup> “En la percepción fetichista, [la tecnología] aparece como una instancia no social de pura racionalidad técnica más que como el nexo social que efectivamente es [...] como el precio, la función es un término relacional que le atribuimos al objeto como cualidad real. En realidad, la función de cualquier tecnología es relativa a las organizaciones que la han creado, la controlan y le asignan un objetivo” (Feenberg, 2006: 28-32).



dades tecnológicas entre sus miembros, sobre todo entre aquellos que asumen mayor responsabilidad. Además, frente al mito, generalmente sostenido en la realidad, de la informática como llave maestra para el acceso al trabajo, las bases sociales demandan a la organización capacitación informática.

El análisis de las prácticas y representaciones presentes entre sus integrantes muestra tanto líneas de continuidad como de ruptura respecto de aquellas vigentes entre los sectores populares no movilizados. Pareciera que la acción colectiva del MTD, si bien se nutre de las experiencias tecnológico-comunicacionales de sus miembros, tiende, fundamentalmente, a renovar ciertas miradas e imaginarios respecto a las TIC. En este sentido, cuanto mayor es el grado de compromiso y mayores son las responsabilidades asumidas por los integrantes aparecen visiones más críticas que cuestionan los usos que se quedan en el mero consumo. Así, entre los referentes barriales y círculos dirigenciales, el interés está puesto en la subordinación de las tecnologías al servicio de los objetivos y valores del movimiento, cuestión que muestra sus mayores avances en la esfera de la comunicación externa. Predomina, pues, la noción de que la tecnología no debe suplantar al ser humano, ya sea en la esfera de la producción como en la de la comunicación. Conviene aprovechar su velocidad, agilidad y capacidad para trascender los límites espaciales, pero no deben quitar trabajo, reemplazar la inteligencia ni subordinar o impedir la comunicación interpersonal cara a cara. Mientras tanto, aunque esta mirada crítica pierde fuerza a medida que descendemos hacia las bases sociales, muchos miembros del MTD recuperan, junto al desarrollo de habilidades tecnológicas —obtenidas gracias a su participación en el movimiento—, la confianza para asumir nuevas tareas laborales. El manejo —aunque hasta aquí elemental— de la computadora y el correo electrónico los hace sentirse capacitados para llevar adelante tareas de cierta complejidad intelectual y situarse con mayores expectativas frente a un mercado laboral excluyente. De modo que la acción colectiva vuelve socialmente relevantes a las TIC para sus integrantes provenientes de las clases populares, brindando marcos de acceso acotados y, por sobre todo, otorgándoles sentido dentro de su vida cotidiana. Esto marca una notable diferencia respecto a sujetos de clases populares no movilizados.

Simultáneamente, existe otro núcleo de sentido por el cual los adultos condenan el uso de las TIC por los más jóvenes, abriéndose así una brecha

generacional en su plano simbólico. Mientras para los adultos el énfasis debe estar puesto en el acceso al conocimiento y la formación laboral, los jóvenes llevan adelante diverso tipo de prácticas, muchas de ellas ligadas al consumo y el entretenimiento. Lo interesante aquí es que, dentro de estos actores colectivos de protesta, se reproduce una distinción vigente no solo en las clases populares no movilizadas (Winocur, 2007; Bouille, 2008) sino que atraviesa también otros sectores sociales (Benítez Larghi, 2004; Fernández Jeansalle, 2008; Pahor, 2008).

La presencia, en estos sectores marginados de las clases populares, de esta percepción de efectos perversos y potencialidades en las TIC, y la distinción entre usos legítimos e ilegítimos configuran otro hallazgo curioso y llamativo de esta investigación: el hecho de que los excluidos de una infinidad de recursos experimentan y se representan el acceso a las mismas de manera similar a la de otros sectores sociales relativamente integrados. Sostengo, como hipótesis para futuros trabajos, que esto obedecería a la construcción hegemónica desatada en rededor de las TIC en tanto los discursos publicitarios y los medios masivos de comunicación parecen permear incluso las representaciones sociales de las clases populares movilizadas.

En definitiva, a partir de esta investigación se puede afirmar que es el modelo organizacional el que define los flujos de información y su dirección, más allá de las potencialidades de horizontalidad habilitadas por las características técnicas de las TIC. En otras palabras, no es la tecnología la que impacta en la organización interna democratizándola, sino que los procesos de apropiación de la misma se amoldan a los modelos organizacionales vigentes siguiendo sus patrones jerárquicos y relaciones de poder particulares. Esto se puede observar tanto en organizaciones abiertamente jerárquicas como, en el caso de este trabajo, en movimientos que persiguen, al menos en el imaginario, modelos más horizontales. El vínculo entre saber y poder asume diferentes formas, incluso dentro de una misma organización. A veces ambos elementos se imbrican y refuerzan: los que tienen más poder acceden a las TIC y con ello adquieren conocimientos, saberes e información que confirman su posición de poder. Otras veces, el saber técnico lo tienen los responsables de segundas líneas, pero son los dirigentes quienes conservan su dirección y aplicación.<sup>10</sup> También

---

<sup>10</sup> Por ejemplo, dentro de las organizaciones, muchas veces, se reproduce el clivaje



ocurre que las mayores habilidades son ostentadas por los jóvenes de las bases sociales, pero no las implementan o explotan en función del movimiento ni este se los demanda. En consecuencia, resulta erróneo y ligero presuponer a las TIC como sinónimo de democracia, horizontalidad y descentralización.

## Bibliografía

- Bauman, Z. (1999). *La Globalización. Consecuencias humanas*. Buenos Aires: FCE.
- Benítez Larghi, S. (2004). “La vuelta al mundo en ochenta bytes”. En Wortman, A. (comp.) *Imágenes publicitarias/Nuevos Burgueses* (pp. 71-106). Buenos Aires: Prometeo.
- (2010). *Cazadores de e-topías. La lucha desigual por la apropiación de las TIC en las Organizaciones de Trabajadores Desocupados*. Tesis de Doctorado en Ciencias Sociales, UBA. Mimeo.
- Bouille, J. (2008). “Cibercafés o la nueva esquina”. En Urresti, M. (ed.) *Ciberculturas juveniles* (pp. 105-120). Buenos Aires: La Crujía.
- Castells, M. (1998). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. 1. La Sociedad Red*. Madrid: Alianza.
- (1998). *La era de la información. Economía, sociedad y cultura. Vol. 2. El poder de la identidad*. Madrid: Alianza.
- (2003). *La galaxia Internet. Reflexiones sobre Internet, empresa y sociedad*. Barcelona: De Bolsillo.
- Feenberg, A. ([2005] 2006). *Del esencialismo al constructivismo: la filosofía de la tecnología en la encrucijada*. En línea: <<http://www.sfu.ca/~andrewf/U2%20Feenberg.pdf>>. Consultado el 15-4-2011.
- Fernández Jeansalle, J. (2008). “Doble clic. Internet y jóvenes de clase media en la ciudad de Buenos Aires”. En Urresti, M. (ed.) *Ciberculturas juveniles* (pp. 87-103). Buenos Aires: La Crujía.
- Hardt, M. y Negri, A. (2002). *Imperio*. Buenos Aires: Paidós

---

machista y patriarcal de la división del trabajo imperante en el resto de la sociedad. Mientras las prácticas tecnológicas de carácter público y universal son abordadas casi exclusivamente por los varones, los usos de las TIC de índole administrativo, privado, particular y doméstico se asignan a las mujeres.

- Harvey, D. (1998). *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Hine, C. (2004). *Etnografía virtual*. Barcelona: Editorial UOC.
- Jodelet, D. (1986). “La representación social: fenómenos, conceptos y teoría”. En Moscovici, S. *Psicología Social II. Pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales* (pp. 469-494). Barcelona: Paidós.
- Mattelart, A. (2000). “Fetichización de las nuevas tecnologías”. *Le Monde Diplomatique*, N.º 14, Buenos Aires, 15 de agosto de 2000, 28-29.
- (2002). *Historia de la sociedad de la información*. Buenos Aires: Paidós.
- Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.
- Pahor, M. (2008). “Concetad@s. Cómo usan Internet los jóvenes de clase alta en Buenos Aires”. En Urresti, M. (ed.) *Ciberculturas juveniles* (pp. 69-85). Buenos Aires: La Crujía.
- Sennett, R. (2000). *La corrosión del carácter*. Barcelona: Anagrama.
- (2006). *La cultura del nuevo capitalismo*. Barcelona: Anagrama.
- Sistema Nacional de Consumos Culturales (SNCC) (2008). *Informe N.º 4/Marzo 2008*, Buenos Aires: SNCC.
- Thompson, J. B. (1998). *Los media y la modernidad*. Barcelona: Paidós.
- Virno, P. (2003). *Gramática de la multitud. Para un análisis de las formas de vida contemporáneas*. Buenos Aires: Colihue.
- Winocur, R. (2007). “La apropiación de la computadora e Internet en los sectores populares urbanos”. *Revista Versión*, 1(19), 191-216.
- Winocur, R. (2008). “El móvil, artefacto ritual para controlar la incertidumbre”, *Revista Alambre*, 1 (1). En línea: <<http://www.revistaalambre.com/Articulos/ArticuloMuestra.asp?Id=15>>. Consultado el 20 de septiembre de 2011.





# ROTULANDO COMPORTAMIENTOS. LAS NOCIONES DE COMPROMISO MILITANTE EN UN MOVIMIENTO SOCIAL\*

Jerónimo Pinedo

De un tiempo a esta parte contamos con un sólido corpus de investigaciones empíricas sobre los procesos de organización y acción política de los sectores populares del Gran Buenos Aires bajo la hegemonía neoliberal. La especificidad de las relaciones entre la experiencia de los sectores sociales pauperizados y sus procesos de politización en el marco de una matriz social excluyente (Svampa, 2005), el peso de los aspectos espaciales en sus dinámicas de organización y acción<sup>1</sup> (Grimson, 2003; Cerruti y Grimson, 2004; Grimson y otros, 2009; Merklen, 2005) y el carácter descentralizado y focalizado de las políticas sociales como uno de los canales de relación privilegiados entre estos grupos subalternos y el Estado (Grimberg, 2009; Manzano, 2007a), son, sin duda, un marco conceptual adquirido desde el cual se partió para realizar este análisis y que está supuesto en el recorrido que seguiremos.

---

\* Este trabajo se basa en la ponencia “Rotulando comportamientos: el lenguaje de los criterios y el rol de los militantes en un movimiento social”, presentada en las VI Jornadas de Sociología de la UNLP. “Debates y perspectivas sobre Argentina y América Latina en el marco del Bicentenario. Reflexiones desde las Ciencias Sociales”, 2010.

<sup>1</sup> Para una discusión amplia sobre este punto ver el artículo “Territorios, lugares e identidades...” de Fernanda Torres, en este mismo libro.



Sin embargo, partiendo de esta base es posible situarse en un espacio específico desde donde explorar una serie de prácticas políticas que pueden denominarse como propias del *militantismo* (Vecchioli, 2007; Filleuele, 2001; Poupeau, 2007). Un conjunto definido de prácticas orientadas a producir recursos de movilización y bases de apoyo para un proyecto político.

Construir el análisis de caso desde esta particularidad del enfoque abre la posibilidad de concentrarse en los procesos de configuración de formas específicas y localizadas de *agencia política*. Al mismo tiempo, permite retomar una preocupación, formulada por referentes de la investigación en este campo de estudios, sobre la necesidad de explorar las relaciones entre dirigentes, militantes y “la amplia periferia social que los rodea” (Svampa, 2005: 258) ampliando esquemas interpretativos que, si bien fueron útiles en los primeros pasos de la comprensión del fenómeno, resultan constrictivos para los pasos que restan dar. La observación de esos procesos de interacción entre militantes –promotores– y vecinos de un barrio –compañeros del barrio–, y la puesta en práctica en un escenario microsocial “del objetivo político de construir organización popular”<sup>2</sup> no hace más que darle continuidad a un modo de investigar que también ha sido puesto en práctica por otros investigadores.

En este trabajo voy a centrarme en un análisis preliminar de los procesos de construcción, imposición y discusión de criterios de organización en un núcleo territorial de un Movimiento de Trabajadores Desocupados (MTD). Mediante un análisis de este proceso interactivo se podrá acceder tanto a las prácticas con las que se instituyen las fronteras de una organización social, como a la creación de un canon legítimo del comportamiento que se utiliza para producir y evaluar el “compromiso militante” de quienes se involucran en los entrelazamientos sociales que configuran estas organizaciones populares.

A partir de este enfoque, quiero argumentar que por medio de ese trabajo de creación, imposición y discusión de los criterios se instituyen las fronteras –porosas– de la organización social, las cualidades colectivamente valoradas del militante y la definición de una categoría de valor denominada “compromiso militante”. Operación de cualifica-

---

<sup>2</sup> Los términos, frases y giros entrecomillados son transposición textual de los modos de comunicación de los actores sociales en su contexto.

ción que implica señalar y distinguir aquellas actitudes consideradas correctas o incorrectas que legitiman o ponen en tela de juicio el comportamiento de una persona vinculada con la organización. Los actores protagónicos de este proceso, “promotores” y “compañeros”, participan activamente en la rotulación de los comportamientos de quienes se integran en los núcleos territoriales del MTD.

El recorrido realizado en el campo ilustra parcialmente el sesgo –intencionado– de mis descripciones y revela el ensamblado social que describiré parcialmente a la hora de introducir el conflicto concreto vivenciado por “promotores” y “compañeros de los barrios” en torno a los criterios de organización de un núcleo territorial del MTD, y que, a los fines de la interpretación, opera como un analizador de los procesos de constitución de ese entramado. En un primer momento, me concentré en realizar entrevistas a informantes claves definidos por los roles que cumplían en la organización –dirigentes, militantes, bases sociales– y en estudiar los documentos emitidos por la organización, como afiches, volantes, revistas barriales y comunicados. Pero luego, siguiendo el objetivo de explorar las prácticas sociales, me incliné a seleccionar espacios de observación y poner atención a las interacciones en las reuniones periódicas, asambleas, grupos de trabajo, contactos informales entre las personas que participaban, de un modo u otro, en las sedes barriales del movimiento. Con esa leve modificación del ángulo de investigación, las relaciones que trababan “promotores” y “compañeros de los barrios” se volvieron especialmente relevantes para construir una perspectiva que se centrara en “la militancia” y pusiera de relieve los finos desplazamientos entre la formulación, la enunciación y el uso de los criterios de organización como parte de la configuración del “compromiso militante”.

Al enfocarme en la construcción e imposición de criterios de organización, pretendo mostrar algunos aspectos de una práctica que se conforma por medio del establecimiento de determinados patrones de valoración del comportamiento. Además, quiero señalar que entiendo que una organización es, en perspectiva sociológica, un conjunto bien circunscripto de relaciones sociales, estructuradas en torno a pares categoriales –militante/base social, promotor/compañero del barrio–, instituidas por medio de interacciones continuas que se vuelven rutinarias configurando escenarios microsociales delimitados, que a su vez se entrelazan entre sí mediante prácticas y lenguajes que *marcan*

formas legítimas de lazo social y formas ilegítimas o no aceptables para los actores interesados en –y sensibles con– forjar y consolidar esas marcas, fronteras, rótulos o etiquetas.

Tengo claro que este tipo de conceptualización puede recibir críticas por parte de aquellas perspectivas que exploraron los Movimientos de Desocupados y que proponen descentrarse de las organizaciones para enfocar la trama social (Quirós 2006*a* y *b*, 2009; Manzano, 2007*b*). Sin embargo, entiendo que estos enfoques no son contradictorios con otro centrado en la organización, si la entendemos como un proceso de construcción social. En este sentido, la construcción de una organización popular está dentro de una trama social históricamente sedimentada. Pero en este caso me interesa poner atención en la interacción como constructora de nuevos entretejidos, que resultan no de los fines de la acción, sino de las interacciones entre diferentes cursos de acción. Una organización puede ser analizada como un entramado de prácticas sociales más menos estructuradas, resultante, a su vez, del desarrollo de esas prácticas. No voy a definir qué entiendo conceptualmente por práctica porque espero que pueda deducirse de la propia construcción analítica del caso a tratar.

## De la universidad al barrio

En 2006 inicié un trabajo de investigación utilizando técnicas etnográficas, con el objetivo de observar los procesos de gestación y mantenimiento de formas organizacionales que los grupos de activistas involucrados en su creación denominaban “núcleos territoriales”. Esos núcleos eran fundados en diferentes barrios de la ciudad de Puerto Nuevo,<sup>3</sup> de acuerdo a un “modo de construcción política” aprehendido por estos grupos de jóvenes militantes de otras experiencias anteriores de “organización de los desocupados siguiendo una lógica territorial”. Los núcleos estaban organizados en torno a una asamblea conformada por beneficiarios de planes sociales que hacían su contraprestación en algún emprendimiento comunitario y por promotores que buscaban

---

<sup>3</sup> Los nombres que doy a estas ciudades y a las personas involucradas en la investigación son ficticios, en la medida en que lo que me interesa no es el estudio de un caso real concreto, sino observar un proceso de construcción de una organización social y sus dilemas.

coordinar las tareas productivas, organizativas y políticas de cada uno de esos núcleos y entre los mismos como movimiento.

Desde mediados de la década del noventa, los militantes socializados en algunas agrupaciones políticas estudiantiles de la Universidad Nacional de Puerto Viejo—ciudad lindante con Puerto Nuevo—conocieron y se fueron interiorizando con las formas organizativas territoriales que estaban surgiendo en el sur del área metropolitana de Buenos Aires al calor de la creación de los movimientos de desocupados. Desde principios del año 2000 buscaron fortalecer su acción política territorial en barrios populares de la ciudad de Puerto Viejo, donde la desocupación y la pobreza estaban muy extendidas. Al insertarse territorialmente, también buscaban convertir su militancia política universitaria en una militancia social territorial que les permitiera “acercarse un poco más a los sectores populares”.

En el último tercio de la década de los noventa, cursando aún sus carreras universitarias, habían visto movilizarse, en el espacio público de Puerto Viejo, grupos populares extremadamente empobrecidos bajo la denominación de diferentes movimientos de desocupados. Organizaciones surgidas en varios distritos del conurbano, entre las cuales tenían una fuerte presencia las provenientes de Quilmes, Lanús, Florencio Varela y Almirante Brown. También en los años finales de esa década, mientras recrudecía la crisis social, estos pequeños grupos de militantes universitarios trazarían relación con los incipientes núcleos de activistas que estaban en pleno proceso de organización de los MTD en la zona sur, reuniéndose con ellos en los denominados Encuentros de Organizaciones Sociales. Ya a partir del año 2000, la trayectoria política de estos agrupamientos estaría signada por diversos intentos de conformación de coordinadoras de los MTD de la zona sur del Gran Buenos Aires (Vázquez y Burkart, 2008). La creación de nuevos MTD más allá del epicentro territorial donde habían surgido, era posible gracias a la colaboración de aquellos movimientos más antiguos y consolidados cuyos referentes estaban resueltos a apoyar la expansión territorial de los MTD con la finalidad de reunirlos en espacios políticos de coordinación y apuntar a la creación de un Movimiento Nacional de Desocupados que pudiera configurar una plataforma para disputar la hegemonía del espacio piquetero al denominado eje matancero (*Boletín...*, 2000). Meta que, con el correr de los años y los avatares de la política y la economía nacional, se iría desvaneciendo. Por su parte, para estos activistas de

Puerto Viejo, crear las organizaciones territoriales en ese distrito era, también, una condición para poder ingresar e incidir en la conformación y dirección de este espacio de coordinación así como de un futuro movimiento popular que tendría, según sus cálculos más temprano que tarde, una proyección nacional.

En este contexto, los promotores trataron de intensificar el trabajo de “organizar con planes sociales” y fundar espacios de reunión y trabajo cooperativo denominados “núcleos territoriales”. Esos núcleos, sobre la base de una incipiente organización, también operaban como estructuras desde donde convocar a la movilización –marchas y cortes de calle– a los vecinos. En el discurso de los activistas, los roles y las posiciones de cada uno de sus miembros aparecían delimitadas a partir de la distinción categorial entre “promotores”: militantes, y “compañeros de los barrios”: personas que aspirando a un plan social se involucran en la vida organizacional del núcleo territorial.

A juicio de uno de esos activistas, que asumía la tarea de “mantener la continuidad de concepción de la lucha de la militancia de los setenta en la militancia de ahora”, “los núcleos territoriales [eran] la célula básica de organización de los movimientos de trabajadores desocupados, que más que integrar todo un barrio, tienen una extensión por vínculos parentales y vecinales, no abarcando los más grandes más de cien familias y que contaron con un grupo pequeño [“promotor”] que les dio origen y los sostuvo durante cierto período de tiempo, mientras se iban sumando nuevos compañeros de los barrios”.

Esta división categorial resultó ser de especial importancia a la hora de guiar el trabajo político de los militantes universitarios en su devenir de militantes sociales. ¿Cómo operaba esa división en la práctica? ¿Qué uso y valor le daban los militantes universitarios en su devenir militantes sociales? ¿Cómo se generaban relaciones que permitieran asegurar el funcionamiento de una organización territorial? ¿Qué ocurría cuando esas categorías de clasificación entraban en relación con las formas de pensar y actuar de “los compañeros de los barrios”?

## “Organizar con planes”

“Ligar lo social con lo político para crear organización popular” solía ser una consigna repetida por este grupo de militantes. La im-

plementación barrial de políticas sociales dirigidas a los más pobres resultó ser uno de los instrumentos más utilizados con este propósito, que anhelaba una re-organización de las relaciones sociales y políticas preexistentes entre los vecinos de los barrios populares donde se buscaba crear los núcleos territoriales del movimiento. El acceso al manejo local de los recursos distribuidos por esas políticas podía darse por medio de un repertorio variado de estrategias, pero la presentación pública —en el espacio público urbano— de esos grupos sociales con demandas dirigidas al Estado y la movilización en acciones colectivas desafiantes fue habitual durante los primeros años formativos.<sup>4</sup>

Sin embargo, no debería deducirse de ello que la organización y acción colectiva que efectivamente ocurría en la práctica era un reflejo directo de las representaciones y prácticas del “proyecto político” de los promotores, sino que justamente a partir de la interacción entre este, las formas de socialización política de las clases populares y las respuestas situadas del Estado, se producía paulatinamente un dispositivo organizacional y unas acciones concretas sobre el espacio barrial y el espacio urbano, que operaban generando una forma social determinada históricamente de demandar al Estado por parte de estos actores sociales y un uso específico de los recursos obtenidos por medio de esos procesos de demanda (Manzano, 2007a y b ; Grimberg, 2009).

Los activistas de origen universitario, al “militar en un barrio”, devenían en este proceso en militantes del MTD contribuyendo a la creación de núcleos territoriales de organización en la periferia urbana. Moviéndose, literalmente —en el espacio urbano— y figuradamente —en el espacio social—, desde el centro hacia los márgenes. Si bien una parte de este proceso puede mirarse a partir del discurso político, no deberían tomarse este discurso como una descripción fehaciente del hacer. Es en sus articulaciones, solapamientos y discontinuidades con las prácticas donde el “compromiso militante”, vinculado fuertemente a un hacer, cobra todo su sentido (Lahire, 2006; Pinedo, 2009).

---

<sup>4</sup> Por cierto, las relaciones entre organizaciones piqueteras de la zona sur del Gran Buenos Aires y el Estado no se subsumieron únicamente a la presión y negociación para la obtención de recursos sociales asistenciales, sino además a los diferentes posicionamientos políticos frente a los realineamientos en el elenco de gobierno, así como frente a los episodios represivos de los cuales han sido objeto (Rodríguez y Pinedo, 2007).



Al narrar la historia del MTD los “militantes fundadores” se remontaban a un largo trabajo relacional desplegado con el objeto de conectar sus espacios y circuitos de relación política con las redes y espacios de relaciones sociales ligadas a la vida barrial de los habitantes de las zonas periféricas de las ciudades de Puerto Nuevo y Puerto Viejo. Los encuentros –jornadas, talleres, charlas informales de intercambio de experiencias– entre diferentes grupos de activistas en el período 1998-2002 contribuían a difundir entre los incipientes núcleos las modalidades de organización, acción y demanda de los MTD: “la lucha por planes sociales y su uso para organizar al campo popular”. Siguiendo el ejemplo de las redes activistas de los MTD de Solano, Lanús y Almirante Brown, estructuraron vínculos entre las propias redes sociales entretajadas en los circuitos de militancia política universitaria y las redes de amistad, parentesco y vecinazgo de las familias que se sumaban a participar en los núcleos barriales.

Así como se ha señalado para el caso del conurbano bonaerense la preexistencia de redes y estructuras organizativas de base territorial –comunidades eclesiales de base, parroquias, sociedades de fomento, etc.– que dieron una impronta particular a los MTD del área (Zibechi, 2003; Pinedo, 2006), en el contexto de Puerto Nuevo y Puerto Viejo, las agrupaciones estudiantiles independientes de izquierda, que habían cumplido un papel formativo en las nuevas generaciones de activistas durante la segunda mitad de la década del noventa, facilitaron la transformación de la militancia política juvenil como “militancia social en los barrios” y tuvieron un peso decisivo en el perfil que estos movimientos fueron adquiriendo. Los militantes de origen universitario ingresaban a “la política territorial” incorporándose como “promotores” de núcleos de organización barrial construyendo vínculos con parte del entramado social de un barrio popular.

En ese proceso, a los “promotores” les correspondía una serie de funciones específicas entre las cuales eran centrales las estrategias de escenificación de la protesta social en el espacio urbano, el manejo de las “negociaciones” con los funcionarios de gobierno y la construcción de figuras simbólicas de “la política popular”, poniendo especial énfasis en ligar lo social y lo político, “el pueblo” –“las familias sin trabajo y con hambre”– con el “cambio social y la lucha contra el neoliberalismo”.

Estas estrategias estaban apoyadas en un *stock* de conocimiento práctico de la acción política callejera, incorporado a través de la

socialización en la actividad política en la universidad pública, y una amplia reserva de capital escolar que los habilitaban para producir formatos publicables de revistas, comunicados, hablar ante los medios de comunicación, operar con tecnologías digitales, etcétera. Y un capital social acumulado en su trayectoria universitaria que les permitía sumar nuevas redes de activistas a sus trabajos barriales y movilizaciones callejeras. Todo un despliegue de competencias que implicaban movilizar una serie de gestiones burocráticas y oficiosas –realizar petitorios, conducir una negociación con un funcionario del gobierno provincial, diseñar proyectos de intervención barrial, completar complejos formularios oficiales, “tocar” a algún funcionario influyente– que les permitieran acceder a los bienes que se distribuyen a través de la política social y, a su vez, distribuirlos en el seno de la organización entre las familias integradas en los núcleos territoriales, en función de sus propias estrategias de anclaje barrial y de construcción de organizaciones de apoyo a su proyecto político.

### “Cortarse solo”: los criterios como instrumentos de rotulación

Los militantes universitarios al devenir militantes barriales se involucraban en el trato personal con las personas que desde el barrio ingresaban en los “núcleos territoriales” que empezaban a funcionar en locales, terrenos ocupados, galpones, donde se realizaban emprendimientos de economía social de diversa índole. Para permanecer en la organización y participar de la distribución de bienes, los “compañeros de los barrios” debían cumplir con una serie de pautas formuladas en términos de “criterios de organización y construcción política” que combinaban selectivamente algunos imperativos inscriptos en la política de planes sociales con otros propios del proyecto de los promotores: “asistir a las marchas y piquetes, realizar una tarea determinada en un proyecto de intervención barrial, participar de las asambleas, contribuir con un pequeño monto de dinero al fondo común de la organización y asistir a talleres de formación política promovidos por la organización”. Si bien estos criterios eran regularmente enumerados por los promotores, veremos que en ciertas situaciones otros “criterios” fueron evocados con el objeto de encuadrar el sentido de determinados comportamientos.

En los espacios de interacción con los habitantes de dichos barrios, los activistas producían y desplegaban un lenguaje de calificación de los problemas sociales, las demandas y los acontecimientos de la coyuntura política. Una frase muy repetida era aquella que buscaba distinguir lo bueno y lo malo en política según el acceso a bienes distribuidos por el Estado, “por la lucha” o “por la dádiva y el favor personal”. Ese modo de calificar el acceso a los recursos se ligaba con una moralidad militante, orientada hacia lo que “hacemos entre todos para cambiar la sociedad”, distinguida de la moralidad de los políticos que “usan a la gente a través de la manipulación de sus necesidades”.

Un conflicto suscitado durante mi trabajo de campo resulta un interesante analizador del modo en que se experimentaban concretamente “los criterios de construcción política de la organización”. En diciembre de 2006, Ramiro, encargado de un comedor organizado por el MTD en un club barrial, al que había ingresado como “compañero del barrio”, tenía algunos problemas para obtener el reconocimiento de los promotores del movimiento, tres jóvenes universitarios que coordinaban los diferentes núcleos territoriales del MTD en Puerto Nuevo. En un período particularmente negativo para los comedores y las copas de leche que obtenían los recursos por medio de las gestiones del movimiento, algunos delegados de los núcleos territoriales habían buscado vincularse con la Secretaría de Desarrollo Social municipal para conseguir la mercadería que faltaba cada semana. En esa coyuntura, Ramiro había reactivado viejas relaciones con algunos funcionarios municipales de segundo rango, a los que conocía por haber tenido un “pasado de militancia social con quien había sido intendente”. Esta situación introducía algunos debates entre los miembros del MTD que ponían en tensión su “criterio de autonomía” con respecto al Estado. En efecto, la relación de Ramiro con la Secretaria de Desarrollo Social de la municipalidad fue discutida en el seno de las asambleas que periódicamente reunían a los delegados de cada núcleo territorial junto con los coordinadores del movimiento. La crítica a Ramiro se enmarcaba como “no cumplimiento de los criterios del movimiento”.

Esteban, uno de los promotores, acusó a Ramiro de tener “buenas relaciones con la secretaria municipal” y de “conseguir cosas” para “su comedor” soslayando la intermediación del movimiento. Para Esteban se trataba de un caso de no cumplimiento de “los criterios”, que según él, estaban para que “los compañeros entendieran la importancia que

tenía el movimiento como ‘un todo’ para cada uno de los comedores y copas de leche que había en los diferentes núcleos territoriales”. “Las cosas se consiguen por la lucha de todos”, sostuvo Esteban, “no está bien cortarse solo”. Las palabras de Esteban no fueron aceptadas sin discusión en la asamblea de delegados. Algunos delegados de los núcleos territoriales ya habían pasado por situaciones de penuria de mercadería en sus comedores y copas de leche durante el año, y deseaban que la situación de Ramiro fuera considerada un “caso especial”, de alguien que no era “cualquier compañero, sino uno que tenía la responsabilidad de que el comedor funcionara”. Ramiro había hecho lo correcto al preocuparse por “las necesidades del barrio”, decían, haciendo referencia a los insumos necesarios para poner en funcionamiento diariamente el comedor. Luego, Ramiro esgrimiría frente a algunos de sus compañeros que justamente él lo había hecho porque tenía “un fuerte compromiso por resolver las necesidades del barrio”, un compromiso que sostenía tener desde siempre, mucho antes de que “el movimiento apareciera en el barrio”. Pero en esa asamblea Esteban insistió en que Ramiro merecía una sanción por “cortarse solo”, mostrando “muy poco compromiso militante con el movimiento”.

“Cortarse solo” era lo que no estaba haciendo Pepe, cuando me explicó que una cosa era el galpón del MTD y otro el centro cultural, aunque ambos estuvieran ubicados en el mismo inmueble, separados por una puerta. Según Pepe, que no fueran lo mismo le permitía realizar gestiones con el secretario de Planeamiento Urbano municipal como partícipe del centro cultural, y no como militante del MTD, lo cual lo eximía de “pasar por el movimiento”, es decir, dar cuenta pública de sus acciones en la asamblea, frente a los compañeros y a los promotores. Lo hacía “no como militante del MTD sino como vecino comprometido con la gran historia obrera del barrio, que yo no alcancé a vivir pero que los más viejos siempre nos cuentan. Por eso el Centro Cultural es para todo el barrio no solo para los militantes del MTD, que están invitados a participar, pero ellos no deciden”.

Al finalizar la asamblea, Esteban ensayó una explicación frente a un reducido círculo que se acercó a él con el objeto de ver cómo “arreglar” la situación de Ramiro. “No es por Ramiro —explicó Esteban—, lo que pasa es que muchos compañeros de los barrios están acostumbrados a manejarse socialmente así, porque viene de muchos años, mucho clientelismo y punteros. Mucho individualismo, y les



cuesta ver lo colectivo. Es una cuestión social, digamos, como de falta de conciencia política y de compromiso con la organización. Por eso una sanción es como un ejemplo, como una enseñanza de que lo colectivo tiene que valer”.

Para Esteban el problema era lo social, juzgado como un resultado de comportamientos individualistas largamente arraigados, mientras que la solución a plazo era la sanción, para que a largo plazo se produjera “la toma de conciencia política”.

En la asamblea de la semana siguiente Esteban instaló nuevamente la discusión y fue más firme a la hora de pedir que se sancionara a Ramiro. Los nuevos delegados barriales, nuevos en la medida en que rotaban semanalmente, resultaron menos enfáticos en la defensa de Ramiro, y finalmente se le impuso no asistir a las asambleas de delegados durante dos meses. Al enterarse por Silvia, compañera del comedor que había sido elegida esa semana para asistir a la asamblea, Ramiro se molestó, pero luego, con cierto aire superado, profirió: “igual no iba a ir más, y ya hace como tres asambleas que no voy”.

Tanto el cumplimiento, como la infracción o la elusión de “los criterios” nos marcan que efectivamente estos tenían un papel como canon de legitimación del comportamiento social de los miembros del MTD. Sea porque un promotor los utilizara para señalar un comportamiento incorrecto, sea porque se contrapusiera otro estándar de evaluación, “las necesidades del barrio”, sea porque se delimitaban espacios donde esos criterios no operaban, “el galpón del MTD no es el centro cultural”. Pero también muestra que “los compañeros de los barrios”, otrificados y aplanadas sus identidades en cierta presentación pública del discurso organizacional, manejaban diferentes escenarios e identidades.

Mientras para los promotores el MTD aparecía como un organización bien circunscripta por la cual se “militaba” y que no admitía, en tanto entrega a un “compromiso”, múltiples pertenencias, algunos “compañeros de los barrios” significaban al MTD como un entrelazamiento de relaciones y situaciones sociales que podían conectarse y desconectarse alternativamente con otros lazos y otras situaciones contruidos con vecinos u otros actores políticos locales.

## La distinción social/político: lenguajes y fronteras

Evidentemente, el lenguaje de Esteban reactiva un antiguo dilema de la política socialista, que la acompaña desde su fundación en las tempranas décadas del siglo XIX: la problemática relación entre lo social y lo político. Viejo dilema que también puede rastrearse en los escritos filosóficos que dieron forma a la modernidad política occidental.

Sin embargo, en primer lugar, la distinción entre “social” y “político” no constituye aquí, como se suele entender en cierta tradición de la teoría social, esferas objetivas separadas, ni tampoco campos relativamente autónomos, sino categorías de diferenciación moralizadas, utilizadas por los actores para construir y dar sentido a sus prácticas y a los escenarios donde se desarrollan. La propia cualidad de político o social depende de un proceso de atribución y disputa de sentido entre los actores involucrados, y la moralización de las categorías de clasificación utilizadas, pareciera seguir el camino de un instrumento de selección y rotulación de los diferentes lazos sociales que inscribían a Ramiro en tres entrelazamientos, con el barrio, con el movimiento, con el municipio.

En segundo lugar, la relación y la diferenciación entre lo social y lo político, se establece a través de la construcción de la categoría “compromiso”, que conforma una especie de canon evaluativo de fuertes implicancias pragmáticas a la hora de distinguir, jerarquizar y guiar comportamientos de los diferentes actores en este escenario. Pero esa categoría “compromiso” es en numerosas ocasiones disputada, y puede ser articulada en el discurso autojustificadorio de distintos actores en el seno del movimiento. Ramiro y Esteban la utilizaron, aunque variaron su colectivo de referencia, el primero mencionó al “barrio”, el segundo al “movimiento”.

En tercer lugar, puede observarse el papel de emprendedores morales cuando los promotores del MTD realizan, mediante sus intervenciones, el señalamiento de una falta o un incumplimiento y así contribuyen a circunscribir las fronteras de la organización. La relación entre los núcleos territoriales que conforman un movimiento y los grupos militantes universitarios que circulan en ellos no es una relación que pueda presumirse como inocua y falta de conflicto, sino que se trata de un permanente trabajo de evaluación y restricción de los márgenes de disputa y de autonomización o desprendimiento de los sujetos que participan en esos núcleos.

Por último, la diferenciación mencionada, opera en este contexto específico dirimiendo jerarquías entre los actores, en un escenario cuya legitimación principal se afirma en la horizontalidad de las relaciones entre sus miembros expresada en el “funcionamiento asambleario” (Svampa y Pereyra, 2003). Se actualiza, así, un problema bastante indagado por la sociología de la acción social de cuño weberiano, sobre las complejas relaciones entre las máximas de gobierno democrático de una asociación humana y la dificultosa distribución del poder y el funcionamiento organizacional de toda asociación, esto también ha sido conceptualizado como poder ascendente y poder descendente. Sin embargo, una de las dimensiones que el discurso legitimante soslaya, es que muchas veces esos problemas son resueltos a través de la creación de un pequeño comité, que intenta mantener cierto control sobre las agendas de las propias organizaciones y que trabaja también en función de la inscripción de los sentidos e identidades que pueden evocar esas organizaciones en otros espacios públicos o políticos no territoriales, orientación propia del hacer militante.

Mi hipótesis, que no peca para nada de originalidad, es que —dado que para los protagonistas de este escenario su “horizontalidad” reviste un valor de legitimación diferencial con respecto a otros escenarios donde primaría la “verticalidad”— ciertos problemas de funcionamiento que exigen algún nivel de verticalidad son presentados eufemísticamente para no colisionar con esos valores de legitimación. Pero justamente, cuando digo eufemismo, no me refiero a su disolución, sino al desplazamiento que se da en el plano del lenguaje, que en este caso no es solo un discurso teórico, sino un instrumento para guiar el hacer y al mismo tiempo evaluarlo.

En ese sentido, “poner a funcionar la organización” tiene como efecto reposicionar a “los promotores” en una relación de jerarquía frente a los “compañeros del barrio”. La reposición de esos actores los sitúa como garantes del cumplimiento de los “criterios de la organización”, lo cual los conduce a ubicarse como autoridad realizando un reparto desigual del “valor compromiso”, apropiándose de su porción más significativa. El reparto desigual de ese valor habilita la construcción de diferencias dentro de ese escenario, que, si no son impugnadas por disidentes —como es este el caso—, pueden naturalizarse como diferencias de autoridad basadas no en nombre del reconocimiento personal, sino de una persona colectiva abstracta llamada “el movimiento”. Pero

este proceso trae como consecuencia un progresivo señalamiento y apartamiento, en el cual la persona que se individualiza se deslegitima y el que se colectiviza refuerza su posición. El proceso de separación de lo social respecto de lo político se yuxtapone, concomitantemente, a un proceso de separación del individuo respecto del colectivo o, a la inversa, el proceso de fusión entre lo social y lo político, requiere de un proceso de disolución de la identidad individual en lo colectivo, siempre en referencia a este escenario específico.

## Conclusión

Con el objeto de “ligar lo social con lo político organizando al campo popular” algunos militantes de origen universitario participan en la creación de espacios de relaciones sociales que tienden a adoptar la forma de espacios laborales y políticos donde se gestionan localmente políticas sociales. El circuito de bienes, ingresos monetarios y actividades laborales y políticas se reproduce no sin tensiones entre “promotores y compañeros de los barrios”. Al involucrarse en la vida organizacional de los espacios barriales del movimiento, algunos vecinos, que cuentan con competencias de gestión diferenciales con respecto a sus pares —en algunos casos por haber participado en experiencias políticas de organización barrial en el pasado o permanecer ligados a redes sociopolíticas preexistentes, o porque logran ganar reputación entre sus pares como gestores eficaces en la resolución de problemas y obstáculos en el acceso a recursos—, pueden ver bloqueado su proceso de reconocimiento por parte los promotores del movimiento y sus maneras de hacer al frente de esos espacios.

Entre esas maneras de hacer puede encontrarse la gestión oficiosa (Briquet, 1997) de bienes y servicios a través de la (re)activación de contactos con redes políticas locales. Cuando esta manera de hacer es puesta de manifiesto públicamente en la asamblea del movimiento —escenario de encuentro entre promotores y delegados de los núcleos territoriales—, escala un conflicto entre “promotores” y “compañeros”. En tanto los primeros consideran que se han desafiado “los principios de construcción política” del movimiento porque se han puesto en práctica las maneras propias de la “lógica *punteril*” rompiendo con el criterio de que “las cosas se consiguen en la lucha y las decisiones

las tomamos entre todos”. A su vez, quienes son acusados, consideran que esa manera de hacer, en determinadas circunstancias, es la más efectiva y la que se ajusta a “trabajar para el barrio”.

Esta tensión, presente en la economía de los intercambios lingüísticos de las personas involucradas en el movimiento, ha sido tomada literalmente, es decir, como descripción realista –valga la redundancia– de una realidad socio-política, como reflejo efectivo de prácticas cualitativamente diferenciadas, abonando la dicotomía punteros/piqueteros (Mazzeo, 2004; Svampa y Pereyra, 2003, entre otros).

Por el contrario, propongo que volvamos a establecer, en la interpretación, la distancia existente entre el hacer y el decir sobre el hacer. Propongo que tomemos esos conflictos como reveladores de tensiones en las formas de decir en tanto constructoras de legitimaciones e identidades. Esto es, como un lenguaje político militante –y no habría que soslayar que este lenguaje a su vez esté atravesado por ciertas interpretaciones académicas sobre el lazo clientelar– y, en este caso como un lenguaje de acusación política –y etiquetación moral– en un campo de prácticas donde las fronteras no son claras, sino más bien difusas y fluidas, y donde aparecen nuevos actores con vocación de marcar nuevas fronteras. Desde mi punto de vista, estos lenguajes tienen que ver menos con una descripción de la realidad social que con discursos que se orientan a construir y performar polos de identidad, fortaleciendo aquellos que predominan en determinados escenarios microsociales y debilitando u ocluyendo aquellos que resultan operativos en otros escenarios.

## Bibliografía

*Boletín de los Trabajadores Desocupados* (mayo-junio de 2000).

“La lucha nos une, la unidad nos fortalece. Por un movimiento de trabajadores desocupados de alcance nacional”. En línea: <[http://www.inventati.org/mtdenelfrente/archivo/docs\\_y\\_arts2/docs\\_0006xxboletinctdtodaslasnotas.htm](http://www.inventati.org/mtdenelfrente/archivo/docs_y_arts2/docs_0006xxboletinctdtodaslasnotas.htm)>. Consultado el 12-4-2012.

Briquet, J. L. (1997). *La Tradition en mouvent. Clientélisme et politique en Corse*. París: Belin.

Cerruti G. y Grimson A. (2004). “Buenos Aires: neoliberalismo y después. Cambios socio-económicos y respuestas populares”.

- Cuadernos del IDES*, (5). Buenos Aires: Instituto de Desarrollo Económico y Social.
- Filleuele, O. (2001). "Post scriptum: Propositions pour une analyse processuelle de l'engagement individuel". *Revue Francaise de Science Politique*, 51(1), 199-215.
- Grimberg, M. (febrero 2009). "Poder, políticas y vida cotidiana. Un estudio antropológico sobre protesta y resistencia social en el área metropolitana de Buenos Aires". *Revista de Sociología e Política*, 17(32), 83-94. Curitiba.
- Grimson, A. (2003). *La Vida Organizacional en Zonas Populares de Buenos Aires -Informe Etnográfico*. Working Paper Series 02. Montevideo: Instituto para el Desarrollo Económico y Social.
- Grimson, A. y otros (comps.) (2009). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires*, Prometeo, Buenos Aires.
- Lahire, B. (2006). *El espíritu sociológico*. Buenos Aires: Manantial.
- Manzano, V. (2007a). *De la Matanza Obrera a Capital Nacional del Piquete: Etnografía de procesos políticos y cotidianos en contextos de transformación social*. Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- (2007b). "Del desocupado como actor colectivo a la trama política de la desocupación. Antropología de campos de fuerzas sociales". En Cravino María C. (ed.), *Resistiendo en los barrios. Acción colectiva y movimientos sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires* (pp. 101-133). Los Polvorines: Universidad Nacional de General Sarmiento.
- Mazzeo, M. (2004). *Piqueteros. Notas para una tipología*. Buenos Aires: Manuel Suárez Editor.
- Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.
- Pinedo, J. (2006). "Los Herejes. Una aplicación de la sociología de Pierre Bourdieu a un episodio de protesta". *Cuestiones de Sociología*, (3). La Plata: Prometeo.
- (2009). "*Hacer lo que otros, por el momento, no pueden hacer*": Proyecto militante, prácticas de anclaje territorial, relaciones de interdependencia y noción de compromiso en un Movimiento de Trabajadores Desocupados. Tesis de Maestría en Ciencias Sociales, FaHCE-UNLP.

- Pinedo, J. (2007). *Dominación y movilizaciones. Estudios sociológicos sobre el capital militante y el capital escolar*. Córdoba: Ferreyra Editor.
- Quirós, J. (2006a). *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del sur del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia.
- (2006b). “Movimientos piqueteros, formas de trabajo y circulación de valor en el sur de Gran Buenos Aires”. *Anuario de Estudios en Antropología Social*, 45-77. Buenos Aires: IDES.
- (2009) “Ser piquetero, estar con los piqueteros. Hacia una etnografía descentrada de los movimientos sociales como objeto de análisis”. En Grimberg, M. y otros (eds.) *Estado y movimientos sociales: estudios etnográficos en Argentina y Brasil* 28-41. Buenos Aires: Antropofagia.
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente. La argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Svampa, M. y Pereyra S. (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras* (2.<sup>a</sup> ed. actualizada). Buenos Aires: Biblos.
- Vázquez, M. y Burkart, M. (2008). “Dilemas y desafíos de la coordinación: el caso de las organizaciones de Trabajadores Desocupados Autónomas en la Argentina”. En Pereyra, S., Pérez, G. y Schuster, F. (eds.) *La huella piquetera. Avtares de las organizaciones de desocupados después de 2001*, La Plata: Al Margen.
- Vecchioli, V. (2007). “Derechos humanos y compromiso militante. Un recorrido por la constitución de esta causa a través del activismo de los profesionales del derecho”. *Etnografías Contemporáneas*, (3), 143-176. Buenos Aires: UNSAM.
- Zibechi, R. (2003). *Genealogía de la revuelta. Argentina: la sociedad del movimiento*. La Plata: Letra Libre.

**Tercera parte**

**ORGANIZACIONES SOCIALES Y ESTADO**



# DECIR, HACER, SENTIR. LAS EMOCIONES EN LA PRODUCCIÓN COTIDIANA DE “LO ESTATAL”\*

María Victoria D’Amico

Me refiero a que necesitamos acercarnos a las emociones no con un espíritu de simple positividad –no afirmando simplemente “Ey, las emociones existen, las emociones son importantes, las emociones tienen tal o cual efecto”–, sino interrogando críticamente acerca de las dificultades de observar y pensar acerca de las emociones, las implicaciones de la historia del pensamiento que se encuentran por detrás de las maneras habituales en que lo hacemos, los modos en que el lenguaje común está cargado de esas inclinaciones.

CRAIG CALHOUN, *Putting emotions in their place*

---

\* La primera discusión de este capítulo tuvo lugar durante el X Congreso Argentino de Antropología Social, realizado en Buenos Aires en diciembre de 2011. Quiero agradecer a Virginia Manzano y a Sebastián Barros –coordinadora y comentarista, respectivamente, en la mesa en que fue presentada– por sus valiosas preguntas y sugerencias, que me permitieron seguir desarrollándola. Los errores u omisiones que pudiese haber en el texto son de mi estricta responsabilidad.

Durante su conformación como campo de estudios, las teorías de acción colectiva que abordaron las interacciones de los grupos organizados negaron la productividad social de las emociones. Según el diagnóstico de partida, ya fuera que proviniesen de los comportamientos grupales o de las psicologías individuales, las emociones constituían un elemento disruptivo que debía ser estabilizado, en tanto interrumpía la racionalidad necesaria del proceso de organización. La normatividad subyacente a dichas afirmaciones sostenía que las tensiones entre racionalidad y emociones debían ser resueltas por individuos que calculaban los costos-beneficios de la acción bajo parámetros instrumentales de racionalidad en el espacio público; el supuesto epistemológico, que racionalidad/irracionalidad y cognitivo/emotivo constituían un paradigma dicotómico válido para la comprensión de la realidad.<sup>1</sup> Estas perspectivas confinaban las emociones al ámbito de lo cotidiano, contraponiéndolas con la racionalidad necesaria para el ejercicio de la vida política en el espacio público, invisibilizando, así, tanto las potencialidades productivas de la vida social como el lugar constitutivo de las emociones en los procesos políticos.<sup>2</sup>

Cuando finalmente, con miras a modificar dicha polarización entre racionalidad e irracionalidad, las emociones fueron incorporadas al análisis, adquirieron dos sentidos negativos. Por una parte, la sociología de la acción colectiva, centrando la atención en la “protesta”, llevó a que solo se visibilizaran aquellas emociones que emergían en el momento disruptivo y excepcional de la acción, asociadas a sentimientos de enojo o de miedo y ligadas a un reclamo.<sup>3</sup> La ciencia política, por otra, evaluó como negativa la manera en que la afectividad se hacía presente en los vínculos cotidianos de los ciudadanos con el sistema político y con el Estado; sosteniendo, particularmente, que dichos lazos afectivos remitían a patrones de relaciones premodernas en el

---

<sup>1</sup> Una completa revisión de estos debates se encuentra en Goodwin, J., Jasper, J. y Polletta, F. (2001).

<sup>2</sup> Así, Emma León Vega (2000) cuestionará esta dicotomía entre reproducción y producción como propia de una mirada eurocéntrica y occidental del modo en que el capitalismo escinde las esferas de la vida.

<sup>3</sup> Como afirman José Sabucedo, Dran, Alzate y Barreto: “Después de superado el prejuicio que equiparaba emoción con irracionalidad, las teorías de la acción colectiva empiezan a incorporar las variables emocionales. Sin embargo, las emociones a las que aluden se limitan a las negativas y, fundamentalmente, a la ira. Esto obedece a que la acción colectiva se asocia exclusivamente con la protesta” (2011: 27).

funcionamiento del sistema político, suprimiendo así la racionalidad moderna y degradando a la ciudadanía. Las emociones constituían, desde esta perspectiva, el fundamento de la continuidad de autoridades “clientelares” o “populistas”, obstáculos para la expresión democrático-liberal de la ciudadanía.<sup>4</sup> Así, este posicionamiento solo valorizó la participación de las comunidades en la gestión de las políticas públicas definiéndola como la organización “racional, consciente y voluntaria” para la satisfacción de necesidades, basada en los imperativos morales de la educación ciudadana y la cohesión social.<sup>5</sup>

A diferencia de estos trabajos, sostengo aquí que la construcción cotidiana de “lo estatal” en las experiencias que dan vida concreta a las políticas estatales solo se termina de comprender si incorporamos al análisis los elementos afectivos presentes en las instancias de participación y organización cotidianas, entendiéndolos no solo como momentos disruptivos, sino –siguiendo a Caulhoun (2001: 54)– como inversiones emocionales que día a día permiten la continuidad de prácticas locales y estabilizan estructuras sociales.

De acuerdo a dicha preocupación, reconstruyo con perspectiva etnográfica las prácticas que llevan adelante las mujeres que realizan la contraprestación de planes sociales en una copa de leche,<sup>6</sup> espacio-momento de la política social asistencial que condensa una multiplicidad de sentidos, relaciones y actores, atravesado por lógicas de intervención estatal, mediante la gestión de planes de empleo y del reparto de recursos alimentarios (D’Amico, 2010). El trabajo busca

---

<sup>4</sup> En Argentina, el trabajo de Javier Auyero (2001) puso en discusión estas teorías normativistas con su crítica a la categoría de clientelismo mediante el análisis de las dinámicas que adoptan las relaciones de reciprocidad en las prácticas políticas del Partido Justicialista en el conurbano bonaerense. Asimismo, el trabajo de Denis Merklen (2005) mostró la pertinencia de la utilización de la categoría de ciudadanía en el contexto latinoamericano, ya que la cooperación y la solidaridad dentro de las clases populares no son prácticas “tradicionales” o resabios del pasado, sino que constituyen formas particulares del lazo social moderno.

<sup>5</sup> Así, la Comisión Económica para América Latina (Cepal) afirma que la participación social “desarrolla la conciencia cívica de las personas, refuerza los lazos de solidaridad, hace más comprensible la noción de interés general, y permite que los individuos y grupos más activos intervengan en la gestión pública. La participación es a la vez un medio y un objetivo democrático, que reconoce el derecho de todos los ciudadanos, produce conocimientos, nuevas modalidades de acción colectiva, y persigue fines igualitarios para la sociedad” (Cepal, 2007: 91).

<sup>6</sup> Se llama “copa de leche” o “copa” a los espacios que funcionan en algunos barrios, generalmente con carencias materiales, para dar la merienda a los niños.

analizar el lugar de las emociones en una experiencia que se organiza en torno a una política estatal de alcance nacional –la política de planes sociales– en un espacio local, para comprender las dinámicas que adopta esta forma de presencia estatal en la vida cotidiana. Recortar este momento de la política social constituye una instancia empíricamente densa a los fines de observar cómo el Estado se inscribe en el barrio y, a la inversa, cómo lo local se inscribe en aquel (Frederic, 2004), incorporando al Estado como un actor que debe ser reconstruido en sus porosidades, como un actor plural (Acuña, Jelin y Kessler, 2006). En términos metodológicos, el trabajo de Fernández Álvarez (en prensa: 2) resulta un aporte significativo cuando retoma la pista del enfoque constructivista para recordarnos la centralidad de reconocer las emociones como fenómeno social relativo a otro y necesariamente corporal, y no como mero “pensamiento corporizado”.<sup>7</sup>

Propongo, entonces, el siguiente recorrido. Contextualizo brevemente el caso analizado para luego reconstruir analíticamente el trabajo de campo como escenas de un “drama social”, es decir, unidades anómalas o inarmónicas de procesos que emergen en situaciones conflictivas (Turner, 1974, citado en Vincent, 1990: 354), porque allí adquiere materialidad un conjunto de representaciones, relaciones, posiciones de poder, imaginarios, jerarquías, valores, a partir de los cuales las personas organizan sus prácticas. El análisis de dichas escenas me permite sostener dos afirmaciones: *a*) lejos de ser disruptiva para la organización social, la inversión emocional que realizan quienes participan de la copa estabiliza relaciones sociales y permite su continuidad y *b*) las emociones que se ponen en juego en la vida cotidiana de la organización, lejos de constituir un modo degradado de la presencia estatal, permiten construir autoridades legítimas para la aplicación de criterios de justicia que exceden a la ley, configurando así un modo específico de presencia estatal que vincula reglamentaciones impersonales y moralidades locales.

---

<sup>7</sup> De esta manera, la autora nos advierte sobre aquellos trabajos que tendieron a racionalizar las emociones, reconociéndolas como una variable explicativa más, pero sosteniendo como punto de partida la vigencia de la dicotomía racionalidad/irracionalidad (Fernández Álvarez, en prensa).

## Presentación del caso

Cuando las políticas sociales adquieren forma concreta en una trama acotada de relaciones, la mano estatal se ve tamizada por el conjunto de significados que, desde su historicidad, le otorgan quienes participan cotidianamente ese ámbito de encuentro. Así, el Estado deja de ser una categoría de análisis para constituirse en “presencias estatales” legitimadas, cuestionadas o ignoradas como tales, que a través de prácticas específicas gestionan recursos, sostienen esquemas de clasificación y administran moralidades.

En Argentina, desde finales de la década del ochenta, se fue consolidando un Estado asistencial y focalizado, que definió la intervención mediante políticas sociales de carácter residual que compensaban las limitaciones de inserción de los diferentes grupos en el mecanismo central de integración, el mercado de trabajo, ya fuera en su segmento formal o en el informal (Álvarez Leguizamón, 2006). Desde entonces, la gestión cotidiana de planes sociales ha constituido un indicador central del proceso de producción conjunta de políticas estatales y modalidades de acción de las clases subalternas (Manzano, 2009). A mediados de los noventa y en un contexto de altos índices de desempleo, las demandas de los sectores populares se orientaron a la obtención de trabajo, a lo que el Estado respondió con la aplicación de “programas de emergencia de empleo” como medida transitoria, a cambio de los cuales los receptores debían realizar una contraprestación laboral, ya fuese mercantil o social (Merlinsky, 2002). Estas políticas tuvieron como foco las dinámicas de los mercados de trabajo, aunque desplazaron el acento desde los incentivos y derechos al empleo hacia la obligación de emplearse como condición para recibir un subsidio (Lo Vuolo, 2004). Así, ante la dificultad de acceso al trabajo, los “planes” se constituyeron en insumos clave para la reproducción de las condiciones mínimas de supervivencia, y el modo en que circularon “impregnó de estatalidad” la atmósfera en los espacios de mediación (Soldano, 2010). A través de ellos, el Estado adoptó un rol activo en la mercantilización de tareas que hasta ese momento se llevaban adelante de modo voluntario, al poner precio a las tareas comunitarias que venían desarrollándose a escala barrial, como la participación en comedores o copas de leche, incorporándolas en el marco de la “contraprestación laboral”. Esto tuvo dos consecuencias: por un lado, transformó a los



planes sociales en recursos organizacionales y, por otro, delegó en organizaciones comunitarias las tareas que se suponían en la órbita de responsabilidad estatal (Wyckzikyer, 2006).

Es en uno de estos espacios de contraprestación de planes de empleo y de asistencia alimentaria a niños donde tuvo lugar la presente investigación. Cabe aclarar que la copa se encuentra en la ciudad de La Plata, provincia de Buenos Aires, en el que hemos denominado “Barrio Arroyo”.<sup>8</sup> Funciona con recursos del estado nacional –que financia los planes de empleo de los participantes–, así como con alimentos que le provee el gobierno municipal. Los habitantes de este barrio viven en zonas marginales respecto a los núcleos de circulación urbanos –las tierras se ven afectadas doblemente por el impacto socio-ambiental: son inundables y contiguas a un canal de agua contaminado– además de en una situación de pobreza material. A su vez, se encuentran, en su mayoría, excluidos del mercado laboral formal y han migrado, provenientes de otras provincias argentinas o de países limítrofes, movilizados en busca de empleo. Finalmente, en tanto se los nombra –desde diferentes ámbitos– como “pobres”, “desempleados”, “beneficiarios del o asistidos por el Estado”, son objeto del refuerzo de estigmatización que provocan las desigualdades categoriales (Tilly, 2000).

## La inversión emocional: una forma de estabilidad

El párrafo que transcribo a continuación corresponde a un registro de campo de noviembre de 2008:

La ronda de mujeres esta tarde, pese al calor sofocante, es de charla y buen humor. Aparecen allí los problemas que cada una tiene en su casa, su necesidad de cobro, el arreglo del lavarropas, los hijos que se separan y retornan al hogar, los que trabajan y “...ruego sigan con su trabajito”, el regalo del

---

<sup>8</sup> Se retoma, desde otra perspectiva, el trabajo de campo realizado para la tesis de maestría *La experiencia y sus múltiples temporalidades. Dinámicas de organización en torno a planes sociales: una mirada desde la cotidianeidad* (D’Amico, 2010), el cual consistió en la visita a la copa tres veces por semana entre septiembre de 2008 y mayo de 2009.

celular al marido, los problemas de estudio de los hijos. El tono siempre optimista, como dice Marta: “Las cosas malas van a pasar”. Entre mates y charla, circula el diario más barato de los cuatro que se publican en la ciudad, donde las mujeres siguen atentamente los números que han salido en la lotería, matutina y vespertina. “Viste qué números horribles que están saliendo. El 395, va tres veces...”, dice Verónica. “Jugale”, dice Elsa y se ríe, porque sabe que no le queda ni un peso para hacer una apuesta. Marta va al bingo de la ciudad a jugar y comenta: “Perdí todo, pero cómo me divertí, valió la pena”. La copa se transforma de pronto, ante mis ojos, en un espacio de encuentro, de charla, de consejos, de risas. Ya no es el trabajo, ni los chicos, ni la leche. Es un espacio de confianza que sostiene una parte de la vida de cada una de ellas.

En 2008, se cumplían cinco años de la primera vez que Marta participara del comedor. En 2007 se había alejado, pero volvió a la copa de leche “porque Rosa me pidió que venga acá”. Participó en diferentes actividades que se realizaron allí: un taller de costura donde hacían guardapolvos para los niños y delantales para las mujeres, una panadería, y, luego, en la apertura del comedor. “Uno está acá tapan-do agujeros...”, dice. Cuando comenzó sus tareas allí, funcionaba el comedor al mediodía y por la tarde funcionaba el merendero, por lo que era necesario organizarse en dos turnos de trabajo. Verónica, por su parte, cobra el plan “por los piqueteros”, pero eligió trabajar en esta copa. Elsa comenzó a percibir una pensión de \$200 para amas de casa y, a partir de entonces, dejó de recibir el Plan Jefes y Jefas de Hogar (PJJH).<sup>9</sup> Sin embargo, sigue participando en el espacio de contraprestación porque quiere “ayudar a Rosa”. Al final de la tarde, y como todas las anteriores, Elsa coloca en dos botellas plásticas el té y la leche que sobraron. También toma algo de pan. Ella es la única que se lleva lo que queda, y esto funciona como un acuerdo implícito entre todas las mujeres. Con sus 69 años Elsa encuentra en este espacio

<sup>9</sup> Creado mediante el Decreto N.º 565 del 3-4-2002 (disponible en <<http://www.trabajo.gov.ar/programas/sociales/jefes/legislacion.htm>>, BO N.º 29870, 4-4-2002), el Programa Jefes y Jefas de Hogar consiste en una prestación dineraria de \$150 mensuales para “todos los jefes/as de hogar desocupados”, a cambio de la cual el beneficiario debe realizar una contraprestación laboral, sea mercantil o social, de cuatro horas diarias (Decreto N.º 165/2002, BO N.º 29822, 23-1-2002).

barrial la posibilidad de acceder a la leche que no puede comprar en el mercado. Junto a la imprevisibilidad para poder “tapar agujeros” sedimentan prácticas que, mediante la reiteración, construyen rutinas que naturalizan este modo de reparto.

Cuando Marta y Elsa llegaron a la copa ya conocían a Rosa y, además, se conocían entre sí, porque son vecinas del barrio: “Por eso nos hemos hasta agarrado de los pelos, porque todo queda en el barrio”, dice en tono jocoso Marta. Señalaré que Elsa también es vecina del barrio. Y, si bien ella participa de la copa pese a que ya no tiene una obligación respecto al plan, también nos encontramos con el caso inverso: personas que cobran el PJJH, pero que no van a contraprestar. En este sentido, Marta discute con Rosa acerca de quienes no van a realizar el trabajo que según ella “les corresponde”. Algunas beneficiarias del PJJH siguen firmando la planilla de asistencia como si se presentasen a trabajar, pero no asisten. Si bien Marta reconoce que su propia participación en la copa se sostiene de buena voluntad –“porque Rosa me lo pidió”– y porque, además, con ello cumple con el requisito de las horas de trabajo que el plan requiere, también es cierto que pone en cuestión la manera en que se reparten las obligaciones, que, a su criterio, no es justa y que muchas veces hasta es motivo de bromas entre ellas. “Media falta para Marta hoy”, dice Elsa en tono de carcajada, cuando la ve llegar con retraso, sabiendo que sin Marta ella tampoco podría sostener la actividad del día, a lo que Marta responde: “Yo no me voy a romper el lomo por esas vagas..., yo...yo ya estoy cansada”.

Venida de un pueblo del interior de la provincia de Tucumán en el año ochenta y dos, Marta reivindica una trayectoria de vida basada en el sacrificio. Siendo la menor de ocho hermanos, relata que todos tuvieron que trabajar desde niños para colaborar con el ingreso familiar. Ya de adulta, siguió a su marido cocinero a la ciudad, porque allá no encontraba trabajo. Aquí ella trabajó de modista y “de lo que hiciera falta”. Actualmente, y después de haber criado tres hijos, tiene a su cargo a dos nietos durante la jornada laboral de su hija y su nuera, quienes trabajan “todo el día”. No es entonces el sacrificio que realiza en la copa lo que le molesta, sino la disparidad con que se reparte. Dice que está cansada de hacerse “mala sangre” y que su marido le pide que deje de ir. Por momentos, Marta ensaya en voz alta una posible salida: tener una copa propia en su casa. Le pregunto cómo sería posible. Responde que “a través del Chelo”, quien tiene

acceso a mercadería<sup>10</sup> porque antes tenía la copa de leche en su casa y “conoce a los de la delegación de Barrio Arroyo” (en adelante “la delegación”). Marta insiste en que podría conseguir las cosas y abrirla directamente en su casa, que “es fácil”. Sin embargo, nada de esto ha sucedido aún. Ahora bien, retomando la queja inicial de Marta, “esas vagas” son Alicia y Nora, quienes, pese a haber estado cobrando desde antes, retomaron su actividad en la copa a mediados de abril de 2009, dos veces por semana, a mediados de abril de 2009, una en tareas de limpieza y otra como encargada de amasar el pan que se sirve con la leche. Es también el caso de Juana, una mujer de alrededor de 45 años, quien, además de participar en la copa tres veces por semana, está haciendo un curso de capacitación en actividades de limpieza y atención al público en el área de hotelería, que se da en el marco de actividades de capacitación que ofrece la Gerencia de Empleo local.<sup>11</sup> La obligación de realizar la contraprestación que Marta reclama no se vincula solo al cumplimiento con el plan, sino, y fundamentalmente, al compromiso entre las compañeras y a la posibilidad de sanción moral que implica faltar a una actividad que, en tanto involucra a un grupo de gente, está coordinada, tiene reglas, es controlada. En este sentido, también circula una concepción acerca de lo que significa “trabajar bien”, que Rosa explicita permanentemente: son aquellas personas “que pese al frío, la lluvia, el mal tiempo, no faltan nunca”. Y una particularidad más, que resulta interesante considerar a partir de los conflictos que veremos desarrollarse más adelante: trabajan “bien” quienes cumplen su tarea “sin hacer lío”. Vemos cómo el compromiso, el compañerismo y las sanciones son algunos elementos que van tejiendo la trama moral de la copa.

<sup>10</sup> Así se denominan la verdura que una vez por semana llega a la copa, como los alimentos secos que reparte directamente la Delegación de Barrio Arroyo.

<sup>11</sup> La Gerencia de Empleo y Capacitación Laboral es un instrumento del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social que implementa cursos de oficios para capacitar a los beneficiarios del Seguro de Capacitación y Empleo, un seguro de base no contributiva que se implementó en 2006, orientado en una primera etapa a los beneficiarios hombres menores de 30 años del PJJH. Aún vigente, consiste en una prestación dineraria no remunerativa mensual por un período máximo de veinticuatro meses de \$225. Durante ese período, el beneficiario debe capacitarse en un oficio según su interés y las alternativas provistas por las oficinas municipales de formación dispuestas a tal fin. La propuesta es que, al cabo de los dos años, la oficina de empleo se constituya en una instancia de mediación para vincular a estos beneficiarios capacitados con empresas que requieran mano de obra.



Por último, se destaca la presencia de Noelia, hija de Verónica, una joven que no supera los 25 años de edad. Su asistencia a la copa tiene una característica que la diferencia de todas sus compañeras: ella asiste solo de vez en cuando y generalmente a cebar mate. Y es que Noelia no ha logrado aún tener el plan, se encuentra a la espera de algún “alta” en la delegación. Como no hay planes de empleo nuevos, la esperanza de Noelia está centrada en que alguna de las compañeras que más se ausentan falte tres veces seguidas sin avisar, y así –piensa– le darán la baja y ella pasaría a ocupar su lugar. El criterio de las ausencias para la baja no está estipulado de esta manera en la reglamentación del plan, sino que es parte de los acuerdos tácitos que organizan la copa. Noelia aguarda la posibilidad de entrar, aun cuando esta parezca –desde una mirada ajena– muy lejana. Así vemos cómo, tal como afirma Manzano (2009), los planes adquieren relevancia como horizonte de expectativa y ordenan comportamientos en la vida cotidiana de las personas, incluso cuando no se reciben efectivamente: una vez que los programas se incorporan como meta en el marco de administración familiar para la supervivencia, las opciones de los sujetos se ordenan en torno a las alternativas que los planes ofrecen.

Por otra parte, los criterios que expresan la obligatoriedad o no de las actividades –en sus diferentes formas y significados– evidencian disputas que no están para nada saldadas dentro de la organización. En un principio, Rosa pasaba la firma de asistencia de esas personas a las planillas, más allá de si estas participaban o no. Para ella, esas personas eran “recursos pendientes para el día en que se abra el comedor”<sup>12</sup> y esta era su manera de “no perderlos”. Sin embargo, esta flexibilidad no es un criterio acordado por todas quienes constituyen la organización. Para Marta, la participación en la copa es un trabajo: reconoce una responsabilidad que se expresa en la puntualidad del horario de llegada y en su presencia diaria. Avisa sus inasistencias y hace las tareas, más allá de sus quejas “porque aún tiene mucho trabajo pendiente en su casa”.

Esta concepción acerca de la contraprestación como trabajo entra en tensión con la ambigüedad con que, desde la delegación, se maneja el tema de las asistencias. Por un lado, los beneficiarios deben cumplir

---

<sup>12</sup> En el momento que realizamos el trabajo de campo, circulaba el rumor de la apertura de un centro de atención infantil a cargo de la municipalidad, que incorporaría un comedor y una guardería en las instalaciones de la copa.

con la formalidad de la firma de planillas. Así, la sobrina del delegado, quien es la encargada de mediar el vínculo entre la copa y la delegación en cuanto al control de asistencia de los beneficiarios, plantea:

Yo llevo con las que firmen hoy. Si esta chica Alicia no viene, que después vea en la delegación. Yo llevo con los que firman. Yo no los puedo hacer firmar una vez por toda la semana. Porque si lo hago, mi tío –se toma el cuello con ambas manos– me agarra del cogote.

Por otro, son flexibles ante algunos casos, en general los de aquellas beneficiarias que vienen desde barrios muy alejados y tienen un gasto de transporte para llegar, y que solo contraprestan, por ello, dos veces por semana. “Acá no estamos pidiendo que trabajen todos los días, estamos pidiendo que colaboren con una copa de leche, dos veces por semana”, dice una funcionaria de la delegación. Desde la delegación, los criterios de asistencia oscilan entre el permanente control y la flexibilidad de las formas de cumplimiento con las tareas, que se matiza en el modo en traducen la participación: como “colaboración”, y no como responsabilidad laboral.

Esta reconstrucción nos muestra que debemos comprender la participación de las personas en estos espacios a partir de las vivencias que se establecen allí, por las expectativas y obligaciones mutuas que se establecen (Quirós, 2007), y que, como vemos, no se enmarcan solo en la obligatoriedad que demanda el plan, sino en el conjunto de compromisos y pautas de acción que se genera entre las compañeras. Si Marta llega puntualmente para realizar las actividades que le tocan, espera que las demás se comporten de la misma manera. Pero esta obligación no se enmarca en reglas explícitas acerca del funcionamiento de la copa ni en un régimen estricto determinado por la reglamentación del plan social. Como advierte Manzano (2007: 61) muchas de las obligaciones que se instituyen alrededor de los planes sociales no son parte constitutiva de la formalidad de la política social, sino de la trama relacional en la que los beneficiarios están inmersos: en este caso, las mujeres se encuentran vinculadas por una cadena de compromisos “con Rosa”, “con el comedor y los años que hace que estoy viniendo”, y también por el compromiso “con los chicos”. Como hemos visto, los acuerdos presentan conflictos, especialmente a partir de la manera en que la autoridad de la delegación



aparece e interfiere para controlar y regular las actividades. ¿Cómo se regulan entonces, en esta dinámica, las relaciones de ley y autoridad? ¿Cómo se resuelve la tensión entre autoridades legítimas y leyes que pueden volverse arbitrarias?<sup>13</sup>

## Ley, arbitrariedad y criterios compartidos de justicia

Según señala Cante, en su artículo “Acción colectiva, metapreferencias y emociones”:

La confianza, elemento fundamental de la acción colectiva y aún de sus concepciones economicistas, también está relacionada con las creencias. Solo en situaciones sociales muy hipotéticas como la jungla hobbessiana (en donde la vida es brutal y breve, y las relaciones azarosas) y en dilemas del prisionero que se juegan una sola vez, lo más rentable parece ser no creer en que el resto de la gente cooperará. Pero en sociedades con relaciones más estables y transacciones más repetidas, suele estar en el interés de cualquier individuo el ser confiable y confiar en otros: la confianza es una inversión en relaciones sociales duraderas, en transacciones menos inciertas y en prestigio. (...) La confianza es un bien público y tiene importantes elementos de reciprocidad, supone obligaciones (deberes) y garantías (derechos). (Cante, 2007: 166-7)

Esta definición de la confianza se refleja en la realidad cotidiana de la copa:

“Cuando Rosa no viene, me toca la copa, la mercadería, atender a las vecinas. Ahora, por ejemplo, va a venir una chica a retirarle

---

<sup>13</sup> La tensión entre leyes generales y casos particulares que Asad recupera de Veena Das iluminó de manera fructífera las situaciones descritas y permitió construir estos interrogantes. Así el autor nos propone pensar: ¿cómo debe ser aplicada la ley en la práctica? ¿Qué sucede cuando la ley entra en conflicto con otras leyes? ¿En qué se basa la autoridad de las leyes? Y sostiene que las respuestas a dichas preguntas, a las dudas que ellas generan, solo pueden ser dadas con autoridad, es decir, más allá de las leyes escritas. “Es esta autoridad ajena y no la regla escrita en sí misma lo que constituye la ley del estado. La autoridad de la ley busca ‘certidumbre’ en las cosas dentro del flujo continuo de incertidumbre, imponiéndose desde afuera, como diría Freud” (Asad, 2008: 60).

mercadería a la vecina, pero el tema es que la que viene sí tiene tarjeta.<sup>14</sup> Entonces yo le voy a hacer firmar una nota donde diga que ella le retira mercadería a la vecina y no para ella, porque si no van a decir que le doy a ella, y ella tiene la tarjeta. Si la gente la ve entrar acá y salir con cosas, después vienen todos a quejarse”. Verónica escribe entonces, con dificultad, en el cuaderno. Se ve que no tiene una práctica de escritura y redactar esa notificación le lleva un rato largo, además de consultar con el resto de personas que nos encontramos ahí qué debería decir. Finalmente lee en voz alta: “El día de la fecha le retira la mercadería a la señora X su vecina” y cuando llega “la vecina”, Verónica toma el cuaderno y se lo hace firmar. En la preocupación de Verónica por la redacción de esa nota-comprobante se puede ver cómo la circulación de bienes se realiza siguiendo reglas que se cumplen ante la mirada atenta de los vecinos, la posibilidad de competencia entre quienes los reciben y pases de facturas si las cosas no se realizan “bien”. Cada uno tiene su responsabilidad y la distinción, entre quiénes reciben tarjeta y quiénes no, debe tenerse en cuenta para no ser injustos en la distribución de recursos, en tanto hay quienes pueden obtenerlos por su cuenta. Hay en esas relaciones una obligación planteada por la mirada externa [la de los otros beneficiarios] que lleva a que se controlen las actividades que se realizan. (Registro de campo, noviembre de 2008)

El reparto de recursos no se hace de modo improvisado. Diversos canales burocratizados de tareas ordenan y permiten llevar un registro de la mercadería que llega y de quienes la retiran. Aun cuando esta sistematización generaliza algunos criterios de reparto, los modos de distribución de recursos escasos ponen en evidencia los conflictos que trae aparejado el entrecruzamiento de criterios “de necesidad” y

---

<sup>14</sup> La tarjeta es parte de un plan nacional a través del cual el beneficiario recibe un monto de dinero que puede utilizar para la compra de mercadería en diferentes mercados y supermercados de la zona. Puede adquirir no solo comestibles, sino artículos diversos, pero quedan excluidos los cigarrillos y el alcohol –en caso de verificarse que algún comercio transgreda esta exclusión, puede ser retirado de la lista de puestos de venta–. El monto de esta tarjeta, puede variar entre \$120, \$150 o \$180 mensuales por familia, según la cantidad de miembros. Comenzó a entregarse a principios de 2008, como parte de un plan de los municipios orientado a redistribuir la asistencia alimentaria en relación a las familias y no a los comedores. Como veremos, el acuerdo implícito entre los participantes es que quienes reciben la tarjeta no pueden recibir mercadería.



de “vínculos comunes” para el reparto (Manzano, 2007: 203). Una situación permite dar cuenta de las tensiones que se producen en la distribución de recursos y es el reparto de verdura que ocurre todas las semanas. La mercadería llega los días jueves y el viernes la pasan a buscar quienes se encuentran en el listado. El listado incluye a todos aquellos que asistían al comedor cuando este funcionaba, y que quedaron fuera del acceso a la tarjeta, en una lógica que, podemos pensar *a priori*, intenta compensar esa diferencia. Esa mañana Verónica repartió la verdura junto a Sonia. Sonia es una empleada de la delegación que comenzó ir al barrio para esa tarea, de modo tal que Rosa ha dejado de organizar la distribución de mercadería. Rosa llega y pregunta por qué no le guardaron su parte a Noemí, que no había podido ir esa mañana, porque tuvo que ir al hospital. Verónica dice que no apareció y que por eso no se la guardaron. Rosa se enoja y dice que eso va a traer problemas, que allí las cosas se manejan “de otra manera”.

Sonia tiene que guardarle la mercadería y avisarle a la gente tres veces. Si ellos no vienen, entonces después no se pueden quejar de que vos se la diste a otro. Pero vos no podés sacarlo de la lista y poner a otro, sin avisarle, a porque no vino una vez. Mirá si le pasó algo... aparte una de las que no vino es una quilombero, que está buscando tener excusa para hacer lío acá y al delegado. Y ahora va a tener con qué.

Rosa tiene la certeza de que el modo en que Sonia resuelva este conflicto va a traer problemas para la copa.

Y ella lo hace porque puso en la lista a Sergio, que lo conoce. Si ella cuando sobra algo lo quiere dar, está bien, pero no puede sacarle a alguien para ponerlo a él nada más que porque lo conoce. Acá yo reparto de otra manera: un poco a cada uno, aunque sea poco, todos quedan contentos y nadie arma lío. La gente ya sabe cómo me manejo, que cuando llega la mercadería, aviso. Si le guardaron a Juana [la señora que trabaja en la copa] igual pueden guardarle a la otra señora.

La lógica de gestión se disputa mediante la definición de los criterios de reparto: a quién se le reparte, qué prioridad se establece y por qué. Rosa “no quiere lío”, y la manera de resolver esta preocupación es “darle

un poco a cada uno, todos contentos”. Si Sonia reparte de otra manera, esto se debe, para Rosa, a que “no sabe cómo funcionan las cosas en el barrio”. Con esa afirmación, Rosa marca una cuestión que es relevante para analizar el lugar que cada una ocupa en la trama de relaciones que constituye la organización: Rosa es considerada una vecina del barrio. Si bien no vive allí, ha construido un lugar de reconocimiento a partir de la confianza de unos vecinos y de las disputas con otros, pero, en ambos casos, sobre la base del vínculo reiterado con ellos.

Sonia en cambio, es una persona que viene “de afuera”, a resolver intereses que no se vinculan, desde la perspectiva de Rosa, a las necesidades del barrio, sino a los suyos propios, “utilizando” el comedor. Mientras terminan de ordenar, Rosa transmite su preocupación acerca del reparto de verdura. “Me molesta que la delegación mande gente que no conoce cómo trabajamos acá”.

La política local aparece entonces encarnada en actores concretos que traen otras lógicas de acción a los vínculos habituales de la copa, modificando los canales de diálogo, los modos de hacer y generando interferencias en las expectativas ya construidas en la dinámica organizacional cotidiana. El énfasis en la exterioridad de Sonia respecto al barrio, bien podría hablarnos de los límites de la autoridad moral que los vecinos atribuyen a alguien que no es de allí –y aquí, con Frederic (2004), podríamos pensar, alguien que es un “profesional de la política”, pero que no se ha empapado de las relaciones, rutinas y tradiciones locales– para organizar una actividad fundamental que tiene que ver con el acceso a los recursos.

Por otra parte, no podemos dejar de lado el hecho de que Rosa ve amenazado su lugar en la organización a partir de la presencia de Sonia y entonces se apega, para restituir jerarquías, a los criterios tradicionales de reparto, que solo son conocidos por quienes han participado históricamente de él. De esta manera, Rosa actualiza la experiencia compartida como criterio legitimador de su autoridad dentro de la organización, un “saber hacer” basado en la costumbre, un “saber práctico” que puede legitimar una relación de poder –a la vez que borra el carácter liminar de su pertenencia al barrio–, desconociendo otras formas institucionalizadas de jerarquías, en este caso, las que imponen las relaciones políticas con los funcionarios locales. A su vez, para Verónica, que acompaña en el reparto a Sonia, ¿puede ser esta una manera de recuperar un lugar de autoridad en su disputa con Rosa?

La intromisión de una persona ajena a la lógica de disputa local es una oportunidad para rearticular posiciones de poder dentro de la organización, a partir de las interpretaciones que desde intereses diferenciados se hace de aquella. Esta aparición explícita de la política partidaria que representa Sonia, invisibilizada en la habitualidad de la vida organizacional, obliga a sentar posiciones y a tomar decisiones que en el día a día son desplazadas o diluidas en las dinámicas implícitas de funcionamiento. “Acá las cosas se hacen así”, marca un modo de funcionamiento al que la gente se ha acostumbrado, la historicidad de las prácticas, que no se sostiene en una moralidad abstracta ni en una regulación legal, sino en las experiencias ya vividas de sus vínculos, que permite a los vecinos saber de modo autoevidente lo que pueden esperar, sobre la base de la analogía con experiencias pasadas (Heller, [1977] 2002: 507), de una trayectoria que se reactualiza día a día y que, de ese modo, rutiniza prácticas.

A su vez, la aparición de un elemento que irrumpe en el fluir habitual de las tareas deja al descubierto las inversiones emocionales que las mujeres hacen en la copa: los recursos que esperan obtener, la búsqueda de prestigio, el respeto, la justicia, la buena vecindad.<sup>15</sup> El modo de reparto de mercaderías evidencia, por un lado, las distintas expectativas puestas sobre la copa, que deben equilibrarse cuidadosamente para evitar conflictos. Por otro, que las lógicas de reparto no se sustentan en criterios fijos, sino que están enmarcadas en costumbres y negociaciones en los cuales cada persona despliega sus intereses, sus moralidades, sus afectos. Los valores se expresan, como hemos visto, en nociones de justicia manifestadas verbalmente

---

<sup>15</sup> “Vemos a las emociones como lo contrario a la cognición, interrupciones en procesos organizacionales, desafío a las instituciones estables. Yo sugeriría, sin embargo, que las instituciones, las organizaciones y relaciones todas obtienen su estabilidad relativa en parte de las inversiones emocionales de las personas en ellas. En otras palabras, tenemos enormes inversiones emocionales en el statu quo cotidiano. Puede parecer que somos relativamente in-emocionales mientras realizamos nuestra tareas, pero perturbe la estructura social en la que trabajamos, y nuestras inversiones emocionales en ella se volverán evidentes” (Calhoun, 2001: 54, la traducción es mía). [“We see emotions as contrary to cognition, disruption in organizational processes, challenges to stable institutions. I would suggest, however, that institutions, and organizations, and relationships, all gain their relative stability in part from people’s emotional investments in them. In other words, we have huge emotional investments in the everyday status quo. It may look like we are relatively unemotional as we go about our tasks, but disrupt the social structure in which we work, and our emotional investments in it will become evident.”].

y a la vez practicadas en el espacio de encuentro: en el caso de la contraprestación, por el reparto justo de las tareas que hay para hacer. Si pensamos en los valores de justicia, asociados a ellos debemos pensar, necesariamente, en las sanciones: para comprender los valores compartidos hay que pensar qué reglas se dejan transgredir y de qué manera se sanciona. Un ejemplo de ello es la sanción ante la ausencia en la contraprestación. No importa aquí la reglamentación del plan o las amenazas que llegan de la delegación, sino que lo injusto está medido en relación a las compañeras que sí se presentan a trabajar. La queja de Marta se fundamenta en la desigualdad que observa en el reparto de responsabilidades. A su vez, entre las mujeres hay acuerdos que se establecen y que se sostienen en una justificación de igualdad, que no pasa por repartir igual cantidad de horas de trabajo, sino por una adecuación a las necesidades de cada una de ellas, por ejemplo, a las de quienes van solo dos veces por semana, debido a que viven lejos de la copa. Allí seguir la ley podría significar un trato no justo. En el caso de los recursos, el reparto equitativo de lo poco que hay se realiza siguiendo criterios avalados por la costumbre y el criterio de justicia se actualiza a la hora de repartirlos: el valor de “igualdad” sostenido dentro de la copa y entre los vecinos del barrio se cruza, a su vez con otro criterio de “necesidad”, jerarquizado por Rosa: la prioridad de evitar el conflicto. En este sentido, Rosa sostiene una conducta que es históricamente reconocida por los demás y que le evita tener que dar explicaciones cada vez que resuelve cómo repartir. En otras palabras: la burocracia estatal se reconfigura como compromiso local bajo los criterios compartidos de justicia.

Es de esta manera, entonces, que las presencias estatales se van configurando simultáneamente como derecho y como don, en el marco de redes de reciprocidad cuya legitimidad no está dada por un criterio de legalidad, sino por uno de justicia. Es decir, si bien es cierto que este espacio de institucionalización de la política social se inscribe en el marco de reglamentaciones, junto a ellas, adoptan una relevancia central los vínculos afectivos que se establecen entre las personas que circulan en él. Los derechos a los que apelan los vecinos en este caso pertenecen a un orden diferente: el de la moral, constituida en un entramado relacional específico.

A diferencia de los estudios que incorporan a las emociones ligadas al análisis de la protesta, estas escenas muestran la relevancia



que adquiere reconstruir las emociones en las tramas relacionales que conforman la copa, aun cuando esta organización no adopta visibilidad en el espacio público ni se plantea un objetivo común, a mediano o largo plazo, en términos de acción colectiva disruptiva. Mirar estas dinámicas permite comprender las prácticas y sentidos que sedimentan dando lugar a relaciones en las que emerge la estatalidad. En el caso presentado, la dinámica permanente entre compromiso, sacrificio, cansancio y enojo. La necesidad de obtener el plan y de apoyar a las compañeras que se encuentran en peor situación. El rechazo a las prácticas consideradas moralmente repudiables. El compromiso con Rosa y las demás compañeras. Elementos todos que se perderían en un análisis preocupado solo por las interrupciones de la vida social. A su vez reducir los vínculos que se establecen allí a cálculos instrumentales-estratégicos lleva a desconocer que la continuidad de las relaciones requiere de una inversión emocional que las sostenga. Todo aquello convive para dar regularidad a la dinámica de la copa, y es de esa manera que se produce la inmersión territorial de las políticas estatales. Por ello, las afectividades deben ser repuestas si buscamos comprender las dinámicas que adopta capilarmente la intervención estatal mediante políticas de asistencia.

Por último, es igualmente relevante destacar que el conocimiento, la información, los registros que recogí a lo largo del trabajo de campo fueron posibles gracias a esas afectividades que unen a las mujeres en la experiencia barrial. Es el hecho de encontrarse inmersa afectivamente en las relaciones locales lo que le permite a Rosa construir la confianza que requiere el momento de socialización de los relatos entre las mujeres. Su saber práctico no puede ser de ninguna manera reducido a un elemento cognitivo-racional. Si las mujeres pueden explicitar la dinámica de funcionamiento de la copa, es porque se involucran en ella: se cansan, se enojan, se comprometen, construyen expectativas y demandas. Inscriben su biografía en esas relaciones cotidianas, viven y sienten esas relaciones. Por lo tanto, si buscamos aprehender sus saberes, estamos obligados a desplazar nuestra mirada hacia otras dimensiones de las interacciones.

## Breves reflexiones finales

La única manera de comprender la recurrente oposición entre, por un lado, contingencia, singularidad y circunstancia, y por el otro, generalidad, regla, y constancia, que se da en la política, en la historia y en la ciencia, es preguntarse: ¿cuál es el propósito? La pregunta deja de ser ¿son estos objetos equivalentes? Para volverse una pregunta acerca de ¿quién decide considerarlas equivalentes y con qué fin?

ALAIN DESROSIERES, *How to make things that hold together: Social Science, Statistics and the State*

En las escenas planteadas muestro que los criterios morales de justicia que se inscriben en la trama relacional analizada se sostienen por el criterio de autoridad que acuerdan. He ahí la paradoja: la ley requiere del tamiz que de ella hagan las personas para no ser arbitraria y, a la vez, en dicha encarnación necesaria para existir pueden aparecer las arbitrariedades. Como he mostrado, las políticas implementadas por el actor estatal requieren de una serie de mediaciones para constituirse como tales. Las transacciones que ocurren en la instancia de mediación de la copa permiten la emergencia tanto de una política nacional del Estado –los planes– en el nivel local, como de una parte del barrio, en tanto que grupo de vecinos vinculados a la copa. A través de las relaciones de conocimiento mutuo, las personas nucleadas en la copa sorteán el sentido impersonal e individualizado de la política social, para configurar un modo de reciprocidad basado en la personalización del acto de dar y recibir. Este permite ajustar las necesidades de los vínculos de sociabilidad local a los recursos existentes, utilizando como canal mediador entre ambos el saber que las vecinas tienen de aquellas por encontrarse inscriptas en la vida local.

Esta personalización del acto de dar no implica ni una negación de la presencia estatal ni una forma degradada de su aparición. Entiendo, en cambio, que así se modela cuando los canales de mediación entre Estado y beneficiarios exceden al sistema político y se amplían a un conjunto diverso de experiencias posibles. En estas dinámicas, la incertidumbre de la ley se complementa con la arbitrariedad de la



autoridad que busca asegurarla (Asad, 2008: 61). Y el reconocimiento de esa autoridad es posible porque se enmarca en afectividades que legitiman el poder que, en este caso, se arroga Rosa para definir criterios de justicia que eviten el conflicto en situaciones específicas. Sin embargo, de ningún modo el carácter personalista que adoptan estos modos de reparto es sinónimo de una libre arbitrariedad: desde la primera escena quedó explícito que existen mecanismos de burocratización –planillas, notas– mediante los cuales se debe garantizar que los criterios de justicia construidos en el espacio local sean visibles y se cumplan, o, en el mismo sentido, lo legal-burocrático existe en tanto toma cuerpo enmarcado en las relaciones, valores y prácticas en la comunidad de referencia que deben ser garantizados. No obstante ello, la particularidad de estos criterios es que pueden ser resignificados de una situación a otra en coyunturas específicas y que, en tanto la comunidad local no es homogénea, se presentan conflictos en torno a ellos, lo cual pone de relieve las apuestas que los participantes están haciendo en la copa.

Comprender de qué manera se produce el involucramiento cotidiano de las mujeres en esta instancia requiere, entonces, ir más allá de las perspectivas que entienden la participación comunitaria como la racionalización democrática del rol de las comunidades en la gestión de las políticas sociales. A diferencia de aquellas, las escenas analizadas a lo largo del capítulo me permiten afirmar que la inversión emocional se torna condición de posibilidad para la construcción de un criterio de justicia intersubjetivo que estabiliza relaciones y permite su continuidad. En este sentido, el modo en que se gestionan el requisito de obligatoriedad de la contraprestación de los planes y la distribución de recursos alimentarios revela claramente cómo se negocian las reglamentaciones legales con los criterios de justicia que defienden las mujeres respecto a sus responsabilidades y expectativas.

Para terminar, y en tanto de apuestas se trata, este trabajo también hace la suya al ensayar un camino para incorporar las emociones en la investigación sobre experiencias de organización social, estatalidad y prácticas políticas no solo como tema, sino como herramienta epistemológica que motorice la búsqueda de otros paradigmas de conocimiento posibles.

## Bibliografía

- Acuña, C., Jelin, E. y Kessler, G. (2006). “Introducción. Pensando las relaciones sociales locales”. En Acuña, C., Jelin, E. y Kessler, G. (comps.) *Políticas sociales y acción local. 10 estudios de caso* (pp. 9-18). Buenos Aires: IDES.
- Álvarez Leguizamón, S. (2006). “La invención del desarrollo social en la Argentina: historia de “opciones preferenciales para los pobres”. En Andrenacci (comp.) *Problemas de política social en la Argentina contemporánea* (pp. 81-124). Los Polvorines: Prometeo.
- Asad, T. (2008). “¿Dónde están los márgenes del estado?”. *Cuadernos de Antropología Social*, (27), 53-62.
- Calhoun, C. (2001). “Putting emotions in their place”. En Goodwin, J., Jasper, M., y F. Polletta (orgs.) *Passionate politics. Emotions and social movements* (pp. 45-57). Chicago: The University of Chicago Press.
- Cante, F. (2007). “Acción colectiva, metapreferencias y emociones”. *Cuadernos de economía*, (47), 151-174. En línea: <[http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S0121-47722007000200006&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S0121-47722007000200006&script=sci_arttext)>. Consultado el 23 de mayo de 2012.
- Comisión Económica para América Latina y el Caribe (Cepal) (2007). *Cohesión social. Inclusión y sentido de pertenencia en América Latina y el Caribe*. Documento de trabajo. Santiago de Chile.
- D’Amico, M. V. (2010). *La experiencia y sus múltiples temporalidades. Dinámicas de organización local en torno a planes sociales: una mirada desde la cotidianeidad*. Tesis de Maestría, IDES-UNGS. [Mimeo].
- Fernández Álvarez, M. I. (en prensa). “Como si me hubieran dado un puñal”. Emociones, organización colectiva y demanda en un proceso de recuperación de fábricas. En Grimberg, M., Ernández, M. y Manzano, V. (eds.): *Etnografía de las tramas políticas colectivas: Estudios en Argentina y Brasil*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Frederic, S. (2004). *Buenos vecinos, malos políticos. Moralidad y política en el Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Prometeo.
- Goodwin, J., Jasper, J. y Polletta, F. (2001). “Why emotions matter”. En: Goodwin, J., Jasper, J. y Polletta, F. (orgs.) *Passionate politics. Emotions and social movements* (pp. 1-24). Chicago: The University of Chicago Press.



- Heller, A. ([1977] 2002). *Sociología de la vida cotidiana*. Barcelona: Península.
- Lo Vuolo, R. (2004). “¿Hacia dónde va la política social en la región? Los caminos alternativos de Argentina y Brasil”. *Tesis 11*, 73. En línea.: <<http://www.thesis11.org.ar/%C2%BFhacia-donde-va-la-politica-social-en-la-region-los-caminos-alternativos-de-argentina-y-brasil/>>. Consultado el 23-2-2012.
- Manzano, V. (2007). *De la Matanza Obrera a Capital Nacional del Piquete: Etnografía de procesos políticos y cotidianos en contextos de transformación social*. Tesis de Doctorado, Facultad de Filosofía y Letras: UBA. [Mimeo].
- (2009). “Un barrio, diferentes grupos: Acerca de dinámicas políticas locales en el distrito de La Matanza”. En Grimson, Ferraudi Curto y Segura (comps.). *La vida política en los barrios populares de Buenos Aires* (pp. 267-294). Buenos Aires: Prometeo.
- Merlinsky, G. (2002). “El empleo como cuestión social: los programas de generación de empleo en los 80 y 90”. En Andrenacci (comp.) *Cuestión social y política social en el Gran Buenos Aires* (pp. 81-96). Buenos Aires: Al Margen-UNGS.
- Quirós, J. (2007). “Movimientos piqueteros, formas de trabajo y circulación de valor en el sur de Gran Buenos Aires”. *Anuario de Estudios en Antropología Social 2006*, 151-160. Buenos Aires: IDES.
- Sabucedo, J., Durán, M., Alzate, M. y Barreto, I. (2011). “Emotions, Ideology and Collective Action”. *Universitas Psychologica*, 10(1), 27-34. En línea: <[http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S165792672011000100003&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S165792672011000100003&script=sci_arttext)>. Consultado el 27 de mayo de 2012.
- Soldano, D. (2010). “Territorio, asistencia y subjetividad en el Gran Buenos Aires (1990-2004)”. En Kessler, Svampa y González Bombal (coords.) *Reconfiguraciones del mundo popular. El Conurbano Bonaerense en la postconvertibilidad* (pp. 369-427). Los Polvorines: Prometeo-UNGS.
- Tilly, C. (2000). *La desigualdad persistente*. Buenos Aires: Manantial.
- Vincent, J. (1990). *Anthropology and Politics. Visions, traditions, and trends*. Tucson-London: The University of Arizona Press.
- Wyckziker, G. (2006). “La vinculación de las organizaciones civiles

y el Estado en la implementación del programa Jefes/as de Hogar Desempleados”. En Acuña, C, Jelin, E. y Kessler, G. (comps.) *Políticas sociales y acción local. 10 estudios de caso* (pp. 251-280). Buenos Aires: IDES.



# INTERACCIONES ENTRE EL MOVIMIENTO EVITA Y EL ESTADO. REFLEXIONES EN TORNO AL PROCESO DE CONFORMACIÓN DE COOPERATIVAS DE TRABAJO

Lucrecia Gusmerotti

Entre los años 2009 y 2010 en el Movimiento Evita<sup>1</sup> de Avellaneda se crearon trece cooperativas de trabajo, mediante un complejo proceso de organización y movilización en el que se destacó la actividad de *referentes*<sup>2</sup> para alcanzar ese objetivo. Este último se tornaba posible en el marco del Programa de Ingreso Social con Trabajo –conocido

---

<sup>1</sup> El Movimiento Evita se presentó públicamente en mayo del año 2005 en un acto en el Luna Park, luego de un proceso de confluencia de diversos movimientos de desocupados y organizaciones políticas. Estos tenían como denominadores comunes una identidad “nacional-popular” vinculada al peronismo y la adhesión al rumbo político asumido por el gobierno de Néstor Kirchner. Siendo actualmente un movimiento de alcance nacional, en la provincia de Buenos Aires se organiza a través de representaciones “distritales”. En el Municipio de Avellaneda, el Movimiento Evita local fue conformado principalmente por militantes del Movimiento de Trabajadores Desocupados Resistir y Vencer (MRyV), con una extensa trayectoria política en la zona sur del conurbano bonaerense que puede situarse, aproximadamente, a partir del año 1996.

<sup>2</sup> El término *referente* es utilizado para designar a un militante que, además de manifestar un compromiso político, desarrolla tareas con responsabilidades específicas dentro del movimiento. En este sentido, expresa la existencia de una estructura jerarquizada dentro de la organización. En este trabajo los términos nativos –como *referente*– se escribirán en cursiva, mientras que las referencias textuales aparecerán entre comillas dobles.



popularmente como Argentina Trabaja (AT)—,<sup>3</sup> que impulsaba la conformación de cooperativas para el desarrollo de obra pública local. A su vez, el programa dependía de un área institucional en la que el dirigente nacional del movimiento asumía como subsecretario.<sup>4</sup> Dichas circunstancias enmarcaron el inicio de la investigación en esa localidad.<sup>5</sup> Esta se centra en la descripción y análisis de las relaciones entre trabajo, política y dispositivos estatales desde un enfoque etnográfico que privilegia la perspectiva de los sujetos vinculados a dicho agrupamiento.

Particularmente, en este trabajo analizo las relaciones que el Movimiento Evita establece con el Estado en el marco de la conformación de cooperativas de trabajo, considerando que en esas interacciones se combinan dos procesos. En primer lugar, aquel que remite a la alianza política que el Movimiento Evita ha establecido con el gobierno nacional desde el año 2004, que ha propiciado, entre otras cuestiones, la incorporación de militantes a espacios de gestión estatal. En segundo lugar, el proceso de transformación de la política social que se ha orientado hacia la “economía social” como un espacio destinado a la

---

<sup>3</sup> Creado por la Resolución 3182/2009 del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. Este programa “está destinado a personas en situación de vulnerabilidad, sin ingresos formales en el grupo familiar, sin prestaciones de pensiones o jubilaciones nacionales ni otros planes sociales, a excepción del Plan Nacional de Seguridad Alimentaria” (MDS, “Ingreso social con trabajo”). El objetivo es la realización de variadas obras de infraestructura comunitaria. La mayor parte de las cooperativas conformadas corresponden a la provincia de Buenos Aires y se constituyeron inicialmente con sesenta trabajadores. Se ha estipulado un ingreso individual de \$1200, el cual recientemente se ha incrementado a \$1800, según productividad y presentismo. Cada socio debe inscribirse como monotributista social, para realizar aportes previsionales y contar con obra social. Se contempla el otorgamiento de materiales, herramientas y ropa de trabajo, así como los correspondientes seguros de vida y terceros. Se estipulan cuarenta horas semanales de trabajo y cinco horas destinadas a jornadas de capacitación que tienen carácter obligatorio.

<sup>4</sup> A fines del año 2008 Emilio Pérsico, dirigente del Movimiento Evita, fue nombrado subsecretario de Comercialización de la Economía Social, área dependiente de la Secretaría de Coordinación y Monitoreo Institucional del Ministerio de Desarrollo Social.

<sup>5</sup> El trabajo de investigación se desarrolla desde el año 2009 a partir de la obtención de una beca doctoral de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica. Desde un enfoque etnográfico indaga las modalidades de intervención estatal y las prácticas de organización colectiva en torno al trabajo y la política en el Movimiento Evita de la localidad de Avellaneda. En este sentido la estrategia de investigación se basa en trabajo de campo, comprende observación con participación, diálogos y conversaciones informales con diversos interlocutores además de entrevistas semiestructuradas y trabajo con fuentes documentales.

población caracterizada como vulnerable en términos de ingresos y empleo, a través de la promoción de formas de autogestión laboral.<sup>6</sup>

De acuerdo a esto, durante los últimos años en el Movimiento Evita se ha procurado reconstruir las cooperativas como demanda y como política estatal en tres escalas que se combinan y articulan: institucionalmente, en la medida que sus dirigentes se integraron en áreas sociales de la administración pública vinculadas a la “economía social”; territorialmente, por medio de formas y prácticas de movilización y organización colectiva entre las que se destaca la acción de los *referentes* para incluir en cooperativas a beneficiarios de programas sociales y a desocupados, y gremialmente, a partir de la creación reciente de organizaciones sindicales que aglutinan a trabajadores “autogestionados” de la “economía popular”.

## Coordenadas de análisis

En la literatura académica hubo quienes analizaron la emergencia de cooperativas de trabajo y proyectos de autogestión como una forma de repliegue de los trabajadores, ante la pérdida de soportes colectivos en contextos de crisis económica. Argumentaron que estas experiencias podían originarse promovidas por el Estado, “desde arriba”, pero que producían, en ese caso, trabajo frágil y precario. O que surgían “desde abajo”, vinculadas a movimientos sociales u organizaciones gremiales, y generaban experiencias de “re-colectivización” (Wyczykier, 2009). Otros estudios indagaron el potencial “emancipatorio” de los “movimientos de desocupados” y “empresas recuperadas” que impulsaban proyectos de autogestión, y sopesaron su viabilidad como experiencias políticas autónomas del Estado y del mercado (Bidaseca, 2006; Rebón, 2007; Rebón y Salgado, 2009). Esos trabajos dialogaron con aquellos que se ocuparon de las llamadas “organizaciones piqueteras” (Svampa y Pereyra, 2004; Massetti, 2004, 2006; Delamata, 2004) describiéndolas como estructuras horizontales, democráticas y autónomas, que se

<sup>6</sup> Diversos autores dan cuenta del proceso de transformación de las orientaciones de la política social a partir del año 2003. Algunos las definen como “políticas socio-laborales” (Grassi, 2012), otros en términos de “políticas de desarrollo socio-productivas” (Hoop, 2011).



diferenciaban según sus identidades y tradiciones político-ideológicas.<sup>7</sup> Dentro de esta línea, ciertos estudios destacaron que los movimientos de orientación “nacional popular” tendían a la negociación con el Estado y a la institucionalización de sus demandas. En ese nivel, esa caracterización permitió explicar por qué estos apoyaron políticamente al gobierno “kirchnerista” y se integraron al Estado a partir del año 2003 (Svampa, 2005), argumentando que estos vínculos y tradiciones colocaron a los movimientos en una posición de “subordinación política” y propiciaron nuevas formas de “clientelismo político” (Svampa, 2008).

Recientemente algunas investigaciones han criticado dichas afirmaciones, considerando que la “autonomía” es problematizada por los movimientos en el marco de sus tradiciones políticas e históricas. En este sentido, se ha señalado que la “institucionalización” parte de una caracterización del Estado como escenario de “disputa” (Cortés, 2010). En esta misma línea, se sostuvo que la “incorporación” de militantes “kirchneristas” en ámbitos estatales produjo, “hacia arriba”, reconocimiento político y, “hacia abajo”, un acercamiento del aparato estatal a los sectores que los movimientos pretenderían representar, aunque con efectos “ambivalentes” en tanto que también se reproducirían lógicas burocráticas y sistémicas en el proceso (Perelmiter, 2010).

Desde otro enfoque se analizó, asimismo, la relación entre movimientos sociales, Estado y gobiernos (Gómez, 2006, 2010) centrándose en las “oportunidades políticas”.<sup>8</sup> Considerando, para ello, los “recursos” disponibles por parte de los diferentes actores para definir estrategias, y abordar o desarrollar conflictos. De este modo se mantuvo que los

---

<sup>7</sup> Estos trabajos locales retomaron supuestos presentes en enfoques teóricos sobre los movimientos sociales (Melucci, 1999; Munck, 1995) que se conciben como productores de identidades colectivas, con una orientación antagónica y transformadora del orden social a partir de su producción cultural y simbólica. Se los circunscribe principalmente a la sociedad civil y se los caracteriza como formas organizativas no jerárquicas y descentralizadas. Asimismo, se argumenta que, en la medida en que los movimientos regulan los conflictos y los procesos de negociación-confrontación mediante “pactos” con el sistema político, eluden la integración institucional y resguardan su autonomía e independencia.

<sup>8</sup> Esta perspectiva teórica de los movimientos sociales enfatiza la capacidad de movilizar recursos para explicar la acción colectiva (Tarrow, 1997). Conceptos como el de “estructura de oportunidad política” son utilizados para interpretar cuándo y cómo los actores colectivos “movilizan recursos” que provienen, en gran parte, del sistema político. Este último es central para explicar qué características adquiere el conflicto y su desarrollo, suponiendo que los movimientos sociales son externos al mismo y se ubican en la sociedad civil.

movimientos que se incorporaron a partir del año 2003 a la gestión estatal estaban en condiciones de aprovechar o crear “oportunidades políticas” porque contaban con una dimensión nacional, estructuras organizativas mayores, capacidad de gestión y experiencia de vínculos institucionales con el Estado en un contexto inicial de la gestión de gobierno, caracterizado por la crisis económica y la debilidad institucional.

También se han desarrollado en nuestro país abordajes antropológicos para indagar procesos de resistencia de los sectores populares en una perspectiva relacional e histórica. En esa línea, se reconstruyeron las tramas políticas en las que se inscribieron diversas organizaciones y movimientos sociales, se estudiaron las formas colectivas de movilización y acción que construyen los sujetos en sus luchas, y las relaciones que establecen con el Estado. En estos análisis se ha destacado la categoría de hegemonía para situar los procesos políticos en campos de fuerza, en los cuales los sujetos significan, apropian y disputan en el marco de constricciones sociales que los determinan (Manzano, 2007, 2009; Fernández Álvarez, 2006, 2009; Grimberg, 1997, 2009). En consonancia con ello, “visto desde las relaciones de hegemonía las políticas estatales redefinen el campo de fuerzas societal, perfilan (en términos de propuesta) los objetos de la demanda y acotan los caminos” y, en esa dinámica, “las políticas tienen una doble función de sujeción y subjetivación, y al Estado como constructor de sujetos sociales y políticos” (Grimberg, 2009: 91).

Recuperando estos aportes sugiero, en este trabajo, que la implementación de las políticas sociales ha promovido situaciones y prácticas en las que se construyen los vínculos entre el Movimiento Evita y el Estado; en las cuales se visibiliza la dimensión colectiva de una interacción que conlleva modalidades específicas de movilización y organización de los sujetos.

Para desarrollar el argumento ordeno la exposición en tres apartados. En el primero, contorneo resumidamente la tendencia “productivista” de la política social del gobierno para los sectores populares. En el segundo, reconstruyo algunas dimensiones de la trayectoria del Movimiento Evita en el Estado –tomando como eje el proceso de conformación de proyectos productivos y cooperativas de trabajo– hasta la definición del proyecto reivindicativo actual, centrado en la “economía popular”. En el tercero, describo dos prácticas colectivas: “inscribir” y “visitar” que se hacen presentes en la conformación de



cooperativas como formas de *sujeción y subjetivación* en el marco de la construcción de una política y una demanda.

## El giro productivista de la política social

Desde el comienzo de la administración kirchnerista, la retórica oficial de las políticas sociales asumió un giro productivista que se apoyó simbólicamente en la idea del trabajo como ordenador y organizador social y como mecanismo de inclusión para los sectores populares (Hopp, 2011; Grassi, 2012).

En tal sentido, se opuso al discurso de las políticas sociales “asistenciales” que descansaba en la idea de “carencia”, planteando una disputa por el contenido y la legitimidad de las mismas (Danani y Hintze, 2010).<sup>9</sup> La orientación “productivista” definió la “economía social” como el universo en el cual debían integrarse las personas en situaciones de vulnerabilidad social y laboral. Y también como un espacio en el que se “fomenta la solidaridad”, el “trabajo colectivo por sobre el trabajo individual” y la “organización popular y comunitaria”.<sup>10</sup> En ese marco, los subsidios por desempleo fueron absorbidos dentro de otros programas sociales<sup>11</sup> y sufrieron algunas modificaciones, entre ellas, la eliminación de la contraprestación obligatoria.

Las políticas que empezaron a implementarse, entonces, a partir del año 2003, se caracterizaron por la promoción del trabajo “autogestionado”, bajo la forma de emprendimientos productivos y cooperativas de trabajo. Estas últimas se incrementaron progresivamente mediante el financiamiento

---

<sup>9</sup> Algunos autores (Danani y Hintze, 2010; Danani y Cabrera, 2007) señalan que, en áreas específicas –educación, seguridad social, asignaciones familiares–, se estaría en presencia de un proceso de “contrarreforma” del paradigma neoliberal dentro de las políticas sociales, hegemónico durante la década del noventa. Para el caso del mercado de trabajo, otros estudios señalan como hipótesis que se estaría configurando un “nuevo régimen de empleo”, que tiende a la creación de empleos registrados (Palomino, 2008).

<sup>10</sup> Estas nociones se encuentran dispersas en diversos documentos publicados por el Ministerio de Desarrollo Social: Resoluciones 2452/04, 3182/09, 2476/10; *Informe semestral Ingreso Social con Trabajo*, julio 2010; *Ejecución del programa Argentina Trabaja. Principales resultados al primer semestre 2011*; *Síntesis del Programa Ingreso Social con Trabajo. Primer semestre 2011*; Kirchner, A. (26 de mayo de 2011).

<sup>11</sup> El Plan Familias para la Inclusión Social y diversos programas de estímulo a la conformación de cooperativas.

público por créditos, subsidios y reducciones impositivas, y se institucionalizaron con la promulgación de leyes y normativas específicas.

Veamos esta tendencia con un poco más de detalle. Dos iniciativas se destacaron inicialmente por su impacto entre los movimientos populares en relación a sus formas de organización y vinculación con el Estado. Por un lado, el plan nacional de desarrollo local y economía social Manos a la Obra, del Ministerio de Desarrollo Social, orientado a incrementar los ingresos de sectores populares mediante el otorgamiento de subsidios para emprendimientos productivos locales. Por otro, los programas de infraestructura social del Ministerio de Planificación Federal, como el Plan Federal de Emergencia Habitacional o los programas Agua más Trabajo, Obra Pública Municipal, Centros Integradores Comunitarios, orientados a la conformación de cooperativas de trabajo destinadas a la obra pública local e integradas por beneficiarios de planes sociales y personas desocupadas. Para agilizar la creación de estas cooperativas, el Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (Inaes), ente que regula al sector cooperativo y mutual en nuestro país, dictó una resolución que simplificó los trámites para su constitución.<sup>12</sup> En congruencia con esta tendencia productivista de la política social, el Inaes impulsó congresos federales “de la economía social”, en los cuales se concluyó que era necesario desarrollar herramientas jurídicas e institucionales para estabilizar y fortalecer el sector.<sup>13</sup> También se promulgó la ley del “monotributo social”<sup>14</sup> y se creó el Registro Nacional de Efectores de Desarrollo

<sup>12</sup> La Resolución 2038/03 del Instituto Nacional de Asociacionismo y Economía Social, agiliza los tramites de constitución y define el objeto social de las primeras cooperativas de trabajo vinculadas a programas nacionales, su ampliación y reemplazo por la Resolución 3026/06, además eximió aranceles para este tipo de cooperativas. Ver: Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (2008). *Las cooperativas y Mutuales en la Argentina: repadronamiento nacional y censo sectorial de cooperativas y mutuales*.

<sup>13</sup> Realizados en distintas provincias, en los años 2005, 2006, 2007. Ver: “Presentación”, de Patricio Griffin, en Instituto Nacional de Asociativismo y Economía Social (2008). *Las cooperativas y Mutuales en la Argentina: repadronamiento nacional y censo sectorial de cooperativas y mutuales*.

<sup>14</sup> Ley N.º 25865 del año 2003 (BO 30320, 19-1-2004). Permite la inscripción como contribuyentes en el régimen tributario, a las cooperativas de trabajo promocionadas e inscriptas en el Registro Nacional de Efectores de Desarrollo Local y la Economía Social. Es voluntario, y habilita para emitir facturas, convertirse en proveedor directo del Estado, acceder al sistema de salud a través de obras sociales e ingresar al sistema previsional.



Local y la Economía Social, para emprendedores y “cooperativas de trabajo”, instrumentos legales que posibilitaron un crecimiento notable de emprendimientos y cooperativas de trabajo originados en la política social y los movimientos populares. Finalmente el reempadronamiento obligatorio de todas las entidades y el censo “económico sectorial de cooperativas y mutuales” realizados entre los años 2005 y 2007, permiten destacar algunas observaciones en el incremento de las cooperativas de trabajo en el marco de una trayectoria más amplia.

Según los datos del censo nacional,<sup>15</sup> hasta junio de 2008 inclusive se registraron 12 760 cooperativas en el territorio nacional: el índice más alto, 26,4 %, corresponde a cooperativas localizadas en la provincia de Buenos Aires que representan a 3 180 100 personas asociadas, esto equivale al 33,9 %, del total de aquellos que se vinculan a la “economía social”. Para reflejar esta tendencia en aumento, y de acuerdo a estos mismos datos, en la década de 1941 a 1950 había 220 cooperativas activas, en la de 1991 a 2000, la cifra se incrementó a 1327, y en el último período, de 2001 a 2006, se llegó a 6938 cooperativas registradas. De todas ellas el 59,7 % son cooperativas de trabajo. Con posterioridad al censo, de acuerdo a la información elaborada por el Ministerio de Desarrollo Social, en 2011 había 2000 nuevas cooperativas de trabajo creadas en el marco del programa AT y se contabilizaba que 189 000 personas habían pasado por el mismo.<sup>16</sup> Mientras que actualmente se estiman en 6623 las cooperativas y en 150 000 los socios (Fernández de Kirchner, C., 2013). Nos preguntamos, entonces, ¿de qué modo se relaciona este “auge cooperativo” con la dinámica política del Movimiento Evita y su integración a organismos estatales?

## El Movimiento Evita y la trayectoria de una demanda, de la “economía social” a la “economía popular”

Como señalamos en un comienzo, en Avellaneda el Movimiento Evita fue conformado entre fines del año 2004 y principios del año

---

<sup>15</sup> En base a cooperativas reempadronadas años 2006-2007. Ver: Inaes, 2008.

<sup>16</sup> Esas cifras, refieren a personas que fueron inscriptas, desarrollaron las capacitaciones, y recibieron ingresos en algún momento de ese período, aun sin haber permanecido en actividad con continuidad durante el mismo. Ver: Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, 2011.

2005 por militantes de una organización denominada Movimiento de Trabajadores Desocupados Resistir y Vencer (MRyV). El núcleo dirigente de activistas compartió, desde su juventud, a fines de los años setenta, un recorrido político en lo que ellos llaman “el peronismo de izquierda”. De allí en más transitaron y construyeron diversas experiencias políticas en la región. A mediados de la década del noventa, concretamente en 1996, impulsaron el Movimiento de Trabajadores Desocupados que convocaba a vecinos y activistas de Avellaneda, Quilmes y Berazategui.<sup>17</sup> De manera similar a otras organizaciones de desocupados realizaron petitorios, ollas populares y piquetes entre otras formas de protesta, movilizandando la demanda de “trabajo digno”. A partir del año 2002, la organización que el movimiento había extendido a lo largo de varios años en la zona sur del conurbano bonaerense se complementó con un proyecto más ambicioso, que pretendía “superar” la dinámica de contraprestación de los “planes” en actividades comunitarias, integrando a las personas vinculadas al movimiento en experiencias laborales más estables.<sup>18</sup>

El 1.º de mayo de ese año, en un contexto de fuerte recesión económica y elevada conflictividad social, militantes del MRyV ocuparon un edificio fabril en estado de abandono. Casi todo un año demoraron en limpiar, acondicionar las instalaciones y definir los primeros proyectos “productivos”: un taller textil, una panificadora y una cervecería artesanal.

Hacia el final de ese año, en elecciones nacionales Néstor Kirchner fue elegido presidente. Unos meses más tarde asumía y convocaba a los movimientos de desocupados a la Casa Rosada. A esos encuentros preliminares asistieron dirigentes del MRyV y, por referencias que me hicieron durante el trabajo de campo algunos dirigentes locales, se alcanzaron acuerdos clave: la no represión de la protesta social, un incremento en el acceso a recursos públicos demandados por las organizaciones, y el compromiso de estas últimas de intervenir más directamente en la gestión de las políticas sociales, todo ello en el marco de una invitación inédita a los movimientos de desocupados a la sede del poder político central. Simultáneamente, el Gobierno impulsaba una serie de iniciativas políticas con un profundo contenido simbólico

<sup>17</sup> En un principio se denominaban MTD, sin haber definido aún la consigna “Resistir y Vencer” que le pondrían a la organización a partir del año 2001.

<sup>18</sup> Ver: *La Fogata Digital* (2002).



—que coincidía con reivindicaciones históricas de los movimientos populares en relación a los derechos humanos, la justicia, el marco de alianzas internacionales y la deuda externa—, que propiciaron la confluencia de una parte de estas organizaciones en dos instancias: el Frente de Organizaciones Populares, primero, y en el Frente Patria Para Todos, después. En esos “encuentros”, dirigentes políticos de los movimientos, acompañados por funcionarios nacionales y figuras políticas oficialistas, expresaron públicamente la voluntad de apoyar al Gobierno nacional, en función de la lectura que hacían de esas primeras definiciones políticas.<sup>19</sup> Allí, en esos “actos”, se formalizó la alianza entre estos movimientos y el Gobierno. Una parte de esos agrupamientos convocantes, entre ellos el MRyV, continuaron profundizando sus coincidencias con otras organizaciones y se congregaron, finalmente, en el año 2005, en el Movimiento Evita.

Una de las primeras manifestaciones de la integración política del Movimiento Evita al gobierno se dio con la asunción del dirigente nacional de esa fuerza, Emilio Pérsico, como vicejefe de Gabinete en el Ejecutivo de la provincia de Buenos Aires. Durante su gestión, que se extendió hasta el año 2007, el Movimiento intentó replicar, en el ámbito provincial, los criterios que estaban marcando una direccionalidad en las políticas sociales nacionales. Un ejemplo fue la creación del Consejo de Integración Social, compuesto por representantes de movimientos populares kirchneristas. El propósito de ese organismo, entre sus misiones y funciones,<sup>20</sup> fue la articulación de las políticas provinciales con las acciones de las organizaciones populares, partiendo de un diagnóstico de sus necesidades. Los vectores que resultaron de esa evaluación se orientaron a generar y consolidar las experiencias de “autogestión” y “producción” de los movimientos, al promover el acceso al financiamiento para la inversión en maquinarias e insumos, y la absorción por el Estado de los productos de los movimientos, privilegiándolos en las compras públicas, en algunas áreas.<sup>21</sup> En Ave-

---

<sup>19</sup> Ver: Frente de Organizaciones Populares (2004a y b) y Frente Patria para Todos (2004).

<sup>20</sup> Ver: Subsecretaría de Coordinación de Políticas Públicas de la Provincia de Buenos Aires (2006).

<sup>21</sup> A partir de diferentes programas algunos organismos públicos a través de convenios, compraron la producción o contrataron los servicios de los emprendimientos o cooperativas vinculadas a los movimientos. Por ejemplo, el programa de confección textil Guardapolvo Social, ampliado luego para ropa de trabajo de otras instituciones

llaneda, durante esos años, en el Movimiento Evita local, militantes y *referentes* desarrollaron experiencias y aprendizajes en la administración y autogestión de proyectos y en la coordinación de grupos laborales, vinculados a políticas sociales. En el año 2004, obtuvieron el primer subsidio estatal del programa Manos a la Obra y comenzaron a producir. Según G, un dirigente local, el mayor obstáculo que presentaron inicialmente esos “emprendimientos” fue la “comercialización”, mencionando enseguida que la posibilidad de superarlo se había relacionado con una vinculación institucional, “damos el salto cuando empezamos a hacer convenios con el estado y nos sumamos a la gestión provincial”. En este sentido, el taller textil que habían organizado a partir de la *ocupación de la Fábrica*, se expandió gradualmente en la medida en que el movimiento suscribía convenios de producción con organismos públicos.<sup>22</sup> En Avellaneda, los programas de infraestructura social posibilitaron que personas vinculadas a la organización se incorporaran como trabajadores a cooperativas, que coordinaba el Municipio, destinadas a obra pública. Participaron en la construcción de veredas, en el tendido de cloacas y en el armado y colocación de luminaria pública en diferentes momentos, pero sin continuidad laboral. Estas primeras experiencias no redundaron, en lo inmediato, en la conformación de cooperativas de trabajo “del movimiento”, ello ocurrió recién una vez que este se involucró en la *gestión* del programa AT. Este último fue implementado en distintos momentos. Entre septiembre y octubre de 2009 se creó la Subsecretaría de Economía Social del Ministerio de Desarrollo Social, cuya dirección asumió el dirigente nacional del Movimiento Evita, y desde allí se lanzó el Programa de Inversión Social, antecedente de esta política. Según las referencias que me hicieran algunos dirigentes locales, la dificultad mayor para el Movimiento Evita y otras organizaciones era la misma que habían tenido en los programas de infraestructura social anteriores. Las cooperativas estaban destinadas a los municipios bonaerenses, que realizaban la selección e inscripción de los trabaja-

---

públicas, programa de “refacción y mantenimiento de mobiliario escolar”, programa de instalación de “luminaria pública”, programa “de limpieza y mantenimiento de arroyos”, programa de “construcción del bloque social”, etcétera. (Subsecretaría de Coordinación de Políticas Públicas de la Provincia de Buenos Aires, 2006).

<sup>22</sup> Programa Guardapolvo Social de la Dirección General de Escuelas, Cultura y Educación de la Provincia de Buenos Aires y Programa Guardapolvo del Ministerio de Desarrollo Social de la Nación.

dores, definían las obras a construir y administraban el presupuesto otorgado para materiales, herramientas y gastos administrativos. Ese primer año finalizó con “marchas” y “acampes” frente al Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, donde algunos movimientos reclamaron “participar” directamente en el programa, sin depender, para ello, de los municipios. Se reactualizaba así un viejo conflicto, respecto de la percepción y el control político de los recursos estatales, entre ejecutivos locales y movimientos de desocupados, como ya se había dado en anteriores gobiernos. Nuevamente estas organizaciones se reivindicaban como voceros legítimos de los sectores populares frente al Estado en la demanda de “trabajo digno”, pero reclamando, ahora, “cooperativas”. Tras un proceso de movilización y negociación se realizaron cambios en el programa, se amplió a sesenta la cantidad de socios por cooperativa, y diversas organizaciones –iglesias, ONG, movimientos populares– fueron convocadas para integrarse al programa mediante lo que el Inaes denominó “mesas de actores”: negociaciones entre distintas organizaciones para definir cómo y quiénes incorporarían trabajadores a una misma cooperativa de trabajo. Esta última propuesta representó un avance respecto de la dependencia de los gobiernos municipales, pero no satisfizo plenamente la demanda de los movimientos. Finalmente, hacia finales del año 2010, se logró el objetivo de crear cooperativas “propias” e incidir directamente en su conformación y gestión. Como parte del proceso de negociación, en la provincia de Buenos Aires se creó una secretaría de estado, la Secretaría de Participación Ciudadana. El ente subsumió otros organismos, entre ellos el antiguo Instituto Provincial de Acción Cooperativa, y se nombró responsable del mismo a un miembro del Movimiento Evita de Avellaneda.

Además de la incorporación de dirigentes del movimiento a espacios institucionales, asociados a la “economía social”, también se ha desarrollado, últimamente, un proceso de organización sindical que actualiza reivindicaciones históricas en términos de *derechos de los trabajadores*. El 20 de diciembre de 2011, se creó una entidad de tercer grado, la Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP). Allí confluyen, desde entonces, además del Movimiento Evita: el Movimiento Nacional de Fábricas Recuperadas (MNFR), el Movimiento de Trabajadores Excluidos (MTE), La Alameda, la Federación de Trabajadores de Cooperativas de Infraestructura

Social (FeTraCol), entre otros. Se ha avanzado, en este sentido, en la construcción de organizaciones gremiales, para agrupar a los trabajadores no incluidos en el mercado de trabajo formal: trabajadores por cuenta propia, cooperativistas e integrantes de emprendimientos comunitarios, productivos, etcétera. La CTEP, ha impulsado protestas y movilizaciones, denunciando las condiciones de trabajo y arbitrariedades de empresas privadas y también de organismos públicos a los que se vinculan sus diversas actividades, como el “cartoneo”, el reciclado urbano, la venta en la vía pública, la producción textil, la obra pública, entre otras. Entre sus demandas se encuentran la efectiva aplicación de la ley de quiebras y la promulgación de un “estatuto del trabajador autogestionado” que institucionalice normas y derechos que los protejan laboralmente. Los reclamos promueven la regularización de prestaciones sociales, aportes previsionales, horarios laborales, licencias, accidentes de trabajo, asignaciones familiares y nivel de ingresos. Las organizaciones gremiales que impulsan aquellos reclamos, ponen en juego consignas sedimentadas en luchas previas para interpretar el nuevo escenario. En esta línea, “la dignificación de la economía social” a través de la “dignificación de sus trabajadores” se articula dentro de lo que han denominado “la economía popular”. Lo cual parece ser un modo de reconfigurar la economía social impulsada por el Estado, como un campo para la organización y reivindicación gremial, con vistas a “combatir la precariedad” y “agregar derechos” al trabajo asociativo.<sup>23</sup>

## Conformar cooperativas, construir una demanda. “Inscribir” y “visitar”

Si vos me preguntás mi impresión al principio, esto era un loquerío, la gente venía diciendo “yo quiero entrar”, “yo quiero entrar”. Un lorerío era la Fábrica, todos querían saber cómo acceder a ese plan, a la cooperativa, porque imaginate yo cobrando el plan durante ocho años de ciento cincuenta pesos, y que después tenga la posibilidad de cobrar mil doscientos pesos, obra social, jubilación, ¿cómo no voy a querer entrar a una cooperativa? (Ana, 30 años, referente del Movimiento Evita, 2010)

<sup>23</sup> Ver: Documentos y noticias publicados por la CTEP (2011a, b y c; 2012a y b).

Pese al énfasis de la cita, no fue nada sencillo crear cooperativas de trabajo vinculadas a un programa estatal, sino, por el contrario, un proceso complejo y aun incierto, donde se puso en juego la experiencia acumulada en la gestión de las políticas sociales durante más de una década. La propia Ana y otros *referentes* me informaron sobre las dificultades. Para ella “armar” cooperativas era otro “desafío” dentro del movimiento. Antes lo había sido “perder el miedo en los cortes de ruta” o “animarse a terminar el secundario con los compañeros”. Para Rosa, también lo fue “aprender a usar la PC para cargar los planes” y “coordinar un grupo de trabajo” (Rosa, 32 años, referente del Movimiento Evita, abril 2010). Durante más de diez años, ambas asumieron compromisos y responsabilidades que fueron contorneando su recorrido dentro del movimiento. Cuando, en el año 2002, se *ocupó La Fábrica*, un antiguo edificio fabril abandonado, para impulsar “proyectos productivos”, los dirigentes locales les propusieron “trabajar en la oficina de empleo”, del primer piso. Allí se centralizan, desde entonces, las actividades de administración de los recursos obtenidos a través de las políticas sociales, y se atiende diariamente a las personas que acuden a tramitarlos como *beneficiarios*. Durante mucho tiempo, ellas repartieron sus tareas entre la “gestión” de los “planes sociales” y la organización del “comedor” que cada una tenía en su casa. A partir del 2004, las actividades se fueron volviendo más complejas con los subsidios que se obtuvieron del programa Manos a la Obra para “armar” los “emprendimientos productivos”. Además, con los convenios suscriptos con diferentes ministerios, a la “gestión de planes” se sumó la “compra” de insumos para los “emprendimientos” y la coordinación de las personas que trabajaban en ellos. Pero recién a fines del año 2009 “cooperativizar” se convirtió en el núcleo de las preocupaciones y energías tanto de ellas como de otros *referentes*. En un primer momento esto supuso “estudiar y aprender” los requerimientos del programa AT y averiguar en qué consistía “armar cooperativas”. Luego, las tareas de difusión y convocatoria del programa entre los vecinos de sus barrios fueron tan importantes como “ayudarlos” a obtener los requisitos necesarios para poder acceder “al plan de la cooperativa”. Precisamente, para *referentes* como Ana o Rosa, las nuevas tareas adquirirían significado, entonces, en continuidad con sus experiencias previas de lucha y organización colectiva, centradas en la demanda de trabajo y administración de “planes” sociales (Manzano, 2007),

en las cuales estos se habían integrado como lenguaje colectivo a las relaciones y prácticas cotidianas (Quirós, 2006).

Por medio de la descripción de dos acciones puntuales que ellas desarrollaron, “inscribir” y “visitar”, pretendo, por una parte, subrayar aspectos de la dinámica de movilización actual a partir de la cual algunas organizaciones –como el Movimiento Evita– establecen interacciones con el Estado, en el contexto de implementación de una política social. Por otra, procuro también ilustrar cómo las acciones de este movimiento se sujetan a formas organizativas –cooperativas– y dispositivos –inscribir y visitar– prefigurados por estos programas, con el fin de construirlos como demanda entre los sectores populares. Con este objetivo, despliego a continuación notas y material de campo.

En abril de 2010, el Club Deportivo Municipal Gatica, en Villa Domínico, fue el sitio escogido para convocar a los interesados en ser socios de una cooperativa del Programa Ingreso social con Trabajo, conocido masivamente como Argentina Trabaja. El “operativo de inscripción” comenzó temprano en la mañana y se extendió gran parte de la jornada. La fecha la fijó el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación y el Municipio y la difundieron con anticipación diversos movimientos populares que tienen presencia en la región. Una hora antes de la convocatoria pública llegaron en combis los empleados del ministerio y los “operadores territoriales” para coordinar la inscripción (estos últimos también son militantes de diferentes organizaciones populares, que se desempeñan como trabajadores en programas sociales, desde los inicios del gobierno “kirchnerista”). Rosa y Ana, al igual que otros *referentes* que los aguardaban, colaboraron para bajar las cajas repletas de papeles y ordenar mesas y sillas de plástico. La tarea, que insume un buen rato y le da singularidad a todo el evento, es precisamente la participación dentro del “operativo” de grupos diferenciados que se aprestan a “inscribir”. Por lo pronto, Rosa ha seleccionado previamente un lugar donde colocar la mesa, y con ayuda de Ana y Mario dispuso la bandera del Movimiento Evita detrás de esta. En el frente con cinta adhesiva pegó un afiche bien grande del programa. Similares acciones ocuparon a los militantes “de la Tupac Amaru”, que sujetaron con hilos sus “banderolas” detrás de las sillas donde luego se fueron acomodando. Con los preparativos concluidos, podía verse



detrás de cada mesa, una organización diferente: el Movimiento Evita, el Movimiento Octubres, el Movimiento Descamisados, el Frente Transversal Nacional y Popular y el Movimiento Tupac Amaru, entre otros. Cada uno de ellos organizó una fila, donde anotaron en planillas provistas por el Ministerio de Desarrollo Social, a cientos de hombres y mujeres que se acercaron durante la jornada, a quienes les solicitaron sus datos personales (nombre y apellido, teléfono, dirección, y documento de identidad). Los “operadores territoriales” que llegaron en las combis, también contaron con un espacio propio donde se ubicaron, distribuyeron materiales informativos, evacuaron consultas entre los asistentes y coordinaron el conjunto de las actividades. (Notas de campo, abril de 2010)

Escogí el “operativo de inscripción” como una instancia, entre otras tantas de similares características vinculadas a programas estatales (entre ellos el AT), para ilustrar cómo se materializa el vínculo entre el Movimiento Evita y el Estado. Un amplio espacio público, donde se espera la convocatoria masiva de sectores populares, que, a su vez, los *referentes* planificaron y difundieron con anticipación. Un evento en el que estos desplegaron banderas, íconos y simbología que los visibilizó como militantes políticos y los diferenció de otros que también se habían hecho presentes. En consecuencia, la tarea burocrática que realizaron durante toda la jornada, “inscribir”, se desplegó en varios planos. Por un lado, a través del desarrollo de la actividad con los agentes e instituciones públicas, el Movimiento Evita se *inscribió* como organización política en la política de Estado. Buscó identificarse con esta y colaboró intensamente en el impulso del programa y de la demanda de cooperativas de trabajo. Proceso similar al que desarrollan los “operadores territoriales” como trabajadores estatales y militantes de movimientos populares. Por otra parte, como veremos a continuación, los referentes procuraron *inscribir* a las personas que fueron convocadas como *trabajadores de cooperativas del movimiento*, desplegando sentidos fundados en luchas previas para interpretar y apropiarse de esta forma de organización laboral a través de la noción de “trabajo digno”. Ahora bien, como ya mencionamos las políticas implican objetos y dispositivos estatales menos evidentes, pero igualmente importantes, que fijan márgenes en los cuales el movimiento y las personas desarrollan y significan sus prácticas. Veamos en qué consistieron algunos de estos.

Una vez que finalizó el “operativo de inscripción”, las planillas con las solicitudes de los interesados en ser socios de una cooperativa se enviaron al Ministerio, para verificar si cumplían con los requisitos del programa. A los que fueron aceptados se les abrió una cuenta bancaria, se les emitió una tarjeta de débito, remitiéndose la información publicada a los movimientos, para que estos pudieran comunicarse con los flamantes *socios* de las cooperativas de trabajo y empezar a conformarlas. Pese a que Ana, en la cita que da comienzo a este apartado, manifestaba que “todos querían entrar al plan de la cooperativa”, también señalaba que se tornó “difícil” contactar y empezar a organizar en grupos de trabajo a muchas personas que habían sido admitidas. A los militantes que tenían en sus planillas los datos personales procuraron localizarlos. En gran parte, la tarea de convocatoria comenzó telefónicamente. Ello arrojó algunos resultados, pero no los esperados; en muchos de los intentos de búsqueda los datos suministrados durante la inscripción no se correspondían con la realidad. Frente a estas circunstancias se desarrolló un plan de acción: “visitar”. Para ello, durante varias semanas se organizaron grupos de diez militantes cada uno con un *referente* como responsable, quienes recorrieron, listados en mano, distintos barrios y zonas de Avellaneda con el fin de ubicar a las personas en sus casas. El objetivo: comunicarles que se los estaba esperando para el inicio de las actividades laborales. A continuación mostramos, siguiendo el relato de Ana, en qué consistió esa tarea:

Ana.—El problema que tuvimos, es que tuvimos que ir casa por casa a buscar, con lluvia, sin lluvia, con viento, con piedra, tuvimos que ir casa por casa, porque nosotros llamábamos por teléfono y resultaba que el tipo que se había anotado en la cooperativa, no era, o no existía, o no vivía, y mucha gente nos cerró la puerta en la cara, eh... fue difícil.

Lucrecia.— ¿Y ustedes que hacían en esa situación?

Ana.—Y lo único que hacíamos era, poníamos al costadito “visitado”, y un código que teníamos, nos mandaban el listado oficialmente del ministerio de desarrollo, y entonces nosotros poníamos “visitado, no contesta, no atiende”.

Como las primeras visitas fueron insuficientes, los *referentes* se pusieron en contacto con los “técnicos” del programa para resolver

el “problema de los ausentes”. En el Ministerio, se definió elaborar una “carta” para cada una de las personas, en la cual se las intimaba a presentarse en la sede del organismo o en la Fábrica, caso contrario serían dados de “baja” en el programa. Nuevamente, los grupos de militantes entregaron “la carta” en las direcciones consignadas.

Ana.—Nosotros mandamos el listado con el informe, y ellos imprimieron una *orden* de desarrollo social, que decía ministerio de desarrollo social, con apellido y nombre y número de documento, y una tirita que decía último aviso, y esa carta la teníamos que llevar de vuelta y tirárselas por debajo de la puerta. Para nosotros fue un alivio la carta, porque no te puede dar lo mismo venir a trabajar o no venir, porque tener trabajo, fue una lucha de muchos, nosotros no somos Caritas, somos un movimiento político que banca este proyecto, o venís y trabajás o lo lamento, se te da la baja.

“Visitar” fue parte de un dispositivo donde se combinaron acciones del organismo estatal y de los referentes para forzar la convocatoria de las personas como “trabajadores”. Acción insistente, que evidenció que, pese a la inscripción masiva, las cooperativas no eran una demanda extendida, por lo tanto había que crearla y resignificarla entre los sectores populares. El Ministerio promovió las “visitas” y la “carta” como formas de persuasión y disciplinamiento frente al ausentismo. Por su parte, los *referentes* apelaron a su experiencia histórica, en la cual “tener trabajo” era parte de luchas colectivas, que activaban valoraciones morales, compromisos y obligaciones. También se diferenciaba de otras prácticas como “la caridad”, y se desmarcaba de otras organizaciones, como las religiosas. En tanto dispositivos, las visitas y las cartas que “ordenaban presentarse a trabajar”, también evidenciaron que las personas inscriptas sobrepasaban los lazos construidos por el movimiento históricamente, y que los “trabajadores” eran, en gran medida, personas ajenas al movimiento. Sobre ese punto, cuando Rosa narraba su experiencia como *referente*, oponía la cooperativa con el grupo de “vecinos” que durante muchos años se nuclearon en el “comedor” que ella tenía en su casa, y con los cuales tenía una relación cercana. Para poder “armar” la cooperativa con personas de diferentes procedencias, puso en juego antiguas “reglas” para organizar y significar trabajo

y política. Siguiendo esa línea, Rosa inscribió la cooperativa en su trayectoria y en una “lucha”.

Rosa.—No es como en el comedor, que ya los conocés que es gente que vos venís de años con esos compañeros, que son tus vecinos, ya te sabés los nombres que se llama Cristina, Juan, Claudio ¿viste?, y es diferente al trato de los compañeros de la cooperativa, porque ya ahí, no es que nosotros somos jefes, pero hay que tener un límite con los compañeros, y decirles esto se hace así, se respeta el horario, se usa la ropa de trabajo, se cuidan las herramientas..., cuando nosotros veníamos de otra cosa. Siempre peleamos por el trabajo digno, que los compañeros tengan su trabajo digno, que dejaran de cobrar el plan social, que se terminaran los comedores y copas de leche en los barrios, que fue por lo que siempre peleamos nosotros, pero bueno... ya al llegar ese momento de manejar un grupo de tantas personas... fue difícil.

Ana, por su parte, también señalaba, como Rosa, que la masividad de la convocatoria imponía la tarea de “formar” a las personas sin relaciones previas con la organización. En ese sentido, garantizar el “presentismo” permitía diferenciarse también de otras significaciones atribuidas socialmente a los beneficiarios de programas sociales, como, por ejemplo, la de ser “vagos”. Para eso, también ella actualizaba una lectura del pasado vinculada a la luchas por “trabajo digno”, asociada ahora a “bancar”, “defender” un “proyecto”.

Ana.—Nosotros anotamos a todo el mundo, el que venía con el perro, con el gato, con la peluca, convocamos a dios y María santísima, porque nosotros vimos que esto era un trabajo más digno que el plan. Y después estaba el tema de formar, como quien dice, a la gente, formar en el sentido de que abran la mente, y decirle que esto depende mucho del proyecto de país, que esta es una guita que entra al estado y se distribuye para los que menos tienen, los que nunca tuvieron un trabajo. Pero que nosotros somos conscientes que esto hay que bancarlo, si esto no se defiende, volvemos para atrás, a los ciento cincuenta pesos, cosa que yo ni otros compañeros estamos dispuestos, porque si no la lucha de muchos se nos va por la borda cuando dicen que somos todos vagos.

Resumiendo, en primer lugar, muchos de los programas sociales que se desarrollan desde el año 2003,<sup>24</sup> orientados a la población “vulnerable” –en términos de sus ingresos y demás condiciones de vida– conllevan situaciones de movilización y organización colectiva de los sujetos en las que se configura la relación del Movimiento Evita con el Estado. Frecuentemente, algunas de ellas se despliegan en la escena pública. Se han realizado “jornadas”, “actividades”, “encuentros” y “actos” con la convocatoria de empleados y funcionarios de agencias estatales, referentes y dirigentes políticos, y los sectores populares para la implementación de una política pública. Volviendo sobre nuestro caso, en Avellaneda el programa AT comenzó con un “acto de lanzamiento”, que se realizó en la Universidad Tecnológica Nacional (UTN), con la presencia del intendente, los responsables del programa, que anunciaron los objetivos, modalidades y alcances del mismo, y la movilización del Movimiento Evita y otras organizaciones interesadas en conformar cooperativas de trabajo. Una vez que se hicieron los “operativos de inscripción” en el club municipal y se conformaron las cooperativas con sus trabajadores, comenzaron las “actividades de capacitación” en el club municipal Bernasconi. Las mismas consistieron en cursos obligatorios que brindaron distintas agencias estatales y también el movimiento. El Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires desarrolló capacitaciones de higiene laboral y medicina preventiva; el Inaes asesoró sobre los aspectos jurídicos, administrativos y contables necesarios para el establecimiento de cooperativas de trabajo; el sindicato de trabajadores de la construcción, Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina (UOCRA), y la Universidad Tecnológica Nacional (UTN) capacitaron en rudimentos básicos de obra y construcción, y el Movimiento Evita, por su parte, dictó “talleres de formación” sobre “historia de los trabajadores y sus organizaciones”. Por último, en la Gobernación de la provincia de Buenos Aires, con la presencia del gobernador y ministros, se hicieron “actos”, para recibir herramientas de trabajo y certificados de las capacitaciones realizadas, que implicaron la movilización de los trabajadores de las cooperativas vinculadas al movimiento.

---

<sup>24</sup> Las campañas de alfabetización, los programas de prevención de la salud, los programas de construcción de vivienda, etcétera.

En estos escenarios se desplegó una dinámica de apropiación y resignificación de las políticas estatales que en términos globales procuran constituir al Movimiento Evita como sujeto político.

En segundo lugar a partir de la construcción de los datos de campo, se intentó mostrar que el proceso de interacción del movimiento con el Estado no se restringe a las movilizaciones públicas, sino que comprende, además, otras formas como las “visitas” y las “cartas”, las cuales manifiestan ciertas dimensiones coactivas en el proceso de elaboración de una demanda y una política.

## Reflexiones finales

Recapitulando, he intentado exponer que, aun existiendo cierta tradición en los sectores populares vinculada al cooperativismo como fenómeno, este se incrementa notablemente durante la última década en el marco de un proceso articulado de construcción de demanda y políticas que se despliega en diferentes niveles e implica la interacción de movimientos populares y Estado en todos ellos. En este sentido, creo que las imágenes divulgadas usualmente para analizar estos procesos —como “desde arriba” o desde “abajo”— inducen una lectura unidireccional, muchas veces prescriptiva y poco fructífera en términos analíticos. A partir de este caso, he considerado que dentro de la alianza política entre el Movimiento Evita y el Gobierno, la relación con el Estado adopta modalidades que suponen movilización, negociación y organización colectivas en distintas escalas. También pienso que el Gobierno, por medio de la orientación “productivista” de la política social, define la “economía social” como el ámbito de inclusión de sectores populares informales y de bajos ingresos, propiciando, a su vez, que esos también fueran ámbitos de incorporación institucional de funcionarios y dirigentes políticos del Movimiento Evita que pretende representarlos. Luego, muestro un proceso reciente, que acompaña la conformación de cooperativas de trabajo, vinculado a la organización gremial de sus trabajadores, en el cual se resignifica la “economía social” como “economía popular”, actualizando una vez más la consigna de “trabajo digno” para reclamar la sanción de leyes y la vigencia de derechos para los trabajadores “autogestionados”. Finalmente, señalo que la movilización desarrollada en determinados momentos de los



programas sociales —“el operativo de inscripción”— permite escenificar, de manera doble, la dimensión colectiva y política presente en la construcción de las políticas estatales y en el movimiento.

## Bibliografía

- Bidaseca, K. (2006). “Vivir bajo dos pieles... En torno a la re-significación de las políticas sociales y la complejización del vínculo con el Estado. El Movimiento de Trabajadores Desocupados de Solano”. *Cuadernos de CLASPO*, (1).
- Confederación de Trabajadores de la Economía Popular (CTEP) (2011a). “Nos preparamos para el 20 de diciembre”. En línea: <<http://ctep-argentina.blogspot.com.ar/2011/11/nos-preparamos-para-el-20-de-diciembre.html>>. Consultado 10-7-2012.
- (2011b). “La CTEP marcha junto a los artesanos y trabajadores de la vía pública”. En línea: <<http://ctep-argentina.blogspot.com.ar/2011/11/la-ctep-marcha-junto-los-artesanos-y.html>>. Consultado el 11-7-2012.
- (2011c). “La Confederación de Trabajadores de la Economía Popular le acercó sus propuestas a Alicia Kirchner”. En línea: <<http://ctep-argentina.blogspot.com.ar/2011/12/la-confederacion-de-trabajadores-de-la.html>>. Consultado 10-7-2012.
- (2012a). “Estado de alerta, movilización y asamblea por discriminación en el programa Argentina Trabaja”. En línea: <<http://ctep-argentina.blogspot.com.ar/2012/03/estado-de-alerta-y-movilizacion.html>>. Consultado 10-7-2012.
- (2012b). “Manifestación de cartoneros”. En línea: <<http://ctep-argentina.blogspot.com.ar/2012/07/manifestacion-de-cartoneros-14hs.html>>. Consultado el 1-8-2012.
- Cortés, M. (2010). “Movimientos Sociales y Estado en el ‘kirchnerismo’. Tradición, autonomía y conflicto”. En Massetti, A., Villanueva E. y Gómez, M. (eds.) *Movilizaciones, protestas e identidades políticas en la Argentina del bicentenario*, (pp. 97-117). Buenos Aires: Nueva Trilce.
- Danani, C. y Hintze, S. (2010). “Reformas y contrarreformas de la protección social: la Seguridad Social en la Argentina en la pri-

- mera década del Siglo”. *Revista Reflexión Política*, 12(24), 18-29. En línea: <<http://redalyc.uaemex.mx/src/inicio/artpdfred.jsp>>. Consultado en mayo de 2012.
- Delamata, G. (2004). *Los barrios desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Libros del Rojas-Eudeba.
- Fernández Álvarez, M. I. (2006). *De la supervivencia a la dignidad. Una etnografía de los procesos de “recuperación” de fábricas de la ciudad de Buenos Aires. Tesis de doctorado*. CABA: UBA-EHESS. [Mimeo].
- (2009). “Expropiar la fábrica, apropiarse del trabajo. Procesos de construcción de demandas y prácticas de acción estatal en recuperaciones de fábricas de la Ciudad de Buenos Aires”. En Grimberg, M., Fernández Álvarez M. I., Carvalho, M. (eds.) *Estado y movimientos sociales: estudios etnográficos en Argentina y Brasil* (pp.131-156). Buenos Aires: Antropofagia.
- Fernández de Kirchner, C. (2013). *Discurso de la presidenta Cristina Fernández de Kirchner al inaugurar el 131.º período de sesiones ordinarias del Congreso*, 1.º de marzo de 2013. En línea: <<http://www.presidencia.gob.ar/discursos/26370-inauguracion-del-131-o-periodo-de-sesiones-ordinarias-del-congreso-discurso-de-la-presidenta-de-la-nacion>>. Consultado el 11-3-13.
- Frente de Organizaciones Populares (2004a). “La Hora de los Pueblos”, junio 2004. Mimeo (material de archivo de la autora).
- (2004b). “Por la recuperación del trabajo y la justicia social”, julio 2004. Mimeo (material de archivo de la autora).
- Frente Patria para Todos (2004). “Diez puntos para la unidad de las fuerzas populares”, diciembre 2004. En línea: <<http://argentina.indymedia.org/news/2004/12/246285.php>>. Consultado el 4-8-2005.
- Gómez, M. (2006). “Crisis y recomposición de la respuesta estatal a la acción colectiva desafiante en la Argentina 1989-2004”. *Revista Argentina de Sociología*, 4(6), 88-128.
- (2010). “Acerca del protagonismo político y la participación estatal de los movimientos sociales populares: juicio al paradigma normal de análisis”. En Massetti, A., Villanueva E. y Gómez, M. (eds.), *Mobilizaciones, protestas e identidades políticas en la Argentina del bicentenario*, (pp. 65-94). Buenos Aires: Nueva Trilce.



- Grassi, E. (2012). “La política social y el trabajo en la Argentina contemporánea”. *Revista Electrónica de Estudios Latinoamericanos*, 10(39), 5-33. En línea: <<http://iealc.sociales.uba.ar/publicaciones/e-latina/>>. Consultado el 18-12-2012.
- Grimberg, M. (1997). *Demanda, negociación y salud. Antropología social de las representaciones y prácticas de trabajadores gráficos, 1984-1990*. Buenos Aires: Facultad de Filosofía y Letras-Oficina de Publicaciones del CBC.
- (2009). “Poder, políticas y vida cotidiana. Un estudio antropológico sobre protesta y resistencia Estudio antropológico sobre protesta y resistencia social en el área metropolitana de Buenos Aires”. *Revista de Sociología e Política*, 17 (32), 83-94.
- Hopp, M. (2011). “Relación Estado-sociedad civil en las políticas de desarrollo socioproductivo en Argentina contemporánea”. *Revista Katalysis*, 14(1), 13-22, Florianópolis. En línea: <[http://www.scielo.br/scielo.php?pid=S1414-49802011000100002&script=sci\\_arttext](http://www.scielo.br/scielo.php?pid=S1414-49802011000100002&script=sci_arttext)>. Consultado el 18-12-2012.
- Instituto Nacional de Asociacionismo y Economía Social (Inaes). Resolución 2038/2003.
- Resolución 3026/2006. En línea: <[http://www.inaes.gob.ar/es/normativas/resoluciones/inacym/03026\\_06.htm](http://www.inaes.gob.ar/es/normativas/resoluciones/inacym/03026_06.htm)>. Consultado el 8-7-2011.
- Báez, C. y Martini, G. (coords.) (2008). *Las cooperativas y Mutuales en la Argentina: rempadronamiento nacional y censo sectorial de cooperativas y mutuales* (2.<sup>a</sup> ed.). Buenos Aires.
- Kirchner, A. (26 de mayo de 2011). *El Estado se ocupa de quienes quedaron excluidos del modelo. Discurso de la ministra durante una clase para cooperativistas del programa de Ingreso Social con Trabajo en la Universidad de Quilmes*. En línea: <<http://www.desarrollosocial.gob.ar/buscar.aspx?key=Discurso+de+Alicia+Kirchner+durante+una+clase+para+cooperativistas+del+programa+de+Ingreso+Social+con+Trabajo+en+la+Universidad+de+Quilmes>>. Consultado el 3-10-2011.
- La Fogata Digital* (2002). “MTD Resistir y Vencer. Inaugura fábrica”, 3 de diciembre de. En línea: <<http://www.lafogata.org/02asambleas/12asambleas/mtd.htm>>. Consultado 3-5-2005.
- Manzano, V. (2007). “Del desocupado como actor colectivo a la trama política de la desocupación. Antropología de campos de fuerzas

- sociales”, (pp. 101-133). En Cravino, M. C. (ed.) *Resistiendo en los barrios. Acción colectiva y movimientos sociales en el área metropolitana de Buenos Aires*. Buenos Aires: UNGS.
- (2009). “Piquetes y acción estatal en Argentina: un análisis etnográfico de configuración de procesos políticos”. En Grimberg, M., Fernández Álvarez M. I., Carvalho, M. (eds.) *Estado y movimientos sociales: estudios etnográficos en Argentina y Brasil*. (pp. 15-36). Buenos Aires: Antropofagia.
- Masseti, A. (2004). *Piqueteros. Protesta social e identidad colectiva*. Buenos Aires: Editorial de las Ciencias-Flacso.
- (2006). “Piqueteros eran los de antes: Sobre las transformaciones en la protesta piquetera”. *Revista Laboratorio*, (19), 29-36. En línea: <<http://www.catedras.fsoc.uba.ar/salvia/lavbo/archivos/inicio.htm>>. Consultado en noviembre de 2006.
- Ministerio de Desarrollo Social de la Nación. Resolución 2458/2004. En línea: <[http://www.desarrollosocial.gob.ar/Uploads/i1/ArgentinaTrabaja%5CResolucion\\_2458-2004.pdf](http://www.desarrollosocial.gob.ar/Uploads/i1/ArgentinaTrabaja%5CResolucion_2458-2004.pdf)>. Consultado el 3-10-2011.
- Resolución 3182/2009. En línea: <[http://www.desarrollosocial.gob.ar/Uploads/i1/ArgentinaTrabaja/Resolucion\\_3182\\_2009.pdf](http://www.desarrollosocial.gob.ar/Uploads/i1/ArgentinaTrabaja/Resolucion_3182_2009.pdf)>. Consultado el 16-2-2011.
- Resolución 2476/2010. En línea: <[http://www.desarrollosocial.gob.ar/Uploads/i1/ArgentinaTrabaja/Resolucion\\_2476\\_2010.pdf](http://www.desarrollosocial.gob.ar/Uploads/i1/ArgentinaTrabaja/Resolucion_2476_2010.pdf)>. Consultado el 3-10/2011.
- Guía Informativa del Programa Ingreso Social con Trabajo. “Ingreso social con trabajo”. En línea: <<http://www.desarrollosocial.gob.ar/Uploads/i1/ArgentinaTrabaja/4.%20Gu%c3%ada%20informativa.pdf>>. Consultado el 16-2-2011.
- (2010). Informe semestral Ingreso Social con Trabajo, julio 2010. En línea: <<http://www.desarrollosocial.gob.ar/Uploads/i1/ArgentinaTrabaja/8.%20%20Informe%20Semestral%20Programa%20Ingreso%20Social%20con%20Trabajo%20-%20julio%202010.pdf>>. Consultado 16-2-2011.
- (2011). *Ejecución del Programa Ingreso Social con Trabajo: Principales resultados al primer semestre 2011*. En línea: <<http://www.desarrollosocial.gob.ar/Uploads/i1/PRISTresultados2011.pdf>>. Consultado el 26-3-2012.
- (2011). *Síntesis del Programa Ingreso Social con Trabajo. Primer semestre 2011*. En línea: <<http://www.desarrollosocial.gob.ar/Uploads/i1/SintesisProgramaIngresoSocialconTrabajoPrimerSemestre2011.pdf>>. Consultado el 26-3-2012.



- gob.ar/Uploads/i1/PRIST%20-%20Informe%201%C2%BA%20 semestre%202011.pdf>. Consultado el 26-3-2012.
- Perelmiter, L. (2010). “Militar el Estado. La incorporación de movimientos sociales de desocupados en la gestión de políticas sociales. Argentina (2003-2008)”. En Massetti, A., Villanueva, E. y Gómez, M. (eds.), *Movilizaciones, protestas e identidades políticas en la Argentina del bicentenario*, (pp.137-156). Buenos Aires: Nueva Trilce.
- Quirós, J. (2006). *Cruzando la Sarmiento. Una etnografía sobre piqueteros en la trama social del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Rebón, J. (2007). *La empresa de la autonomía. Los trabajadores recuperando la producción*. Buenos Aires: Colectivo Ediciones.
- Rebón, J. y Salgado, R. (2009). “Empresas recuperadas y procesos emancipatorios”. En línea: <www.rebon.com.ar/julian/files/8.Rebon,\_Salgado\_resistencias\_laborales.pdf>. Consultado el 11-5-2012.
- Subsecretaría de Coordinación de Políticas Públicas de la Provincia de Buenos Aires (2006). *Las organizaciones sociales en el Estado. Balance y proyecciones*. Mimeo (material de archivo de la autora).
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- (2008). “Una cartografía de las resistencias (2003-2008). Entre las luchas por la inclusión y las discusiones sobre el modelo de desarrollo”. *Observatorio Social de América Latina*, 9(24), 17-49.
- Svampa, M. y Pereyra, S. (2004). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.
- Wyczykier, G. (2009). *De la dependencia a la autogestión laboral. Sobre la reconstrucción de experiencias colectivas de trabajo en la Argentina contemporánea*. Buenos Aires: Prometeo.

# **TRANSFORMAR EL ESTADO MILITÁNDOLO. REFLEXIONES SOBRE UNA EXPERIENCIA DE ORGANIZACIONES SOCIALES EN LA GESTIÓN DE GOBIERNO EN LA PROVINCIA DE BUENOS AIRES\***

Juan Ignacio Lozano

El tema principal de este artículo forma parte de una pretensión mayor, que es el análisis de la trayectoria de organizaciones sociales de matriz nacional-popular, participando en distintos estamentos gubernamentales en la provincia de Buenos Aires, durante el pasaje de un momento de movilización a otro de institucionalización, entre los años 2002 y 2010. Desde una perspectiva sociopolítica, exploraré las transformaciones en las relaciones entre organizaciones sociales de esta matriz movimientista con el régimen político de gobierno, atendiendo tres dimensiones principales: las formas de participación, las modalidades de representación y los procesos de legitimación de la decisión y la autoridad política. La propuesta es centrar la mirada sobre las relaciones que establecen con el régimen político, en este doble contexto de descentralización y territorialización, en el período mencionado.

---

\* El presente trabajo es parte de la tesis doctoral en Ciencias Sociales (Instituto de Desarrollo Económico y Social-Universidad Nacional de General Sarmiento) que estoy desarrollando en la actualidad: *De la movilización a la estatalización. La experiencia de organizaciones sociales de matriz nacional popular en el gobierno de la provincia de Buenos Aires durante el período 2002-2010*, en el marco de una beca doctoral dirigida por la doctora Margarita Rozas y codirigida por el licenciado Germán Pérez, a quienes agradezco las observaciones y comentarios.



En el caso argentino, en el período de gobierno de Kirchner una de las principales novedades institucionales es la participación de algunas organizaciones sociales en el Gobierno y, por lo tanto, el ingreso en el Estado de un conjunto de demandas producidas en la acción colectiva no institucional.

A partir del año 2005, el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires había convocado a organizaciones sociales cercanas al Gobierno nacional para integrar diferentes espacios de gestión gubernamental.

El problema de la tensión entre movilización e integración a un régimen político de gobierno en proceso de transformación acelerada resulta la cuestión fundamental. El análisis del régimen de gobierno de la provincia de Buenos Aires es interesante, ya que hablamos de la provincia más poblada del país, en la que reside más de un tercio de sus habitantes. La provincia de Buenos Aires es, al igual que las demás provincias argentinas, autónoma respecto del Gobierno nacional en la mayoría de los temas, exceptuando aquellos de alcance federal. Por lo que, compartiendo políticas sociales diseñadas e implementadas desde Nación, el Gobierno provincial también diseña otras, interviniendo ambas en los 135 municipios, con cierta prioridad en los veinticuatro partidos del conurbano bonaerense donde viven, según el último censo de 2010, diez de sus quince millones de habitantes.

Al igual que el Estado nacional y otros distritos, el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires también ha tenido estrategias de integración de diversos movimientos y organizaciones sociales por medio del ingreso a distintos ministerios, secretarías y direcciones, o de distintos espacios *ad hoc*, como consejos consultivos o mesas de gestión.

Respecto a la dimensión temporal, es pertinente afirmar que, en las elecciones legislativas de 2005, el triunfo de Cristina Fernández, del Frente Para la Victoria (FPV), sobre Hilda González, del Partido Justicialista (PJ), generó un encauzamiento de todo el Partido Justicialista hacia el reconocimiento del liderazgo de Kirchner, lo cual promovió en la provincia un proceso de institucionalización de las organizaciones, insertándose diferentes cuadros en el Gobierno provincial.

Ese ciclo comprende, así, un período paradigmático en un doble sentido. Por un lado, respecto de la coyuntura provincial, por el alineamiento del Gobierno provincial al proyecto nacional y por la legitimación de las organizaciones para acceder a cargos. Por otro, respecto de las transformaciones que se visualizan en la movilización social. En definitiva, se

pueden analizar en el mismo las relaciones y articulaciones establecidas entre las organizaciones, la dinámica del proceso de institucionalización y los resultados posteriores de ese proceso.

Acompañando este proceso y observando prácticas políticas, debates y tensiones es que pretendo reconstruir, en este trabajo, el espacio en el que Estado y organizaciones sociales disputaron perspectivas, elaboraron programas y analizaron el rol del Estado y la respuesta estatal, basándome en el trabajo de campo y, en particular, en la conformación del Consejo Consultivo Juvenil (CCJ) dentro de la Subsecretaría de Salud Mental y Atención a las Adicciones (SADA) en la provincia de Buenos Aires.

## Relación entre procesos de movilización social y régimen político de gobierno

Los estudios realizados sobre el proceso de movilización social y política producido en Argentina en el ciclo comprendido entre 1997 y 2002 han destacado la conformación de un nuevo *ethos* militante del conflicto social, configurado por dos características principales: la pertenencia territorial, como elemento de configuración de identidades y demandas, y la dinámica asamblearia, como procedimiento de toma de decisiones que cuestiona el orden delegativo característico del régimen político de los noventa (Delamata, 2004, 2005; Merklen, 2005; Svampa y Pereyra, 2003).

En los debates en torno a los procesos de movilización social y su relación con el régimen político de gobierno pueden establecerse, primero, tres momentos de la historia reciente de nuestro país, en los que se pueden identificar, simultáneamente, procesos de producción e investigación con enfoques particulares.

Me interesa detenerme en los cambios de las estrategias de las organizaciones, ante la asunción de Néstor Kirchner en 2003, y en las trayectorias de un grupo de organizaciones en relación con el régimen político de gobierno en las que se visualiza ya no una confrontación con el mismo, sino distintos grados de participación e institucionalización.

Con algunas excepciones (Frédéric, 2004; Clemente y Girolami, 2006), no son muchos los estudios que han enfocado esta relación desde la perspectiva del campo estratégico de relaciones que emerge

en el nivel del régimen político local, rearticulando las modalidades de participación, formas de representación y principios de legitimidad del orden y la autoridad políticos. En este punto deben consignarse las investigaciones que abordaron el vínculo entre gobiernos locales y actores territoriales circunscribiéndose a la temática del clientelismo político (Auyero, 2001; Levitzky, 2005).

Se constata un doble contexto, de territorialización del conflicto y de descentralización del Estado, que coloca a los municipios en el centro de procesos de distribución de recursos de asignación (desarrollo local) y de autoridad (gobierno local).

Pereyra, Pérez y Schuster (2008) hacen un balance de la producción académica sobre los estudios acerca de protesta y conflictividad social en nuestro país, ubicando dos perspectivas con orientaciones teórico-metodológicas particulares:

Un primer grupo de trabajos, que prioriza los estudios de casos, intenta analizar y evaluar las consecuencias de los procesos de reforma estructural de los noventa, como así también la respuesta de los sectores populares por medio de nuevas formas de organización, y el resultado de una nueva sociabilidad, producto de dichos cambios estructurales. Predomina la perspectiva etnográfica e inspiraciones en los estudios de culturas populares, como los de E. P. Thompson o Raymond Williams.

Un segundo grupo, que centra sus análisis en las transformaciones del peronismo, de raíz politológica y corte institucionalista, se enfoca en las de los mecanismos clásicos de representación de demandas del sistema político, principalmente partidos y sindicatos. En este, la perspectiva epistemológica refiere a las teorías de elección racional y elitismo competitivo. El trabajo más representativo en esta línea es el de Steven Levitsky (2005). También se destacan los de Sebastián Etchemendy (2001) y Pereyra, Pérez y Shuster (2008).

La movilización y fortalecimiento de organizaciones comunitarias de base territorial transforman la “gubernamentalidad” (Foucault, 2006) en los niveles locales, sustituyendo el vínculo político, individualizado entre aparatos políticos locales y clientelas populares, por otro configurado entre gobiernos locales y actores colectivos organizados, que puede redundar en la asimilación, desmovilización, cooptación o institucionalización de estos últimos (Germani, 2003; Pérez, 2007).

Por parte del gobierno local se concibe la política de una manera tradicional y, ante el carácter distorsivo de la descentralización, se la reduce a crear entes menores de la propia administración local, en un esfuerzo por mantener ciertas variables “bajo control”, desalentado así la participación comunitaria y de las organizaciones.

Pereyra, Pérez y Shuster (2008) reconocen la contribución de ambas perspectivas para el análisis y caracterización de actores, como así también los cambios institucionales. Sin embargo, afirman que no incorporan una visión integrada de los aspectos centrales. Para ello, proponen establecer una red conceptual de la sociología de los procesos políticos: formas de participación, modalidades de representación y procesos de legitimación del orden y la autoridad políticos.

Ya, anteriormente, los trabajos de Svampa y Pereyra (2003), Svampa (2005) y Schuster y Pereyra (2001) reflexionaron sobre la relación entre protesta social y régimen político de gobierno. Adhiriendo a este último enfoque, creo que el concepto de movilización social constituyó la clave explicativa de los primeros estudios sociopolíticos sobre el surgimiento del populismo como matriz de incorporación de los sectores populares a la comunidad política nacional (Pereyra, Pérez y Shuster, 2008).

Una de las novedades institucionales del período de gobierno que se inicia en 2003 reside en la participación de un grupo de movimientos sociales, que habían protagonizado anteriormente el ciclo de protestas, en la gestión de gobierno, con distintos grados de incorporación al mismo.

Masseti (2009) aborda la relación Estado-movimientos sociales con el objetivo de describir una trayectoria de politización de movimientos sociales específicos, estableciendo que la misma está conformada por tres momentos: un primer momento, de confrontación o demanda con el Estado; un segundo momento, de *onginización*,<sup>1</sup> y un último momento, de institucionalización en la función pública de al menos una parte de ellos. Por “institucionalización” se refiere a una etapa dentro de una trayectoria de politización, en la cual determinadas organizaciones sociopolíticas se insertan en alguna instancia del

<sup>1</sup> Massetti usa el término *onginización* para referirse al proceso por el cual las organizaciones sociales se constituyeron bajo la figura legal de “asociación civil”, a fin de que el Estado pudiera canalizar recursos hacia ellas. Esto requirió que debieran destinar, en un corto tiempo, más cuadros políticos a tareas administrativas y de gestión de recursos.



Estado. Esta inserción, en tanto punto en una trayectoria, implica un doble desafío: la reconversión de las prácticas de las organizaciones sociopolíticas, que antes eran confrontación-negociación—esto implica, también, la desmovilización—, y el desafío de modificar desde el interior mismo del Estado las propias tradiciones en materia de función pública, heredadas del proceso de los noventa (Masseti, 2009).

Uno de los interrogantes ante este proceso de institucionalización es si la incorporación de los movimientos sociales a la función pública es una vía para transformar los límites de la democracia.

Las dinámicas conflictuales no son puras sino que presentan distintos niveles de interlocución, que permiten generar acuerdos y canalizar recursos. Es interesante analizar cómo impactan las transformaciones de la política asistencial del Estado en las estructuras de las organizaciones sociales que encarnan el movimiento de pobres urbanos. Uno de los requerimientos para que el Estado pueda canalizar recursos hacia ellas es que se constituyan bajo la figura legal de asociación civil y cumplan una serie de requerimientos. Así, la *onginización* de las organizaciones se vuelve dominante y se destinan más cuadros políticos a tareas administrativas y de gestión de recursos, implicando un cambio en la capacidad de ejercer la demanda a través de la protesta, por estar, ahora, volcadas hacia adentro.

La diversidad de escenarios, en torno a la dimensión conflictual y las dinámicas de colaboración en las relaciones entre Estado y movimientos sociales, permite comprender, en parte, que su evolución adquiera hoy un cariz diferente con la incorporación de cuadros provenientes de los movimientos sociales a la función pública: esta institucionalización necesita también pensarse en relación con las transformaciones paradigmáticas que operaron desde el kirchnerismo, en contra del neoliberalismo.

En este punto cabe preguntarse sobre la persistencia de las demandas que constituyen un movimiento social y sobre la coherencia o no de estas en las prácticas de los funcionarios provenientes de las organizaciones sociopolíticas.

¿La institucionalización implica la desmovilización de las organizaciones sociales y el abandono de las temáticas que fueron su punto de partida? Ante este interrogante Massetti (2009) afirma que, por un lado, se puede pensar que los límites de la institucionalización los pone la capacidad de actuar en consecuencia con los temas centrales del

movimiento social de origen, en su nuevo rol de funcionarios, debiendo observar qué rol cumplen, qué recursos manejan y cómo los distribuyen. Por otro lado, se puede afirmar que el contexto actual ha perimido la vigencia de los reclamos-temática del movimiento social.

Pérez y Natalucci (2010) abordan una interesante reflexión acerca de este proceso al destacar que la estrategia kirchnerista combina la decisión de no reprimir con un discurso que se asienta sobre la convocatoria a la “normalidad”. En la lógica oficial, las organizaciones piqueteras son un corolario de la fragmentación social, emergente en la década del noventa y que la crisis de 2001 remató dramáticamente. En consecuencia, en una coyuntura de normalización política, su curso debe caracterizarse por la integración y la desmovilización. La doble estrategia del Gobierno es, por un lado, la revisión de la política social implementada durante el gobierno de Duhalde con una amplia convocatoria a la integración a la coalición de gobierno y, por otro, la puesta en marcha distintos desactivadores de la movilización, como la estigmatización y judicialización de los participantes en las protestas.

De acuerdo a esta relectura de Pérez y Natalucci, el régimen político de gobierno genera cambios en las organizaciones, tanto a nivel identitario –de organizaciones piqueteras a sociales– como de intervención política –de las protestas callejeras al trabajo territorial– y, posteriormente, con la progresiva incorporación a sus planteles, como agentes de la administración pública en las áreas correspondientes a sus intereses organizacionales. Asimismo, los autores realizan un importante aporte al establecer esta trayectoria política en el marco de un incipiente crecimiento económico que desplaza el eje de la desocupación y las políticas sociales paliativas, hacia la integración al mercado de trabajo, la calidad del empleo y la promoción de la economía social, como alternativa de producción. Frente a la recuperación económica y la revitalización del sindicalismo, la movilización social empieza a perder legitimidad social.

Otro punto de interés reside en pensar que la matriz nacional popular establece al Estado como instancia primordial de la intervención política. Sin embargo, el proceso de profunda reestructuración neoliberal en nuestro país, sumado al de transformación del trabajo, implican serios desafíos para las organizaciones, ya que las respuestas y soluciones por parte del Estado no alcanzan el impacto que lograban



décadas atrás. Esto lleva a reflexionar sobre una serie de experiencias por parte de organizaciones sociales en el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires.

## La participación de las organizaciones sociales en la gestión de gobierno. El caso de la SADA

La Subsecretaría de Atención a las Adicciones (SADA)<sup>2</sup> es un ente provincial dependiente del Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires. Cuenta con dos tipos de atención, asistencia y tratamiento y prevención.

La SADA es una red pública y gratuita de atención a las adicciones que intenta abordar la problemática, de manera integral, desarrollando estrategias de intervención acordes a la situación social y favoreciendo la articulación necesaria con los distintos agentes sociales referentes en la materia. Presenta, pues, una estructura compleja al contar con distintos tipos de respuesta a la problemática de las adicciones. Por un lado, brinda atención directa a través de profesionales idóneos, por medio de una red provincial de Centros Preventivos de Adicciones, conformados por un equipo técnico de psicólogos, trabajadores sociales, operadores terapéuticos y comunitarios, donde se trata a personas afectadas por situaciones de consumo de sustancias o que requieran asesoramiento sobre el tema; y también por medio de otras formas de abordaje, como las Casas de Día, de atención intermedia, a las que se deriva a determinadas personas de acuerdo a su situación. Por otro lado, desarrolla tareas de prevención, de visibilización de la problemática, así como estrategias tendientes a fortalecer acciones preventivas

---

<sup>2</sup> La Red se encuentra conformada por 187 Servicios de Atención, públicos y gratuitos, que implementan políticas públicas considerando las particularidades de cada uno de los 134 municipios bonaerenses.

Los Servicios de Atención, ofrecen diversas modalidades terapéuticas: Consultorios Externos, Hospitales de Día/Medio Día, Unidades de Internación y Desintoxicación. A partir de esta diversificación de la oferta asistencial, los Centros Provinciales de Atención (CPA), se constituyen en actores estratégicos en un constante diálogo interinstitucional, con la comunidad y los usuarios del servicio. La capacidad instalada de desarrolla en 176 CPA, nueve Comunidades Terapéuticas y dos Unidades de Desintoxicación. Además, cuenta con un Servicio Gratuito de Orientación en Adicciones (Fonodroga). (Ver: [www.sada.gba.gov.ar](http://www.sada.gba.gov.ar)).

y de promoción de las personas, vinculadas a la construcción de su proyecto de vida.

La sede ubicada en la localidad de Tolosa, lindante con La Plata, es un viejo edificio bajo y con muchos pasillos, emplazado sobre terrenos del ferrocarril. En la misma están las Direcciones y Programas que coordinan los distintos efectores de prevención y tratamiento de la provincia, sumados a programas de trabajos específicos –como en escuelas–, además del de control de la venta de alcohol en comercios y los controles de alcoholemia a los conductores en la calle.<sup>3</sup>

El área de Intervención Comunitaria y Juvenil de la Subsecretaría fue asumida por una profesional experimentada, que había trabajado anteriormente en el conurbano y conocía a la mayoría de los referentes en cada región sanitaria de la provincia.

El equipo que se conformó fue una mixtura entre algunos empleados de la Secretaría y un grupo de militantes en representación de las cuatro organizaciones mayoritarias, en proceso –como mencionamos anteriormente– de inserción en el Estado provincial.

La Subsecretaría depende del Ministerio de Salud, si bien estuvo dos años bajo la órbita del Ministerio de Desarrollo Social, nuevamente se encuentra en el de Salud, situación que denota la ausencia de una política clara al respecto.

El equipo conformado respondía al área de Intervención Comunitaria y Juvenil y esta, a su vez, a la Dirección Provincial de Programación y Control de Gestión. Mientras en esta Dirección se encontraban todos los programas de intervención comunitaria y de relación con actores de la comunidad, todos los servicios de atención de la provincia, además de las aéreas de registro y estadísticas, reportaban en la Dirección Provincial de Prevención a las Adicciones o en la Dirección Provincial de Atención a las Adicciones.

La Dirección de Programación y Control de Gestión estaba a cargo

---

<sup>3</sup> Las estrategias implementadas desde la Dirección Provincial de Programación y Control de la Gestión se basaban en promotores juveniles en prevención de adicciones, en el Consejo Consultivo Juvenil, en el Programa Madres en Red, que propuso trabajar con madres referentes de los barrios con herramientas de intervención comunitaria y capacitación en adicciones, en el establecimiento de Centros Preventivos en Iglesias (CPI), que planteó la relación entre Estado y espacios religiosos, en la creación de Centros Preventivos Laborales y en el Programa de Prevención en el Deporte. También se destacaban el Programa Voluntariado en Adicciones, el Espacio para Madres y Padres, entre los principales.



de un profesional que trabajaba en la dependencia desde su fundación, a principios de los noventa. Con militancia en el partido justicialista, había sido uno de los principales gestores en la incorporación de militantes de organizaciones en la SADA y conocía muy bien a los distintos actores presentes en la institución. Ambos factores, tanto su experiencia en el organismo como su militancia, resultaron fundamentales para su nombramiento.

El esquema de trabajo fue de total libertad, ya que el plan contemplaba la participación de las organizaciones y su adecuación a este nuevo escenario de trabajo. El diagnóstico era simple y contundente: los profesionales que trabajaban en los distintos centros no salían a involucrarse con la comunidad, esperaban que el “caso” llegase a la oficina, no se trabajaba en red con instituciones comunitarias o religiosas, se cumplía un horario. En síntesis, se realizaba un ejercicio liberal de la profesión, interviniendo individualmente, con escasa relevancia de la cuestión social.

Ante esta situación, la prioridad era conformar un espacio institucional que redefiniera la intervención y la respuesta estatal frente al problema del consumo y las adicciones. Así, una de las principales líneas de trabajo fue la creación de un Consejo Consultivo Juvenil (CCJ). La principal razón residía en convocar jóvenes de las organizaciones, de otros espacios e instituciones de la provincia y, a través del intercambio, diálogo y sobre todo de su propio enfoque, establecer políticas de prevención y tratamiento de las adicciones, siempre desde una perspectiva de base, concebida por los jóvenes.

Uno de los objetivos del CCJ era transformar la respuesta estatal y el compromiso de los profesionales. Otra de las metas era actualizar el diagnóstico sobre la situación de consumo y adicciones en la provincia, desde una visión participativa que pudiera incidir en la planificación de políticas públicas

Conformado el equipo, se trazó un plan de trabajo para poder implementar el CCJ. Los militantes tenían perfiles bastante similares, eran cuatro y correspondían uno a cada una de las organizaciones que participaban, a nivel provincial y nacional, de la incorporación de cuadros al Estado.

## Conformación del Consejo, entre tensiones, debates y dilates

Las reuniones de equipo eran semanales. En lo cotidiano, la “gestión” consistía en numerosos llamados telefónicos a referentes locales de los partidos del conurbano y a alguno del centro de la provincia con el fin de comentar la iniciativa.

Claramente el representante de cada organización debía mostrar capacidad de fuerza y de representación que legitimara así sus posturas. De este modo, los teléfonos estaban ocupados todo el tiempo, como también las computadoras, ya que los mails eran otra forma de comunicación.

La finalidad de las reuniones era ir moldeando la propuesta de conformación del CCJ. Por un lado, estaba la discusión política, decisiva a la hora de pensar las atribuciones y posibilidades. Por el otro, la conformación del CCJ estaba enmarcada en un decreto ministerial, según el cual el Consejo debía ser aprobado por la Secretaría Legal y Técnica de la Provincia de Buenos Aires y refrendado también por el Ministerio de Salud, por lo que los tiempos tampoco eran rápidos en este sentido.

Volviendo al primer punto, una situación cada vez mas complicada resultaba del hecho de que el director pertenecía a una de las organizaciones. Ante cualquier toma de decisión surgía de inmediato la desconfianza y la tensión entre las organizaciones, ya que se acusaba al director de hacer diferencias al gestionar los recursos.

Y, en este marco, el principal problema fue la definición de los integrantes de la mesa ejecutiva del CCJ. Por medio del CCJ se pretendía la participación de unos dos mil jóvenes de la provincia; dividido en cuatro regiones, cada región se reuniría periódicamente para, luego, transmitir los distintos análisis, diagnósticos y propuestas a una comisión ejecutiva de veinticinco integrantes, la cual aunaría dichas propuestas o líneas de acción y las elevaría a la gestión política.

La definición de estos veinticinco integrantes fue, como se ha mencionado, el principal debate y el punto más difícil de consensuar. La expectativa de la conformación del CCJ y la de una pronta respuesta por parte del Estado comenzaron a desdibujarse. Frente a esta situación, se presentó con fuerza la posibilidad de incorporar más militantes de las organizaciones, para tener mas presencia. Sin embargo, los recursos más importantes eran los que se relacionaban



con eventos, talleres, capacitaciones y no con la infraestructura o la generación de nuevos espacios físicos de trabajo, como así tampoco con contrataciones a profesionales.

Mientras se dilataba el lanzamiento del CCJ, la tensión y discusión crecían entre las organizaciones. Las redefiniciones de la relación con el Estado, concretamente con el Gobierno, fueron generando tensiones dentro del CCJ. La alineación con el Gobierno nacional era clara en las cuatro organizaciones, sin embargo, a nivel provincial y sobre todo local, cada organización tenía su propia lectura política del proceso, generando o rompiendo alianzas, tensando la relación entre las que se quedaban y las que se iban. Los tiempos electorales de 2007 y la candidatura de Scioli como gobernador terminaron de profundizar lo que ya venía sucediendo. La imposibilidad de reelección de Solá y la confirmación de Scioli como el candidato del Frente para la Victoria, se volvieron fuente creciente de discusión y desconfianza. Se acercaban las elecciones, pero no había novedades sobre avances significativos del lanzamiento y puesta en marcha del CCJ. Finalmente, este se llevó a cabo pocos meses antes de las mismas. Se decidió realizarlo en el centro de la provincia por medio de unas jornadas de dos días de trabajo en talleres de capacitación para los jóvenes, con una agenda que contaba, por un lado, con actividades de capacitación y, por el otro, con paneles y participación de referentes políticos. El primer día debían elegirse los veinticinco integrantes de la comisión ejecutiva. Esto generó un debate en el que se terminó imponiendo la mayoría para una de las organizaciones, generando tensiones y conflictos con las demás que se sentían defraudadas y contrariadas.

Hablar de los comienzos del CCJ implica, casi, hablar del final de la experiencia, ya que no pudo concretarse un funcionamiento adecuado, pues la transición al nuevo Gobierno discontinuó gran parte de las políticas en los ministerios.

## Sobre la autonomía o heteronomía de las organizaciones sociales (o cómo correrse de las miradas miserabilistas o de cooptación)

Grignon y Passeron (1989) abordan, desde dos perspectivas contrapuestas, las formas de análisis sobre la cultura popular, las que identifican

como relativismo y legitimismo. Mientras que el relativismo pretende darle estatus de cultura a lo popular, teniendo a su vez ciertos riesgos si se desconocen las relaciones de poder que articulan lo popular con lo dominante; la perspectiva legitimista afirma que aquellos que detentan el capital legítimo son los que tienen la capacidad para definir cuáles son las prácticas y representaciones culturales válidas. Así, solo existe cultura en lo legítimo. El legitimismo se convertiría en miserabilismo en tanto entiende la imposición de una manera absoluta, sin margen para que los sectores populares construyan cultura (Garriga Zucal, 2010).

Rehaciendo parte de este artículo, recordé los debates en torno a Grignon y Passeron sobre la mirada miserabilista hacia los sectores populares desde una postura dominocéntrica. Si esa perspectiva no da margen para que los sectores populares puedan construir cultura, tampoco creo que puedan construir política. Muchas veces este dominocentrismo es el lugar común de la academia para observar procesos sociales en los *sectores populares* (término que pongo en itálica, como propone Quirós –2011–, por ser un término nativo).

Natalucci y Schuttenberg (2010) analizan que la relación entre Gobierno y organizaciones fue explicada en numerosos trabajos bajo la clave de la cooptación, observándose, siempre según estos trabajos, que la estrategia estatal de contención de la protesta, el reemplazo en el nivel colectivo de la matriz clientelar, la manifestación de la debilidad de los sectores populares y la capacidad “infinita” de “volver al orden” por parte del Partido Justicialista explican esta relación y construcción de mediaciones e institucionalidad entre Estado y organizaciones sociales. “Este tipo de afirmaciones no hacen más que “tener una mirada ‘desde arriba’ al poner en relieve [*sic*] la forma de intervención del Estado como variable explicativa de la acción política de los movimientos sociales” (Natalucci y Schuttenberg, 2010: 7).

Manzano (2008, 2010) ya había identificado que los estudios sobre acción colectiva y movimientos sociales definieron un campo de investigación centrado “en las formas en que el sistema político procesaba demandas y las transformaba en reformas estructurales, los mecanismos de cooptación de los líderes de los movimientos, la institucionalización de acciones disruptivas, y la decadencia o desaparición de movimientos sociales” (2008: 25).

El abordaje etnográfico sobre la política colectiva permite realizar ciertos desplazamientos que enriquecen los análisis al salir de posicio-

namientos como los mencionados anteriormente –“desde arriba”– al campo social, privilegiando prácticas cotidianas.

En efecto, las prácticas cotidianas de militantes quienes “desde el Estado” empezaron a desarrollar tareas varias interpelaban las visiones sobre la temática, el efecto del Estado en las organizaciones o, en todo caso, la complejidad del desarrollo de la política desde el Estado.

Prosiguiendo en el análisis, las organizaciones que participaban y los militantes que las representaban acudían al Estado concibiéndolo como un heterogéneo y complejo universo nacional y popular e identificando en el nuevo Gobierno el restablecimiento de las tres banderas históricas del peronismo: soberanía política, independencia económica y justicia social, junto con la convocatoria a la reconstrucción del movimiento nacional.

Este sentido de pertenencia explicaría mejor el trabajo de los militantes en el Estado, que la elaboración de estructuras de análisis de pros y contras, de mera estrategia racional de la acción. Como explicita Manzano (2008) es necesario interpretar los procesos políticos, las relaciones entre Estado y movimientos sociales, a partir de las relaciones de poder históricamente construidas.

Los escenarios donde se configuran las disputas entre ellos dan cuenta de un proceso de producción conjunta, tanto de políticas como de modalidades de acción. Adhiero, pues, a pensar la sociedad como campo de fuerza, de acuerdo con los aportes de Manzano (2008), Thompson (1984, 1992) y Roseberry (2002), entre otros.

Entre las contribuciones y propuestas de Thompson, quisiera priorizar aquí la posibilidad de centrar la experiencia como mediadora entre estructura y acción. Así, dejando a un lado cierto determinismo económico, la clase es atravesada por la cultura, la experiencia y la lucha de clases. Al estudiar los motines, Thompson, lejos de verlos como un caso espasmódico, los ubicó como una forma compleja de acción popular con objetivos claros. Entiende, así, a los motines en el marco de los límites, dando cuenta de las relaciones de hegemonía. Más que explicar las causas, su preocupación era analizar las condiciones de posibilidad. Este desplazamiento permite captar tensiones, lo contingente en las relaciones de fuerzas, los condicionamientos mutuos y las modalidades de acción, que van mutando en el tiempo.

Además, Roseberry (2002) señala que la mentada hegemonía no puede concebirse como un resultado, sino más bien como proceso, el

cual es constantemente interpelado, dando cuenta de un campo más complejo en la articulación entre el Estado y la cultura popular.

## Reflexiones finales

Frente a procesos de participación de organizaciones sociales en la gestión pública, se ha debatido acerca de los abordajes normativos, desde las teorías sobre la acción colectiva o los movimientos sociales, sobre lo que se espera de ellos.

Al observar un proceso de institucionalización de varias organizaciones en relación con el Estado, se constata que hubo una valoración negativa por parte de la “academia”, apuntando nociones como “cooptación” y pérdida de autonomía.

Trabajando mis registros de observación, me interesó salir del proceso meramente explicativo, para ver prácticas políticas, debates y tensiones, las disputas con el Estado y entre organizaciones, el análisis sobre el rol del Estado.

La estrategia analítica me permite examinar afirmaciones en torno al proceso de una participación institucionalizada de organizaciones sociales en la gestión estatal, al repensar la figura muchas veces maniquea del Estado, para centrarme en las prácticas, los debates, los dilates, la complejidad, las expectativas y las frustraciones. He constatado lo interesante de reflexionar sobre estos procesos desde distintos enfoques no determinantes, con la certeza de que es pertinente un abordaje que apunte a la reconstrucción de campos de fuerzas sociales, además de verificar que quedan el desafío y el interés de reactualizar los debates y el análisis acerca de la relación entre organizaciones sociales y el Estado, así como la modalidad de acción política y la apropiación de la política por parte de los sectores populares en la Argentina.

## Bibliografía

- Auyero, J. (2001). *La política de los pobres. Las prácticas clientelistas del peronismo*. Buenos Aires: Manantial.
- (2002). *La protesta*. Buenos Aires: Libros del Rojas, UBA.



- Clemente, A. y Girolami, M. (eds.) (2006). *Territorio, emergencia e intervención social. Un modelo para desarmar*. Buenos Aires: Espacio Editorial-Instituto Internacional de Medio Ambiente y Desarrollo de América Latina.
- Delamata, G. (2004). *Los barrios desbordados. Las organizaciones de desocupados del Gran Buenos Aires*. Buenos Aires: Libros del Rojas.
- (2005). *Ciudadanía y territorio. Las relaciones políticas de las nuevas identidades sociales*. Buenos Aires: Espacio.
- (2009). *Movilizaciones sociales: ¿nuevas ciudadanías? Reclamos, derechos, Estado en Argentina, Bolivia y Brasil*. Buenos Aires: Biblos.
- Etchemendy, S. (2001). “Construir coaliciones reformistas: la política de las compensaciones en el camino argentino hacia la liberalización”. *Desarrollo Económico*, (60), Buenos Aires.
- Foucault, M. (2006). *Seguridad, territorio, población*. Buenos Aires: FCE.
- Garriga Zucal, J. (2010). “Una historia de franceses en la Argentina. Una perspectiva ilegítima sobre la cultura legítima”. *Question. Revista Electronica Especializada en Periodismo y Comunicación*, 1(25). En línea: <<http://perio.unlp.edu.ar/ojs/index.php/question/article/view/897>>. Consultado el 22-3-2013.
- Germani, G. ([1978] 2003). *Autoritarismo, fascismo y populismo nacional*. Buenos Aires: Temas Grupo Editorial.
- Grignon, C. y Passeron, J. (1989). *Lo culto y lo popular: miserabilismo y populismo en la sociología y en la literatura*. Buenos Aires: Nueva Visión.
- Levitsky, S. (2005). *La transformación del justicialismo. Del partido sindical al partido clientelista, 1983-1999*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Manzano, V. (2008). “Del desocupado como actor colectivo a la trama política de la desocupación: antropología de campos de fuerzas sociales”. En Cravino, M.C. (comp.) *Acción colectiva y movimientos sociales en el Área Metropolitana de Buenos Aires* (pp 101-134). Buenos Aires: Instituto del Conurbano-UNGS.
- (2010). “El hacerse y (des) hacerse del movimiento. Sobre espacios etnográficos y espacios en movimiento en el Gran Buenos Aires”. En Grimberg, M. Fernández, M. y Manzano, V. (eds.) *Et-*

- nografía de las tramas políticas colectivas: Estudios en Argentina y Brasil*. Buenos Aires: Antropofagia. [En prensa].
- Masseti, A. (2009). “Cuando los movimientos sociales se institucionalizan: crónica sobre la experiencia en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires”. En: Delamata, G. (comp.) *Las transformaciones de la ciudadanía en las movilizaciones sociales de la Argentina contemporánea* (pp. 205-233). Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Merklen, D. (2005). *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)*. Buenos Aires: Gorla.
- Ministerio de Salud de la Provincia de Buenos Aires. Subsecretaría de Atención a las Adicciones (SADA) (s. f.). *Documento fundacional*. En línea: <[http://www.sada.gba.gov.ar/programas/ccj\\_docfundac.php](http://www.sada.gba.gov.ar/programas/ccj_docfundac.php)>. Consultado el 25-3-2013.
- (2007). *Intervención Comunitaria y Juvenil*. En línea: <[www.sada.gba.gov.ar/programas/juvenil\\_programa.pdf](http://www.sada.gba.gov.ar/programas/juvenil_programa.pdf)>. Consultado el 20-8-2012.
- (2007). *Jornadas Interregionales 2003-2007. Conclusiones. 2007*. Buenos Aires: Área de Comunicación SADA.
- Consejo Consultivo Juvenil (CCJ) (2007). *Consejo Consultivo Juvenil: Historia, voz y presente*. [Trípticos y CD].
- (2007). *Consejo Consultivo Juvenil: Historia, voz y presente. Boletín, 1(1)*. En línea: <[http://www.sada.gba.gov.ar/programas/ccj\\_boletin1.pdf](http://www.sada.gba.gov.ar/programas/ccj_boletin1.pdf)>. Consultado el 25-3-2013.
- (2007). *Consejo Consultivo Juvenil: Historia, voz y presente. Boletín, 1(2)*. En línea: <[http://www.sada.gba.gov.ar/programas/ccj\\_boletin2.pdf](http://www.sada.gba.gov.ar/programas/ccj_boletin2.pdf)>. Consultado el 25-3-2013.
- (2007). Consejo Consultivo Juvenil. Tienen la palabra. Campaña publicitaria 2005. [Trípticos y CD].
- Natalucci, A. y Schuttenberg M. (2010). “La construcción de las Ciencias Sociales en torno a la dinámica post 2003. Un estado del arte de los estudios sobre movimientismo e identidades nacional populares”. En II Jornadas Internacionales de Problemas Latinoamericanos. “Movimientos Sociales, Procesos Políticos y Conflicto Social: Escenarios de disputa”. Universidad Nacional de Córdoba, 18 al 20 de noviembre de 2010.
- Pereyra, S., Pérez, G. y Schuster, F. (2008). *La huella piquetera. Avatares de las organizaciones de desocupados después de 2001*. La Plata: Ediciones Al Margen.



- Pérez, G. (2007). “Exceso y defecto. Acerca del concepto de movilización de Gino Germani”. En Massetti, A. y Villanueva, E. (comps.). *Los movimientos sociales y la acción colectiva*. Buenos Aires: Prometeo.
- Pérez, G. y Natalucci, A. (2010). “Reflexiones en torno a la matriz movimentista de acción colectiva en Argentina. La experiencia del espacio militante kirchnerista”. *Revista América Latina Hoy*, (54), 97-112. Instituto Interuniversitario de Iberoamérica y Ediciones Universidad de Salamanca, abril de 2010.
- (2011). *El porqué de los que van: peronistas y piqueteros en el Gran Buenos Aires (Una antropología de la política vivida)*. Buenos Aires: Antropofagia.
- Roseberry, W. (2002). “Hegemonía y lenguaje contencioso”. En Joseph, G. y Nugent, D. (comps.) *Aspectos cotidianos de la formación del estado. La revolución y la negociación del mando en el México moderno* (pp. 213-226). México: Ediciones Era.
- Schuster, F. L. y Pereyra, S. (2001). “La protesta social en la Argentina democrática. Balance y perspectivas de una forma de acción política”. En Giarracca, N. y Bidaseca, K. (comps.). *La protesta social en Argentina. Transformaciones económicas y crisis social en el interior del país* (pp. 41-65). Buenos Aires: Alianza.
- Svampa, M. (2005). *La sociedad excluyente. La Argentina bajo el signo del neoliberalismo*. Buenos Aires: Taurus.
- Svampa, M y Pereyra, S. (2003). *Entre la ruta y el barrio. La experiencia de las organizaciones piqueteras*. Buenos Aires: Biblos.
- Thompson, E. (1984). *Tradición, revuelta y conciencia de clases*. Madrid: Crítica.
- (1992). *Costumbres en común*. Madrid: Crítica.

## LOS AUTORES

**Sebastián Benítez Larghi.** Doctor en Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina. Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet), Argentina. Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS, UNLP-Conicet). Docente de la carrera de Sociología de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación (FaHCE), UNLP, Argentina.

**María Victoria D'Amico.** Magíster en Ciencias Sociales por el Instituto de Desarrollo Económico y Social, Universidad Nacional de General Sarmiento (IDES, UNGS). Ayudante de la materia Análisis de la Sociedad Argentina en la FaHCE, UNLP. Becaria del Conicet. Investigadora del IdIHCS, UNLP-Conicet.

**Lucrecia Gusmerotti.** Licenciada en Sociología (UNLP). Docente en la cátedra Análisis de la Sociedad Argentina, en la FaHCE, UNLP. Becaria de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica (ANPCyT). Integrante del Instituto de Ciencias Antropológicas de la Facultad de Filosofía y Letras (FFyL), UBA, y del IdIHCS, UNLP.

**Juan Ignacio Lozano.** Licenciado y magíster en Trabajo Social, Facultad de Trabajo Social (FTS), UNLP. Jefe de Trabajos Prácticos de Estructura Social y Problemas Sociales Argentinos en la FTS, UNLP. Becario del Conicet. Investigador del Centro de Estudios Trabajo Social y Sociedad (Cetsys), UNLP.

**José Eduardo Moreno.** Doctor en Ciencias Sociales y magíster en Ciencias Sociales (UNLP). Jefe de Trabajos Prácticos de Sociología General y responsable del Taller de Investigación “Ideología e identidades políticas en la izquierda argentina” en la FaHCE, UNLP. Investigador de la FaHCE.

**María Antonia Muñoz.** Doctora en Ciencias Políticas y Sociales por la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Autónoma de México (FCPyS, UNAM). Investigadora del Conicet, IdIHCS (FaHCE, UNLP-Conicet).

**Ana Natalucci.** Doctora en Ciencias Sociales y magíster en Investigación en Ciencias Sociales por la UBA. Investigadora asistente del Conicet. Docente en la carrera de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales (UBA). Investigadora del Instituto de Investigaciones Gino Germani y coordinadora del Colectivo de Sociología Política de la UBA.

**Jerónimo Pinedo.** Licenciado en Sociología y magíster en Ciencias Sociales por la FaHCE, UNLP. Doctorando en Ciencias Sociales del IDES, UNGS. Docente de grado en la carrera de Sociología y la Licenciatura en Comunicación de la UNLP y de posgrado en la Maestría en Ciencias Sociales de la UNLP y de la Universidad Nacional de Quilmes (UNQ). Investigador del Centro de Investigaciones Socio-históricas del IdIHCS, FaHCE, UNLP.

**Martín Retamozo.** Doctor en Ciencias Sociales por la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Flacso), México. Profesor de Filosofía y magíster en Ciencias Sociales por la FaHCE, UNLP. Investigador del Conicet y del IdIHCS de la FaHCE, UNLP. Profesor de grado en la Licenciatura en Sociología y de posgrado en el Doctorado en Ciencias Sociales (UNLP), profesor invitado en

posgrados de la UBA, la UNQ y la Universidad de Bologna (sede Buenos Aires). Coordinador académico del Doctorado en Ciencias Sociales (UNLP). Participa en proyectos colectivos de investigación acreditados en la UNLP.

**Mauricio Schuttenberg.** Doctor en Ciencias Sociales (Flacso, Argentina). Magíster en Ciencia Política (UNLP). Profesor y licenciado en Comunicación Social (UNLP).

Investigador asistente del Conicet, integrante de los Centros CPS (Centro de Estudios en Comunicación, Política y Sociedad) y del IdIHCS, UNLP. Profesor adjunto de Problemas de Historia Argentina en la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ) y de Historia de las Ideas y los Procesos Políticos en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de la UNLP. Dicta clases en el Doctorado en Comunicación Social, UNLP. Participa en proyectos de investigación en la UNLP y en la UNAJ.

**Fernanda Torres.** Doctora en Ciencias Sociales (UNLP) y magíster en Ciencias Sociales y Humanidades (UNQ). Docente de la carrera de Sociología, de la Maestría en Historia y Memoria de la FaHCE, y de la FTS, UNLP. Investigadora del IdIHCS, UNLP-Conicet.



Esta edición de 500 ejemplares se  
terminó de imprimir en Impresiones Centro,  
Bolívar, Buenos Aires, Argentina,  
en el mes de Julio de 2013.



## Otros títulos de Edulp

*La querrela de la lengua  
en Argentina. Ensayo biográfico*  
**Fernando Alfón**

*Narrar y escuchar Malvinas.  
30 años de posguerra*  
**Carlos Giordano, Susana Lina,  
Ana Laura Gratti, María Martha  
Castaño y Claudia Guidone**

*Guía práctica de administración  
de un proceso psicodiagnóstico*  
**Helena Lunazzi, Diana Elías  
y Verónica Silva Acevedo**

*Tendencias actuales  
en estudios retóricos*  
**María Alejandra Vitale,  
María Cecilia Schamun  
(compiladoras)**

La irrupción del kirchnerismo en la escena política argentina en 2003 significó un desafío para un conjunto de organizaciones populares que surgieron como expresiones de resistencia al neoliberalismo. En este contexto, identidades políticas que habían dado sentido a la situación –desde la izquierda, el peronismo, el autonomismo– ingresaron en un nuevo campo marcado por la reposición del discurso nacional y popular. El estudio de estos procesos es el propósito central de este texto.

Enfocándose en temas claves –como los modos de organización colectiva presentes en los movimientos sociales, los aspectos ideológicos, la relación con el Estado y el gobierno–, los autores ofrecen un análisis que intenta contribuir a la comprensión de nuestro tiempo desde una mirada que no desliga lo académico de lo político. Convencidos de que la universidad tiene también un lugar en la contienda por la construcción de la sociedad en la que queremos vivir, es que ofrecemos este libro a través de la Edulp.

